

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/obrasvill04vill

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS.

HMex
V7266



OBRAS

DEL LIC.

ALEJANDRO VILLASEÑOR

Y VILLASEÑOR.

IV

BIOGRAFIAS DE LOS HEROES
Y CAUDILLOS
DE LA INDEPENDENCIA

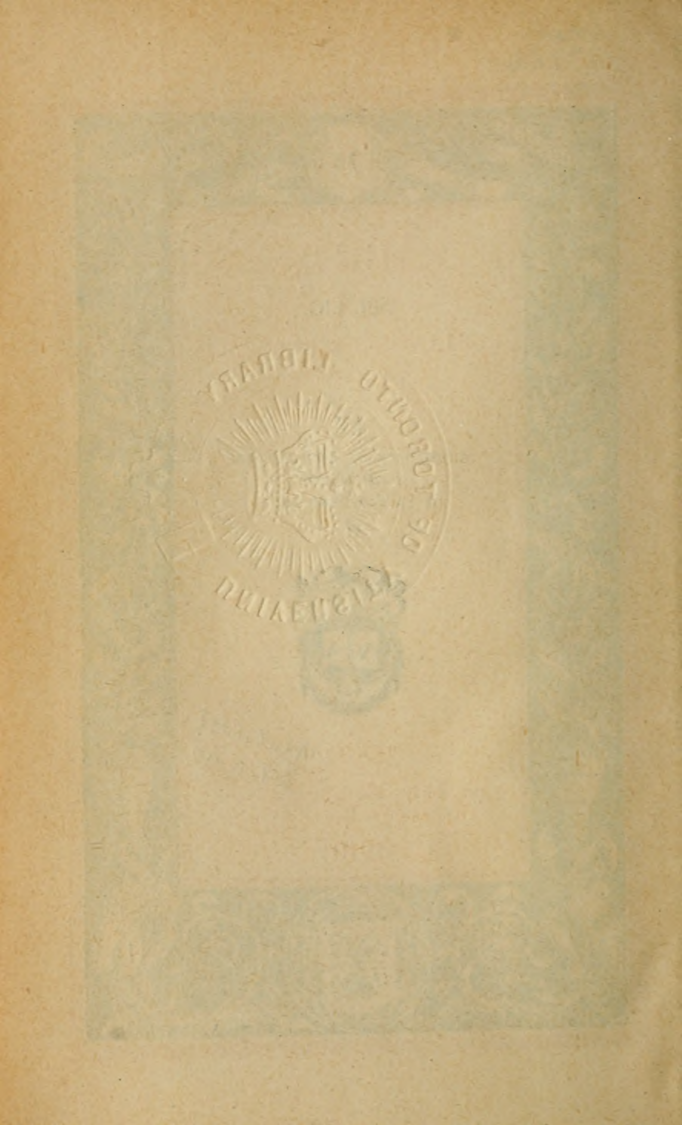
II

400681
27.2.42

MEXICO

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones No. 18.

1910





DOCTOR DON JOSE MARIA COS

Fué este eclesiástico uno de los que más fama adquirió entre los insurgentes, y con ella ha pasado á la posteridad; y sin embargo, poco es lo que se sabe de su vida y de sus hechos, y escasísimos los biógrafos que ha tenido.

Se ignoran la fecha y el lugar de su nacimiento, y el sitio donde hizo sus estudios, creyéndose que fué originario de la provincia de Zacatecas, y que debe haber nacido por los años de 1770 á 1780; que hizo sus estudios en Guadalajara, ó tal vez en México. Lo único que se sabe de positivo es que en 1810 se encontraba desempeñando el Curato del pueblo de San Cosme. cercano á Zacatecas, y que como todos, era enemigo del desorden antes de que estallase la revolución. "Dios nos conceda,—le decía á su compadre Oviedo, el 29 de Mayo de ese

año, en que le daba cuenta de los desórdenes ocurridos en Zacatecas contra los españoles,—morir primero, que ver las consecuencias deplorables de tan funestos preliminares." No murió, y sí tomó parte activa en esas consecuencias que deploraba.

Habiendo llegado á la ciudad la noticia del grito de Dolores, el fermento que ya había en ella se aumentó al grado que los españoles, considerándose en peligro, se dispusieron á salir de Zacatecas; cuando allí se supo la toma de Guanajuato, imposible fué contener la revolución, que se verificó pacíficamente, viéndose obligado el Conde de Santiago de la Laguna, en obvio de mayores males, á asumir el cargo de Intendente. Una de sus primeras resoluciones fué enviar al Dr. Cos, sujeto en el que, por su ciencia y virtudes, tenía bastante confianza, á que se enterase de si la revolución "salva los derechos de la religión, de nuestro augusto y legítimo soberano y de la patria; y si en caso de ceñirse su objeto á la expulsión de los europeos y admite excepciones cuáles sean éstas; y últimamente un detalle circunstanciado y por menor que sirva de gobierno á las provincias para unirse todas á un mismo fin, ó de paz ó de guerra según sea la naturaleza de las pretensiones, siempre con la gran utilidad que se deja entender." El Ayuntamiento de Zacatecas ratificó la comisión, y en desem-

peño de ella, Cos se dirigió al campo de Iriarte, donde fué recibido con grandes honores, salvas y repiques, y formándosele valla; las negociaciones ningún resultado dieron, pues el jefe insurgente alegó que él no tenía instrucciones y que sólo el Generalísimo podía entrar á dar explicaciones; á causa de esta respuesta, el Dr. Cos decidió, desde la villa de Encarnación, ir á apersonarse con Hidalgo, ordenando entre tanto que Zacatecas se uniese á la justa y legítima causa de la revolución.

Calleja, cuando supo todo esto por el mismo Conde, desaprobó la conducta de éste, y otro tanto hizo el Virrey, que llegó á creer que aquél estaba de acuerdo con los independientes, en lo que no estaba muy equivocado; Cos siguió para San Luis, donde Calleja le aconsejó que viniese á México á presentarse al Virrey; el eclesiástico siguió el consejo y emprendió el camino, pero en Querétaro fué detenido (Noviembre de 1810) por el Comandante García Rebollo, y permaneció algún tiempo detenido en San Francisco, y después en una casa particular. Estrechado por la falta de recursos, escribió á Venegas relatándole sus aventuras y rogándole que de un modo ó de otro pusiese fin á tan anormal situación; la contestación fué ordenar á Rebollo que dejase libre á Cos y prevenir á éste que se pusiera en camino para México y se presentase

en la Secretaría del Virreynato en el momento que llegase. Tan al pie de la letra cumplió el Doctor la orden, que habiendo llegado por la noche fué al teatro al palco del Virrey. Venegas lo recibió bien, lo citó par otro día en Palacio, y allí le dió orden de que todos los días se hiciese presente; cumplió Cos con la orden durante quince días, al cabo de los cuales recibió orden de volver á su Curato de San Cosme: no pensó desobedecer y se puso en camino, pero antes hizo una representación manifestando qué en el estado de intranquilidad del país y llenos los caminos de pronunciados y malhechores, podía caer en manos de unos ó de otros y protestaba contra el Virrey por las consecuencias que esto pudiera traer.

Sucedió como se lo había imaginado, pues á los dos días cayó en poder de una partida que obedecía al Cura Correa, y fué llevado á Zitácuaro, donde ya funcionaba la Junta (Octubre de 1811); Rayón y sus compañeros lo recibieron con desconfianza, creyéndolo espía del Virrey, y así permaneció en una posición dudosa, hasta que creyéndose perdido con el Gobierno por lo que le había pasado con el Virrey, y por su reciente permanencia entre los insurgentes, ofreció decididamente sus servicios á la Junta, que los aceptó, dándole el encargo de levantar un regimiento, al que dió el nombre "de la

muerte." Así, pues, en realidad, fué Calleja el responsable de la defección de Cos, que valía bastante, según tendremos ocasión de ver.

No llegó á acabar de levantar su famoso regimiento, pues Calleja se apoderó de Zitácuaro y Cos tuvo que emigrar con la Junta á Tlalchapa y Sultepc; en esta última población terminó sus famosos planes de paz y guerra que la Junta se encargó de hacer circular por todas partes y que remitió al Virrey. La exposición de esos planes es sumamente curiosa y demuestra el talento del autor; en la parte resolutiva proponía la formación de un Congreso nacional, independiente de España, que representase al Rey; es decir, proponía la independencia; si ese plan no se admitía debería hacerse la guerra conforme al derecho de gentes, no fusilando prisioneros, y sin que los eclesiásticos mezclasen las armas de la religión en la cuestión política. Estos eran, en resumen, los famosos planes, que contenían algunas máximas, como la de que la soberanía reside en la nación, y que terminaban con una relación de las atrocidades cometidas por los realistas; el Virrey mandó que los ejemplares de aquellos planes fuesen quemados por mano del verdugo y publicó un bando prohibiendo su lectura. Algunos escritores, partidarios de

la dominación española, se encargaron de contestar el manifiesto de Cos.

Este se lamentaba de la falta de imprenta, por medio de la cual se podía hacer amplia propaganda, y para suplirla se propuso y consiguió hacer, los caracteres de madera lo suficientemente perfectos para que sirviesen á su objeto, supliendo la tinta con añil. Escasísimos son los ejemplares que quedan de esas impresiones, y más bien que en México se encuentran en el extranjero. No satisfecho Cos con este éxito, trabajó cerca de la Junta para que adquiriese una verdadera imprenta, consiguiéndolo al fin; encontrado un vendedor de tipos suficientes para cinco pliegos, se contrató un oficial, Don José Robelo, y dos cajistas, que salieron rumbo á Sultepec; los tipos fueron sacdos de la capital en un coche por unas señoras que afectaron ir á una fiesta á las inmediaciones, y que consiguieron que los guardas de la garita no registraran el carruaje; de allí, ya sin muchos contratiempos, llegaron los tipos á su destino, y el Dr. Cos pudo imprimir su famoso semanario "El Ilustrador Americano," que además de ser muy leído en buena parte del país, era copiado por los amigos de la insurrección; el Gobierno virreinal, bastante inquieto, prohibió la circulación de ese periódico y de sus copias, imponiéndose fuertes penas á los desobedientes, y otro tanto hizo

el Cabildo eclesiástico. "Esta activa persecución de las autoridades civiles y eclesiásticas, ha hecho que sea tan difícil encontrar algún ejemplar de ese periódico."

"Por la diligencia de los corresponsales que en México tenían los insurgentes, se consiguió comprar una buena cantidad de letra de imprenta y que un oficial fuese á Sultepec á encargarse de ella, en unión de dos cajistas. Llevada la letra á Sultepec, el Dr. Cos empezó á publicar "El Ilustrador Americano," periódico que contribuyó mucho á extender las ideas de la revolución; de él se sacaban muchas copias manuscritas en México, causando bastante inquietud al Gobierno, que prohibió severamente en disposición de 1o. de Junio del expresado año su circulación, y lo mismo hizo el Cabildo eclesiástico y el Gobernador de la mitra de México, por un edicto del 3 del mismo mes, en el cual, bajo el precepto de santa obediencia y so las penas establecidas en el Derecho Canónico contra los autores, fautores y encubridores de libelos famosos y sediciosos, mandó á todos los fieles que entregasen los ejemplares y denunciasen á los que los tuviesen; á los confesores que instruyesen á los penitentes de la obligación en que estaban de hacerlo así, y á los predicadores, que declamasen y combatiesen desde el púlpito contra este periódico, que el Cabildo calificó de máquina infernal,

inventada por el padre de la discordia, para desterrar del país la paz, que el clero debía fomentar yc ultivar con todo empeño. Como se ve, se desató una activa y terrible persecución de parte de las autoridades civiles y eclesiásticas contra el primer periódico insurgente que defendía la causa nacional."

No fueron éstos los únicos servicios que por aquellos meses de 1812 prestó el Dr. Cos á la causa nacional. También se ocupó de los asuntos espirituales de los pueblos ocupados por los insurgentes, y que por esta razón tenían bastantes dificultades en la administración de los Sacramentos. La Junta insurgente lo nombró Vicario Castrense, con cuya investidura procedió á remover Párorcos, á aprehender y confinar á presidio á algunos eclesiásticos, y á conceder dispensas matrimoniales, etc., todo lo cual dió motivo á que el Cabildo eclesiástico de México, por su edicto de 30 de Junio (1812) declarase todos estos actos nulos y atentatorios, sujetos á revalidación los matrimonios hechos por los Curas intrusos, é incursos en las censuras y excomuniones fulminadas por el derecho canónico, el mismo Dr. Cos y todos los eclesiásticos que hubiesen ejercido cualquier acto de jurisdición que no hubiese emanado del Cabildo. No obstante estas censuras, Cos continuó desempeñando su puesto de Vi-

cario Castrense, y el único que por entonces no estuvo conforme con su nombramiento, que fué Licéaga.

No obstante la oposición de Licéaga, acabó por nombrar, muy pocas semanas después, su segundo, al Dr. Cos, que en su compañía se transladó á Guanajuato en Julio siguiente; muy poco faltó para que ambos cayesen en poder de Iturbide en el Valle de Santiago el 24 de Julio; Cos se retiró á Dolores, donde se creyó seguro, y en efecto, lo estuvo durante algún tiempo, pues no era aquel punto muy frecuentado por las partidas realistas. Viéndose impune, se despertaron sus instintos bélicos, y en unión de Don Ramón Rayón trató de organizar una expedición sobre Guanajuato; llamó al efecto á Matías Ortiz, uno de los "Pachones" que entonces empezaba á distinguirse, y á varios guerrilleros, y emprendió su marcha el 27 de Noviembre por el camino de la Sierra; García Conde, previendo el movimiento, envió á Iturbide, que se vió rodeado de fuerzas superiores en una estrecha cañada: poco faltó para que el entendido y veterano Capitán fuese derrotado por el teólogo, improvisado militar; sin embargo,, aquél consiguió salir á la mina de Mellado, y reforzado oportunamente pudo rechazar á los independientes; Cos volvió á Dolores, cuyo punto conservó constantemente, pues siendo aquel el tránsito de los con-

voyes que conducían carneros, cebos y otros efectos de tierra adentro, y que volvían con tabacos y otros artículos de comercio, al acercarse los convoyes abandonaba el pueblo y hostilizaba á éstos, que á veces, para poder pasar, necesitaban nuevos refuerzos de tropas de Querétaro.

Las pretensiones de Don Ignacio Rayón para ser reconocido como único jefe de la revolución, le atrajeron la mala voluntad de Licéaga y de Verduzco, sus compañeros en la Junta de Zitácuaro, los que, sin embargo, nada habían hecho contra él, hasta que, reunidos en Urecho, (Febrero de 1813), declararon que en ellos residía la soberanía de aquélla, emplazaron á Rayón para que dentro del tercero día se presentase en la hacienda de la Parota, y como no se presentara, lo declararon traidor, con toda su familia y partidarios. Para evitar la anarquía consiguiente á esta actitud, el Dr. Cos propuso un acomodamiento, al que Verduzco y Licéaga le aseguraron que estaban bien dispuestos, y aun á renunciar sus plazas si se creía necesario. Animado con estas manifestaciones se dirigió á su turno á Rayón el 10 de Abril, haciéndole presente los males que de la desunión de los Vocales se guían á la causa nacional, y proponiéndole que los tres Vocales celebrasen una conferencia donde se hiciesen las necesarias aclaraciones y explicaciones;

Rayón eludió dar una respuesta categórica y las buenas intenciones de Cos no tuvieron el buen resultado que esperaba; lo único que se consiguió fué que Rayón, creyendo atraerse por ese medio al Doctor, le confirió el nombramiento de Comandante militar de la provincia de Guanajuato en la parte colindante con la Sierra Gorda.

Como Cos se iba familiarizando con su nuevo género de vida, sabía ya entorpecer la marcha de los convoyes y causaba muchos perjuicios al comercio; para librarse de él, el Marqués del Jaral mandó al Teniente Coronel de su Cuerpo, Vicente Bustamante á que lo batiese, como lo hizo, obligándolo á refugiarse en la Sierra (Junio de 1813) pero á su regreso fué atacado por Matías Ortiz en la villa de San Felipe, quedando muerto Bustamante, seis oficiales y muchos soldados. Aquel descalabro permitió á Cos volver á Dolores, de donde salió algunos meses después para formar parte del primer Congreso nacional que se instaló en la ciudad de Chilpancingo, el 14 de Septiembre de 1813, y al que concurrió como Diputado por la provincia de Zacatecas; llegó algún tiempo después de la instalación de ese Cuerpo y no pudo, por esta circunstancia, firmar la declaración de Independencia, hecha el 6 de Noviembre. A fines de ese mes y durante todo Diciembre y Enero de 1814, asistió Cos á las sesiones

del Congreso y con él se transladó á Tlacotepec, después de la derrota de Valladolid, cuando se vió reducido á cinco Diputados, que llegaron á disminuir hasta el número de dos (Cos y Verduzco); continuó en él ya reorganizado en Uruápan, y fué nombrado Comandante militar de Michoacán y Guanajuato. Esto fué causa de que el antiguo Comandante Don Manuel Muñíz se disgustase, y de que entre éste y Rosales hubiese las rivalidades que tan fatales fueron para ambos.

Por atender á sus tareas legislativas descuidó Cos las militares, que quedaron entregadas á Muñíz. Entre tanto, el Doctor seguía una vida bastante extraña; obligado el Congreso á huir constantemente, sin sueldo los Vocales, ni víveres ni provisiones, eran tratados como los soldados rasos; de los ochenta hombres de su escolta sólo cinco tenían fusiles; sus alimentos eran arroz y carne, cocidos muchas veces sin sal. Y sin embargo de tantas privaciones, apenas llegaban á algún paraje se dedicaban á las deliberaciones que habían de producir la Constitución de Apatzingan, y en oca siones, no encontrando algún edificio donde reunirse, lo hacían á la sombra de los árboles. ¡Admirables pruebas de constancia y de patriotismo fueron las que dieron aquellos hombres!

Habiendo quedo libre Fernando VII por

el tratado de Valencey, el Gobierno español se hizo la ilusión de que la revolución terminaría por falta de objeto, por lo que se apresuró á comunicar la noticia á los insurgentes, pero éstos ya habían declarado la absoluta independencia El Dr. Cos, para evitar malas interpretaciones, hizo publicar en Taretan un aviso, en el que trataba de demostrar lo funesto que era para España la vuelta del Soberano y lo ventajoso que para América resultaba el nuevo orden de cosas. En una proclama que desde Pátzcuaro dirigió á Negrete y á los españoles europeos residentes en México, los invitaba á que se uniesen con los hijos del país deponiendo sus rencores, y vaticinando algunos de los males que afligieron á España por causa del carácter versátil de ese Rey de funesta recordación para México. El 22 de Octubre de 1814 fué publicada solemnemente la Constitución de Apatzingan, y la firma de Cos como representante de Zacatecas se vé en ella; para la solemnidad estrenó el Doctor un magnífico uniforme de Mariscal de campo bordado en Guanajuato, é hizo ir una corta fuerza de la que en el Bajío estaba á sus órdenes.

Volvió el Congreso á establecerse en Ario, de donde tuvieron los Diputados que salir á mata caballo, por aproximarse los realistas, y Cos, que había llegado á ser miembro del Poder Ejecutivo, en compañía

de Morelos y de Licéaga, procuró poner en salvo la imprenta y los archivos y se dirigió, unido á Morelos, á Puruarán; entre tanto Iturbide, despechado de que su rápida expedición se hubiese frustrado, regresó á Pátzcuaro é hizo fusilar al Teniente Coronel Abarca, hombre de orden, muy apreciado, que sólo á la fuerza y por cuidar del orden había admitido el grado que le confirió Cos; éste, sabedor de lo ocurrido, se dirigió á Santa Efigenia y luego á Pátzcuaro, donde hizo fusilar á diez y siete prisioneros realistas para vengar la muerte de Abarca.

Cos era de carácter altivo y tenaz y muy inclinado á entrar en cuestiones de derecho, en las que no economizaba dicterios á sus contrincantes. En el año anterior había sostenido una disputa muy empeñada sobre autoridad eclesiástica, con el Obispo electo de Michoacán, Abad y Queipo; éste en circulares á sus diocesanos, declaró que Cos había incurrido en las herejías de Wiclef y de Lutero, y que por un efecto de rebeldía, no reconocía en su persona la dignidad episcopal. Cos contestó que, en efecto, no le reconocía, porque no había podido ser penitenciario, ni mucho menos Obispo de Valadolid, estando acusado muchos años hacía, de ser hereje formal: porque no se le habían dispensado las irregularidades contraídas por la ilegitimidad de

su nacimiento: porque estaba nombrado por autoridad ilegítima, y porque aunque lo fuese la regencia de España, no residían en ella las facultades del patronato real para presentar á beneficios eclesiásticos. Fernando VII, á su regreso á España, confirmó esta misma opinión, y obró según ella con respecto al Arzobispo electo de México Bergosa, y al mismo Abad y Queipo. Por estas y otras muchas razones que alegó, ocurrió Cos al Cabildo eclesiástico por una exposición datada en Ario á 20 de Abril de 1814, pidiendo declarase nula la delegación que había hecho de sus facultades en Abad y Queipo para el gobierno de la Mitra, y en las mismas fundó la necesidad en que el Gobierno independiente había estado, de nombrar un Vicario General Castrense, que era legítimo en virtud de las circunstancias en que se encontraba la nación. Por estos principios y porque según Cos, Abad y Queipo era un excomulgado vitando, que no podía tener intervención alguna con los fieles, ni ejercer sobre ellos acto alguno de jurisdicción eclesiástica, mandó publicar un bando en su cuartel general de Pátzcuaro en 27 de Marzo de 1814, por el que previno: que ningún individuo de cualquiera clase y condición que fuese, mantuviese correspondencia pública ni privada con Abad y Queipo, so pena de ser tratado como traidor á la nación: que ni los curas ni otro

eclesiástico ocurriesen al supuesto Obispo electo, por licencias, dispensas ni otra ninguna gracia de las que dependen de la jurisdicción eclesiástica, siendo considerados los contraventores como enemigos públicos: que si el Cabildo eclesiástico de Valladolid no accedía á nombrar delegados en los países ocupados por los insurgentes, todos los ocursos que se ofreciesen se harían al Vicario general por medio de las autoridades políticas ó de los comandantes militares: y por último, que siendo notorio el abuso que se estaba haciendo del Sacramento de la penitencia, para indagar los confesores las opiniones políticas de los penitentes é inducir á éstos á separarse del partido de la revolución, prevenía que siempre que algún penitente notase en el confesor tales intenciones, lo delatase al Gobierno independiente, ocurriendo á los Magistrados ó á los Comandantes de sus respectivos Distritos.

Llamado el Doctor por el Congreso, reunido nuevamente en Uruápan, para que explicase su conducta de haber mandado fuerza armada siendo miembro del Poder Ejecutivo, lo que estaba prohibido. Cos se negó á presentarse y se ocupó de aumentar sus fuerzas; llamado nuevamente, se declaró contra el Congreso en un manifiesto expedido en el fuerte de San Pedro Zacapu el 30 de Agosto de 1815, y que hizo circular en-

tre todos los insurgentes, corporaciones, religiones y obispos. En él trata de demostrar la ilegitimidad del Congreso, por no ser de nombramiento popular sus miembros, acusa á éstos de traidores suponiéndolos vendidos al Gobierno español, les niega facultades en las disposiciones dictadas sobre eclesiásticos, que eran, sin embargo, las mismas que él había puesto en práctica como Vicario Castrense, de haberse apoderado de toda autoridad ejerciendo los tres poderes, y concluye excitando á negar la obediencia al Congreso hasta que se instalase legítimamente, de acuerdo con Morelos y con Rayón. Esta conducta del Doctor fué inexplicable para sus contemporáneos, y lo es aún para la posteridad, que no puede averiguar la causa en que se fundó; sin embargo, como era escandalosa, necesitaba reprimirse, y el Congreso ordenó á Morelos que procediese á la prisión de Cos, facultándolo para fusilarlo si hacía resistencia. Morelos ninguna dificultad tuvo en obedecer, pues los soldados de aquél se negaron á hacer fuego sobre el ex-Generalísimo.

Llevado ante el Congreso, fué juzgado y condenado á muerte, pero sin ánimo de ejecutar la sentencia, y para llegar á este resultado, procuró que el preso hiciese un acto, por insignificante que fuese, de sumisión, y se le enseñó el ataúd en que había de ser encerrado su cuerpo, Cos no fla-

queó y aun dijo: "Mayor dolor me causará una pulga, que el tránsito de la vida á la muerte." La sentencia se hubiera, pues, ejecutado, si el Cura de Uruápan, Br. Don Nicolás Santiago Herrera no se hubiera presentado ante todo el Congreso reunido y puesto de rodillas, pidiera la vida de Cos para que no se manchase la causa de la insurrección con la sangre de un sacerdote; después de alguna vacilación y en los momentos en que el sentenciado era sacado de la prisión, apoyó al "venerable Herrera," como por sus virtudes y vida ejemplar era llamado, el Párroco de Uruápan y el Lic Isasaga, Diputado. La sentencia de muerte fué conmutada por la de prisión perpétua en los calabozos subterráneos de Atijo.

Conducido á ellos, la única distracción del prisionero era ver los lobos y tigres que bajaban á beber agua del arroyo cercano. Como era fácil preveer, no duró en las prisiones mucho tiempo, pues después de disuelto el Congreso, la anarquía se entronizó en el campo insurgente, y en una de las campañas de Don Pablo Galeana contra los Rayón, éstos se acercaron á la prisión y entonces pudieron huir el Dr. Cos, el padre Navarrete, que también estaba preso, y hasta el Alcaide, (Marzo de 1816). Por espacio de pocos meses siguió el Doctor la suerte de Rayón, al que era muy adicto,

pero decepcionado al fin, procuró indultarse, como lo hizo, por conducto del Cura Conejo, de Pátzcuaro; para ello puso dos condiciones: que jamás se le hablaría de su conducta pasada, y que no volvería a su Diócesi; aceptadas ambas, se le concedió el indulto y se le dejó residir en Pátzcuaro, donde pronto se granjeó la general estimación, por su trato afable y por su entera dedicación á las funciones de su ministerio; su antiguo Prelado, el Obispo de Guadalajara, lo protegía indirectamente, haciendo que se le proporcionase lo que necesitaba. Tres años sobrevivió á su indulto, y en fines de Noviembre de 1819 falleció tranquilamente, víctima de una inflamación de garganta.

El Dr. Cos fué durante algún tiempo una de las figuras más notables de la revolución, y á pesar de sus extravíos, supo prestar verdaderos é importantes servicios á la causa de la Independencia



ALBINO GARCIA

Este es el tipo genuino del ranchero del interior, que tanto por su inclinación á las aventuras como por no verse en el caso de saldar buenamente las cuentas que pudiera tener con la justicia, se lanza á la revolución, donde satisface sus aspiraciones, se emancipa de la sociedad y juega un largo albur en el que llega á perder la vida.

Era originario del Valle de Santiago, en el Estado de Guanajuato, y su ocupación, antes de 1810, era la de caporal ó vaquero de las haciendas de las inmediaciones; sabía manejar perfectamente el caballo y la reata, y era un charro consumado que disfrutaba de fama en la comarca. La revolución de Dolores se proclamó en tiempo muy oportuno para él, que con ella vió un refugio seguro é inexpugnable para la justicia virreinal, que lo buscaba. Desde Noviembre

de 1810 se lanzó al campo con una partida corta que á poco fué creciendo, y que llegó á ser el terror de la provincia. Las circunstancias de ignorar Albino el arte de la guerra y de componerse sus fuerzas casi exclusivamente de tropas de caballería, hicieron que no fuese más peligroso y que no pudiese intentar grandes hazañas.

"Albino García no era hombre culto ni instruido; pero no le faltaba viveza y talento natural. No había sido soldado ni conocía la táctica militar; pero en su esfera de guerrillero insurgente, dió inequívocas pruebas de su táctica especial ó su peculiar estrategia; mantuvo en continuo movimiento y alarma á los jefes realistas, hostilizándolos sin descanso, batiéndolos en todas partes, burlando sus persecuciones, desconcertando sus planes y yendo á provocarlos en sus mismos atrincheramientos ó plazas fuertes. Tampoco era un hombre familiarizado con las ideas de orden, de disciplina y de moralidad; pero poseído de energía y de grande resolución, supo dominar con su ruda palabra y con su personal ejemplo á sus subordinados, quienes no sólo lo obedecían y lo respetaban, sino que también le tenían grande afecto."

"El Manco" García se adhirió con entusiasmo á la causa de la Independencia, y como disfrutaba de grandes simpatías en el Bajío, donde era conocido como hombre

atrevido y capaz de acometer difíciles y arriesgadas aventuras, muy pronto consiguió reunir á su lado un grupo de hombres igualmente atrevidos y resueltos, que lo seguían de buena voluntad y lo ayudaron á conquistar la fama que adquirió como uno de los guerrilleros más famosos de la revolución insurgente.

Muchos fueron los combates en que tomó parte Albino, unos favorables y otros adversos; pero en todos ellos dió siempre evidentes pruebas de arrojo y valentía, y puede asegurarse que la activa y destructora campaña que durante año y medio sostuvo contra los realistas, fué una cadena no interrumpida de actos de intrepidez, de asaltos intempestivos, de combates rudos y sangrientos y de episodios interesantes.

Albino García llegó á reunir bajo su mando á algunos miles de combatientes de las tres armas; pero de prefrencia hacía uso de la gente escogida de á caballo, en la cual tenía mayor confianza y á la que procuró equipar y armar de una manera conveniente, pues con esta clase de tropa fué con la que hizo sus mejores hazañas y causó mayores males al enemigo. Al presentarse al frente de éste, formaba en línea de batalla su caballería, desprendiéndola después en dos alas para flanquearlo ó envolverlo, que era la maniobra que "El Manco" llama-

ba "corral," que algunas veces le dió buenos resultados.

Albino recibió su bautismo de fuego en Febrero de 1811, en la hacienda de Quirieco, donde se encontró con una partida de tropa de Don Angel Linares, que fácilmente puso en fuga á los insurgentes; ese encuentro obligó á aquél á permanecer inactivo algún tiempo, hasta que hubieron salido de la provincia los ejércitos realistas, y sólo quedaron pequeños destacamentos en las poblbaciones. Unida su partida á las de Natera y Cleto Camacho en Agosto de ese mismo año de 1811, entró en Pénjamo con cerca de dos mil hombres. Puso arrestado á Don José María Hidalgo y Costilla, hermanod el caudillo de Dolores, y que no tomó parte en la revolución, Sudelegado de aquel lugar, é hizo que varios vecinos tenidos como realistas, fueran amarrados y paseados por las calles, según refiere el mismo Hidalgo y Costilla en el parte que dirigió á Calleja.

Derrotado por Meneso, que lo creyó aniquilado, sorprendió á Lagos, en cuyo lugar hizo que fueran objeto de escarnio público algunas personas, que también fueron paseadas por las calles, lo mismo que hizo en Aguascalientes, donde cometió algunos saqueos y mandó que fueran paseados en burros unos señores González y Don Jose María Rico, quienes corrieron el riesgo de

ser fusilados. León se libró de ser atacado por García, gracias á la oportuna llegada de las tropas de Viña; pero el incansable guerrillero se dirigió sobre Guanajuato, de donde con trabajos fué rechazado; cuando se le creía derrotado, se presentó frente á Irapuato, lugar que no pudo tomar, por la vigorosa defensa que hizo el Comandante Esquivel. Por aquellos días, Albino concibió un plan muy atrevido, que de haberle dado resultado habría influido mucho en la revolución, quitándole al Gobierno español el más hábil General con que contaba. Calleja había ido unos días á descansar á la hacienda de Cuevas, inmediata á Guanajuato, y sabedor de ello Albino García, se acercó á ella, pero entonces el General español hizo que fuese á la hacienda una fuerza considerable, con lo que se frustró la combinación del insurgente. Habiendo salido Calleja para Guanajuato, Albino atacó la plaza, situando un cañón en el cerro de San Miguel y derrotando á las fuerzas que se le opusieron; los independientes entraron á la población llegando hasta la plaza de San Diego, pero allí perdieron el cañón y se vieron obligados á retirarse. El vecindario atribuyó á milagro la derrota de García, que ya se consideraba vencedor.

La Junta de Zitácuaro, entre tanto, celosa de su autoridad, exigía á Albino que la reconociese, pero éste, que se había lanza-

do por su cuenta al campo, se negaba á ello diciendo que "no había más soberano que Dios, ni más alteza que un cerro ni más junta que la de los ríos;" en vano se mandaron contra él á Rubí, al padre Saavedra y á Cajiga, á todos los derrotó y al último lo envió sólo y desarmado á Zitácuaro. Puesto de acuerdo con Muñíz y el padre Navarrete, resolvieron atacar á Valladolid; pero Trujillo desbarató la combinación, haciendo batir en detall á sus enemigos, para lo que envió á Don Angel Linares (2 de Febrero) con trescientos hombres; alcanzó á Albino en los cerros de Tarímbaro, y á pesar de sus tres ó cuatro mil hombres, le inflingió tan seria derrota que le quitó seiscientos caballos y lo obligó á volver á buen paso á Guanajuato.

García Conde se propuso acabar esta vez con el guerrillero, que se había refugiado en el Valle, y al efecto, ordenó á Oróz que marchase por Yuriria, en tanto que el primero marchaba por Celaya, pero Oroz no obedeció ó entendió mal la orden, y se entretuvo en batir la pequeña partida del Coronel Pulido; García Conde, que ignoraba esto, siguió hasta el Valle, donde se encontró con todas las fuerzas de Albino, que lo derrotaron, á pesar de que aquél logró llegar hasta la plaza del pueblo. Días después, reunidos los dos jefes realistas, entraron al Valle, sin encontrar al guerri-

llero, que en el ínterin se batía con Guizarnótegui, al que causaba bastantes pérdidas, y amenazaba á Irapuato, (Marzo de 1811). En Abril siguiente atacó Albino García el convoy que estaba en Salamanca y al que le quitó bastantes cargas; á pesar de que lo defendían jefes tan caracterizados como García Conde é Iturbide, poco faltó para que lo perdiesen todo, pues los insurgentes cargaron reciamente y hasta las mujeres disparaban contra los realistas: hubo necesidad de dividir el convoy en Irapuato para que pudiese llegar á su destino.

En resumen, casi no hubo un importante encuentro de armas en todo el Bajío, en que dejara de tomar parte el infatigable Albino, quien había logrado establecer una fábrica de cañones y de pólvora en el cerro de la Magdalena, y se sabe que también mandaba fabricar moneda en el Valle de Santiago, imitando el cuño de Zacatecas.

Aquel último ataque era más de lo que podía tolerarse á un simple guerrillero, por lo que en virtud de órdenes superiores marchó Iturbide á Guadalajara á ponerse de acuerdo con Cruz y Negrete, y aprovechándose de la circunstancia de haber sido aprehendido por esos días Don José Antonio Torres, la división del último pudo dedicarse á la persecución de Albino; Negrete cubriría los caminos que de Parangueo y

Yuriria conducen al Valle, y García Conde, que estaba en Silao, haría lo mismo con el de Celaya; pero García se les adelantó, pues el 1o. de Mayo atacó con numerosa fuerza á Irapuato; destacado el realista Villalva, se retiraron los insurgentes á la hacienda de las Animas, y durante todo el día estuvieron tiroteándose con aquél; como toda era tropa de caballería, no se llegaba á ningún resultado, hasta que Villalva hizo funcionar la artillería. Desapareció como el humo el ejército de Albino, y como durante seis días no lo encontró Villalva por ninguna parte, se desquitó entrando á degüello en el rancho de San Jacinto, donde sólo se encontró un hombre, que fué muerto; mientras esto sucedía, Albino atacaba inútilmente á Celaya el 5 de Mayo. El día 15 salió García Conde á las dos de la mañana de Silao para poner en planta el plan acordado, pero Albino, que era sagaz, no lo esperó, sino que se dirigió con toda su fuerza sobre Negrete, que estaba en Parangueo, y lo puso en tal aprieto, que á no haber sido por la llegada de García Conde queda derrotado; el insurgente tuvo que retirarse, con alguna pérdida de gente, entre la que se contó Clemente Vidal, uno de sus tenientes de más confianza.

Los realistas, formando tres columnas, mandadas por García Conde, Negrete é Iturbide, fueron sobre el Valle, pero no en-

contraron á Albino; Negrete volvió á Jalisco y los dos restantes en vano buscaron y persiguieron al guerrillero durante diez y siete días de activa campaña, no lo pudieron encontrar en ninguna parte, á pesar de encontrarse enfermo de gota, y al fin desistieron de su propósito por entonces. Pero habiendo llegado García Conde con el convoy á Salamanca el 4 de Junio, supo que Francisco García, hermano de Albino, más conocido por "el brigadier Don Pachito," estaba en el Valle; inmediatamente formó su plan y al anochecer despachó á Iturbide con ciento sesenta jinetes en persecución del guerrillero. A las dos de la mañana del día 5 llegó el realista al Valle y por astucia se hizo del santo y seña, consiguiendo entrar al pueblo; despertados los insurgentes trataron de defenderse, y aunque muchos lograron huir, cayeron presos Albino, el brigadier Don Pachito, Pineda, varios otros jefes y murieron unos cincuenta hombres; otros tantos que cayeron prisioneros fueron fusilados; únicamente escapó Don José María Rubio, que fué Coronel de la República, y que según declaró, se encontraba contra su voluntad entre los insurgentes.

Iturbide dió aviso de su captura á García Conde y este militar se condujo de una manera bastante villana, acaso porque ya estaba cansado de la persecución, ó porque

quiso tomar venganza en el preso de los trabajos que había pasado. Para hacer mofa del preso, lo hizo recibir con el aparato de la entrada de un Capitán general, formada la tropa en la carrera, haciéndole los honores correspondiente á aquel empleo, con repique de campanas y salva de artillería; colocados Albino y su hermano en la plaza, frente al balcón del mesón en que estaba García Conde, éste los insultó de palabra y en seguida dirigió un discurso harto insulso al pueblo, que se agolpaba á ver en el abatimiento al hombre que un mes antes había puesto en tan gran conflicto aquella misma ciudad, y los soldados contemplaban con admiración al activo guerrillero que tantas fatigas les había costado. García Conde, en su parte al Virrey, le decía: "La brevedad del tiempo no me ha permitido recivir á ese generalísimo ladron con todo el tono de burla que deseaba; pero sin embargo le he hecho formar la Tropa, que estaba deseosísima de berlo, haciéndole salva de Artillería con repique de Campanas, paseándolo por la Plaza con un concurso de gente extraordinario, y lo tengo bien asegurado con todos los demás para el justo castigo que merecen."

Pasada esa burlesca escena, se procedió á tomar á Albino García algunas declaraciones, encaminadas á descubrir el paradero de los intereses que se dijo había robado.

y en seguida se le puso en capilla, lo mismo que á su hermano Francisco y á los otros dos prisioneros, dándoseles solamente el tiempo necesario para que se prepararan cristianamente.

Por fin, llegó la hora fatal para los sentenciados á la última pena, y ésta se cumplió en Celaya, la mañana del 8 de Junio, con la solemnidad y el bélico aparato que se quiso dar á la ejecución de un cabecilla contra quien pesan terribles cargos y contra el que había necesidad de emplear mucha actividad y varias divisiones, así como una larga campaña para capturarlo.

Así acabó el audaz guerrillero insurgente, que fué la continua pesadilla y el terror de los realistas del Bajío, quienes no habían podido separarlo de las filas insurgentes, ni por reiteradas y halagüeñas promesas, ni por medio del indulto, ni por amenazas y persecuciones, que no solamente iban dirigidas á él, sino también á sus padres, pues éstos fueron aprehendidos en Salamanca por orden reservada de Calleja, quien hizo le fueran enviados con una escolta al lugar donde él se encontraba, é igual suerte hubiera tocado á su esposa, si ésta, que era mujer varonil y de ánimo atrevido, no hubiera acompañado á García, compartiendo con él las duras penalidades de la campaña y los riesgos de aquella lucha sangrienta y sin cuartel.

Refiérese que la esposa de Albino, montada a caballo y con el sable en la mano, tomaba parte en los combates, animando con su ejemplo á los soldados insurgentes. Algún historiador ha dicho que esta señora, llamada Guadalupe Rangel, estuvo presa en Guadalajara en 1812; no es exacto; por Manzanitla y Jiquilpam, en aquella época había otro guerrillero llamado también Albino García, y de éste era esposa la Rangel, que habiendo conseguido probar que no ayudaba á los insurgentes, quedó en absoluta libertad.

Como se acostumbraba entonces, el cuerpo del guerrillero fué descuartizado, llevándose los miembros á Guanajuato é Irapuato y quedando la cabeza en Celaya; en 1821, el arquitecto Tresguerras reunió esos cuartos y la cabeza y les dió cristiana sepultura sobre una base de columna en un nicho del osario de la Parroquia, y en el pedestal hizo inscribir un soneto que el tiempo borró. Como no podía menos de suceder, la leyenda se ha apoderado del personaje y á propósito de los tesoros que se dice reunió Albino García en sus correrías y que depositó en las grutas del cerro de Culiacán, hay una curiosa narración de Don Fulgencio Vargas, en la que además de la leyenda el joven autor dejó ancho campo á su fantasía.



DOCTOR DON JOSE SIXTO VERDUZCO.

Este Doctor fué uno de los muchos eclesiásticos que se lanzó á la guerra llevado de la convicción de que era justa la causa de la Independencia.

Nació en jurisdicción del Obispado de Valladolid ó Michoacán, por los años de 1770 á 1773, y cuando ya estuvo en edad competente, ingresó al Seminario vallesolitano, donde hizo sus estudios; ordenado de sacerdote, sirvió diversos curatos, hasta que obtuvo por oposición el de Tuzantla, en el Sureste de Michoacán. Por cuestiones de vecindad, era conocido de Rayón, de quien fué Profesor, y el que lo tenía en gran estimación por sus conocimientos; cuando después de la retirada de Saltillo el Ministro de Hidalgo vagó algún tiempo por la provincia, fué á dar á Tuzantla, donde habló largamente con el Párroco, y ambos

empezaron á dar forma al proyecto de una Junta que diese organización á la guerra y ejerciese autoridad sobre todos los insurgentes. De aquí que cuando se tuvo á Zitácuaro se realizase ese proyecto y fuese llamado como Vocal Verduzco, ya que el Lic. Arrieta, el tercer nombrado por Hidalgo y Allende, se había indultado.

El nuevo Vocal empezó á trabajar con verdadera actividad y fué el que llevó todo el peso de los trabajos de la Junta, pues Liceaga no era muy competente para ello y Rayón estaba muy ocupado con el poder ejecutivo que ejercía, y al que iba anexo la dirección de las operaciones militares; cuando en Enero de 1812 la Junta tuvo que emigrar, creyó Verduzco que podía radicarse en las cercanías de su Curato, en Tlalchapa, pero se equivocó y el mismo tuvo que ir en pos de ella á Sultepec. Hasta entonces tuvo la habilidad de conseguir que las medidas odiosas de fusilamientos dictadas por la Junta recayesen en sus colegas; pero con la separación de éstos, que se decretó, cada uno iba á ser responsable de sus actos y á demostrar su competencia é incompetencia; á Verduzco le tocó en suerte el gobierno de la provincia de Michoacán, una parte de la cual conocía bien. A mediados de Junio de 1812 se dirigió á Huetamo, llevando como Secretario al Canónigo de la Colegiata de Guadalupe, Don

Francisco Lorenzo de Velasco, que hacía poco tiempo se había pasado al campo insurgente; de Huetamo pasó á Uruápam. punto donde estaba con más tranquilidad y en cuyo lugar disciplinó algunas tropas, para lo que "le fueron muy útiles, dice Alamán, algunos sargentos y oficiales desertores de las tropas realistas, supliendo con esto la completa ignorancia que en cosas de milicia tenían los dos Doctores," (Verduzco y Velasco).

No permanecieron allí muchos meses, pues Don Pedro Celestino Negrete fué á buscarlos y en las lomas del Calvario, inmediatas á Pátzcuaro, derrotó á Velasco, por lo que Verduzco, no considerándose seguro en Uruápan, enterró sus cañones y su metal (de lo que se apoderaron los realistas), y huyó á Apatzingan, á Tancítaro y á Araparícuaro, donde se decidió á presentar batalla, por ser ventajosa la posición, (Septiembre de 1812). Quedó enteramente derrotado el ejército insurgente, que dejó pocos prisioneros, por haberse dispersado completamente y por estar cansada la caballería realista. Negrete, creyendo bien castigado á Verduzco, regresó á Zamora, pero el Doctor se rehizo con mucha facilidad y volvió á Uruápan, pero habiendo tenido noticia de esto Negrete, dió algún descanso á su tropa y en 24 de Octubre emprendió una rapidísima marcha de tres días, en

la que hizo nueve jornadas ordinarias y consiguió sorprender á los insurgentes, que ya eran en número de mil hombres con siete cañones. Los realistas mataron muchos fugitivos, pero no consiguieron apoderarse del "cabecilla doctor," como llamaban á Verduzco, que se dirigió á Taretan y luego á Ario.

En este lugar, ya perteneciente á tierra caliente, encontró tan seguro asilo, que á su vez pensó en tomar la ofensiva, y al efecto circuló órdenes á los Comandantes insurgentes para que se le reuniesen: obedecieron Muñíz, Víctor Rosales, Suárez, Sánchez, Arias, el padre Carvajal, Montaño, Vedoya, Rodríguez, y otros, y llegó á formar una división respetable, aunque no de veinticinco mil hombres como dice Bustamante, que contaba buen número de cañones; en Pátzcuaro se aumentó el ejército y el padre Navarrete ofreció su cooperación. A oídos de Rayón llegó la noticia de la expedición, y ya por que no creyese á Verduzco capaz de realizarla, ya por otra causa, le dió orden de que la suspendiese hasta su llegada, pero aquél no obedeció, y en los últimos días de Enero de 1813 se presento con seis mil hombres frente á Valladolid. Linares, que mandaba en la ciudad, y que no tenía esperanzas de ser socorrido, se defendió valientemente, y en una salida que hizo Orrantia derrotó á los insurgentes, ma-

tándoles 1,200 hombres, y les quitó su artillería, trenes de sitio, doscientos fusiles, ciento treinta prisioneros, que no fueron fusilados, etc.; el Barón Antonelli salió en persecución de Verduzco, que se había retirado á la hacienda de Puruarán, y de tal modo lo sorprendió que hasta le quitó su equipaje, provisiones, é hizo noventa y ocho prisioneros. No sólo no era sanguinario Antonelli, sino hasta generoso, pues sabiendo que en el combate de Valladolid habían perdido el vestuario, á cada uno de ellos le dió un peso para que pudieran volver á su casa; aquellos ganapanes, en lugar de agradecer el obsequio de la vida, de la libertad y del socorro que se les hacía, apenas se vieron en lo más empinado del cerro, le gritaron, arrojándole sus monedas: "Antoñuelo, toma tu peso."

Esa derrota, además de que acabó de desacreditar á Verduzco, hizo que aumentasen sus diferencias con Rayón, que lo tachó de desobediente, y que procuró ponerse al habla con él para acabar con aquéllas; al efecto, emprendió el viaje rumbo á Pátzcuaro, á donde llegó el 9 de Febrero; pero mientras Verduzco trataba de defenderse de los cargos que aquél le hacía, una partida realista se dirigía hacia la ciudad en busca del padre Navarrete, que de ordinario residía allí. Rayón y Verduzco, que tenían poca fuerza, salieron del lugar y se dirigie-

ron á Ario y allí se quedó Verduzco, siguiendo después para Urecho, donde lo alcanzó el Cura Delgado, disgutado con Rayón, y donde pocos días después se le unió Licéaga, que también estaba resentido Fácilmente se entendieron los dos Vocales, que al fin publicaron un bando declarando que en ellos residía la soberanía y emplazando á Rayón para que dentro de tercero día se presentase en la hacienda de la Parota á contestar los cargos que se le hacían por haber usurpado la presidencia de la Junta, invadido la provincia de Michoacán, asignada á Verduzco, etc., etc.; como el emplazado no compareció, fué declarado traidor con toda su familia y los que le obedecían. Rayón, con pretexto de que se le reuniese el Lic. Solórzano (Francisco), lo hizo expedicionar por los contornos de Urecho, y los Vocales. desconfiados, lo atacaron y derrotaron, viéndose aquel jefe obligado á volver á Tlalpujahua, temeroso de caer en manos de sus enemigos.

Allí publicó una proclama vindicándose y acusando á su vez á aquéllos; los jefes independientes se dividieron más de lo que estaban y en vano Cos procuró avenir al triunvirato: por aquellos días ocurrió la derrota de Don Ramón Rayón en Salvatierra por Iturbide estando próximo Licéaga y muy lejano Verduzco, el que no obstante, fué acusado por el Ministro de Hidalgo, de

haberse indultado. Estas disensiones hicieron que Morelos, al cual todos habían ocurrido como el jefe de más prestigio que había, tomase participación directa en el asunto y con pretexto de reunir el Congreso nacional les diese cita en el pueblo de Chilpancingo; Verduzco y Licéaga acudieron prontamente; no así Rayón, que puso muchas dificultades y que en último término se vió obligado á obedecer porque se veía amenazado de que el Congreso se abriese sin su presencia. El 15 de Septiembre de 1813 empezó á funcionar ese Cuerpo, y Verduzco, aclamado Presidente. tuvo en él la representación de la provincia de Michoacán; siguió reuniéndose en diversos lugares, hizo la declaración de Independencia. y en Enero del año siguiente se transladó á Tlacotepec. Verduzco, que lo había acompañado en todas sus peregrinaciones, pidió licencia, pero habiéndole sido negada. continuó en su puesto y contribuyó á formar la Constitución de Apatzingan, que firmó, publicada el 22 de Octubre de 1814. Algún tiempo después, terminado el período que debía funcionar, se retiró á su Curato de Tuzantla, donde por temporadas vivió tranquilamente, sin que lo persiguieran los realistas.

En Noviembre de 1816 estuvo en riesgo de ser aprehendido por el Capitán Amador, pero su sangre fría y la ligereza de su ca-

ballo lo salvaron; se ocultó en los montes ó en el rancho de las Piedras, inmediato á Tiripitío, y en Agosto de 1817, cansado del tan largo reposo que había tenido, se presentó á la Junta insurgente de Jaujilla, la que lo nombró Comandante general de la provincia de México y luego de la del Sur, pero no pudiendo reunir ni una insignificante partida, se retiró á Purichucho, cerca de Huetamo. Los realistas Cueva y Salazar, sabedores del escondite del Doctor, cercano al en que estaba Rayón, resolvieron apoderarse de ambos por un atrevido golpe de mano, muy arriesgado, por tener que atravesar el río donde empezaba la jurisdicción de Bravo y de Guerrero. La combinación dió resultado y el 10 de Diciembre de 1817 fué hecho prisionero Verduzco y llevado violentamente al otro lado del Mexcala; Bravo, empeñado en libertar á los presos, fué á su turno hecho prisionero y á todos los condujo Armijo, que se hizo cargo de ellos, á Cuernavaca, y de ahí los envió á México.

Verduzco fué encerrado en los calabozos de la Inquisición, (1o. de Febrero de 1818), y en ellos y en el convento de San Fernando permaneció preso treinta y dos meses, hasta Octubre de 1820, que se alivió algo su situación; llevado á la cárcel de Corte, permaneció incomunicado dos meses y medio más, hasta el 23 de Diciembre, que fué

puesto en libertad en virtud de un indulto publicado: dió fianza de no volver á la revolución, que estaba casi extinguida, y escogió como punto de residencia la Villa de Zamora. Se encontraba allí cuando Iturbide se pronunció por la Independencia; pero Verduzco, ignorando el resultado de la campaña, permaneció neutral, y sólo cuando se vió que aquélla iba á realizarse, se dedicó á predicar en favor de ella; después de la entrada del ejército trigarante fué promovido al Curato del Valle de San Francisco, en la provincia de San Luis Potosí, y cuando se estableció la Federación fué nombrado Senador por aquel Estado en dos ocasiones. No se presentó ante la Junta de recompensas, como lo hicieron muchos otros, y terminó sus días en esta capital, ignorándose exactamente la fecha de su fallecimiento. Los historiadores que se han ocupado de Verduzco lo han tratado bastante mal y no ha faltado quien lo califique de sumamente ignorante y atrasado.



DON MIGUEL GALLAGA.

Este caudillo, á pesar de que hizo una campaña muy corta, dejó profundos recuerdos en la memoria de los habitantes de Guanajuato y Nueva Galicia, por sus hechos.

Era sobrino de Don Miguel Hidalgo, el iniciador de la Independencia, nacido en la provincia de Nueva Galicia, donde residía la familia, y muy joven ingresó en la religión de San Juan de Dios, haciendo sus estudios en el convento que la Orden tenía en Guadalajara. Es digno de observación el hecho que los legos que se lanzaron á la revolución, como Gallaga, Villerías, Herrera y algún otro, pertenecían todos á la Orden hospitalaria de San Juan de Dios.

Desde los primeros días de la insurrección Don Miguel tomó parte en ella, pero sujeto entonces á las órdenes de Don José

Antonio Torres y de los primeros caudillos, pocas ocasiones tuvo de distinguirse; asistió al combate del puente de Calderón y estuvo en la retirada á Zacatecas, pero conocida la idea de los Generales, de dirigirse al Norte, muchos jefes y oficiales solicitaron permiso para obrar por su cuenta en territorios que les fuesen familiares, y en este número debe contarse á Don Miguel Gallaga, que se quedó expedicionando por el Sur de Jalisco, principalmente por las cercanías de Zapotlán, donde tenía algunos parientes.

Al frente de una numerosa partida de independientes empezó á distinguirse en Febrero de 1811, y mientras Cruz estaba ocupado en arreglar los asuntos de la Nueva Galicia y en pacificar Colotlán, que juzgaba muy importante, Gallaga expedicionó por el Sur y al fin se apoderó de Zapotlán con una fuerza de tres mil hombres, entre los que había bastantes jinetes y cuatro cañones. Fué destacado Negrete sobre la población y el lego, que salió á las afueras, quedó derrotado, salvándose él gracias al buen caballo que montaba: el ejército insurgente se dispersó y dejó su artillería (6 de Mayo); Gallaga y mucha de su gente se dirigieron al Sur, á donde no lo fué á buscar Negrete por ser empresa difícil hallarlo en los grandes bosques y profundas barrancas que rodean el volcán de Colima.

En pocos días reorganizó el activo guerrillero su ejército, y unido á las partidas de Cadena y de Sandoval, consiguió tener una división de cinco mil hombres, con la que ocupó Colima, que hacía pocos días había vuelto á la obediencia del Gobierno. Hubieron de unirse las partidas realistas de Linares y Del Río para atacar la ciudad, donde se les hizo una tenaz resistencia, que no fué coronada por la victoria; los insurgentes perdieron cinco cañones, muchas armas y pertrechos y huyeron por diversos rumbos, (21 de Agosto).

Gallaga se dirigió á Tomatlán, en la costa, con cincuenta hombres mal armados, y á poco lo siguió Sandoval con setenta hombres; ambos jefes habían quedado disgustados por el éxito de la batalla, y el segundo, aprovechándose de su mayor fuerza, previno al primero que saliese de Tomatlán, que era conquista suya; negóse el lego á obedecer, profiriendo expresiones ofensivas para Sandoval, que se dirigió en busca de Gallaga; al avistarse ambos, éste castigó á un soldado suyo que había obedecido una orden de aquél; entonces uno de la partida de Sandoval hizo fuego sobre el lego, que cayó gravemente herido. Sandoval dió orden de que se le levantase para llevarlo á fusilar frente á la Parroquia, y una vez allí, el mismo Don Miguel, haciéndose superior á los dolores que sentía,

se puso de rodillas, imploró la misericordia de Dios, se vendó él mismo los ojos y dió la voz de fuego. Dos balazos acabaron con él.

Los indios de la comarca, que le eran muy adictos, recogieron su cadáver, lo llevaron al Presbiterio de la Parroquia, abrieron un sepulcro, en el que estaba enterrado un eclesiástico muerto hacía algún tiempo, y sacando á éste del cajón en él depositaron los despojos de Don Miguel Gallaga. Además del apodo de "El Lego," con el que lo designaban los realistas, se le conocía con el de "El Príncipe," que le daban sus partidarios, seguramente por ser sobrino del iniciador de la Independencia. El gobierno de Jalisco se libró así, indirectamente, de un caudillo que tanto que hacer le dió en los pocos meses de campaña que hizo y que amenazaba llegar á ser un enemigo terrible si, como sucedió con otros, á fuerza de derrotas aprendía el arte de la guerra y á luchar con los realistas.



BERNARDO GOMEZ DE LARA.

Este indio de raza pura huaxteca, fué uno de los guerrilleros del Norte que con más decisión combatieron á los realistas, al frente de una gran partida formada también por indios.

Era originario de las inmediaciones de Tula de Tamaulipas y desde que Carrasco y Mireles ocuparon el Saltillo, se decidió por la revolución, pero disponiendo de una corta partida, no tuvo ocasión de distinguirse sino hasta algunas semanas después; en Marzo consiguió reunir bajo sus órdenes doscientos hombres de Tula, Nola, La Palma y otros puntos, y hacerse de algún armamento, pues al principio sólo tenían sus soldados flechas y lanzas, y con estos recursos se creyó capaz de emprender una lucha activa contra las escasas guarniciones realistas que había en la provincia y

que por esos días fueron reforzadas con la división de Arredondo, llegado de Veracruz. Después de haber ocupado numerosos pueblos del Valle de Tula y de haber puesto en conmoción á todos los indígenas de la región, se dirigió con trescientos hombres sobre Matehuala (Junio de 1811), población importante de la provincia de San Luis Potosí.

El Cura Semper, de Catorce, no pudo llegar oportunamente, y Gómez de Lara, que era más conocido con el apodo de "Huacal," por su ocupación de huacalero, ocupó Matehuala sin resistencia el día 11, cometiendo allí muchos desórdenes, de los que resultaron muertos algunos vecinos, á pesar de que el Presbítero Don Joaquín Zavala y otros eclesiásticos, temiendo justamente que Bernardo cometiera graves males á su entrada, habían procurado halagarlo, recibiéndolo con muestras de aparente regocijo, haciendo que se repicaran las campanas y llevándolo á la iglesia para darle el agua bendita.

Bernardo hizo reunir en la plaza á muchas personas del vecindario, con el fin de agregar á su tropa alguna gente, y á los que no se le unían de buena voluntad, los obligaba por la fuerza. De este modo consiguió aumentar dicha tropas con unos 700 hombres, aunque armados de una manera irregular y poco dispuestos á combatir.

Don Antonio Elosúa, Teniente de Arredondo que expedicionaba por la Sierra, al tener noticia de la ocupación de Matehuala, se movió rápidamente con su corta fuerza sobre el pueblo, temeroso de que el indio hiciera una hecatombe y consiguió llegar el 21 de Junio, mientras por el otro lado se presentaba el Cura Semper con varias partidas que había logrado reunir. Gómez de Lara, á pesar de este doble ataque, se defendió bastante, hasta que dispersados sus nuevos soldados y muertos muchos de los antiguos, se vió en riesgo de ser capturado. Su derrota fué tan completa que perdió, si se ha de dar crédito á los partes realistas, 200 muertos, 16 heridos y 169 prisioneros; él, casi sólo, escapó á uña de caballo. Las familias que esperaban la muerte reunidas en torno del Santísimo en la Iglesia, creyeron haber nacido nuevamente y por entonces la provincia de San Luis Potosí quedó pacificada.

"Huacal" huyó casi sólo rumbo á Palmillas, y durante el trayecto fué cometiendo robos y algunos asesinatos. En el referido lugar fué rechazado, y viéndose sin suficiente fuerza y tenazmente perseguido, se dirigió por las inmediaciones de San Luis Potosí, entrando por San Luis de la Paz en el Bajío, en cuya comarca le tocó tomar parte, con el padre Pedroza, Tomás Baltierra, "Negro Habanero," Landaverde, Gua-

diana, Botello y otros cabecillas, en varios combates librados contra los realistas en Celaya, San Miguel y en el cerro de la Cruz, con motivo de la reunión de insurgentes que allí hubo cuando García Conde se dirigió á Aguascalientes. El 9 de Noviembre fueron atacados Bernardo, Cleto Camacho, Tovar y González, por Don Francisco Guizarnótegui, en un punto llamado La Cabada, habiéndolos derrotado y hécholes más de 300 muertos, entre los que se contó González, (Noviembre de 1811).

Pocos días después, el 17 de Noviembre, logró entrar con sólo 40 hombres en San Miguel el Grande, con el propósito de sublevar dicho pueblo y de sacar del lugar alguna gente, armas y recursos; puso en prisión á Don Vicente Malo, único español que encontró allí, para fusilarlo, y se dirigió al convento de monjas para sacar al Cura, así como el dinero que suponía guardado.

Algunos eclesiásticos se acercaron á "Huacal" para suplicarle que se retirara, pues la población temía que se cometieran varios desórdenes; pero no les hizo aprecio y siguió ocupándose de entrar en las Casas Reales y otros lugares, en busca de armas y dinero, á la vez que sus soldados se entregaban al desorden en varios puntos de la población. Entre tanto, Don Miguel María Malo, Subdelegado del lugar, y algunos vecinos realistas, al ver que los in-

surgentes eran en poco número y andaban muy confiados, tramaron en secreto, y de acuerdo con una parte del pueblo, echarse sobre Gómez de Lara y los suyos. El referido Malo logró reunir con mucho sigilo alguna gente armada en un corral, y entonces salió resuelto á batir á los insurgentes, quienes no esperaban una agresión tan intempestiva, por cuya causa la sorpresa los desconcertó y no hicieron mucha resistencia, acabando por desordenarse, huyendo unos, y otros encerrándose en las Casas Reales, cuyo edificio fué acometido y ocupado por los habitantes de San Miguel, que hicieron causa común con sus autoridades, indignados por los atropellos que presenciaban. Gómez de Lara se dirigió entonces á los asaltantes par inquirir el motivo de tan inesperada agresión; pero lo recibieron á gritos y á pedradas, siguiéndolo hasta la orilla de la población, donde un grupo de amotinados logró capturarlo, lo mismo que á su compañero José Dolores Mireles, quienes se defendieron desesperadamente contra el crecido número de sus aprehensores.

"Huacal" y Mireles fueron conducidos á la cárcel en medio de la algarabía, los ultrajes y amenazas de la multitud, capitaneada por Malo, quien hizo que fueran pasados por las armas, en la noche del 18 de Noviembre, dentro de la cárcel, donde también fueron fusilados al día siguiente,

once compañeros de Gómez de Lara. Mireles, su compañero, hacía pocos días que se le había unido, y era nativo de la provincia de Guanajuato. Alamán asienta que Calleja aplaudió mucho este suceso, no tanto por su importancia, pues fué uno de los muchos episodios que á diario se reproducían en diferentes puntos del país, cuanto que por este paso veía comprometidos contra los insurgentes á los vecinos de San Miguel el Grande, que simpatizaban bastante con la causa de la Independencia, como que de allí habían salido varios de los principales caudillos, pero que no obstante esto, habían permanecido hasta entonces completamente neutrales.



DON JOSE MARIA MORELOS

El Cura de Nocupétaro es considerado como la figura más grande que produjo la revolución de Independencia, y se le han prodigado grandes elogios por sus dotes militares, su ciencia de gobierno, y, sobre todo, por las gloriosas campañas que llevó á caba y que más de una vez hicieron creer al Gobierno español que había llegado el fin de su dominación en Nueva España. En efecto, Don José María Morelos es una gran figura de nuestra historia, y si en lugar de vestir la sotana de los sacerdotes hubiese ceñido espada y adquirido algunas nociones del arte militar, que adivinaba, hubiera sido acaso el hombre que realizara la Independencia de México y lo inscribiera en el catálogo de los pueblos libres; la fatalidad lo dispuso de otro modo y le deparó el cadalso de Ecatepec, que si acabó con su

vida, en cambio le abrió las puertas de la inmortalidad y le atrajo la admiración de todos los mexicanos sin distinción de opiniones ni de generaciones.

Don José María Morelos y Pavón nació en Valladolid el 30 de Septiembre de 1765, en una casa contigua á la puerta del costado de San Agustín. Sus padres, Don Manuel Morelos y Doña Juana Pavón, eran originarios de Sindurio, ranchería cercana á la ciudad, donde aún hoy hay varias familias Morelos, y estaban establecidos en Valladolid en una casa de la cuadra que sigue de la capilla del Prendimiento, calle del Feo, hoy 4a. de Aldama; estando Doña Juana en los últimos días de su embarazo, fué á hacer alguna compra al tendajón que estaba situado donde hoy se ve la botica del Dr. Silva, cuando sintió los primeros dolores del alumbramiento, y los dueños del tendajón la hicieron pasar al interior de la casa, donde dió á luz un niño que recibió los nombres de José María Teclo y que fué bautizado el 4 de Octubre siguiente. Su padre, Don Manuel, era carpintero, y dejó á sus dos hijos é hija de muy pequeña edad: Doña Juana era hija de un maestro de escuela, y al quedar viuda se encontró bastante necesitada, por lo que apenas terminó su hijo José María las primeras letras, lo dedicó á trabajar.

Don Felipe Morelos, hermano de Don Ma-

nuel, que se encargó del chico, lo dedicó al oficio de vaquero, y cuando ya tuvo más edad hizo que siguiera la arriería, oficio muy socorrido entonces, con una recua de la propiedad el mismo Don Felipe. Con ella, el futuro caudillo recorrió los caminos, conoció toda la provincia de Michoacán y parte de la de México, y aun hizo varios viajes entre México y Acapulco, conduciendo artículos de los que traía ó llevaba la Nao de China; en uno de ellos compró una gramática de Nebrija y el joven, que era afecto al estudio, se deicó á aprender el latín y probablemente algunas otras materias. Siempre que volvía de algunos de sus viajes, llevaba á la que le había dado el sér el producto de su trabajo y algún pequeño regalo como muestra de cariño. Las economías que pudo hacer en varios años de incesante labor, le permitieron formar un pequeño capital, con el que logró dejar la arriería y dedicarse á los estudios, para los que sentía afición, ingresando al Colegio de San Nicolás, fundado por el primer Obispo Don Vasco de Quiroga.

Ultimamente se ha dicho que Morelos estuvo en España, donde sirvió de artillero en el ejército real, y aun se ha exhibido un documento perteneciente á las biznietas del héroe, en el que él habla de este episodio, pero parece que se trata de una carta apócrifa escrita por algún hábil pendo-

lista para causar sensación, pues nada hay que autorice semejante versión; Morelos en su causa hubiera hecho alguna referencia á ese servicio en España, y algún otro autor también habría dicho algo, ó se hubiera encontrado siquiera una alusión en tanto como se ha escrito del caudillo suriano. Así, pues, debe desecharse por completo la versión de su viaje á la península, que no tendría explicación alguna, siendo menos inverosímil todavía el que hubiese sido soldado ó hubiese estado en Filipinas, por la comunicación periódica que entonces había con el archipiélago, y por el gran número de mexicanos que iban á él en calidad de soldados, deportados, marineros y negociantes.

Morelos hizo rápidamente sus estudios y en 1799 se ordenó de Presbítero; durante su permanencia en San Nicolás conoció á Don Miguel Hidalgo, que era Rector del establecimiento, y aunque sobre este conocimiento se ha hablado mucho y se han hecho bastantes suposiciones, es lo cierto que apenas puede haber habido entre ellos las relaciones entre un superior muy ilustrado y un colegial aventajado, pero que no obstante, poco se distinguía de los demás. Entre los Profesores de Morelos se cuenta al Dr. Don Juan Salvador, ventajosamente conocido, y al Dr. Moreno, que después fué Canónigo de Oaxaca. Ya ordenado, el fu-

turo General fué nombrado Cura interino de Churumuco y la Huacana, hasta que obtuvo en propiedad, mediante oposición, lo que acredita su ciencia, el Curato de Nucupétaro y su agregado Carácuaro. Su carácter ordenado y su afición al ahorro, se confirma más al ver que en 1801 compró una casa en el callejón de Celio, que hoy se conoce con el nombre de "Casa Morelos;" en 1808, que falleció Doña Juana, él hizo los gastos del funeral y cedió á su hermana María Antonia la habitación y solar que constituían la herencia materna, situados á orillas del río Chico; su hermano Don Nicolás Morelos también hizo la misma cesión.

En su Curato de Nucupétaro permaneció varios años entregado á su ministerio, y cuando la Colonia se conmovió con la invasión de España por Napoleón, él, como tantos criollos, pensó en la Independencia. Ignórase cómo, pero el hecho es que entró nuevamente en relaciones con Hidalgo, y que ambos empezaron á trabajar en pro de la idea que tenían, y, que para ponerla en planta se carteaban frecuentemente; lo probable es que esa inteligencia haya empezado desde fines de 1808 ó principios de 1809, que fué cuando se empezó á conspirar formalmente en pro de la Independencia, y que Morelos estuviese en inteligencias con los conspiradores de Querétaro; una carta que

se ha publicado lo da á entender así: está subscripta por Hidalgo y fechada en Dolores el 4 de Septiembre de 1810, y dice entre otras cosas: "Tuve noticias del Centro;" ese centro era Querétaro é Hidalgo no hubiera hablado de él si Morelos no hubiera estado en antecedentes; "se me dice que el 29 del venidero Octubre es el día señalado para la celebración del gran jubileo que tanto ansiamos todos los americanos. Como aún puse en duda tan buena nueva, emprendí viaje á Querétaro, y el señor Corregidor me confirmó la noticia lleno de gusto, así como Doña Josefa." Ahora que ya se sabe lo que con estas frases se quería decir, queda perfectamente comprensible que el centro era Querétaro, el jubileo, el grito de independencia, y que quien parecía tener el principal papel en la conspiración era Don Miguel Domínguez.

"Por lo tanto, sigue diciendo la carta, y según lo que hablamos en nuestra entrevista de fines de Julio, me apresuro á noticiárselo y espero que usted procurará, por su parte, que en dicho día 29 de Octubre, se celebre con toda pompa y con el objeto que simultáneamente sea en todo el Anáhuac, tenga berificativo, y que con tiempo vea á sus más devotos feligreses, á fin de que tomen parte.—Yo procuraré tener á usted al tanto de todo lo que ocurra, y mi Notario Don Tivurcio está encargado de re-

cibir noticias y contestar en caso urgente. —Don Ignacio lo saluda á usted, lo mismo que el licenciado, y tienen idea de que usted hade sobresalir en esta funsión y desean llegue el día señalado que le repito. "29 de Octubre." El P. Mariano Matamoros estuvo á verme y también se fué entusiasmado y á disponerse para esa gran funsión. —Por hoy no le digo más y creo que pronto nos veremos." Si este documento es auténtico, como todo autoriza á creerlo, se verá cuán equivocados están los que creen que la conspiración estaba muy restringida y tenía pocos afiliados; desde Querétaro y San Luis hasta Jantetelco y acaso aun más allá había partidarios que trabajaban por la causa y que pretendían lanzar simultáneamente el grito para que el Gobierno español no pudiese acudir á diferentes puntos á la vez.

Es casi seguro que Morelos, tan ordenado y tan previsor, ya tenía para esa fecha del cuatro de Julio armas y municiones y que en su biblioteca de cura de aldea, al lado del Oficio parvo y de los libros de su ministerio, figuraban obras de táctica y de estrategia que supo aprovechar tan bien, dadas las dotes que para la milicia tenía. Cuando á su noticia llegó el grito de Dolores, quedaría admirado, no del movimiento, sino de la modificación que los planes del centro habían sufrido, y para cerciorar-

se de la verdad y obrar en consecuencia sin precipitarse, emprendió el viaje que terminó en Charo, donde se encontró con su antiguo maestro. Al ver aquel ejército tan numeroso y que parecía brotado de la tierra, pues pocos días tenía de formado, no dudó en que el "jubileo" daría resultado, pero acaso creyéndose incapaz (porque era humilde todavía) de formar otro igual y de realizar hazañas como las que ya había hecho Hidalgo, solicitó de éste, al decir de varios historiadores, la plaza de Capellán del ejército insurgente. El Generalísimo, que por la carta que hemos visto tenía formada buena idea de su discípulo, en lugar de concederle lo que pedía, lo nombró su Lugarteniente en el Sur, y verbalmente le dió algunas instrucciones.

El mismo día de la entrevista salió Morelos de Charo para dar principio á la epopeya que lo ha hecho célebre. Llegado á su Curato armó veinticinco hombres con lanzas y escopetas, que ya tenía preparados, y se dirigió á la costa de Zacatula, atravesando en Churumuco el río de las Balsas, que desde ese día y casi para siempre, señaló el límite del dominio español. La rapidez con que se hizo del armamento que había en Zacatula y con que se atrajo al Capitán Marcos Martínez, hacen creer que estaba en inteligencia con éste; en Petatlán aumentó su ejército y armamento, ocupó

á Tecpan, de donde huyeron los realistas, ocupó á Coyuca y se situó en el Veladero con más de tres mil hombres; todo esto lo realizó en menos de un mes, contado desde el día de la entrevista de Charo. El 13 de Noviembre recibieron sus tropas el bautismo de fuego y quedaron vencedoras; los Galeana se habían unido á su ejército y el nombre del nuevo caudillo insurgente, valiente y afortunado, llegaba á oídos del Virrey, que se apresuró á combatirlo.

Páris, con tropas de Oaxaca, llegó al Sur y empezó á obtener algunos triunfos, pero pronto fueron compensados con las derrotas que empezó á sufrir, siendo la primera la que le causó Martínez en el Paso Real de la Sábana. Frente á Acapulco fué cuando Morelos se puso al frente de sus tropas para combatir, pero no era entonces cuando había de apoderarse del castillo. La revolución cundió como reguero de pólvora por la extensísima cuenca del Mexcala, y el Gobierno virreynal empezó á recibir con más frecuencia las noticias de la derrota de sus tropas que las de sus triunfos. Morelos, que sentía ya pequeño el terreno donde operaba, subió la áspera Sierra Madre y se dirigió á Chilpancingo, consiguiendo apoderarse de este lugar y atraer á su partido á la influyente familia de los Bravo, que tantos servicios prestaron á la Independencia; en Chichihualco los soldados de

Galeana, sorprendidos en el baño, pelearon desnudos y derrotaron á los realistas. Tixtla y Chilapa siguieron la suerte de Chilpancingo, y en nueve meses de campaña Morelos era dueño efectivo de todo el Sur, no tenía ningún enemigo á su espalda, contaba con un ejército regularmente armado y compuesto en su mayor parte de infantería, á diferencia de los que se levantaban en Guanajuato y Jalisco, y se encontraba rodeado del inmenso prestigio que da una série no interrumpida de éxitos: llano y casi sin obstáculos se le ofrecían los caminos de Oaxaca y de Puebla, y aun el de México, que fué el que escogió.

Pero antes de emprender esta segunda campaña se ocupó en organizar sus conquistas; en la provincia de Tecpan, que correspondía casi íntegra al actual Estado de Guerrero, estableció administración eclesiástica y de justicia, organizó el sistema rentístico, acuñó moneda, estableció maestranzas, y atendió hasta con nimia escrupulosidad á todos los ramos administrativos, que son del resorte de un gobierno bien constituido. Aun en medio de las rudas faenas de la guerra, ó aquejándole enfermedades molestas, atendía á todo, despachaba su correspondencia y resolvía arduos negocios, sin que se sepa que tuviera un Secretario particular dedicado á facilitarle el trabajo de escritorio.

Después de algunos meses empleados en organizar, como hemos dicho, su dominios, y de ver aumentadas sus fuerzas con hombres de valer como Ayala, Trujano, Guerrero y otros, salió á campaña por el rumbo del Oriente, invadiendo la provincia de Puebla; tomó á Chiautla, defendida por Musitu, entró á Izúcar mientras sus Tenientes se dirigían á Oaxaca y Taxco, derrotó á Micheo quitándole su artillería, y amenazó á Puebla, que indefectiblemente hubiera caído en manos de los insurgentes. Pero no entraba en los planes de Morelos ocupar esa ciudad, que le hubiera dado inmensos recursos, y retrocedió al Poniente, ocupando á Cuautla y haciendo que la insurrección prendiese por los valles de Amilpas y Cuenavaca y llegase hasta los picos de la elevada cordillera de Ajusco, desde donde si divisa la ciudad de México; las avanzadas insurgentes salvaron el puerto de Nepantla y llegando al valle de México se presentaron en Chalco, á ocho leguas nada más de la capital del Virreynato. El año de 1811 terminó dejando á Morelos dueño de una inmensa extensión de las provincias de Michoacán, México, Oaxaca y Puebla, con sus flancos y espalda perfectamente cuidados y al frente de un ejército veterano, siempre victorioso y bien organizado, mandado por esos hombres tan notables que se llamaban Bravos, Galeanas, Guerrero, Ma-

tamoros, Trujano, Ayala, etc. Tenía en jaque las capitales de México y Puebla y amenazaba cortar el comercio de la capital con Veracruz.

El Virrey Venegas estaba verdaderamente espantado, y no encontrando cómo oponerse á los avances del caudillo insurgente, optó por abandonar las provincias del interior y formar un respetable Cuerpo de ejército con las tropas de Calleja y las de Puebla á las órdenes de Llano para tentar un último esfuerzo. El 12 de Febrero de 1812 salió el ejército de aquel General, en tanto que éste recibía orden de moverse sobre Izúcar, donde sufrió un fuerte descalabro; Morelos, sea porque quisiere experimentar todos los usos empleados en la guerra, sea porque no creyese que sus tropas, á pesar de su organización, estuviesen en aptitud de medirse con las de Calleja, determinó esperarlo dentro del recinto de Cuautla, pueblo que no es un punto militar y que fué fortificado provisionalmente. El 19 atacó el realista creyendo repetir la hazaña de Zitácuaro, en la que en un asalto fué tomada una plaza fortificada; pero sus columnas se vieron rechazadas y se vió obligado á formalizar el sitio. En él quedaron marchitados los laureles que el jefe español había conquistado en Aculco, Calderón, Guanajuato, Zitácuaro y otros puntos; tuvo que sitiar durante setenta y tantos

días el pueblo, que gastar gruesas sumas, que perder mucha gente, y al fin se vió en el trance de que su enemigo se le escapase, pues rompió el sitio el dos de Mayo y regresó á las márgenes del Mexcala, donde era invencible. Esa brillante defensa de Cuautla ha hecho glorioso para siempre el nombre de Morelos, y realmente es el mejor timbre que puede ostentar el caudillo suriano, pues la más exigente crítica pericial, sólo encontraría insignificantes deficiencias que también cometería el General más instruido y experimentado. Al Gobierno español le costó ese sitio cerca de un millón de pesos y muchos centenares de hombres.

A la salida de Cuautla, Morelos se dirigió á Chiautla burlando las esperanzas de los Comandantes realistas, que lo esperaban en la costa, y desde allí procuró reparar los fracasos que sus Tenientes habían sufrido mientras él sostenía el sitio: reunió un nuevo ejército, envió á Galeana al Sur y tan bien supo manejarse, que un mes después de su salida de Cuautla, éste ya había recobrado Chilapa, con lo que el Gobierno español, que daba por definitivamente hundido á Morelos, tuvo una desagradable sorpresa y comprendió que tenía necesidad de empezar de nuevo. Trujano, sitiado en Huajúapam, se defendía valientemente hacía tres meses, y lleno de fe esperaba el auxi-

lio que Morelos le prometió y que le llegó llevado por aquel mismo, los realistas de Oaxaca quedaron derrotados (13 de Julio) y la entrada de esa ciudad estaba abierta para las huestes independientes; seguro de su presa, quiso limpiar de enemigos el frente, y al efecto ocupó á Tehuacán, posición estratégica entre los dos mares muy importante, se apoderó en las cercanías de Orizaba del gran convoy que conducía Labaqui, invadió por medio de Don Nicolás Bravo la provincia de Veracruz y ocupó el camino de ese puerto, apoderándose de Chalchicomula, Orizaba, las cumbres y Zongolica. Seguro ya de que dejaba al enemigo muy quebrantado, retrocedió á Tehuacán y de allí se dirigió á Oaxaca, á donde entró fácilmente, (25 de Noviembre).

En siete meses no sólo se había repuesto de los quebrantos que sufrió en Cuautla, sino que había realizado una campaña más importante que las anteriores, apoderándose de una rica y extensa provincia que le dió inmensos recursos y que colindaba con tierras ajenas á la jurisdicción del Virrey, se encontraba en disposición de interrumpir el comercio con la metrópoli y ocupar á Puebla, lo que le hubiera facilitado su entrada á México. Todos, realistas é independientes, esperaban este movimiento, y sólo lo aplazaban para cuando, siguiendo su sistema previsor, hubiese organizado la admi-

nistración de sus nuevas conquistas. Se dedicó á esa tarea con ahinco mientras resolvía la cuestión militar, que no era muy complicada, pero seguramente influyó en su ánimo la circunstancia de que su ejército sólo era á propósito para combatir en los climas cálidos, y que si subía á la Mesa Central podía encontrarse fuera de su centro y ser fácilmente derrotado. Lo cierto es que en lugar de seguir el camino de Puebla, que era el indicado y en el que pensaba, se dirigió á Acapulco y desde este momento cometió una série de desaciertos que le costaron la pérdida de todas sus conquistas y al fin la de su libertad y su vida.

Los meses más á propósito para emprender una campaña los perdió Morelos en estrechar el sitio de Acapulco, de cuya fortaleza se apoderó en Agosto de 1813, y en seguida dedicó todos sus afanes á establecer el Congreso insurgente que al fin se instaló en Chilpancingo el 13 de Septiembre y á atacar la ciudad de Valladolid, para lo cual se puso en relaciones directas con Rayón y todos los jefes de Michoacán y Guanajuato. En tan largo período de tiempo, dió oportunidad al Virrey para que formase un ejército que nada más tenía por objeto acudir allí donde fuese Morelos, sin emprender, en el intervalo, ninguna operación seria sobre el Sur. De manera que, en cuanto se movió de Chilpancingo rumbo á Tlacotepec, el Vi-

rrey comprendió que el movimiento tenía por objeto Valladolid, y hacia aquella ciudad envió á Llano, á Iturbide y á otros jefes que con precisión matemática llegaron al lugar de su destino; la fatalidad se encargó de cegar á los insurgentes en el ataque de la ciudad, hasta el punto de que unos á otros se hacían fuego y quedaron derrotados por sí mismos viéndose obligados á retroceder hasta Puruarán; en aquél punto Morelos, obcecado, se empeñó en dar una batalla contra la opinión de sus generales. y de las más elementales reglas de la táctica y del sentido común, obteniendo el natural resultado de ver totalmente derrotado su ejército, perdido su prestigio y fusilado el más hábil de sus tenientes: Matamoros.

¡Triste tarea es la del historiador, que después de haber recreado su ánimo en referir las proezas admirables de un caudillo, se vea en la necesidad de dar cuenta de los errores cometidos por el génio en su ocaso!

Morelos, triste y desanimado, se retiró á Tlacotepec, renunció el mando del ejército y tuvo el dolor de ver invadido el país por él conquistado; sus tenientes fueron cayendo uno por uno como don Víctor Bravo. Galeana, Ayala, etc.; se dirigió á Acapulco creyendo que allí podría hacerse fuerte y no se resolvió en medio de su desgracia á dejar

entregado á su suerte á ese Congreso que tánta participación había tenido en sus desastres, perdió Oaxaca y al fin se retiró con una pequeña escolta al campo de los cincuenta pares. Llevó su abnegación, él que había mandado á todos los insurgentes, hasta el grado de desempeñar las insignificantes comisiones que se le encomendaron, como la de la aprehensión de Cos. Para coronar su obra y dar hasta el fin muestras de obediencia y sumisión al fantasma de poder que él había formado se encargó de escoltar al Congreso en su viaje á Tehuacán, resolución que le costó la libertad, pues en Tezmalaca cayó en poder de Matías Carranco, soldado del ejército de Concha (5 de Noviembre de 1815). Conducido á México, las jurisdicciones unidas le formaron causa.

No trató ni de disculparse ni de echar sobre otros las propias responsabilidades; sin arrogancia dijo la verdad hasta donde era necesaria para satisfacer á las preguntas que se le hacían, á nadie comprometió y en realidad hizo la historia de la revolución y la suya propia, desde el día que en Charo tuvo la entrevista con el Cura Hidalgo; para todos los cargos formulados encontró respuesta adecuada y sólo perdió algo de su serenidad en el momento de la degradación. Condenado á muerte, el Virrey por temor á un levantamiento, creyó prudente que la sentencia no fuese ejecutada en la capital,

y al efecto, ordenó á Concha que lo condujese á San Cristóbal Ecatepec, lugar donde se efectuó el fusilamiento frente al edificio construido por el Consulado para recibir á los virreyes. Morelos que se había preparado cristianamente para la muerte, no flaqueó ni un instante, se arrodilló por sí sólo y rezaba fervorosamente el Credo cuando recibió cuatro balas; hubo necesidad de otras cuatro para que el alma del caudillo saliese de su cuerpo. Provisionalmente fué enterrado en la parroquia del lugar.

Se ha glorificado á Morelos dando su nombre á Valladolid, ciudad donde nació, conocida ahora con el nombre de Morelia; designando una fracción del antiguo Estado de México donde se encuentra Cuautla, con el título de Estado de Morelos, y dando este mismo nombre á diversos distritos, poblaciones y municipalidades de varios Estados En la Capital tiene una estatua que desde 1866, se la hizo erigir el Emperador Maximiliano, y en otras ciudades también se le han erigido monumentos, pues siendo uno de los pocos hombres verdaderamente notables que hemos tenido, se ha procurado glorificarlo de cuantas maneras ha sido posible. Tuvo varios hijos de los que el más conocido fué don Juan Nepomuceno Almonte, nacido de una señora de este apellido, el cual existía y subsiste en Michoacán; ningunos bienes de fortuna dejó, pues cuantos pasaron por sus manos los dedicó á la revolución



DON HERMENEGILDO GALEANA

Digno teniente de un general como Morelos, fué Galeana, el cual ha sido calificado por algún escritor del Aquiles de la revolución mexicana. Y en verdad que si por aquél se siente respeto, éste inspira admiración.

Vió la primera luz en el pueblo de Tecpan, perteneciente al actual Estado de Guerrero y entonces á la provincia de Michoacán, el 13 de Abril de 1762. Respecto de sus progenitores, se sabe por tradición, que era descendiente de un marino inglés que con otros compatriotas había naufragado en la Costa Grande (al Sur de Acapulco,) habiendo ocurrido tal acontecimiento á principio del siglo XVIII; mucho tiempo tardó en aparecer otro buque, enviado por el gobierno inglés en busca de los náufragos, quienes por haberse ya aclimatado en la tierra, enlazádose con las hijas del país y haberse dedi-

cado á cultivar algodón en los terrenos feraces que para su residencia eligieron, rehusaron regresar á su antigua patria. De uno de esos colonos, cuyo nombre no conserva la tradición, nacieron don Hermenegildo y don José Antonio Galeana, siendo hijos de éste último, don Pablo, don Hermenegildo, don Antonio, don Fermín y doña Juana, de los que el primero y último no tomaron las armas contra el gobierno virreynal. Parece que el apellido inglés del progenitor fué cambiado por el de Galeana, españolizado por los hijos del país.

Se ignora los pormenores de la infancia de don Hermenegildo, aunque no es difícil adivinarlos, dada la población pequeña y tranquila en que residía, y únicamente se sabe que ya esa corta edad fué objeto de persecusiones, ignoramos por qué causa, de parte de los españoles don Toribio de la Torre y don Francisco Palacios; para evitarlos lo llevó á su lado su primo hermano don Juan José Galeana, propietario de la Hacienda del Zanjón, dedicándolo á las faenas agrícolas para las que mostró afición; allí permaneció algunos años y contrajo matrimonio, pero habiendo quedado viudo á los 6 meses no quiso volverse á casar, y cuando estalló la revolución de Dolores era un labrador acomodado, en la fuerza de su edad, que vivía descansadamente en Tecpan en

compañía de sus hermanos, primos y sobrinos.

Morelos llegó á Tecpan por Noviembre de 1810 con un corto ejército mal armado, sin artillería ni caballería, pero medio disciplinado y animoso; los Galeana se le presentaron ofreciéndoles sus servicios, y aunque el caudillo los recibió con alguna frialdad, pues ignoraba quiénes eran, los admitió en sus filas así como el donativo de algunas armas y de un pequeño cañón, llamado "El Niño," primero que tuvo Morelos y que habiéndolo comprado á un buque inglés que llegó por aquella costa les servía para hacer salvas en las funciones religiosas. Los que se adhirieron á la revolución fueron don Juan José Galeana, su hijo don Pablo y los primos de aquél don Hermenegildo y don Antonio; el otro don Pablo por su edad no se creyó apto para tomar las armas y don Fermín quedó al cuidado de los intereses de la familia. Nuestro héroe, además de su persona, llevó al incipiente ejército un valioso contingente de soldados que por simpatía á él se dieron de alta; sobre ellos ejercía don Hermenegildo, al que llamaban "Tata Gildo," verdadero ascendiente por el buen trato que les daba. El 7 de Noviembre se incorporaron los Galeana y muy pocos días después tuvo ocasión Morelos de apreciar lo que valían sus nuevos auxiliares, pues ya el 13 se batían valientemente en el Velade-

ro contra el comandante Calatayud, y "El Niño" hacía estragos en las filas realistas.

El 8 de Diciembre se distinguió don Hermenegildo en el Llano Grande y el 13 en la Sábana, á las órdenes de Avila, pero cuando Morelos pudo apreciar bien á Galeana, fué el 29 de Marzo de 1811 en el campo de los Coyotes, donde por la enfermedad del caudillo mandaba á los insurgentes el coronel Hernández, que la víspera de la acción tuyó vergonzosamente del lugar de la batalla: los soldados en el momento del conflicto eligieron por jefe á Galeana, que sin atrojarse empezó á dar sus órdenes como si fuera un jefe consumado y obtuvo la victoria; seis días después rompió el sitio y rechazó á Cosío, y desde entonces dejó de ser un oficial obscuro para convertirse en un jefe que cada día era más conocido. Morelos lo llevó á su lado cuando se dirigió sobre Chilpancingo, dándole el mando de la vanguardia; en Chichihualco se hizo de víveres y trató de decidir á los dueños de la hacienda á que se decidiesen por la revolución, para lo que no tuvo que emplear mucha elocuencia, pues los Bravo eran partidarios de ella y bastó la presencia de Morelos para que se resolviesen. Allí dió descanso á su tropa que se echó al río para bañarse cuando se presentaron inopinadamente los realistas; no obstante tal circunstancia " los negros no teniendo tiempo de vestirse pelearon des-

nudos y parecían demonios;" consiguiendo al fin dispersar las fuerzas del comandante Garrote que dejó cien fusiles y otros tantos prisioneros. En Tixtla, no teniendo ya parque sus soldados, hizo Galeana repicar las campanas para hacer creer que Morelos llegaba en su auxixlio y consiguió así infundir ánimo en los suyos y desaliento en los enemigos que al fin abandonaron el pueblo, dejando ocho cañones, doscientos fusiles y seiscientos prisioneros; ese día fué el primero que los realistas experimentaron el valor del famoso machete suriano, pues Galeana y los suyos empuñando esa arma, cargaron decididamente sobre aquellos á pesar del vivísimo fuego que se les hacía.

Estuvo en la acción de Chilapa mandando una ala, pues ya Morelos tácitamente lo consideraba como su segundo; destinado á obrar por su propia cuenta fué enviado á Tasco de cuya población se apoderó después de vencer una obstinada resistencia y habiendo pacificado la comarca esperó á Morelos que tenía el proyecto de subir á los valles altos de la Mesa Central. Habiendo solicitado auxilio los insurgentes de Toluca, Morelos fué á llevárselos enviando por delante á don Hermenegildo que se resistió valientemente en Tecualoya y libró al ejército de una derrota total, que sin su arrojo le hubieran dado los arrojados marinos que mandaban Porlier, Michelena y Toro; reti-

rados los realistas á Toluca, Galeana con la vanguardia penetró á Cuernavaca y Cuautla y destacó algunas partidas que penetraron al Valle de México hasta Juchi, Ameca y Chalco. Resuelto Morelos á esperar á Calleja en Cuautla, hizo fortificar la plaza, acopiar provisiones y dictó las medidas necesarias para que sus propósitos se cumplieran; y cuando el general español se presentó el 18 de Febrero, dió el mando del punto de Santo Domingo que era el más peligroso de todos, á Galeana, que estuvo muy oportuno en auxiliar á su general cuando éste con su escolta pretendió inquietar la retaguardia realista, movimiento en el que por poco cae prisionero. Al día siguiente que fué el ataque general de la plaza, los granaderos realistas atacaron con gran ímpetu el punto de San Diego y llegaron hasta los parapetos, pero Galeana saltando la trinchera los rechazó, matando con su propia mano al capitán Sagarra; dos nuevas columnas vuelven á la carga y por un momento se creen dueños del punto, pero á su turno son rechazados á machetazos y Calleja por primera vez en toda su campaña se vé obligado á retroceder. Al formalizarse el sitio, Galeana fué de opinión que se atacase á los realistas en su campo antes de que recibiesen refuerzos, pero Morelos se negó á ello temeroso de perder las ventajas adquiridas Durante aquél, tuvo el mando efectivo del ejército don Her-

menegildo, y aunque hizo varias vigorosas salidas, las más notables fueron las emprendidas con el fin de recobrar el agua que los realistas habían cortado; el dos de Abril en la madrugada se verificó la primera y consiguió introducir agua á Cuautla, pero Llano reforzado la volvió a cortar, entonces Galeana decidió hacer el esfuerzo que relata Calleja en su informe de 4 de Abril: "Al amanecer de ayer, quedó cortada el agua de Juchitengo que entraba en Cuautla, y terraplenada sesenta varas la zanja que la conducía con orden al señor Llano, por hallarse próxima á su campo, de que destinase el batallón de Lobera con su comandante, á sólo el objeto de impedir que el enemigo rompiese la toma: pero á pesar de todas mis prevenciones y en el medio del día, permitió por descuido que no sólo la soltase el enemigo, sino que construyera sobre la misma presa un caballero ó torreón cuadrado y cerrado, y además un espaldón que comunica al bosque con el terreno, para cuyas obras cargó gran número de trabajadores, sostenidos desde el bosque. A pesar de su ventajosa situación, dispuse que el mismo batallón de Lobera, ciento cincuenta patriotas de San Luis y cien granaderos, todo al cargo del señor coronel don José Antonio Andrade, atacase el torreón y parapeto á las once de la noche, lo que verificó sin efecto, y tuvimos cuatro heridos y un muerto." La

construcción de este fortín, levantado en momentos, á la vista y bajo los fuegos de los realistas, y artillado con tres piezas, hizo á los independientes dueños del agua, durante todo el tiempo que aún duró el sitio.

La noche del 30 de Marzo intentó Galeana apoderarse del reducto del Calvario y aunque consiguió que algunos de sus soldados entrasen á él, no pudo conservarlo por haber cargado sobre él numerosas fuerzas realistas; el 21 de Abril favoreció la salida de Perdiz y Matamoros con objeto de introducir un convoy, operación que se frustró, y cuando se decidió romper el sitio, don Hermenegildo recibió el mando de la vanguardia y consiguió durante buen rato detener á los realistas que cargaban sobre la muchedumbre inerme que acompañaba al ejército. En Chautla se reunieron los dispersos y apenas había descansado algunos días, Galeana salió contra Añorve, que se había hecho fuerte en Chilapa, lo derrotó facilmente el 4 de Junio y limpió de realistas toda esa parte de la comarca hasta la costa; en seguida siguió á Morelos á Huajuapam donde Trujano estaba estrechamente sitiado, y levantado el sitio, estuvo en la acción del Palmar donde el gobierno español perdió un gran convoy, y en el ataque de Orizaba se situó en el cerro del Cacalote desde donde rechazó á Andrade, facilitando con esta ventaja la entrada de Morelos. En la reñi-

da acción de las Cumbres donde el general hizo funcionar la artillería como el más hábil técnico, Galeana se vió en gravísimo riesgo de caer prisionero, pues hubo un momento en que se encontró sólo y con su caballo muerto; se salvó gracias á que pudo esconderse en el hueco del tronco de un alcornoque; el realista Aguila le dió por muerto y Morelos también dudaba de que se hubiese salvado, hasta que al día siguiente lo vió llegar cuando ya había salido personalmente en busca de él ó de su cadáver.

También concurrió Galeana á la toma de Oaxaca y al sitio del castillo de Acapulco para rendir el cual, se situó en el cerro de la Iguana; ocupada la ciudad faltaba apoderarse de la fortaleza; don Hermegildo encargó á su sobrino don Pablo que se apoderase de la isla de la Roqueta mientras él rodeaba el castillo; operación ésta peligrosísima, pues tenía que hacerse bajo los fuegos enemigos y en un terreno muy escabroso donde la menor imprudencia podía causar la muerte en aquellos profundos voladeros; ambas operaciones se llevaron á cabo con felicidad y el castellano de San Diego, falto de víveres y de auxilios, capituló. (Octubre de 1813). Cuando el segundo de Morelos creía que iba á descansar unos días cerca de su familia, recibió orden de dirigirse á expedicionar á la Costa Chica, operación que realizó prontamente y sólo muy pocos días

permaneció ocioso mientras se organizaba la expedición sobre Valladolid.

No podía faltar en esa función de armas, así es que estuvo presente y recibió el encargo de atacar la garita del Zapote por donde debían presentarse Llano é Iturbide; penetró á una parte de la ciudad y encontró á Llano que lo atacó con tal brío que Galeana teniendo un desastre, mandó decir á Morelos que ó lo reforzaba inmediatamente, ó mandaba que Matamoros atacase por San Pedro y Núñez por Santa Catalina, pues él iba á verse atacado por frente y espalda; Morelos comprendió el peligro y en el acto envió á Matamoros en su socorro, pero ya los realistas habían cargado demasiado récio, y lo único que Galeana pudo hacer, fué reunirse á las fuerzas de Bravo. Al día siguiente Galeana se retiró en buen orden por el camino de Itúcuaro y acudió á Puruarán designado punto de reunión, donde contra su opinión y la de los demás generales, Morelos dió orden que se diese la batalla. Derrotados completamente los insurgentes, siguió Galeana escoltando al general por Zirándaro y Coyuca.

Ya en el Sur, mientras Morelos se unía al Congreso, Galeana quedó mandando en el punto del Veladero donde lo atacó Armijo con fuerzas superiores, consiguió rechazar varios ataques pero sabiendo que Morelos era perseguido y viéndose sin recursos, rom-

pió facilmente el sitio y tuvo que refugiarse en su hacienda del Zanjón; la desgracia lo perseguía y aún allí fué á buscarlo Avilez que quedó derrotado la primera vez, pero reforzado el realista no pudo esperarlo Galeana que se refugió en el Tomatal. El Congreso lo puso á las órdenes de Rosains, ignorante en asuntos de milicia, con lo que ambos y los Bravo fueron derrotados en Chichihualco; disgustado por esta circunstancia quiso dejar las armas y aún habló de ello á Morelos, pero éste lleno de fe, todavía trató de disuadirlo. Sin embargo, volvió á su hacienda del Zanjón con ánimo de mezclarse poco en la contienda armada, pero para ello necesitaba limpiar de realistas las cercanías y todavía le sonrió la fortuna algunas veces.

Derrotó en Azayac al capitán Barrientos quitándole todo su armamento, rechazó otros ataques de Murga y Avilés y partió para Coyuca. Al pasar el río hizo replegar las avanzadas enemigas y se lanzó decididamente en su persecusión, pero atacado por fuerzas superiores, se parapetó tras de unas parotas (árboles de grueso tronco) y auxiliado por don José María Avila, empezó á defenderse; desmoralizada su gente tuvo que batirse en retirada: una partida realista guiada por un tal Oliva á quien Galeana había hecho algunos beneficios en Zanjón y en Tecpan, comenzó á llamar á Galeana por su nombre

y á avanzar sobre él con su partida; ya casi lo alcanzaba cuando don Hermenegildo picando recio á su caballo que tenía el defecto de dar de brincos, al pasar debajo de un árbol que tenía una gruesa rama en posición horizontal, recibibó de ella un fuerte golpe que lo desarzonó, otro golpe lo hizo caer en tierra, arojando sangre por boca y narices. Inmediatamente lo rodearon catorce dragones enemigos que sin embargo no osaban acercársele por el respeto que inspiraba; algo repuesto del golpe intentó defenderse cuando el soldado Joaquín León desde su caballo le tiró un balazo de carabina que le atravesó el pecho; en vano Galeana quiso sacar su espada para defenderse, el mismo León se apeó entonces y le cortó la cabeza, que puso en la punta de una lanza; los realistas sin ocuparse de perseguir á Avila y á los fugitivos, regresaron á Coyuca. El tronco quedó tirado y cuando su sobrino Pablo quiso recogerlo ya Avilés había destacado una partida que impidió la maniobra.

El comandante realista mandó fijar la cabeza en un alto palo en la plaza de Coyuca, y al ver que los denuestos y befa que de aquél despojo hicieron dos mujerzuelas de la tropa las reprendió severamente añadiendo: "Esta es la cabeza de un hombre honrado y valiente," la quitó del palo haciendo que se colocara sobre la puerta de la igle-

sia, y poco después la hizo enterrar en la misma.

La muerte de Galeana ocurrió el 27 de Junio de 1814 en el puente llamado el Salitral al lado Poniente de Coyuca, á unas dos leguas de la población. Dos de sus soldados enterraron después su cuerpo, pero como algún tiempo después fueron fusilados no se ha podido descubrir el sepulcro por más pesquisas que oficialmente se hicieron, pues el monte ha tomado diversa forma, llenándose de bosque que crece prodigiosamente en aquellos feraces parajes. La valentía de don Hermenegildo rayaba en temeridad, y en los combates parecía un verdadero león; su nombre sólo bastaba para infundir terror entre los realistas y pocos eran los que le resistían cuando se presentaba empuñando su espada que manejaba como si fuera machete. Jamás atacó personalmente á un enemigo por la espalda y no derramó sangre fuera del campo de batalla, y aún cuando se le diese orden, se resistía á fusilar á álguien. Amó con verdadera veneración á Morelos y lo respetaba tánto que siempre le habló con mucho comedimiento y esperaba á que lo interogase para dirigirle la palabra. Cuando éste supo la muerte de Galeana se abatió mucho y exclamó lleno de tristeza: "¡Se acabaron mis brazos!.... ¡ya no soy nada!........" En efecto, á Matamoros por su inteligencia lo consideraba co-

mo su brazo derecho y á don Hermenegildo, por su valor, su brazo izquierdo; á haber recibido alguna instrucción (pues no sabía ni escribir) habría superado al mismo Morelos en aptitudes militares.

El Estado de Guerero le dedicó una estatua en el paseo de la Reforma, obra del malogrado escultor, Jesús Contreras, que fué descubierta el 5 de Mayo de 1898; pero en Tecpan ó en Cuautla, que es donde más la merece, aún no perpetúa el bronce sus hazañas, las que por otra parte no necesitan de ella, pues en el Sur son relatadas con fidelidad por los padres á sus hijos y en el resto del país son también bastante conocidas.



DON NICOLAS BRAVO

He aquí otro teniente de Morelos, hoy conservado todavía con los rasgos con que la historia lo describe fielmente, pero cuya figura pasará mañana al dominio de la leyenda para agigantarla hasta convertir al guerrero del Sur en héroe. Su vida está tan llena de rasgos de bravura y de generosidad que hacen la tarea del legislador en extremo fácil, pues al narrar hechos magnánimos siente el alma más consuelo que el tener que referir exclusivamente muertes, hecatombes y sucesos desgraciados.

En Chilpancingo, pequeña ciudad del Sur de México, nació don Nicclás Bravo el 10 de Noclembre de 1786. No hizo más que los estudios primarios, pues además de que poseía suficientes bienes de fortuna para no necesitar trabajar, por aquél tiempo la afi-

ción al estudio no estaba muy desarrollada entre los habitantes de aquellas cálidas regiones y la indolencia era, como lo es hoy todavía, característica de los surianos; se dedicó á las labores del campo y ya en edad núbil contrajo matrimonio. Vivía en la hacienda de Chichihualco, cercana á Chilpancingo y propiedad de la familia, en compañía de su padre don Leonardo y de sus tíos, don Miguel, don Víctor, don Máximo y don Casimiro, que se dedicaban á las labores del campo y á la administración de la finca.

Cuando resonó en la Colonia el grito de Dolores, sus ecos llegaron hasta aquellas apartadas comarcas y fueron acogidos con simpatía por la familia que tenía que lamentar muchas demasías cometidas por las autoridades españolas; sin embargo, como la región permaneció en quietud, ellos no hicieron nada que diese á conocer sus simpatías pero las autoridades españolas eran demasiado suspicaces y á pesar de que don Nicolás estaba casado con la hija de Guevara, comandante de realistas de Chilapa, como vieran que los Bravo no obsequiaban la invitación que se les había hecho para que levantasen una compañía como habían hecho otras haciendas, empezaron á molestarlos, por lo que resolvieron retirarse todos definitivamente á Chichihualco, y aún allí tuvieron que ocultarse en la cueva de Michapan situada en una barranca de difícil ac-

ceso. á la que llevaron armas para defenderse en el caso de que fuesen atacados. Este caso no tardó en presentarse por cierto, cuando menos lo esperaban, pero sí cuando más en aptitud de defenderse estaban.

El Comandante Garrote llegó á Chichihualco con objeto de aprehender á los Bravo pero ignoraba que las fuerzas de Morelos, mandadas por Galeana acababan de llegar á la hacienda donde habían sido bien recibidas, y estaban unos soldados sesteando y otros bañándose, mientres los amos almorzaban. Entonces fué cuando los pintos de Galeana pelearon desnudos, y unidos á los sirvientes de la hacienda derrotaron á Garrote, que dejó cien fusiles y bastantes prisioneros. Los Bravo se vieron con ésto comprometidos á tomar parte decididamente en esta revolución, á la que dió no poca importancia esta familia y la de Galeana, ambas respetadas en aquella región, y fueron desde entonces los oficiales de mayor confianza de Morelos. Unicamente don Casimiro Bravo que accidentalmente no se encontraba ese día en la hacienda, no tomó parte en la revolución y permaneció neutral durante toda la lucha. (Mayo de 1811.)

Don Nicolás acompañó con el carácter de subalterno á Morelos en toda la primera campaña del Sur y en Chiautla estuvo á las órdenes de su tío don Miguel con un grado

menos inferior; después quedó á las de su padre y mandando una sección de las tropas de éste, se separó de Galeana en Tepecoacuilco para ir en auxilio de Morelos, que en su avance sobre Izúcar, se hallaba amenazado por Soto Maceda. No pudieron llegar á tiempo porque el jefe español adelantó el ataque, y quedó herido y derrotado, perdiendo su artillería y á su segundo Ortiz, pero sí reforzaron al caudillo que entró á Cuautla, donde dejó á aquéllos mientras él seguía para Tasco. Bravo tomó parte en los combates de Tenancingo y Tecualoya y se portó tan bizarramente que Morelos empezó á distinguirlo, y ya le dió mando superior.

El famoso sitio de Cuautla fué también una piedra de toque del valor y pericia de don Nicolás Bravo. Concentrados en esa población, como punto estratégico, los elementos más valiosos de la insurrección encabezados por Morelos, que había llegado á ser el único objetivo los realistas, éstos comprendieron que era preciso reconcentrar allí también lo mejor del ejército virreinal, para de una vez acabar con la guerra que se prolongaba demasiado, en concepto del virrey Venegas.

Mientras Morelos subía al valle de Toluca, ya don Leonardo estaba en Cuautla fortificándose por orden suya. Llegado Morelos

y con noticias de la aproximación de las fuerzas de Calleja, se resolvió la defensa hasta lo último. Bravo no tuvo al principio mando especial, pero habiendo salido su padre en busca de provisiones y auxilios, quedó en la división de don Hermenegildo Galeana, y en ella tuvo frecuentes ocasiones de distinguirse. Se incorporó en Chiautla, y bajo las órdenes de Morelos hizo toda la campaña hasta Tehuacán donde recibió el nombramiento de comandante militar de la provincia de Veracruz, y como tuviese noticia el general del movimiento de convoyes que por aquellos días había, ordenó á Bravo que los atacase.

Por esos días era preciso hacer pasar de Veracruz á Puebla una fuerza armada para custodia de un gran convoy y de la numerosa correspondencia de España que se había acumulado en la primera población, y que después regresara amparando otro convoy de harinas y varias otras mercancías para el abastecimiento de aquella plaza. Esto era indispensable para los realistas; y en tal virtud el Gobernador de Veracruz, Dávila, dispuso que don Juan Labaqui, que no era militar de profesión, pero sí de reconocida capacidad para el caso, saliese con 300 infantes, sesenta caballos y tres piezas de artillería ligera, fuerza que se consideró suficiente en vista de que los insurgentes estaban lejos. Era Labaqui de origen espa-

ñol y se tenía gran confianza en su cometido: como en Veracruz se ignoraba que Morelos se encontraba en Tehuacán, Labaqui esquivó el camino llano de Jalapa, que estaba obstruido por los insurgentes, y se dirigió por el de las Villas hacia Orizaba, no sin tener algunos encuentros de escasa importancia: subió luego hasta Acultzingo, y llegó á la llanura que se extiende hasta Puebla, alojándose en el pueblo de San Agustín del Palmar; punto al cual se dirigió Bravo con unos seiscientos hombres, entre los que se contaban doscientos indios de la costa, hombres aguerridos y resueltos, y sobre todo, ya bastante experimentados.

Aunque Bravo caminó toda la noche y llegó al amanecer del 19 de Agosto á las inmediaciones del Palmar, lo encontró ya ocupado por las fuerzas de Labaqui y no le quedó otro recurso que batirlo; Labaqui se atrincheró en la población y resistió durante dos días con sus noches, pero dominado por los insurgentes que se habían apoderado de las alturas del Calvario y ocupado por ellas el pueblo, fué atacado á la bayoneta en su propio domicilio, y cayó con el cráneo hendido de un sólo machetazo que le dió un negro suriano. Los realistas tuvieron más de cuarenta muertos, algunos heridos, dejaron doscientos prisioneros y perdiendo íntegro el convoy. Regresó á Tehuacán con sus heridos y en el camino encontró el refuerzo

que le enviaba Morelos, del que ya no tenía necesidad; entregó á Morelos la espada de Labaqui y salió para Veracruz atacando en Puente del Río á otro convoy que iba á Jalapa y al que hizo bastantes prisioneros. Estos repetidos triunfos sembraron el pánico entre los realistas, y Castro Terreño temió verse atacado en Puebla.

Bravo partió á Medellín y allí recibió la infausta nueva de que don Leonardo, su padre, había subido al cadalso en el ejido de México, el día 13 del mismo mes, condenado á sufrir la pena de muerte en garrote vil. Indignación y dolor profundo causó esta noticia en el ánimo del héroe del Palmar. La noticia le fué comunicada por Morelos, quien facultó para indultarse si con esta condición le salvaba la vida á don Leonardo, y le mandó que en justa represalia fusilara á los prisioneros que tenía en su poder.

Don Nicolás Bravo pensó por un momento acogerse al indulto que se le ofrecía para salvar la vida de su padre, pero recordando el caso de los señores Orduña comprendió que muy poco ó nada podía fiar en los promesas de los españoles; esos Orduña eran hermanos, Don Juan y Don Rafael, vecinos acomodados de Tepecoacuilco, no se sublevaron, pero huyeron á su rancho cuando llegó el realista Andrade, que consiguió aprehender al segundo, al

que puso en capilla, y mandó decir al primero que si no se presentaba inmediatamente fusilaría á su hemano al día siguiente. Don Juan, tanto para salvar la vida de su hermano cuanto para demostrar que no era insurgente, se presentó, y entonces Andrade puso en capilla y fusiló á los dos hermanos. En cuanto á la orden que recibió de Morelos para fusilar á los prisioneros españoles, Bravo pensó obedecerla, y en el momento que la recibió mandó poner en capilla á los trescientos que tenía en Medellín y ordenó al Capellán Sotomayor que los auxiliase; pero en la noche, no pudiendo conciliar el sueño, reflexionó que esas represalias disminuirían mucho el crédito de la causa nacional, y que observando una conducta contraria á la del Virrey, podría conseguir mejores resultados; sin embargo, tenía una orden que no podía desobedecer: pasó toda la noche pensando en lo que debía hacer, hasta que en la madrugada se resolvió á perdonar á los presos de una manera que se hiciese pública y surtiese efecto en favor de la causa nacional. A las ocho de la mañana mandó formar la tropa, hizo sacar á los realistas y les dirigió la palabra diciéndoles que el mismo Virrey los había condenado á muerte, pero que él (Bravo), no queriendo ejercer represalias, les perdonaba la vida y les daba su libertad. Con lágrimas de gozo acogieron los

condenados á muerte aquellas palabras, y sólo cinco, que eran comerciantes, pidieron sus pasaportes y uno de ellos, poco tiempo después, regaló al insurgente el paño suficiente para vestir un batallón. A envidiable altura se encumbró Don Nicolás con tan generoso rasgo.

Morelos no aprobó la conducta de Bravo; sin embargo, por su parte, tampoco cumplió su amenaza de fusilar los cuatrocientos prisioneros realistas que tenía en el presidio de Zacatula.

Con el carácter de Comandante de Veracruz empezó Don Nicolás á expedicionar por la provincia, y unido á las fuerzas que allí había atacó á Jalapa que no pudo tomar, pero situado en el puente del Rey impidió el comercio del puerto y estableció una contribución, ue ingresó á los fondos de la guerra; en esa posición impedía el paso de un convoy de cuatro millones de pesos que iba para Veracruz, y sólo la astucia del jefe español consiguió hacerlo pasar por otro punto; sin embargo, no era posible dejar aquel punto en poder de los insurgentes, y fuerzas superiores se encargaron de desalojarlo, así como de rechazarlo de Tlaliscoyan y Alvarado, que también intentó ocupar, no quedándole más recurso que retirarse á San Juan Coscometepec, lugar estratégico que se apresuró á fortificar, (Mayo de 1813). Por entonces, los guerrille-

ros de la provincia, disgustados de régimen moralizador que procuraba implantar, lo acusaron ante Morelos, que por esa ocasión no dió ninguna importancia á la acusación.

El 28 de Julio fué atacado por las fuerzas superiores de Conti, y las hizo retroceder con grandes pérdidas, dedicándose desde entonces con más ahinco á terminar las fortificaciones, porque supo que una verdadera división iba á atacarlo. Para la causar ealista era indispensable impedir á toda costa que se hiciese fuerte en Coscometepec; pues desde el sitio de Cuautla, Calleja, que había palpado los sacrificios que ello significaba, ordenó que por ningún pretexto se diese tiempo á los insurgentes de fortificarse en ninguna parte; por tanto, hízose formar una división por el Conde de Castro Terreño, compuesta del Batallón de Asturias y otros Cuerpos, fuerte en 1,000 hombres y cuatro cañones y se designó para jefe de ella al Teniente Coronel Cándano, quien en unión de Conti se presentó á la vista de Coscometepec el 5 de Septiembre y empezó desde luego á batirla. Pero Bravo, á quien por la parte de afuera ayudaba eficazmente Machorro, la defendió bien, y después de 24 días y de varios asaltos infructuosos, sin que Cándano lograse apoderarse de la posición mantenida por los patriotas, el Virrey dispuso que tomase el mando de las fuerzas sitiadoras Don Luis

del Aguila, Comandante de la provincia, á quien se juzgaba muy competente para el caso y que en efecto activó de tal modo el sitio, que obligó á Bravo á pensar seriamente en romperlo, escaso como estaba, de víveres y municiones.

A las once de la noche del 4 de Octubre, después de un asedio de setenta días, después de clavar sus dos cañones grandes y enterrar los pequeños, decidió la salida, que sus soldados aprobaron; dejó encendidas las lumbradas y ató los perros á las sogas de las campanas para que con el repique que aquéllos hiciesen, creyesen los sitiadores que aún estaban allí los sitiados, y en muy buen orden se salió con toda la fuerza y con los habitantes, pasó por el punto del río donde Machorro había derrotado á un destacamento y llegó á Ocotlán, donde dejó á los pacíficos, y siguió á Huatusco sin que nadie lo sintiese ni menos lo molestase. Aguila se desquitó arrasando el pueblo y fusilando las imágenes de los Santos. Morelos, que nunca dejaba abandonados á sus Tenientes, había enviado en socorro de Bravo á Arroyo y á Matamoros, pero sabiendo éstos que el sitio estaba roto y que un convoy de tabaco estaba cerca, lo atacó el segundo y se apoderó de él, haciendo perder á los realistas 600 hombres y apoderándose del Comandante Cándano,

que fué fusilado. Bravo cooperó á aquel hecho de armas.

Por orden de Morelos regresó al Sur para contribuir á la desgraciada expedición sobre Valladolid, y en Cutzamala se unió con los demás Generales; cumplió con su cometido de apoderarse del fortín de la garita del Zapote; pero atacado por todos lados, por la llegada de Iturbide, perdió su infantería, tres cañones, parque, y 233 prisioneros, que fueron fusilados inmediatamente; también se batió en Puruarán, y por verdadera casualidad escapó de caer prisionero. Retrocedió al Mexcala y sufrió varias peripecias y algunas derrotas, demostrando en general poca actividad, debido á que el Congreso no era muy afecto á operaciones militares; cuando este Cuerpo resolvió transladarse á Tehuacán, Bravo fué uno de los que lo escoltaron, y mandando la izquierda estuvo en la acción de Tezmalaco, en la que cayó prisionero Morelos, no cayendo aquél, por haberle mandado el Generalísimo que siguiese dando escolta á los Diputados para que el Congreso íntegro no quedase en poder de los realistas.

En Tehuacán fué nombrado Don Nicolás miembro del Tribunal Supremo, con lo que se le quitaba el mando de tropa, desacierto muy grande que no duró mucho tiempo, pues disuelto el Congreso por un pronunciamiento, Bravo, que permaneció extraño

á los sucesos que lo originaron, salió para la provincia de Veracruz, donde Victoria lo recibió mal y lo invitó á volverse al Sur; caminó rápidamente por Chalchicomula y Tepeji, se encargó del mando de la gente de Guerrero, que estaba herido, y sin ningún tropiezo llegó á Ajuchitlán. Allí, unido á Galeana, (Don Pablo), se negó á reconocer á Rayón (Ignacio), é hizo salir á Don Ramón Rayón, enviado para someterlo, de su jurisdicción. Durante el resto del año de 1816 descansó Bravo de sus tareas militares y pasó algunas temporadas en su hacienda de Chichihualco; es cierto que Armijo lo persiguió poco y por eso gozó de alguna tranquilidad. Cuando la expedición de Mina, que volvió á poner en agitación al país, Rayón trató de hacers fuerte en Jaujilla, pero la Junta de Uruápam, que quiso acabar de una vez con sus pretensiones, lo mandó prender y encomendó este encargo á Bravo, que lo cumplió sin dificultad y que condujo al preso á Patambo; se situó en seguida en Ajuchitlán, donde unido á Don Benedicto López empezó á organizar algunas fuerzas (Mayo de 1817), y á hostilizar á los realistas de Zitácuaro, y aun obtuvo algunas ventajas; éstas lo decidieron á fortificar á Cóporo, en donde rechazó al realista Mora, pero no pudo resistir mucho tiempo, y el primero de Diciembre tuvo que abandonar el fuerte al

ser atacado por Márquez Donallo, y echándose por un voladero sufrió algunas consusiones; á pie y con mil trabajos recorrió treinta leguas, hasta el Atascadero, donde consiguió un caballo que lo llevó á Huetamo.

No repuesto de sus heridas trató de libertar á Rayón y á Verduzco, que acababan de ser cogidos prisioneros, pero no lo pudo conseguir, á pesar de que obligó á los realistas á encerrarse en la iglesia de Ajuchitlán; se dirigió, sin embargo, al paso de Coyuca, fortificándolo ligeramente, pero habiéndolo flanqueado Armijo, dejó sus soldados á Guerrero y se dirigió á lo más escondido de la Sierra para curarse de las heridas que había recibido en Cóporo. Armijo, sabedor de esto, emprendió á marchas forzadas el camino del rancho de Dolores, y el 22 de Diciembre de ese año de 1817 aprehendió á Bravo y en unió de los demás presos lo condujo á Cuernavaca. Realistas é insurgentes se interesaron por la suerte de Don Nicolás, y el mismo Armijo subió á México llevando una solicitud firmada por su padre y por toda la división pidiendo la libertad del prisionero; consiguió del Virrey una suspensión y que se empezase una causa á todos los insurgentes notables, pues los soldados ya habían sido fusilados, y consiguieron salvar la vida Bravo, Rayón,

Verduzco y otras veinticinco ó treinta personas.

Dos años estuvo Don Nicolás con una barra de grillos en los pies, su ocupación era hacer cigarreras de cartón para venderlas; su familia, entre tanto, vivía á expensas de la liberalidad del español Don Antonio Zubieta, pues los bienes de la familia habían sido confiscados; "en las visitas de presos que el Virrey hacía con la Audiencia en las Pascuas y Semana Santa, nunca pidió nada, nunca se quejó de nada, y el Virrey, que en una de estas ocasiones lo socorrió con una onza de oro, solía decir que siempre que veía á Bravo, le parecía ver á un monarca destronado." En Octubre de 1820, al restablecerse la Constitución española, fué puesto en libertad y escogió la población de Izucar y después la de Cuernavaca como lugar de su residencia, permaneciendo allí hasta que Iturbide proclamó nuevamente la Independencia en Iguala; dos veces tuvo que invitar á Bravo para que se le uniera, pero éste, desconfiando, y con razón, de aquél, no le contestó, sino hasta que un mensajero del nuevo insurgente habló largamente con él; inmediatamente marchó al Sur, reunió algunos homres y volvió sobre Izúcar y Atlixco, tan rápidamente, que Hevía no pudo alcanzarlo; los antiguos insurgentes de los Llanos de Apam acudieron á ponerse á las órdenes

de Don Nicolás, que al fin se situó en Huejotzingo, amenazando á Puebla, ocupó Tlaxcala y Huamantla y aumentó considerablemente sus fuerzas con soldados de las tropas españolas. En Tepeaca se unió á Herrera, que mandaba la columna de granaderos imperiales, y rehusó el mando superior, que le correspondía; Hevía consiguió rechazarlos, y habiendo resuelto Herrera dirigirse á las Villas, Bravo decidió quedarse en los Llanos con su caballería, y allí rechazó al sanguinario Concha, terror de la comarca, ocupó Pachuca, y después de Hidalgo en Octubre de 1910, fué el primer insurgente de valer que más se acercó á México, pues estuvo en San Cristóbal Ecatepec; en Tulancingo estableció su maestranza y una imprenta, y el 14 de Junio, después de dos meses de campaña, se acercó á Puebla para sitiarla, contando ya con un ejército de 3,600 hombres, mandado por los antiguos Generales insurgentes.

Habiendo llegado Herrera con su división se estrechó de tal manera el sitio, que el 10 de Julio Llano entró en parlamento, pero como sólo se avino á tratar con el primer jefe, se estipuló (día 17) un armisticio y al fin se rindió la ciudad, haciendo en ella su entrada el ejército nacional, mandado por Iturbide, el 2 de Agosto, en medio del regocijo de los habitantes. Bravo, con su división, marchó con estudiada lentitud so-

bre México, cuyo sitio iba á empezar, pero que al fin no se verificó por haber entregado el mando y el ejército las autoridades españolas; con el ejército trigarante entró Bravo en la vieja Tenochtitlán, el inmemorable 27 de Septiembre de 1821, viendo ese día coronados sus esfuerzos de diez años y realizada la ilusión que lo llevara á tomar las armas en 1811.

El resto de la biografía de Bravo no pertenece ya á este libro y por lo mismo procuraremos nada más decir algunas palabras acerca de sus hechos. De mala gana aceptó el Imperio de Iturbide, y cuando éste cayó, á petición suya fué Bravo encargado de conducirlo á la costa, demostrando alguna severidad en su cometido, pues veía en aquél á un prisionero político y no á un Emperador que voluntariamente había abdicado y que se dirigía al destierro. Formó parte del poder ejecutivo, (1823) y después se le eligió para Vicepresidente de la República en 1824; tuvo alguna participación en nuestras divisiones políticas y se vió desterrado á Guayaquil; varias veces fué Presidente de la República en cortos períodos, siendo la última vez en 1847, ya invadido el centro del país por los angloamericanos; el 13 de Septiembre de ese año se batió en Chapultepec con los invasores, mandando á los alumnos del Colegio Militar allí establecido, y cayó prisionero. Ter-

minada la guerra se retiró á la vida privada y fuese á vivir á su hacienda de Chichihualco, donde murió el 22 de Abril de 1854. En 1886 el Gobernador de Guerrero, Arce, celebró el centenario de Bravo erigiéndole una estatua en Chilpancingo.

La figura de Don Nicolá Bravo se destaca imponente y magestuosa en la historia, y siempre digno por sus hazañas, esclarecido por sus levantados sentimientos, es y será en todo tiempo la honra y la gloria de la patria, dice uno de sus biógrafos. El atildado escritor Don Rafael Angel de la Peña escribió un notable artículo en el que hace un paralelo entre César y Bravo, que es digno de leerse, y numerosos son los escritores que se han ocupado de este personaje de la revolución mexicana, que es uno de los más populares de ella y el que más simpatías despierta; el teatro también ha llevado á la escena sus principales hechos, y en los días del Centenario, probablemente, se representará una ópera cuyo argumento es, "Bravo en Medellín," de la que escribió el libreto el conocido literato y hombre público Don Ignacio Mariscal, que poco há bajó á la tumba.



DON MARIANO MATAMOROS

Fué el segundo de Morelos, y esto sólo basta para dar idea de su capacidad, de su genio y de su patriotismo, pues el héroe del Sur sabía escoger á sus hombres y elevarlos según sus méritos, aun cuando no hubiesen tenido ocasión de darlos á conocer todavía. A él lo puso sobre toda esa pléyade de Generales improvisados que tan bien supieron secundar los proyectos del caudillo y que hicieron extremecer en su Palacio al Virrey, á pesar del poder que ejercía y de los elementos que en tres siglos de no disputada dominación había acumulado el Gobierno español.

Se ignora la fecha y el lugar del nacimiento de Matamoros, pues no ha sido posible encontrar dato alguno, si bien no se han buscado con la solicitud que se debiera. La historia lo encuentra en 1811 en su Cu-

rato de Jantetelco, perteneciente al Arzobispado de México, pero no obstante esto, creemos que cuando se disipen las nubes que cubren los primeros años de su vida, se sabrá que fué originario del Obispado de Michoacán, habiendo nacido por los años de 1770 á 1776; si ha de juzgarse por lo que fué después, no es aventurado afirmar que sus estudios fueron brillantes y acaso hechos en el colegio de San Nicolás, de Valladolid, casi al mismo tiempo ó un poco antes que los del mismo Morelos, pues se ha averiguado ya que ambos se conocían antes de 1810, y que Hidalgo también conocía á Matamoros. En la carta á que hicimos referencia en la biografía de Morelos, se habla del Cura interino de Jantetelco, diciéndose que estuvo en Dolores á visitar al iniciador de la Independencia, y que se fué muy entusiasmado y á disponerse para la gran función, ó sea para empezar la revolución, el 29 de Octubre de 1810, como estaba convenido. Ignoramos qué vicisitudes de fortuna fueron las que llevaron á Matamoros al Curato de Jantetelco, pueblecillo casi perdido en las últimas estribaciones de la Sierra Nevada, y tan distante de la provincia de Michoacán.

Sea de esto lo que fuere, inútil es perder el tiempo en hacer suposiciones, por lo que nos atendremos á lo que ya está averiguado. Matamoros era de los conspirado-

res de 1810, y si no se lanzó á la revolución al tener noticia del grito de Dolores, debe haber sido porque aún no contaba con los elementos suficientes para ello, y porque ese grito se adelantó; sabedor desde su Curato de los primeros pasos de la revolución, no pudo, como Morelos, ir en busca de Hidalgo, y permaneció en observación de los acontecimientos, que no tardaron en ser adversos para la causa con la dispersión de Aculco. Sin embargo, no ocultaba sus inclinaciones y simpatías en favor de la Independencia y nada más esperaba una oportunidad para unirse a ellos; esas inclinaciones fueron causa de que los Comandantes realistas lo molestasen continuamente, y por último, de que Roca fuese decidido á prenderlo; Matamoros no lo esperó, sino que dejando su Curato al saber la aproximación de Morelos, caminó rápidamente hacia Izúcar, y el 16 de Diciembre de 1811 se le presentó; como ya se conocían, el segundo empezó inmediatamente á utilizar sus servicios y no lo tuvo como á Bravo, bastante tiempo de subalterno, sino que á los muy pocos días le dió el grado de Coronel, medida que causó algunos celos entre los demás jefes insurgentes.

Después de permanecer algunos días al lado de Morelos en la excursión á Tasco, estuvo en las acciones de Tecualoya y Tenancingo, en la última de las cuales entró

en fuego mandando una sección, y donde obtuvo su grado de Coronel; el 9 de Febrero de 1812, que entraron los insurgentes en Cuautla ya mandaba una parte del ejército, y el 19, día del ataque de Calleja, manda en la Hacienda de Bunavista, en unión de Don Víctor Bravo, y cuando se formalizó el sitio quedó en el mismo sitio. Como empezáran á escasear los víveres, á pesar de los esfuerzos hechos por los insurgentes de afuera para introducirlos, fué enviado Matamoros, llevando á sus órdenes al Coronel Perdíz, cerca de Don Miguel Bravo para intentar la entrada de un convoy: la noche del 21 de Abril rompieron el sitio por el punto de Santa Inés: Perdíz murió, pero el ex-Cura de Jantetelco consiguió llegar á Ocuituco y á la barranca de Tlayacac, donde Bravo tenía sus provisiones, y ambos se dirigieron á la Barranca Hedionda en la madrugada del 27, y con gran brío atacaron el campamento de Llano, mientras otro Cuerpo atacaba el de Calleja y los sitiados hacían una vigorosa salida; el Batallón de Lobera fué desbaratado, pero la nueva batería de Amelcingo rechazó á los asaltantes y la combinación se frustró, con lo que la plaza no pudo ser socorrida, y Morelos decidió abandonarla.

En Chiautla se unió á Morelos con la escasa gente que mandaba, y de ahí pasó á Santa Clara, donde se ocupó de organizar

su tropa; á fines de Junio llegó á Izúcar, donde tuvo conocimiento del bando publicado el 25 de Junio, en el cual el Virrey desaforaba á los eclesiásticos que tomaran parte en la revolución; para demostrar Matamoros que los insurgentes no vulneraban los derechos de esos eclesiásticos al Regimiento de dragones que organizó, le dió el nombre del Apóstol San Pedro y le asignó por bandera un estandarte negro con una cruz roja semejante á la que usan los Canónigos en las ceremonias de la Seña, con la inscripción "Inmunidad eclesiástica." Don Manuel Terán fué el auxiliar de Matamoros en Izúcar, y con él consiguió hacer unos regulares y bien montados cañones. Acabada de organizar la división de este jefe se presentó en Tehuacán, donde Morelos lo nombró su segundo, y lo hizo salir para Oaxaca, cuya plaza iba á ser atacada. Tomó á su cargo el ataque del fortín del Marquesado, que Terán derribó al segundo tiro, y entró á la ciudad, mientras Galeana entraba por otro rumbo y se dirigía á Santo Domingo; en el Carmen se encontró Matamoros con la resistencia que le hacían los religiosos españoles; fácilmente los venció é hizo prisionero al Comandante Régules, que se había escondido en un sepulcro.

Realizado este hecho de armas, donde culminó la fortuna de Morelos, Matamoros se situó en Yanhuitlán en observación de los

Mixtecas en Enero de 1813, pero habiendo enviado tropas á Oaxaca el Capitán General de Guatemala, salió Don Mariano contra ellas (Abril), y las alcanzó en Tonalá el 19 de ese mes; la derrota que sufrió Dambrini fué completa y se vió perseguido hasta más allá de la línea divisoria. El 28 de Mayo hizo Matamoros su entrada triunfal en Oaxaca, vestido con el uniforme de Mariscal de campo y siendo objeto de calurosas felicitaciones: como premio de su victoria recibió el grado de Teniente General, lo que fué materia de rivalidades y celos entre los demás jefes. Vuelto á Yanhuitlán se ocupó activamente en disciplinar á sus soldados, proveerse de pólvora y municiones, fabricar cañones y arreglar las milicias de la provincia, pues era incansable y activísimo y siempre estaba ocupado en hacer algo útil y en hacer que los demás también lo hicieran; como su jefe, Morelos, atendía á todo, por insignificante que pareciese.

No veía, según parece, con muy buenos ojos, á Don Nicolás Bravo, y, sin embargo, corrió en su auxilio, como lo vamos á ver. Comprendiendo que la ociosidad es un mal para el soldado, discurrió de acuerdo con Morelos una nueva expedición á Izúcar, y el 16 de Agosto salió para ella, pero al llegar á Tehuicingo supo que Bravo estaba sitiado en Coscometepec y necesitado de

auxilio; con rapidez reunió las diversas partidas que había más cerca y tomó el rumbo de Chalchicomula, pero en el camino recibió la noticia de que el sitio había sido roto y que Bravo estaba en salvo: al mismo tiempo supo que la tropa realista se disponía á pasar un convoy que estaba detenido por causa de las operaciones del sitio, que exigían muchos soldados; determinó atacar á ese convoy, que iba al mando del Teniente Coronel Don Manuel Martínez y del Comandante Cándano. En la hacienda de San Francisco dispuso el plan de ataque el 13 de Octubre, y ordenó á diversos jefes que salieran en observación del enemigo, en tanto que Zavala empezaba á hostilizarlo. Al día siguiente fué el ataque entre San Agustín del Palmar y Quechula, y tan empeñado estuvo, que llegaron á la bayoneta los contrincantes; Cándano formado en cuadro caminó dos leguas, pero á metrallazos fué desorganizado casi á las puertas de Quechula; Morán, que iba á la vanguardia, consiguió salvar parte del tabaco, pero todo lo demás se perdió, y los soldados, todos españoles, del Batallón de Asturias, no tuvieron otro recurso que tirar las armas y rendirse al grito de "Viva la América," y fueron hechos prisioneros: los realistas perdieron 215 muertos, 368 prisioneros, entre ellos muchos oficiales, y 521 fusiles, sin contar el convoy. Los

prisioneros fueron conducidos á San Andrés y sólo Cándano y un oficial mexicano fueron fusilados; Matamoros celebró con salvas y repiques su victoria, y envió los prisioneros á Acapulco. Aquella victoria se hizo notable por ser la primera vez en que combatiendo de una parte puras tropas españolas y de la otra mexicanas, quedaron derrotadas las primeras, que ya, por cierto, habían sufrido gran quebranto en el sitio de Coscometepec; el Virrey llegó á preocuparse tanto por el suceso, que hasta pensó en el primer momento salir á ponerse al frente del ejército; Castro Terreño, Gobernador de Puebla, que ordenó la salida del convoy, fué depuesto; Martínez estuvo procesado y salió condenado á ser dado de baja por incapaz, y Aguila también fué sumariado. El nombre de Matamoros se hizo muy conocido en toda la Colonia y los afectos á la Independencia cifraron en él grandes esperanzas.

No permaneció mucho tiempo ya en el Oriente, pues llamado por Morelos volvió al Sur y se situó en Tepecoacuilco, de donde marchó á Tlalchapa, y ya unido al resto del ejército se dirigió á Valladolid; derrotados allí, se retiraron á Zatzio y á Puruarán, donde Don Mariano, por instrucciones de Morelos, dió la famosa batalla de Puruarán, en la que se eclipsaron todas sus glorias y él perdió la libertad al buscar paso

por el río, pues el puente había sido ocupado por los realistas. Los prisioneros hechos fueron fusilados en el mismo campo de batalla, y sólo Matamoros fué conducido á Valladolid, engrillado, y sobre una mula aparejada, en Pátzcuaro se le puso á la expectación pública, y durante el camino no se le trató nada bien; por último, llegado á Valladolid fué fusilado, sin formársele gran proceso, el 3 de Febrero de 1814, en el portal que hoy lleva su nombre y donde se lee una inscripción alusiva. Morelos escribió al Virrey proponiéndole el cange de Matamoros por doscientos prisioneros de los Cuerpos expedicionarios que tenía en la costa, pero esta proposición llegó tarde, y aunque hubiera llegado oportunamente, no habría sido aceptada, pues el Gobierno español conocía toda la importancia de su prisionero.

El Congreso de 1823 declaró á Don Mariano Matamoros benemérito de la patria y mandó escribir con letras de oro su nombre en el salón de sesiones. Los restos del héroe, depositados provisionalmente en la capilla de los Terceros de San Francisco, de Morelia, la tarde de la ejecución, fueron transladados á México en 1823 y enterrados en el altar de los Remedios de la Catedral de México.

Morelos quedó privado de su brazo derecho

y no volvió á tener fortuna en ninguna de las empresas que acometió, pues parece que con la muerte de Matamoros aquel jefe hasta la facultad de discurrir acertadamente perdió.



DON LEONARDO BRAVO

El jefe de la numerosa familia que en el Sur se lanzó decidida á luchar por la causa nacional y que supo morir por ella, bien merece un lugar distinguido en esta galería de caudillos independientes.

Era nativo de Chilpancingo, donde nació el año de 1764, de una acomodada familia española; creció cerca del campanario que le vió nacer y vivía de la labranza, en compañía de sus cuatro hermanos, de su esposa y de su hijo, ya en la citada población, ya en la cercana hacienda de Chichihualco, que era la propiedad más importante que tenía la familia. Hasta sus oídos llegó muy debilitado el eco del grito de Dolores, y aunque no empuñó inmediatamente las armas para secundarlo, ni él ni ninguno de su familia ocultaron sus simpatías por la causa independiente, lo que fué cau-

sa de que fuesen mirados con prevención por las autoridades realistas de Chilpancingo y de que para librarse de vejaciones se fuesen á vivir á Chichihualco, donde tuvieron que refugiarse en las cuevas inaccesibles de Michapa, que conocían perfectamente.

La llegada de Galeana con las avanzadas de Morelos y la presencia del Comandante Garrote, que iba á aprehender á los Bravo, fué causa de un conflicto en el que los propietarios ayudaron á los insurgentes contra los realistas, y de que su filiación netamente independiente quedase fijada, por lo que ya no tuvieron más remedio que seguir á Morelos, que no tardó en presentarse y que tenía muy buenas referencias de sus nuevos soldados, (Mayo de 1811). Con la derrota de Garrote hízose llana la ocupación de Chilpancingo y de Tixtla y aun la de Chilapa. Morelos retrocedió, una vez realizadas estas conquistas, al Veladero, donde reprimió la conspiración de Tabares y encargó á Don Leonardo el castigo de los traidores, así como la administración de la provincia de Tecpan, que acababa de crear Morelos; aquél supo secundar el pensamiento de éste y se ocupó de buscar cuevas de salitre, de construir sacos y útiles de guerra, reparar y cuidar el armamento, expedir pasaportes, etc. Decidida la segunda campaña, llamó á Don Leonardo

para que tomase parte en ella, y al efecto le confió el mando de una división que fué á operar sobre Izúcar y que atacada por Soto (17 de Diciembre), derrotó completamente á éste.

El 25 de Diciembre fué ocupada Cuautla, y mientras Morelos salía á expedicionar, Bravo levantaba trincheras, acopiaba víveres, instruía gente y adoptaba las medidas necesarias pada defender la plaza si era necesario, ó para que tuviesen un refugio los insurgentes en el caso de que resultasen derrotados en la expedición de Tenancingo y Tecualoya. Decidido el sitio de Cuautla, ó el de Cuernavaca, pues ambas poblaciones ocupaban los insurgentes, Bravo activó las fortificaciones de la primera y cuando el asalto del 19 de Febrero se le confió la posición de Santo Domingo, donde rechazó á los enemigos que se le presentaron. Continuó en el mando del punto durante todo el sitio y supo rechazar los ataques que sufrió, así como contribuir á las diferentes salidas que se hicieron; consiguió dejar la plaza en la madrugada del 2 de Mayo cuando salió todo el ejército, y por causa de la dispersión sufrida se dirigió, en unión del Teniente Coronel Don Manuel Sosa, de Don Mariano Piedras, y de veinte hombres mal armados, á la hacienda de San Gabriel, perteneciente á Don Miguel Yermo, con el fin de alojarse y pasar

la noche del día 5. Aunque la mayor parte de los empleados y sirvientes ó habían salido huyendo ó estaban en el ejército de Calleja, algunos habían vuelto después de que Morelos dejó la hacienda en Diciembre anterior, y por lo que se les pudiere ofrecer, tenían enterrados un cañón, armas y buena cantidad de municiones.

Capitaneados por un filipino y reunida la gente, desarmaron á la escasa fuerza insurgente y aprehendieron á Bravo y á sus compañeros cuando estaban comiendo, y á pesar de que se defendieron valientemente, pues Bravo era hombre de mucha fuerza corporal; no considerando seguros á los presos, los llevaron á la barranca de Tilzapotla, en la misma finca distante tres leguas de la casa, y establecieron rondas para cuidar los caminos; atraparon al Teniente Coronel insurgente Luciano Pérez, que llevaba doce hombres y solicitaron auxilio á Cuautla, de donde Calleja envió al administrador de San Gabriel y á Armijo, que llevó á los presos á aquella población; de allí el General español lo trajo á México, así como á Piedras y á Pérez.

El oidor Bataller formó la causa, en la que entre otros cargos se le hacía el de que "no contento con adoptar este partido (el de la Independencia), sedujo y atrajo á él á su hijo, hermanos, resto de familia y cuantos vecinos tuvieron la debilidad de

prestar oídos á sus especiosas seducciones, ya valiéndose de los vínculos de la sangre, amistad, ascendencia y, últimamente de la fuerza. Este mismo interés mostró en año y cuatro meses que estuvo bajo aquellas banderas, obrando unas veces por sí y otras en consorcio de otros." Aquella causa, que se llevó con lentitud, no tenía más objeto que conseguir que Don Nicolás y los hermanos de Don Leonardo se separasen de la revolución; al efecto, el Comandante Fuentes, del Sur, escribió á Don Casimiro Bravo y éste á sus hermanos, instándoles para que dejasen las armas, y á Don Nicolás se le ofreció el indulto y la vida de su padre. Ya hemos visto en la respectiva biografía las causas que aquél tuvo para no indultarse. Morelos, por su parte, escribió al Virrey proponiendo el cange de Don Leonardo por ochocientos prisioneros que tenía en diferentes puntos, proposición á la que ni quiso contestar Venegas, pues creyó rebajarse tratando con un insurgente.

Bravo y sus dos compañeros Piedras y Pérez, sufrieron la pena de garrote vil en la calzada del Egido, de esta capital, el 13 de Septiembre de 1812; el primero, sobre todo, "dió pruebas de gran firmeza en sus últimos momentos, como las había dado también de valor en la campaña, especialmente en el sitio de Cuautla." El decreto de 19 de Junio de 1823 lo declaró beneméri-

to de la patria en grado heróico y mandó levantar un monumento á su memoria en el lugar donde fué ejecutado, pero aunque se empezó á preparar el terreno, no se siguió adelante la obra y hoy será difícil identificar ese lugar; en cuanto á sus restos, no se pudieron encontrar cuando en ese mismo año de 1823 se buscaron para llevarlos á la Catedral.



DON JOSE MARIA RAYON

Fué éste el tercero de los hermanos Rayón y nació en Tlalpujahua por los años de 1767 á 1769. Sólo hizo los estudios primarios y algunos superiores en el poco tiempo que permaneció en México al lado de sus dos hermanos mayores, Don Ignacio y Don Ramón.

Vuelto á su pueblo natal se dedicó á la minería y á la agricultura, y él fué el que atendió los intereses diversos que la familia tenía en Tlalpujahua y que en un tiempo ofrecieron tan halagüeña perspectiva, que se ha llegado á decir que allí adquirió aquélla una gran bonanza. En 1810 se dejó convencer fácilmente por Don Ignacio para seguir la causa de la revolución y lo acompañó á Guadalajara, donde se dedicó principalmente al periódico "El Despertador Americano," que Hidalgo empezó á publi-

car; estuvo en la batalla de Calderón y en la expedición de retirada que los primeros caudillos hicieron hasta el Saltillo. Allí quedó definitivamente á las órdenes de su hermano Don Ignacio y lo acompañó en la retirada que emprendió á Zacatecas, mandando una pequeña parte de las fuerzas insurgentes.

Y en aquel mineral fué despachado por Don Ignacio, en compañía del padre Gotor, Capellán que había sido de Calleja, y de tres españoles, para que entregase al General español la exposición firmada por Rayón y Licéaga, en la que le daban cuenta del objeto de la revolución. Calleja recibió fríamente á los comisionados, no contestó á Rayón y puso preso á Don José María, al que tal vez hubiese fusilado, á no ser "por los influjos del Coronel Conde de Casa Real, quien le retribuyó de esa manera los servicios y buen trato que le debía en el tiempo que estuvo prisionero en poder de Hidalgo." No asistió Don José María á la acción del Maguey, por la circunstancia de estar detenido, y se dirigió resueltamente á Michoacán, uniéndose á Don Ignacio en Tuzantla y contribuyendo á las fortificaciones y defensa de la Villa de Zitácuaro, así como á que se instalase la Junta. Peregrinó con ella algún tiempo y al fin quedó en Tlalpujahua con el carácter de Comandante interino del Cantón, mientras el propie-

tario, Don Ramón, expedicionaba por Guanajuato, y Don Ignacio iba á Huichápam. Escaseando el numerario en el campo insurgente, Don José María estableció en Túxpan una fábrica de moneda que en poco tiempo fabricó reales, medios y pesetas que se necesitaban. En Diciembre se incorporó con su batallón á los de sus hermanos, con el objeto de reconocer las fortificaciones del cerro del Gallo, mas como se tuviese temor de un ataque de los realistas, salió á expedicionar por las inmediaciones y tuvo ligeras escaramuzas con las pequeñas partidas que merodeaban por el rumbo.

Acompañó parte del camino á su hermano Don Ignacio cuando fué á arreglar sus diferencias con Verduzco, y después de esta desgraciada expedición en que se vieron atacados los hermanos por fuerzas superiores, se encargó de custodiar las familias, archivos é intereses en el campo del Gallo, pero amenazada de cerca esta fortificación, salió con aquellas para la Tierra Caliente y se situó en Huetamo, al otro lado de las Balsas, donde ya no llegaba la jurisdicción virreinal. En unión de Don Ramón se dirigió á la isla de Pacanda, en la laguna de Pátzcuaro, para reconocerla y decidir si era fortificable ó no, pero la activa persecución que les hacían los realistas les impidió permanecer más tiempo allí; durante el tiempo de que pudieron disponer se

ocuparon en arreglar el viaje á Chilpancingo para que Don Ignacio ocupase se puesto en el Congreso, y el 2 de Noviembre (1813), que llegó á aquella población, presentó una pequeña división bien vestida, limpia y disciplinada que nada tenía que envidiar á los veteranos que obedecían á Morelos.

No acompañó á Don Ramón en su expedición á Oaxaca, sino que permaneció en Michoacán, y más especialmente en Tlalpujahua, y durante varios meses permaneció en la inacción ú ocupado en fabricar armas y municiones que depositaba en Cóporo, lugar que se empezó á fortificar en 1814. Estaba en ese punto cuando Llano é Iturbide lo atacaron, y contribuyó á rechazarlos; siguió en él durante algún tiempo, pues parece que estaba disgustado con Don Ignacio, y poco salió á expedicionar por las cercanías y aun parece que al fin, aquejado por una enfermedad del cerebro, acabó por dejar las armas. Sea como fuere, no se encontraba en Cóporo cuando aquella fortaleza se rindió (7 de Enero de 1817), después de siete meses de continuo asedio, pero la capitulación lo comprendió á él así como á todos sus hermanos. En una de las continuas disidencias que promovió Don Ignacio Rayón y á las que arrastró á sus hermanos, Don José María cayó prisionero de los mismos insurgentes, que lo tenían pre-

so en Patambo desde Agosto, de orden de la Junta de Jaujilla. A ese lugar fué conducido Don Ignacio, aprehendido por Bravo de orden de la misma Junta, en 1817, y cuando los realistas pasaron el río en pos de éste y del Doctor Verduzco, aprehendieron á todos y al mismo Don Nicolás Bravo, que los cuidaba, no habiéndolo hecho con Don Pedro Villaseñor, por haber conseguido escapar á tiempo.

Don José María, que había perdido completamente la razón, estaba con su esposa y sus cuatro hijos, todos los cuales quedaron en libertad por las diligencias de Don Ramón y de Don Rafael, que hicieron presente estar comprendido en la capitulación de Cóporo y que además estaba demente; llevado á Tlalpujahua permaneció allí varios años, y habiendo recobrado la razón y quedado viudo, hizo los estudios necesarios para sacerdote y se ordenó ya realizada completamente la Independencia. Pocas noticias se tienen ya de su vida, y se sabe únicamente que en 1836 era Canónigo de la Catedral de Morelia y que algún tiempo después fué Gobernador del Obispado de Michoacán; ignoramos la fecha de su muerte.

Don José María era admirador de su hermano Don Ignacio, al que siguió casi siempre, y con él conservó mejores relaciones fraternales que con Don Ramón y Don Rafael, que á su turno casi siempre estuvie-

ron unidos. Las penalidades y trabajos que sufrió después de la rendición de Cóporo y las tristes circunstancias á que se vió reducido y que lo obligaron á ir á impetrar auxilios de la Junta de Jaujilla, fueron las causas de su demencia, la que empezó con manifestaciones de violencia, de las que fueron objeto los miembros de esa Junta.



DON MIGUEL BRAVO

Fué el segundo de los hermanos Bravo que se lanzaron á la revolución en Mayo de 1811 cuando las fuerzas de Morelos, mandadas por Galeana, se presentaron en la hacienda de Chichihualco. Sea porque el Sr. Morelos descubriese en él algunas aptitudes guerreras ó porque lo viese persona formal y con hábito de mandar, le dió desde luego el mando de una pequeña fuerza en el ataque que dió pocos días después á Chilpancingo, y lo utilizó en las ocupaciones de Tixtla y de Chilapa. En Chautla Don Miguel recibió el mando de un Cuerpo de cuatrocientos hombres, con el que debía dirigirse á Oaxaca, y llevó como segundos á Don Valerio Trujano y á Don Julián Avila, y al principio no encontró enemigos; en Ometepec se encontró con Páris, que le hizo prisionero al Mariscal padre Don José

Antonio Talavera, que fué remitido á Oaxaca; el 29 de Enero de 1812 se libró la batalla en la que Bravo quedó derrotado, á pesar de que se defendió valerosamente é hizo funcionar con acierto el único cañón que tenía y que le fué quitado á la bayoneta; también perdió al Capitán García y á dos oficiales, que fueron fusilados. Frustrada de esa manera la expedición á Oaxaca, Bravo regresó á Izúcar, y el 8 de Febrero entró en Cuautla con su división ya convenientemente reforzada, pues constaba de cuatrocientos hombres de infantería y caballería y tres cañones; Trujano se había separado para tentar fortuna en Oaxaca.

En Cuautla contribuyó á rechazar el ataque de 19 de Febrero, y antes de que la plaza quedase circunvalada salió de ella, así como Larios y el Cura Tapia, para estar en observación y ayudar á la introducción de víveres y á las salidas que hiciesen los sitados; no obstante que la mayoría de sus fuerzas eran de caballería, para no ser sorprendidos se fortificaron hábilmente "en Ocuituco y Tlayacac, desde donde amenazaban con un movimiento combinado, que obligase á los sitiadores á abandonar los puntos de la línea distantes entre sí, y aunque fuese difícil que pudiesen lograr tal intento, ponían siempre á Calleja en la necesidad de estar con mucha vigilancia, á

tener pronta alguna fuerza disponible y á fatigar al ejército, sin poder separar de él los Cuerpos que era indispensable destinar á la escolta de los convoyes, pues separados de los puntos que guarnecían, quedaban expuestos á ser sorprendidos por un enemigo vigilante." Con el objeto, pues, de destruir ó alejar las fuerzas de Bravo que continuamente se dejaban ver sobre las avanzadas de los sitiadores, incomodando á los forrajeros, hizo salir Calleja el batallón de Lobera al mando del Mayor Enríquez y cuatrocientos caballos á las órdenes de Morán y Flon, con dos cañones; esta división marchó durante la noche y en la madrugada del 16 de Marzo logró sorprender á los insurgentes, á quienes desbarató no obstante que ocupaban una buena posición en los cerros del rancho de Mayotepec, y de que habían reunido ochocientos caballos, mil quinientos indios honderos y tres cañones.

Muy pocos días después volvió á rehacerse Don Miguel Bravo, y el 28 del mismo mes de Marzo, unido á Larios y á Tapia, atacó en Malpaís, al Norte de Cuautla, el convoy que conducía Armijo; ocupaban los insurgentes ambos lados del camino, y aunque fueron batidos no perdieron su artillería; Armijo fué auxiliado por el Batallón de Asturias, que libró una seguida batalla con Bravo; Calleja dice de ella "que en

su línea había pocas acciones en aquella campaña que pudieran compararsele." Don Miguel, con gran constancia, reunió nuevos elementos, y se situó en Tlayacac, donde de acuerdo con Matamoros, que había salido de la plaza, trató de introducir provisiones por Amelcingo y Barranca Hedionda; el 27 se intentó la operación, pero advertido Calleja á tiempo, había establecido una nueva batería, y aunque se vió acometido furiosamente por Bravo, por los sitiados y por otros mil quinientos que atacaron el mismo campamento del jefe realista, fueron todos rechazados, no sin que corriese riesgo de caer prisionero todo el batallón de Lobera, y perdieron todo el convoy. Este fracaso fué el que obligó á Morelos á romper el sitio, pues ya materialmente no tenía provisiones para sostenerse en la plaza.

En Ocuituco esperaba Bravo á los dispersos de Cuautla y allí llegó Morelos, que se encontró con una pequeña fuerza que fué el núcleo del nuevo ejército que con gran rapidez empezó á formar, y se transladó á Chiautla, donde al mes ya tenía regular número de soldados; Don Miguel acompañó al caudillo á Chilapa y Tixtla, que fueron recobradas por los insurgentes, y en seguida (Julio de 1812) salió en auxilio de Trujano, que estaba sitiado en Huajuápam, pero Caldelas lo desbarató, le quitó dos caño-

nes y lo obligó á replegarse sobre Morelos, que le seguía, y el que al fin hizo levantar el sitio. Estaba Bravo en Tehuacán cuando supo la muerte de su hermano Don Leonardo, que le afectó bastante; Morelos, para distraerle, lo envió á expedicionar por las Mixtecas, donde reunió dos mil hombres, y se dirigió después á incorporarse al grueso del ejército, que marchó sobre la importante plaza de Oaxaca; en esta función de armas estuvo á las órdenes de Galeana y ocupó el punto del Marquesado. Despachado á Jamiltepec, en la costa, se hizo dueño de todas las poblaciones de aquélla y en unión de su hermano Don Víctor, consiguió que todas las fuerzas realistas se refugiasen en el castillo de Acapulco y que el Comandante Rionda saliese para México; al mismo tiempo auxiliaron á su otro hermano Don Máximo, que se encontraba en aquellos rumbos, y terminada esa campaña se acantonaron los tres en Chilapa para tener en respeto á los realistas de Palizada, mientras Morelos proseguía con toda libertad las operaciones que dieron por resultado la capitulación del citado castillo.

Don Miguel recibió el encargo de cuidar de la seguridad del Congreso mientras que el Generalísimo se dirigía sobre Valladolid, y al efecto se situó en Totolcintla con mil hombres, y tuvo por segundo á

su hermano Don Víctor. Como se previó sucedió, pues derrotado Morelos, el Sur fué invadido por diversos puntos, forzados los vados del río de Mexcala, á los que no pudieron atender los dos hermanos, y el Congreso emprendió una peregrinación difícil y llena de peligros. Don Miguel, cuyas fuerzas estaban muy disminuidas por haber tenido que reforzar varias veces á su hermano, siempre atacado por fuerzas superiores, estaba en Chila cuidando el paso del río en ese punto intermedio entre el Sur y Oaxaca; Lamadrid marchó contra él y logró rodearlo, por lo que, á pesar de la desesperada resistencia que opuso y de haber conseguido rechazar varias veces á los realistas, fué hecho prisionero; fusilados los insurgentes que le parecieron menos importantes, condujo á Don Miguel y á los demás á Puebla, donde el Consejo de Guerra que lo juzgó lo condenó á ser fusilado, sentencia que se verificó el 15 de Abril de 1814 en aquella ciudad.

El sitio de la ejecución fué el llamado hoy Paseo Nuevo, y en él se colocó, por decreto del Congreso de 1824, un pequeño monumento rematado por el busto de Bravo, pero la administración de Don Mucio Martínez, ignorante de las leyes, lo mandó destruir, substituyéndolo por un monumento á la Independencia, en el que no hay la menor alusión á Don Miguel Bravo; es di-

fícil que, en vista de lo hecho, se repare la injusticia cometida. El caudillo mencionado tenía el grado de Mariscal de campo del ejército independiente, y fué el segundo de la familia que subió al cadalso por haber servido la causa nacional desde el principio de la revolución con valor y constancia; está declarado benemérito de la patria y su nombre debe inscribirse con letras de oro en el salón del Congreso.



DON RAFAEL RAYON

Fué el penúltimo de los hermanos que se lanzaron á la revolución, á instigaciones de Don Ignacio, y como todos ellos, á excepción de Don Francisco, consiguió ver realizada esa Independencia, por la que combatió con decisión durante varios años.

Nació en Tlalpujahua ó en sus cercanías, y cuando estalló la guerra se encontraba dedicado á la administración de los bienes de la familia, pues después de Don Ramón, era el más competente en asuntos mercantiles; todo lo dejó, sin embargo, para seguir las banderas de Hidalgo, y estuvo en todo el primer período de la guerra en el ejército de Hidalgo, siguiéndolo á las Cruces, Aculco, Valladolid, Guadalajara, Calderón, Zacatecas y el Saltillo, quedando desde entonces á las órdenes de Don Ignacio, con el que asistió á las acciones de Zaca-

tecas y del Maguey, y regresando á Michoacán.

Parece que por entonces (Mayo de 1811), hizo un viaje á la capital para conferenciar con Don Ramón y acabarlo de decidir á la revolución; el hecho es que ya aparece al lado de él cuando se procedió á fortificar la plaza de Zitácuaro. Salió de ella acompañando á la Junta allí establecida, y quedó por algún tiempo en la provincia y en las cercanías de Tlalpujahua, hasta que se resolvió la fortificación del Cerro del Gallo, á la que contribuyó bastante. En Agosto de 1812 fué enviado, ya con el grado de Brigadier, á San Miguel el Grande y la Sierra Gorda, como Comandante de esos puntos y consiguió obrar de acuerdo con el Dr. Cos, que era su superior y que tenía nombramiento de Licéaga; cuando los disturbios entre éste y Don Ignacio se hicieron graves, Don Rafael fué á Tlalpujahua á recibir instrucciones, y de ellas resultó que Cos tratase de mediar entre los dos miembros de la Junta. En su acantonamiento tuvo frecuentes encuentros con las partidas realistas, con diversa fortuna, y dos veces se vió obligado á internarse en lo más intrincado de la Sierra, hasta que en Marzo de 1813 fué llamado por su hermano mayor para que lo ayudase á la defensa del campo de Gallo; en 26 de ese mes entró en Tlalpujahua con trescientos cin-

cuenta hombres bien armados y disciplinados.

Al mes siguiente acompañó á Don Ramón, que iba á conferenciar con Licéaga y que sólo consiguió verse derrotado en Salvatierra, á la vista de aquel Vocal; apenas repuestos de la derrota, volvió Don Rafael á Guanajuato, pues su hermano no quería dejar de ejercer jurisdicción sobre esa provincia, y allí continuó la guerra obteniendo pequeñas ventajas sobre algunas partidas realistas, siendo la más notable de las acciones que sostuvo la del 5 de Noviembre en la hacienda de San Antonio, inmediata á Celaya, en la que derrotó al Capitán Gallardo, quitándole 200 caballos, un cañón, 52 fusiles, muchas otras armas y gran número de cabezas de ganado: el realista quedó muerto en el campo. Como se acercase la época de la expedición á Valladolid, ideada por Morelos, todos los insurgentes recibieron instrucciones para ayudarla en sus posibilidades, y á Don Rafael llegaron instrucciones de entorpecer la marcha de Iturbide, ya que no era posible que unido á Don Ramón, atacase á Llano; Don Rafael se situó en Santiaguito (20 de Diciembre), donde fué completamente derrotado por Iturbide.

No asistió al ataque de aquella ciudad, no obstante que fué en pos del jefe realista; pero sí á la batalla de Puruarán, en la que

unido á Don Ramón recibió muy pocos daños y se retiró á la Barranca y á Tajimaroa para regresar á Guanajuato, donde fué batido repetidas veces por Iturbide y otros jefes realistas. Para evitar caer en manos de sus enemigos, pues la revolución declinaba rápidamente y la provincia de Guanajuato se pacificaba á gran prisa, salió de ella rumbo á la de Michoacán, y durante algunos meses permaneció en la inacción; al fin concurrió á la fortificación y defensa de Cóporo (1815), y no se apartó mucho de esa fortaleza durante los dos años que aún permaneció en poder de Don Ramón. Quedó comprendido en la capitulación, no obstante que no estaba en el fuerte, sino que se hallaba con Don Ignacio por Tancítaro, pasando innumerables trabajos á causa de las asechanzas que les tendían los insurgentes ya indultados; sin embargo, le favoreció aquélla, pues habiendo caído en poder de Vargas, fué rescatado por una partida que á Don Ramón franqueó el Comandante Aguirre, y quedó en libertad, de la que se aprovechó para volver á Tlalpujahua y dedicarse al cuidado de sus mermados intereses.

Ya no tomó parte en la revolución de Iturbide, no obstante que la vió con simpatía, y lo que hizo fué ponerse á las inmediatas órdenes de este jefe, con el que entró á México el 27 de Septiembre de 1821.

Desde entonces lo sirvió con tal fidelidad, que aquél lo nombró jefe de su escolta particular y lo hizo Coronel. Desempeñaba ese puesto cuando falleció á consecuencia de una afección cardíaca, en México, el año de 1823, pocos días antes de la caída del Emperador.

Las biografías de los cinco hermanos Rayón, que hemos esbozado, da idea de los servicios que todos ellos prestaron á la causa de la Independencia, y hacen que se les considere como una familia de patriotas distinguidos.

———



DON FRANCISCO AYALA

Este insurgente pertenece al número de los muy poco conocidos, y á reparar en parte tal injusticia, van encaminadas estas pocas líneas.

No se tienen pormenores acerca de sus primeros años; y únicamente se sabe que era acomodado, que gozaba fama de hombre de bien y era bastante considerado de las autoridades por haber desempeñado el puesto de Capitán del Tribunal de Acordada, y en ese empleo, con pocos hombres, había purgado el valle de Cuautla de ladrones y bandidos, mostrando siempre un valor que rayaba en temerario.

Al estallar la guerra de Independencia, Ayala vivía retirado con su familia en la hacienda de Mapaxtlán, que era propiedad suya; simpatizó con la revolución, pero no tomó parte en ella, detenido indudablemen-

te por el cariño que profesaba á su familia.

El Comandante realista de aquel departamento, Don Joaquín Garcilazo, lo quiso obligar repetidas veces á que con sus dependientes se alistara en las filas de las tropas reales, y Ayala resistió constantemente bajo diversos pretextos, con lo cual se hizo sospechoso á las autoridades, que en todo criollo veían á un enemigo. Por aquellos días el Comandante realista Moreno derrotó y dió muerte en la hacienda de Jalmolonga, al guerrillero J. Toledano, encontrándose sobre el cadáver del insurgente unas cartas del jefe independiente Don Ignacio Ayala, encargado del mando del Veladero por Morelos. Sin atender á la diferencia de nombres y lugares, guiado únicamente por las sospechas infundadas que abrigaba, Moreno dispuso apoderarse de la persona de Don Francisco Ayala, reuniendo al intento una partida de soldados, con los cuales llegó á Mapaxtlán el 16 de Mayo de 1811, á las 2 de la tarde, y quedándose con la fuerza á corta distancia, mandó á dos españoles para que se informaran en dónde estaba el que iba á aprehender. Ayala comía tranquilamente con su familia, muy ajeno á lo que le iba á pasar; al acercarse los dos exploradores á la puerta, les instó para que entraran; los espías rehusaron y dieron la señal convenida con

Moreno para avisar la presencia de Ayala. Avanzó entonces el jefe realista mandando á su gente que hiciese fuego sobre la casa; las balas atravesaban fácilmente las débiles paredes, y una de ellas hirió mortalmente á la esposa de Ayala. Este, viéndose acometido, y mirando correr la sangre de su compañera, tomó sus pistolas y con ellas se dirigió á la puerta; de un tiro dejó muerto á sus pies á uno de los españoles, llamado Piñaga; el otro huyó, y quedando franca la puerta, pudo montar Ayala en su caballo, y con la espada en la mano, abrióse paso por entre sus aterrorizados enemigos, que no se atrevieron á seguirlo, conocedores, como eran, de su gran valor.

Los realistas volvieron después y dieron fuego á la choza en que yacía la mujer moribunda con un niño de corta edad en los brazos. Ayala rondó por las inmediaciones de Mapaxtlán hasta informarse en aquella noche de que su esposa y su hijo habían sido salvados por un criado y se ocultaban en una barranca. Con esta noticia, no quiso alejarse mucho de aquellos lugares, y se ocultó en el pueblo de Nenecuilco; pero se hizo público su escondite por habérsele reunido doce de sus rancheros, que mucho le querían, y sus dos hijos. Moreno, sabedor de la presencia de Ayala en aquel pueblo, reunió de nuevo su fuerza y marchó resuelto á apoderarse de él. Al llegar

á Nenecuilco, Ayala y los suyos se habían posesionado de una vivienda contigua á la iglesia y de las bóvedas de la misma iglesia, dejando amarrados los caballos en los árboles del cementerio, y desde allí hacían un fuego certero, aunque lento, contra los que se acercaban, economizando cuidadosamente las municiones.

Así se defendieron largo tiempo, hasta que acosados por el hambre y con pocos cartuchos que quemar, Ayala y los que le acompañaban bajaron resueltamente al atrio, tomaron sus caballos y acuchillaron á los más atrevidos que atrás se quedaron al emprender la fuga Moreno con su partida. Ayala se dirigió á Huichilá, cerca de Tenextepango, siempre con el ánimo de saber de su esposa y de su hijo: informáronle que aquélla había muerto en Cuautla después de tres días de padecimientos, y que el niño había sido recogido por una persona de confianza. Tantos males gratuitos no podían quedar sin ser vengados. Ayala se dirigió á Chilapa, en donde estaba Morelos, á quien se presentó, é hizo la relación de sus desgracias. El caudillo insurgente escuchó á Ayala con bondad, le nombró Coronel y le comisionó para reclutar tropas. En efecto, reunió un pequeño escuadrón y siguió desde entonces á Morelos, portándose en todos los encuentros más bien como soldado que como oficial, dando

muestras á cada paso de un valor brusco y temerario, que indicaba cuando menos el absoluto desprecio con que veía la vida.

Concurrió al sitio de Cuautla, donde quedó á las órdenes de Galeana; salió al frente de los que le rompieron, y en Chiautla de la Sal fué de los primeros en incorporarse, como punto señalado para la reunión. Después de la salida de Chiautla mandóle Morelos á hacer una correría por diversos pueblos del valle de Cuernavaca; en su marcha se vió atacado de unas calenturas que le obligaron á detenerse en la hacienda de Tenequilpam, cerca de San Gabriel. Varios días permaneció postrado por la enfermedad, hasta que de improviso le avisaron que los realistas se acercaban. Esto ocurrió en Junio de 1812. Armijo, con 150 lanceros y la Compañía de Cuautla, fué quien se presentó sobre la casa de Ayala. Tenía éste á la sazón muy pocos compañeros, y aunque cogidos por sorpresa, rechazó, con treinta hombres, á los asaltantes. y se mantuvo firme en su posición casi todo el día: sus dos hijos habían muerto, algunos de sus compañeros estaban fuera de combate, y sin embargo. Ayala, continuó resistiendo, sin cejar un punto.

No pudiendo los realistas penetrar en la casa, le prendieron fuego; Ayala tuvo que retirarse delante de las llamas hasta quedar reducido á un pequeño espacio, en don-

de, por el incendio y por las balas, perecieron aún otros de sus compañeros. Acobardado el resto, huyó como pudo, y Ayala continuó combatiendo, sólo, hasta que consumido el último grano de pólvora, le hicieron prisionero. Armijo marchó para el pueblo de San Juan, y á la entrada de Yautepec mandó fusilar á Ayala, y colgar su cadáver y los de sus hijos en los árboles del camino.

Así terminó la breve pero gloriosa carrera de Ayala, que en aras de la patria derramó su sangre y la de sus hijos. Como hemos dicho, era hombre de valor á toda prueba, honrado, sumiso á sus jefes, querido de sus soldados, sabiendo comunicarles el valor que le animaba. Ayala habría sido un famoso guerrillero, pero le faltó la sangre fría, que nunca debe perder un jefe, y exponía su vida hasta perderla, como sucedió, lo que motivó que su historia de insurgente fuese tan corta.



DON VICTOR BRAVO

Aunque no tuvo la notoriedad que su sobrino Don Nicolás ni los grados que sus dos hermanos mayores, sus servicios fueron notables y distinguidos, y le dan un lugar preferente entre muchos de los caudillos de la Independencia.

Tomó las armas en Chilpancingo, al mismo tiempo que sus parientes, en Mayo de 1811, y desde el primer día tuvo el mando de una pequeña sección del ejército, con la que asistió á la ocupación de Chilpancingo, Tixtla y Chilapa; marchó en seguida rumbo á Oaxaca á las órdenes de Don Miguel, pero rechazado éste, regresó al Norte y fué enviado á Cuernavaca y Cuautla y mandando las avanzadas insurgentes llegó hasta Amecameca, enviando algunas pequeñas partidas á Chalco. En el asalto general dado por Calleja á Cuautla antes de

emprender el sitio. Don Víctor, como segundo del Cura Matamoros, estuvo encargado de la defensa del punto de la hacienda de Buenavista, de donde consiguió rechazar á los realistas, que varias veces estuvieron á punto de apoderarse de los parapetos y entrar al recinto fortificado.

Habiéndose reunido en Tamasulapan el padre Mendoza, Don Víctor Bravo, y Trujano, con muchos negros de la costa y gente de toda la Mixteca, desde allí marcharon con una fuerza de cuatro mil hombres y nueve cañones á intentar nuevo ataque sobre Yanhuitlán, haciendo que toda su gente se juramentase en el pueblo inmediato de San Bartolo, á vencer ó morir. Con este compromiso, entraron con tal denuedo, que ocuparon casi todo el pueblo, situando sus cañones en las bocas de las calles que salen á la plaza, y para abrir troneras en los edificios y comunicar éstos unos con los otros emplearon una Compañía de zapadores, á la que dieron el nombre de "tuzeros," tomado del animal llamado tuza, que socaba y taladra la tierra en los campos. Continuados fueron los ataques en los días 11 á 15 de Marzo, y aunque Régules en una salida tomó un cañón y desde cinco casas fortificadas impedía que se aproximasen á atacar el recinto atrincherado del cementerio de la Parroquia, al que estaba reducido con su tro-

pa y todos los vecinos del lugar, los insurgentes ocupando las alturas circunvecinas, en las que tenían situada parte de su artillería, y habiendo cortado toda comunicación á los sitiados, tenían en su favor todas las probabilidades del triunfo, mas repentinamente el 15 en la madrugada suspendieron sus fuegos y á las cinco de la mañana emprendieron su retirada en buen orden, llevándose consigo su artillería y petrechos, sin que Régules se atreviese á seguir el alcance. Este movimiento fué causado por la orden que Bravo recibió de Morelos para marchar en su auxilio, hallándose cuando la dió, atacado en Cuautla, en cuyo memorable sitio hizo Don Víctor Bravo y su hermano Don Miguel todos los esfuerzos posibles para introducir víveres en la plaza é impedir que Calleja los recibiese.

Se incorporó en Chiautla al ejército y allí se ocupó en instruir á los reclutas mientras salía á expedicionar por el rumbo de Oaxaca, donde sufrió varios reveses; estuvo en Tehuacán con todo el ejercito y cooperó á la ocupación de aquella importante capital. En Diciembre fué enviado en unión de su hermano Don Miguel á la costa, y ambos batieron á los Comandantes Páris, Rionda, Añorve y Cerro; en diversas acciones se hicieron dueños de toda aquella costa y dejaron establecido un fácil sistema

de comunicaciones que no tenía que tener ningún ataque de los realistas desde Zacatula hasta los confines de Chiapas; llamados por algunos días frente á Acapulco, el partido realista de la Costa Grande volvió á reanimarse y hubo necesidad de volverlo á combatir, operación que entretuvo á Don Víctor buena parte del año de 1813. Como jefe militar asistió á la ceremonia de la apertura del Congreso de Chilpancingo en Septiembre, y en seguida quedó encargado juntamente con su hermano Don Miguel, del cuidado de aquel Cuerpo, mientras se verificaba la expedición á Valladolid.

Encargado de defender el paso del Mexcala, se situó en el pueblo de este nombre y tuvo algunas escaramuzas con Armijo, que pretendía forzar el paso, pero éste, viendo las dificultades que se le oponían, dejó allí á Huber y él se dirigió seis leguas más abajo al vado de Oapan y cayó de improviso sobre los insurgentes, que en vano se defendieron con tres cañones, (21 de Enero de 1814); Don Víctor todavía se defendió en Mexcala contra González, y hubo necesidad de que toda la división de Armijo marchase sobre él para que se consumase su derrota. El Congreso se vió obligado á salir de Chilpancingo, y aunque unidos Bravo y su sobrino Don Nicolás á Guerrero, pretendían arrojar á los realistas al

otro lado del río, comprendieron luego que ésta era empresa imposible, dada la desmoralización que había entre los insurgentes. Para salvar el Congreso se unieron los expresados y Galeana en Chichihualco, pero nada hicieron de provecho al presentarse Armijo, y aunque todos echaron la culpa del desastre á Rosains, que mandaba en jefe, y aun Galeana le dijo que allí había sabido pelear con su ejército desnudo, parece que la culpa la tuvo el pánico que se había apoderado de los independientes, y que Rosains, por amor propio, fué el último que, acompañado de Victoria, se retiró del campo de batalla.

A las órdenes del Congreso permaneció Bravo durante todo el resto del año de 1814 y todo el de 1815, y cuando siendo ya imposible que aquél permaneciese en el Sur, resolvió transladarse á Oaxaca, Morelos recobró el mando superior y dictó una serie de disposiciones notables encaminadas á engañar á los realistas, Don Víctor ejecutó fielmente las órdenes que se le dieron, y entre ellas la de ocupar Apaxtla, pueblo que incendió, para entretener á varios jefes realistas, (31 de Octubre de 1815). Se batió en Texmalaca, lugar donde quedó prisionero Morelos, y siguió para Tehuacán, en donde permaneció muy poco tiempo, así como en la provincia de Veracruz, á cuyos puntos llegó con su sobrino Don Ni-

colás; vuelto al Sur se limitó á permanecer á la defensiva y únicamente en raras ocasiones atacaba alguna partida realista; se estableció en las orillas del Mexcala, que tan bien conocía, y allí permaneció varios años. La historia no vuelve á ocuparse de él, por lo que no puede decirse cuál fué su suerte definitiva; sin embargo, ese silencio puede interpretarse en el sentido de que continuó militando en las filas de la insurrección, pues si hubiera muerto en algún encuentro ó si se indultó, alguna noticia hubiéramos encontrado en las investigaciones que hemos hecho. Lo probable es que continuase como subalterno de Guerrero hasta que se realizó la Independencia y que entonces se retirase á su casa, una vez que le fueron devueltos sus bienes, sin volverse á mezclar en los asuntos públicos.



DON VALERIO TRUJANO.

No obstante que es Don Valerio Trujano una de las más simpáticas figuras de la guerra de Independencia, es muy poco conocido, y apenas se asocia su nombre al sitio de Huajuápam, que con tanta constancia supo sostener.

Nació en Tepecoacuilco, hoy Estado de Guerrero, por 1760, de una familia de labradores tan poco acomodados que tuvieron que dedicar á su hijo á la arriería desde que éste era de corta edad; adquirió, sin embargo, algunos conocimientos, que se redujeron á leer, escribir y hacer algunas operaciones aritméticas. Con sus continuos viajes adquirió en propiedad una numerosa recua que lo sustentaba, pues hacía viajes desde Oaxaca y el Sur hasta Guatemala y la costa del Norte cargando cochinilla y cacao ó conduciendo ganado. Era muy

formal en sus tratos y de una honradez á carta cabal, además de fervoroso cristiano, y por todas estas causas era bastante conocido en todo el Sur y tenía numerosísimas relaciones en él así como un conocimiento exacto de la topografía de aquella región.

Conoció y trató á Morelos cuando éste era también arriero, y lo estimó y respetó cuando ya fué sacerdote; muchas veces Trujano se desvió de su camino para ir á saludar á su antiguo compañero de caminos á su Curato de Nocupétaro, y en una de aquellas visitas el sacerdote, que ya estaba al tanto de las conspiraciones para realizar la Independencia, habló de la idea al arriero, que no la recibió mal y que después de meditar en ella durante sus viajes acabó por adherirse completamente á ella, sin el entusiasmo de un joven pero con la tenacidad de un hombre del todo sugestionado y que estaba resuelto á sacrificar por ella sus comodidades y hasta su existencia. Cuando tuvo noticia del grito de Dolores comprendió que había llegado la hora de combatir y que no pasaría mucho tiempo sin que se le llamase, y á fin de encontrarse listo emprendió un viaje en el cual saldó sus compromisos, cortó cuentas con sus amos y corresponsales y perdonó deudas á los insolventes, reunió sus ahorros y vendió su recua, con cuyo dine-

ro se procuró armas para la pequeña partida que iba á levantar. Sus deseos hubieran sido levantarse inmediatamente que supo lo ocurrido en Dolores, pero como entonces tenía algunas deudas, reflexionó que si se hacía insurgente entonces, podían creer sus acreedores que era un recurso de que se valía para burlarlos y esto repugnaba á su honradez; además, si acaso moría en la campaña, moriría con el remordimiento de no haber saldado tales deudas, y esto no cuadraba con la rectitud de sus principios.

Con diez y siete hombres se alzó en armas y desde luego empezó sus correrías con tanta fortuna y acierto que muy pronto se hizo notable por su valor y aumentó su fuerza, que casi siempre expedicionó por Oaxaca. Uno de sus primeros triunfos lo obtuvo sobre el realista Almanza, que caminaba de Veracruz para Oaxaca; Trujano lo alcanzó y al derrotarlo se hizo de cien fusiles que le fueron de mucha utilidad; en Tlapa se presentó á Morelos, quien lo envió á ocupar el pueblo de Silacayoapan, comisión que desempeñó satisfactoriamente, y en seguida, unido á Don Miguel Bravo, fué destinado á la misma Oaxaca; en Tecanextla se encontraron con Páris (29 de Enero de 1812) y aunque lo atacaron por dos puntos á la vez, se vieron obligados á retirarse, perdiendo el único cañón que llevaban; no abandonaron, sin embar-

go, la provincia, y se dirigieron á Yanhuitlán, en la Mixteca, donde atacaron á Régules, pero éste se fortificó en la iglesia y el Curato y supo defenderse en tan pequeño recinto gracias á la solidez de esos edificios; retirados los insurgentes, Régules asumió la ofensiva, hasta que fué obligado á volverse á encerrar en el mismo pueblo, donde al fin habría tenido que capitular si Don Víctor Bravo no es llamado por Morelos para que concurriese al sitio de Cuautla. Régules antes de salir de Yauhuitlán, donde fusiló á varios, mandó cortar las orejas á veinticinco indios que hizo poner debajo de la horca, teniéndolos á la expectación pública durante todo el día.

Trujano, ya sólo, se situó en el camino de Cuicatlán, donde atacó y derrotó á Don Manuel Guendulain, rico mayorazgo de Oaxaca que había armado á todos los trabajadores de sus haciendas; Guendulain y muchos de sus sirvientes quedaron muertos en la acción y Trujano se apoderó de todas sus armas. En seguida se situó en Huajuápam, capital de la Mixteca, sabedor de que las fuerzas de Régules, en combinación con Bonavía y Caldelas iban á atacarlo; fortificó rápidamente algunos puntos y esperó al enemigo, que no tardó en presentarse el 5 de Abril. Trujano, aprovechando la oportunidad de haber concurrido al tianguis del pueblo muchos indi-

viduos por ser día domingo, á ninguno dejó salir y á todos los incorporó á su ejército. Además, como le faltaba artillería, tomó las campanas de las torres y con ellas fundió tres cañones, las balas las suplió con piedras del arroyo inmediato y con balas de la dura madera llamada "palo de hierro." Los sitiadores se distribuyeron por el contorno de la población, dominaron á ésta por el Norte, donde está el cerro del Calvario, abrieron zanjas, emplazaron su artillería y á los cinco días rompieron el fuego sobre la plaza.

Memorable es por todos conceptos el sitio de Huajuápam y sólo puede ser comparado con el de Cuautla, y si se consiguió sostener tanto tiempo, se debió á la fe inquebrantable de Trujano y á sus asiduos desvelos. Al mismo tiempo que General era proveedor, médico y apóstol. Comenzó por almacenar todos los víveres, para lo cual le sirvió mucho una cantidad considerable de carne de chito (de chivo, frita en sebo para sacar éste) que se encontró en la colecturía: cada mañana hacía la distribución entre los vecinos y soldados, de manera enteramente equitativa. Estableció también una severa disciplina monástica que desde el primero hasta el último día, en medio de las sangrientas peripecias de un sitio de ciento catorce días, la fuerza de su voluntad y su ascendiente

irresistible sobre el soldado, así como sobre el paisano, mantuvo exenta de la más ligera infracción. Estaba distribuido el tiempo como en un convento, y la mayor parte del que dejaban libres los deberes militares y los ataques de los sitiadores, lo dedicaban á la oración. Las oraciones se rezaban en común y en esa población privada de toda comunicación exterior, en medio de un pueblo ignorante de las alegrías de la vida, siempre en frente de la muerte, se conducían con el fervor del marinero que implora la misericordia de Dios, su único consuelo, contra los furores de la tempestad. Gracias á estas extraordinarias, pero sabias disposiciones, el desaliento no cundió en aquellas almas perpetuamente ocupadas. Cuando los víveres escasearon ninguna mirada escrutadora podía sondear los vacíos almacenes, ninguna voz indiscreta podía anunciar el próximo ayuno, y era evidente que el sitio puesto por los realistas á Huajuápam no podía tener más que dos resultados: aplastar hasta al último de los sitiados ó ser levantado por los españoles.

Los ataques fueron frecuentes y en todos ellos quedó rechazado Régules, no obstante que en uno consiguió penetrar casi hasta el centro horadando varias casas; el realista recibió de Oaxaca nuevos refuerzos y dos cañones. Por medio de un atrevido indio, natural del pueblo de Noyó, con-

siguió hacer llegar una carta al padre Sánchez pidiéndole auxilio; éste y el Cura Tapia se pusieron en marcha con gran número de gente, abundantes víveres y nueve cañones, pero al acercarse á la plaza el 17 de Mayo, Caldelas, que había emboscado su tropa en un palmar, los atacó de sorpresa y los desbarató tan completamente que Sánchez y Tapia escaparon con pocos á uña de caballo, perdiendo artillería y víveres. No quedaba á Trujano otra esperanza que Morelos y á él despachó el indio de Noyó, que otra vez consiguió salir de la plaza exponiendo á cada instante su vida al atravesar la línea de los sitiadores; sin embargo, pudo salir, y para avisar á Trujano su salida quemó desde una altura dos cohetes, según estaba convenido.

En Chilapa recibió el Generalísimo el aviso de Trujano é inmediatamente resolvió ir en auxilio suyo, reunió una división de 1,800 hombres mal armados y destacó á Don Miguel Bravo para que unido á los padres Sánchez y Tapia concurriesen al ataque, pero estos tres fueron derrotados por Caldelas, que les quitó su artillería, y no quedó más remedio que Morelos emprendiese el ataque. Se verificó el 13 de Julio y Trujano se encontraba en tan apurada situación que aquél precisamente terminaba una Novena que en honor del Señor de

los Corazones, imagen muy venerada en Huajuápam, había hecho: cargó reciamente por el mismo punto por donde Morelos atacó, y tan bien maniobraron ambos, que no sólo quedó roto el sitio, sino levantado de una vez, destrozados los realistas, muerto Caldelas y en vergonzosa fuga Régules. Yahuitlán fué abandonado y los realistas tuvieron tal pánico que ni dentro de Oaxaca se creían seguros. Morelos quedó dueño de doce cañones, más de dos mil fusiles, muchas municiones, é hizo ciento sesenta prisioneros, que incorporó á su ejército ó envió á Zacatula. Trujano se apoderó de Yanhuitlán y acabó de dispersar á los realistas; con sus tropas formó Morelos un Regimiento que llamó de "San Lorenzo," aludiendo á que había estado expuesto al fuego por todos lados, é hizo Coronel de él al mismo Trujano. El Generalísimo tenía abiertas las puertas de Oaxaca ni dos meses después de haber salido de Cuautla, cuando aún se decía en México que estaba derrotado para siempre, pero no quiso por entonces ocupar la ciudad.

Volvió Trujano de Yanhuitlán á incorporarse al ejército de Morelos en Tehuacán, y algunos días permaneció en el Cuartel general ó haciendo expediciones cortas, pues tenía el encargo de impedir que los realistas de Puebla se proveyesen de víveres en las haciendas del rumbo de Tepeaca, y ade-

más, proveer á los insurgentes de Tehuacán. Hallábase ocupando á Tepeaca la división de vanguardia del ejército llamado del Sur, compuesto de algunos soldados de marina, batallón de Guanajuato y lanceros de San Luis á las órdenes del Teniente Coronel Don Saturnino Samaniego. Trujano, en desempeño de su comisión, llegó el 4 de Octubre al Rancho de la Virgen, situado entre Tepeaca y Tlacotepec; en la primera de las citadas poblaciones había cuatrocientos soldados realistas á las órdenes de Samaniego, y aunque el insurgente sólo llevaba cien hombres confiaba en que, como estaba convenido lo auxiliaría Galeana oportunamente. En las primeras horas del día 5 Samaniego, llevando un cañón, cayó sobre el rancho, pero Trujano, aunque sorprendido, opuso una vigorosa resistencia que duró todo el día, hasta que Samaniego consiguió pegar fuego á la casa y tienda del rancho, con lo que obligó á los defensores del sitio á salir. Trujano consiguió ponerse en salvo, pero al ver que su hijo permanecía en la casa incendiada fué en auxilio suyo y encontró la muerte, pues fué derribado por dos balazos y quedó acribillado de heridas; también murieron dos de sus oficiales y bastantes insurgentes, dispersándose el resto. Samaniego, por su parte, recibió también una herida que lo dejó cojo para el resto de su vida, perdió unos

ochenta hombres de los trescientos que llevaba, y se retiró al ver que llegaba Galeana. Llano, á su vez, enviaba refuerzo al realista, pero lo encontró cuando iba ya de retirada.

Los cadáveres de Trujano y de Gil fueron llevados á Tehuacán, donde Morelos los hizo enterrar con honores militares. Este jefe deploró siempre la pérdida de tan valiente Teniente por la inmensa falta que le hacía; en cambio los realistas se felicitaron de la desaparición de un enemigo tan temible. Todos los historiadores le han hecho justicia y en medio de la pléyade de hombres notables que rodearon al caudillo del Sur, la figura de Trujano no es de las menos notables.



DON MAXIMO BRAVO.

Fué el último de los hermanos Bravo que tomaron las armas, y aunque al lado de ellos sus hechos están obscurecidos, no por esta causa son menos merecedores de que se les dediquen algunas líneas siquiera.

Como todos ellos, tomó las armas en Mayo de 1811 en Chichihualco, de donde se dirigió á Chilpancingo y á Tixtla; cuando Morelos con el grueso del ejército insurgente salió rumbo al Norte, dejó en la primera de las citadas poblaciones á Don Leonardo y á Don Máximo Bravo, que quedaron encargados de la administración de la comarca; algunos meses después, que Don Leonardo fué llamado á tomar parte en las operaciones militares, Morelos, que sabía estimar el valer de cada hombre, dejó á Don Máximo en Chilpancingo como jefe de las armas, pero dedicado en realidad al go-

bierno de la ciudad y de sus contornos, tarea que Bravo desempeñó por muchos meses y satisfactoriamente.

No por esto, sin embargo, Don Máximo se creyó relevado de empuñar las armas cuando era necesario, y en consecuencia, en Marzo de 1812, después del sitio de Cuautla vió que el jefe realista Cerro se iba haciendo peligroso en la Costa Grande y decidió atacarlo, pero habiendo sabido que Añorve había reforzado á aquél, comprendió que no se podía sostener en la población y la abandonó, refugiándose en su hacienda de Chichihualco, donde no osaron atacarlo los realistas; roto aquel sitio, aquellos dos jefes españoles, que momentáneamente habían permanecido en Chilpancingo, creyeron, como todos, que Morelos se había hundido para siempre y que era tiempo de ayudar á la reacción realista que se observaba en el Sur; en consecuencia, amagaron á la población, pero Bravo, que ya se había hecho de algunos recursos, tomó la ofensiva y se dirigió sobre Tixtla, que abandonó Cerro; Añorve á su turno trató de retirarse por Citlala, pero Bravo, que conocía perfectamente el país, y que aunque inferior en grado á los jefes de las inmediaciones, les dió tan acertados consejos que éstos se apresuraron á seguir, consiguió que por diferentes puntos cargasen Don Julián Ayala por Petaquillas, Galeana

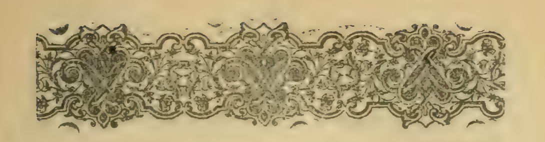
por Citlala, el Cura Tapia por Tlapa y el mismo Don Máximo por Chichihualco, mientras Morelos pasaba tranquilamente en balsas el río cerca de Tlacosoutitlán. El resultado de esta hábil combinación fué que los dos jefes realistas fueron batidos en detall, perdiendo su infantería, muchas armas y prisioneros y que tuvieran que refugiarse en Ayutla y Palizada, mientras Morelos llegaba á Chilapa el 5 de Junio, un mes y tres días después de haber salido de Cuautla.

Bravo permaneció en Chilpancingo todo el resto de 1812 y durante 1813, no habiéndose movido sino hasta fines de ese año, en que por la expedición de Valladolid tuvo que concurrir a la operación del paso del río por todo el ejército insurgente; después de la derrota defendió el vado de Mexcala, pero fué batido por Armijo, así como su hermano Don Miguel, regresó á Chilpancingo y permaneció allí y en Chichihualco procurando sofocar la reacción realista de la Costa Grande, problema cada día más difícil, por la presencia de tanto jefe realista como pasó el río y combatió á los insurgentes; ayudó á escoltar al Congreso á Tehuacán, y en esa comisión estuvo en la acción de Tezmalaca, en que cayó prisionero Morelos. A su regreso de esa ciudad permaneció en el Sur en diferentes lugares á las órdenes de su sobrino

Don Nicolás, y cuando éste cayó prisionero y les fué embargada la hacienda, se internó en lo más profundo de la sierra y allí permaneció sin que nadie se atreviese á irlo á buscar. Combatió á las órdenes de Guerrero algunas veces, en el transcurso de los tres años de 1818 á 1820, y cuando Iturbide proclamó la Independencia ya no concurrió á su llamado, á pesar de que Don Nicolás lo invitó; volvió á la histórica hacienda de Chichihualco, que estaba completamente arruinada, y allí se estableció y permaneció los últimos años de su vida, sin presentarse á la Junta de recompensas y sin querer vivir en México, no obstante las instancias que aquél le hacía.

Según la tradición, el último de los Bravo falleció en Chichihualco, por el año de 1835, dejando como único heredero á Don Nicolás Bravo, que fué el postrer representante de esa raza de héroes, cuyas hazañas son repetidas con orgullo por todos los mexicanos

---



BR. DON JUAN DE DIOS ROMERO.

El Bachiller Don Juan de Dios Romero era originario de México, e hijo de Don Mariano de igual apellido y de Doña María Dolores Soravilla, personas acomodadas y de buena posición social. El P. Romero había sido teniente de Cura en Irimbo, y su padre, Don Mariano, era Teniente del primer batallón del Regimiento de la Corona, y cuando ese Cuerpo salió rumbo á Querétaro á combatir contra las tropas del Cura Hidalgo, que se encontraba entonces en Guanajuato, el Bachiller Romero iba acompañando á su padre, Don Mariano, aunque no se sabe con qué carácter.

El Regimiento mencionado se unió al ejército del Brigadier Don Félix Calleja, quien se dirigía á atacar al Cura Hidalgo después de la victoria que éste alcanzó en el Monte de las Cruces, habiendo logrado

al fin derrotarlo en Aculco, de donde el citado Calleja retrocedió para Guanajuato, en persecución de los restos del ejército insurgente.

Hasta entonces el padre Romero se consideraba fiel adicto de la causa realista, mas habiendo leído uno de los escritos que Calleja había capturado al Cura Hidalgo, se persuadió luego del error en que estaba acerca de las verdaderas tendencias de la insurrección; pero deseando obrar guiado por una conciencia tranquila y por un espíritu ilustrado, consultó sus dudas á su señora madre, quien fué á presentarse al referido caudillo, para exponerle las intenciones del Bachiller Romero. El Cura Hidalgo conocía bien á dicho sacerdote, supuesto que éste se había criado en la misma casa del referido caudillo.

El documento que se refiere á este asunto, no determina el lugar de la entrevista de la señora Soravilla con el primer jefe de la insurrección, aunque es probable que haya sido en Guadalajara, y lo único que se menciona en ese documento es, que Hidalgo dispensó al padre Romero la falta de haberse unido con el ejército realista, y aun le confirió el grado de Brigadier, ofreciéndole que si su padre Don Mariano abandonaba la causa del Rey, le concedería también una ventajosa protección.

Romero, antes de recibir su nombramien-

to de Brigadier, se ocupó secretamente en seducir á la tropa del Regimiento de la Corona, hasta lograr que ochenta dragones se comprometieran á seguirlo, pero al llegar á Silao, uno de los comprometidos, el sargento Salazar, lo descubrió ante Calleja, por lo que Romero se vió obligado á ponerse en salvo, justamente receloso de un fuerte castigo de parte de aquel temible jefe. Sin embargo, dejó la secreta comisión de seguir seduciendo á la tropa, á cuatro soldados de los de mayor confianza: éstos también fueron denunciados por el mismo sargento Salazar, y Calleja les mandó dar muerte en el pueblo de Silao, pero al fin pudieron escaparse á pie cincuenta dragones, que fueron á unirse con el padre Romero á la hacienda de Cuevas. De allí y montados en mulas con aparejos marcharon rumbo á Zamora, en donde el jefe insurgente, Don Ruperto Mier, les proporcionó monturas y bagajes y los incorporó al ejército que se batió en el puerto de Urepetiro contra Don José de la Cruz.

El primer combate en que se encontró el padre Romero fué en Santiaguillo, donde fué completamente derrotado, dispersándose su poca gente; en seguida intentó ir á unirse con el Cura Hidalgo á Guadalajara, donde unido al famoso guerrillero Albino García, y con una fuerza de doscientos hombres mal armados, lo ayudó en los comba-

tes de Irapuato y Salamanca, así como en el de Celaya, el 17 de Marzo de 1811, en cuyo encuentro recibió cinco heridas el padre Romero y fué capturado por las tropas del Brigadier Don Torcuato Trujillo, pero un sargento de la guardia que lo custodiaba, lo dejó en libertad de fugarse, después de haber estado preso cerca de dos meses.

Sin pérdida de tiempo se dirigió á unas haciendas que tenía en el Bajío, donde pudo reunir y montar á sus expensas, más de trescientos hombres, con los cuales se fué á unir al Cura Don José Antonio Torres, á quien ayudó en los ataques que dicho caudillo emprendió sobre la ciudad de Valladolid y en Zipimeo, habiendo sido derrotada la tropa realista en este último lugar. Después de esto, se ocupó de construir armas en el pueblo de Yuriria al lado del Brigadier Buenaventura Menchaca, y habiendo organizado una nueva sección de tropa, se incorporó á las divisiones del padre Don Luciano Navarrete y del Bachiller Don Manuel Jiménez del Río, con quienes anduvo algún tiempo, siempre prestando interesante ayuda á la causa nacional.

Mas no solamente en el campo de la guerra prestó sus servicios á la patria, sino que también supo ayudarla liberalmente con los recursos de su hacienda, llamada San Andrés Uruétaro, de la cual salieron 320 caballos, más de 500 reses, 1,200 cargas de

trigo, 4,000 fanegas de maíz y $6,000 en efectivo para auxilio de la causa de la insurrección, además de otros varios auxilios en pequeñas partidas de dinero que se dieron á las diversas partidas insurgentes que llegaban á dicha hacienda.

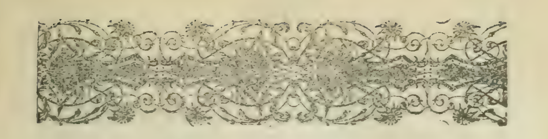
Por último, el padre Don Juan de Dios Romero, aparte de haber sido un entusiasta y constante defensor de la Independencia, era un hombre desinteresado y modesto, pues hasta se apenaba de que se le llamara General ó Brigadier, lisonjeándose únicamente de pedir órdenes á sus superiores y de cumplirlas con eficacia y con gusto, sin pretender honores ó distinciones, sin buscar grados militares y sin envanecerse con sus propios méritos.

Se ignora cuál fué el fin que tuvo este insurgente, del que la historia casi para nada se ocupa, y difícil es decir si pereció en alguno de tantos combates como se libraron en las provincias de Guanajuato y Michoacán, ó si llegó á indultarse, dada la facilidad que para ello tenía su padre en las filas del ejército realista; el documento auténtico de donde se han tomado las anteriores noticias nada dice sobre este particular.

La madre del padre Romero fué también una señora muy patriota, y por haber facilitado importantes recursos á los insurgentes, estuvo detenida en poder de los rea-

listas más de ocho meses, en Valladolid. Por tanto, el nombre de la señora Soravilla no debe ser olvidado, y es muy justo que figure entre los nombres de las más distinguidas heroínas que aparecen en la historia de nuestra Independencia

---



DR. D. JOSE MARIA ALCALA.

Hay suficientes motivos y aun algunos datos oficiales para sentar que el Dr. Alcalá fué un acérrimo y ardiente partidario de la causa de la Independencia, á la que no solamente defendía en polémicas y conversaciones particulares, sino que también le prestó importantísimos servicios, tomando parte activa en favor de la citada causa.

El Dr. Alcalá era uno de los llamados "guadalupes," que como es bien sabido, constituían una asociación secreta, cuyos trabajos y esfuerzos estaban consagrados exclusivamente á favorecer el triunfo de la Independencia, y desde antes de que ésta fuese proclamada, el mencionado eclesiástico era públicamente conocido como desafecto al Gobierno español y á los europeos, pues cuando en el Cabildo Eclesiástico de la Iglesia Metropolitana se trataba de pres-

tar ayuda de recursos para la guerra de España contra Napoleón, el señor Alcalá se opuso resueltamente á esto; y al tratarse en el mismo Cabildo, de recomendar al Virrey Venegas ante la Regencia, por haber sofocado varias conspiraciones, se opuso también de una manera terminante y enérgica. Estos votos del Dr. Alcalá no se hicieron constar en las actas respectivas, por escrúpulos del citado Cabildo, para poner á salvo su decoro.

Poco tiempo después, el Virrey Venegas expidió un bando, encaminado á imponer duras penas á los sacerdotes insurgentes que fueran cogidos con las armas en la mano, (Julio 6 de 1812), y con tal motivo, se trató de este asunto en el Cabildo Eclesiástico, habiendo sostenido el Dr. Alcalá, con firmeza y con notable empeño, que debía pedirse la revocación de dicho bando; pero la mayoría de los votos fué contraria al deseo del animoso sacerdote, quien sin desanimarse por esto y resuelto á nulificar de algún modo aquel decreto neroniano, reunió la representación de más de cien eclesiásticos, que en tono enérgico y justiciero, y en nombre de todo el gremio sacerdotal de México, pidieron al Cabildo la revocación del ya mencionado bando El ocurso de los peticionarios fué reputado como un parto de doctrinas falsas, exóticas y subversivas,

y, por lo mismo, no se le dió proveído favorable.

Esta nueva negativa, acompañada de un notorio desprecio hacia las nobles y humanitarias intenciones del Dr. Alcalá, lejos de resfriar su ardiente ánimo, lo obligó á proseguir con mayor brío en la peligrosa lucha que había emprendido.

Así es que llegó á concebir el propósito de hacer que se tocara á "Entredicho" y que se excomulgase al Virrey y á los Oidores, pero por razones que se ignoran se frustró ese atrevido propósito, (1812).

Tenemos, pues, al Dr. Alcalá en manifiesta y decidida lid contra los realistas y españoles, y como en esos días debían verificarse en la capital las elecciones de Parroquia para nombrar Ayuntamiento y Diputados á Cortes, el Dr. Alcalá, que gozaba de extensa influencia entre muchas personas ilustradas y adictas á la causa insurgente, así como de grande popularidad en el vecindario, se lanzó esforzadamente y con empeño asombroso á luchar en el campo electoral contra el elemento español ó europeo. Los trabajos del insurgente eclesiástico se vieron al fin coronados por el más brillante éxito, pues no solamente se logró que la mayoría de los favorecidos por el voto público fueran personas adictas á la buena causa mexicana, sino que para despecho de los servidores del Rey y para hon-

ra del Dr. Alcalá y sus fieles y entusiastas colaboradores, el triunfo fué completo, porque con excepción de dos ó tres europeos, la gran mayoría de los electos eran americanos, y entre ellos figuraban el mismo Alcalá, el Lic. Don Carlos María Bustamante, el Dr. Alcocer y otros muchos de fama literaria y de reconocidas ideas políticas independientes.

Esta ruidosa y completa victoria contra el elemento español causó un natural y profundo disgusto entre los partidarios del Rey, haciéndoles entrar en serios y justificados temores; pero en cambio, produjo en el ánimo del pueblo una ruidosa explosión de júbilo y de patriotismo, que se tradujo en manifestaciones ardientes de afecto hacia el Dr. Alcalá y otros de los principales jefes de aquella democrática campaña, á quienes el entusiasmado populacho hizo conducir en coches en medio de estrepitosas y merecidas exclamaciones, entre las que se dejaron oír "vivas" á Morelos, á la América y á la Virgen de Guadalupe.

El Cabildo Eclesiástico había triunfado contra las justas pretensiones del Dr. Alcalá, pero ahora se vengaba él de los enemigos de la patria, derrotándolos en desigual y esforzada contienda.

Pero, ¿pararían solamente en esto aquellos extraordinarios sucesos que dejaron es-

tupefactos y atemorizados á los realistas, hasta el extremo de que el mismo Virrey deplorara como una verdadera desgracia pública el triunfo contra los europeos? No; no era posible que ellos permanecieran mudos é impasibles ante tan significativa y amenazante situación, y desde luego las inquisidoras y vengativas miradas del poder secular y del eclesiástico se concentraron preferentemente sobre el Dr. Alcalá y sus principales compañeros; pero Don Carlos Bustamante y Don Ignacio Adalid lograron escapar para ir á incorporarse á las filas de la insurrección, y solamente el Dr. Alcalá, el Dr. Alcocer, Don Manuel de Cortazar, el Regidor Galicia y otros, permanecieron en México expuestos á la persecución del Gobierno, y aunque es verdad que ni éste, ni el Gobierno eclesiástico se atrevían á proceder abiertamente contra el Dr. Alcalá, ya fuese porque temían la popularidad que lo rodeaba, ó bien porque sus patrióticos trabajos estaban protegidos ó garantizados por la liberal Constitución de 1812, en cambio, se apeló á otros medios que podían llenar los deseos de esas dos ofendidas potestades.

Fué el primero de esos medios instruir una secreta sumaria información promovida por el Prelado metropolitano, para inquirir acerca de la conducta ó manera de pensar del Dr. Alcalá en los asuntos pú-

blicos palpitantes en aquellos días. Al efecto, fueron declarados varios testigos, entre los que figuraron el Dr. Don Mariano Beristáin, el Lic. Don Andrés Fernández de Madrid y Fray José Arévalo, religioso franciscano, cuyas declaraciones fueron las principales y proporcionaron suficientes datos para aclarar que el Dr. Alcalá se había opuesto á los préstamos y donativos destinados á las urgencias del Gobierno; que se le habían oído expresiones acres contra todos los europeos; que cuando había sido Superintendente del Hospital de San Andrés, daba muy mal trato á los militares enfermos; que al publicarse el bando contra los eclesiásticos rebeldes, le había hecho una decidida y tenaz oposición; y por último, que durante las elecciones para el Ayuntamiento había empleado intrigas, esfuerzos y aun dinero, con el fin de que ningún europeo fuera elegido, como sucedió.

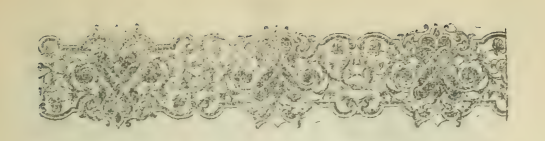
El resultado de estas secretas actuaciones fué un decreto que el 28 de Agosto de 1813 sentó en la sumaria respectiva al Ilmo. Arzobispo metropolitano, Dr. Don Antonio Bergosa y Jordán, quien encontraba "demasiadamente culpado" al Dr. Alcalá; pero que debido á la gran influencia que él tenía sobre el pueblo, al temor de que pudieran originarse grandes perjuicios á la causa pública, y á la circunstancia de que no

estaba completa la probanza para proceder contra él, habiendo sido, además, nombrado representante á Cortes por la provincia de Guanajuato, concluyó por decir lo siguiente: "que debía mandar, mandaba y mandó que se suspendiera la práctica de toda diligencia, por las razones indicadas, y se consulte reservadamente con testimonio de lo actuado á la Regencia del Reino, por mano del Serenísimo Exmo. Señor Presidente, Cardenal Arzobispo de Toledo, para que dicha Regencia, por si no ha dado cuenta á las Cortes, se dignen providenciar en el asunto lo que sea justo y de su agrado." Don Lúcas Alamán refiere que al Dr. Alcalá se le tenía como jefe ó director de los partidarios que en México favorecían á la causa de la Independencia, á los cuales llama el mismo Alamán insurgentes vergonzantes, agregando que el citado eclesiástico había sido enviado á España por el Virrey Calleja en calidad de representante en aquellas Cortes, haciéndolo salir casi furtivamente en un convoy que estaba próximo á marchar para Veracruz.

De esta manera fué como el Gobierno realista y el Arzobispo se vengaron del Dr. Alcalá, librándose, á la vez, de tan temible partidario de la insurrección, cuyo carácter firme y resuelto no se doblegó ni ante la sorda persecución que se le hizo, ni ante las halagadoras promesas que se

pusieron en juego para conseguir que claudicara en sus patrióticas ideas, pues cuando en España se le ofreció una Canongía, la rechazó con dignidad, antes que hacer traición á esas ideas, prefiriendo arrostrar con estoicismo el desprecio de sus enemigos y las dificultades que le ofrecía una situación estrecha y comprometida.

El Dr. Alcalá no tuvo el gusto de volver á pisar el suelo de la patria, al que supo consagrar valiosos esfuerzos y trabajos en favor de su autonomía, pues el año de 1823 bajó al sepulcro en la ciudad de Madrid.



FRAY LUIS ORONOZ.

Originario de Chihuahua y corista en el convento de San Francisco, de Zacatecas. Encontrábase esta última ciudad envuelta en el movimiento revolucionario que allí se operó inmediatamente después de la proclamación de la Independencia, y desde entonces el padre Fray Luis Gonzaga Oronoz se manifestó adicto á la causa insurgente, sosteniendo en conversaciones que tenía con algunos de sus compañeros, que la causa del Cura Hidalgo era justa y buena, y aun llegó el caso de que dicho religioso tuviera una disputa acalorada con un corista, precisamente por defender á la causa insurgente. El maestro de novicios lo puso preso, para castigarlo por la disputa referida, así como para conservar la disciplina en aquel convento.

Poco después de esto entró el insurgente

Don Rafael Iriarte á Zacatecas, donde estuvo algunos días, en cuyo tiempo el padre Oronoz se declaró abiertamente partidario y defensor de la insurrección, abandonando el claustro para unirse á aquel cabecilla, acompañándolo á San Luis Potosí, donde según acusación que se le hizo despuês, había tenido parte en los desórdenes ocurridos allí en aquella vez. A los pocos días de haber salido de San Luis el mencionado Iriarte y los legos Herrera y Villerías, ocupó la ciudad el insurgente Güemes, y habiendo sabido el padre Oronoz que Don Juan Antonio Reyes había sacado de San Luis más de $60,000 que llevaba para entregarlos á Calleja, escribió á Herrera, dándole parte de esto, á fin de ver si se lograba capturar ese dinero. Por este incidente también se formuló acusación al padre Oronoz, culpándolo como principal autor de la desastrosa muerte que tuvo el referido Reyes, atacado por el lego Herrera en Santa María del Río.

Pasados dichos acontecimientos, y habiendo abandonado el lego Herrera por segunda vez á San Luis Potosí, el padre Oronoz, se retiró á Zacatecas, cuya ciudad fué ocupada por Hidalgo y Allende, después de la derrota que sufrieron en Calderón, y cuando dichos caudillos salieron rumbo al Norte, quedó en Zacatecas una fuerza de Iriarte, á la cual se agregó el padre Oronoz, te-

niendo ya el grado de Teniente Coronel. En esos días ocurrió un combate en el rancho de la Calera, inmediato á Zacatecas, entre los insurgentes y una tropa realista de Provincias Internas, en cuyo combate tomó parte el padre Oronoz, quien después del suceso referido, se fué á San Luis Potosí en los primeros días de Febrero de 1811.

La ciudad de Zacatecas fué ocupada á viva fuerza por el Coronel realista Don Manuel Ochoa, quien derrotó allí á las tropas de Iriarte. El padre Oronoz, sin que se sepa por qué causa, se volvió á Zacatecas, donde fué aprehendido por insurgente, pero á los pocos días pudo conseguir que el Coronel Ochoa le concediera la gracia de indulto, que le fué confirmada por Don Félix Calleja algún tiempo después; por esta causa se consideraba libre de toda persecución; pero cuando menos lo esperaba, y encontrándose tranquilo en su convento de Zacatecas, fué aprehendido de orden del Provincial de San Francisco en San Luis Potosí, Fr. Manuel Diez, so pretexto de que era preciso castigar al padre Oronoz por el delito de apostasía, para conservar la disciplina en la Orden Seráfica.

Pocos días después fué remitido á esta última ciudad bajo la custodia de un sacerdote y algunos mozos, habiéndolo sacado de noche, á efecto de que la Junta de Seguridad no pudiera impedir dicha remisión.

Ya en San Luis se le puso preso y engrillado en la cárcel del convento de San Francisco, de donde se le transladó al del Carmen, y dos meses después á la cárcel de la ciudad, en cuyos cambios sufrió no pocas molestias el padre Oronoz.

Se le instruyó causa el mes de Agosto de 1811, acusado de adicto á la insurrección y de haber tomado participación en el movimiento revolucionario que promovieron en la citada ciudad los legos Herrera y Villerías, á principios de Noviembre de 1810.

En efecto, consta en la referida causa, que Fray Buenaventura Dávalos, corista del convento de San Francisco en San Luis Potosí, declaró que el padre Oronoz se había adherido á la causa insurgente en Zacatecas, sosteniendo que el partido de Hidalgo era justo y bueno, y que por haberle contradicho estas especies subversivas el padre Dávalos, lo había amenazado dicho Oronoz con darle muerte. Fray Buenaventura lo acusó también de haber tomado parte en la sublevación de los referidos legos Herrera y Villerías, asegurando que había arrojado dinero al pueblo desde una azotea, gritando: "¡Viva el Serenísimo señor Don Miguel Hidalgo y mueran los traidores!"

También se acusó al padre Oronoz de haber tomado parte en varios desórdenes cometidos en San Luis durante la permanencia de Güemes, en cuyo tiempo se había

ocupado de hacer rondas de noche, á caballo, con una patrulla, así como de cumplir algunas comisiones que le confería dicho cabecilla. El acusado no negó los cargos que se le hicieron, excepto los que reputaba como falsos ó exagerados, interpretándolos tal como habían ocurrido realmente los hechos, y excusándose de haber obrado en todo con ignorancia y con fragilidad, pero que se sentía arrepentido de sus faltas.

No obstante esto, el padre Oronoz fué sentenciado por los vocales de la Junta de Seguridad, Don Miguel Flores y Don José Antonio Troncoso, quienes lo juzgaban acreedor á la última pena; pero en consideración á que ya se había indultado antes y á la clemencia con que obraban los tribunales del Rey, acordaron sentenciarlo definitivamente á reclusión por diez años en el Convento de Hospitalarios Betlemitas en la Habana, para donde se le hizo salir el 24 de Octubre de 1811, por la vía de Veracruz.

Encontrándose en la Habana sufrió muchas penalidades y miserias, pues estaba engrillado, no tenía ni ropa para cambiarse, y solamente se le daban dos reales diarios para su sustento, y como allí vió que varios sacerdotes y otros mexicanos, que también se encontraban presos y desterrados, sufrían iguales escaseces y miserias,

se resolvió á publicar un manifiesto en el "Diario Cívico" de aquella ciudad, correspondiente al 26 de Marzo de 1814. El padre Oronoz se lamentaba de los muchos atropellos é injusticias que con él y con otros reos de infidencia se habían cometido, y usando de un lenguaje enérgico y vehemente atacaba á sus verdugos y enemigos, tratándolos é increpándolos con dureza, y gloriándose de que ya estaba cercano el día en que iban á terminar tantas desgracias y sufrimientos.

El Virrey de México juzgó criminal el contenido de ese manifiesto, y por lo mismo, aunque pasado algún tiempo, comunicó en Octubre de 1816 al Gobernador de la Habana, que hiciera pasar al padre Oronoz á Ceuta, para que fuese recluso en un convento de aquel lugar, á fin de que cumpliera diez años de destierro, sin que por ningún motivo pudiese volver á México.

Así es que sin pérdida de tiempo fué remitido á España y confinado en el Colegio Escornalbou de Barcelona, de donde se le pasó algún tiempo después al de San Francisco en la misma ciudad, habiendo padecido en su prolongado cautiverio, indecibles sinsabores, privaciones y enfermedades que lo llegaron á poner á los bordes de la tumba. A pesar de todo esto, el padre Oronoz era un joven de ánimo resuelto y audaz, y no lo habían amilanado tantas vicisitudes y padecimientos, en medio de los

cuales mantuvo siempre en su corazón el amor á la libertad de la patria.

El año de 1820, y encontrándose todavía recluso en el convento de San Francisco, de Barcelona, publicó en el "Diario Constitucional" de esa ciudad un "Manifiesto á la Nación Española," en el que con plausible franqueza y valentía se declaró fiel defensor de la libertad, tanto para los españoles como para los mexicanos, por cuya independencia había trabajado, expuesto la vida varias veces y sufrido tanto. En ese documento habla también de las principales causas que provocaron la revolución de América, y trata muy duramente y sin rodeos ni temores al Virrey Venegas y á Calleja, juzgándolos déspotas y crueles, cuyas manos destilaban sangre como las fieras. Concluye el padre Oronoz exhortando á los españoles á seguir la lucha contra los tiranos, y dice que él rendiría el último aliento, antes que doblar la cerviz en los altares de Baal.

Probablemente el patriota y esforzado sacerdote logró gozar la amnistía concedida en España á los reos políticos, en virtud del restablecimiento de la Constitución de 1812, pues pudo volver á México casi al terminar la guerra de Independencia.

El padre Oronoz se fué á vivir á Zacatecas, donde todavía el año de 1825 era morador del Convento de San Francisco.



DANIEL CAMARENA

La historia nada refiere acerca de la personalidad de Daniel Camarena, antes de que éste tomara participación en la guerra de Independencia, y solamente se sabe que era originario del pueblo de Nochistlán, en la provincia de Zacatecas.

Muy pocos días después de que resonara el grito de Dolores, Camarena se puso en contacto con el insurgente Don Rafael Iriarte, que se hallaba en Aguascalientes, quien lo comisionó para que fuera á insurreccionar los pueblos del Sur de la provincia de Zacatecas autorizándolo, á la vez, para que secuestrase los bienes de los europeos y aprehendiera á éstos.

Camarena, con alguna fuerza que había podido reunir en pocos días, aunque mal armada y compuesta de gentes sin orden ni disciplina, y llevando como segundo je-

fe á un individuo apellidado Sanmartín, entró á Nochistlán el 12 de Octubre de 1810, en cuyo lugar se le unió una parte del vecindario, haciendo estallar un motín en que la plebe cometió tropelías, venganzas y actos de pillaje, ayudada por los soldados de Camarena, pues fueron saqueadas las Casas Reales y secuestrados los bienes de algunos españoles.

El citado guerrillero se dirigió en seguida á Juchipila y á Jalpa, é hizo que Sanmartín fuera á ocupar á Tlaltenango, donde los insurgentes cometieron algunos desórdenes, apoderándose de los bienes del español Don Manuel Gómez de Barreda. Este hecho motivó una queja dirigida al Conde de la Laguna, Don Miguel Rivero, que entonces fungía como Intendente interino de Zacatecas, nombrado por el Ayuntamiento de aquella ciudad. El citado Conde puso luego un oficio á Camarena, previniéndole mandara devolver á Gómez Barrera los intereses que se le habían secuestrado, y apercibiéndolo para que se abstuviera de cometer semejantes actos, y sobre todo, de ocupar los fondos públicos; pero no se sabe si Camarena cumpliría ó no la prevención referida, aunque es probable que sucediese lo segundo, pues ninguna autoridad tenía el Intendente sobre el guerrillero.

Entre tanto, los sucesos de la revolución en Zacatecas habían asumido un carácter

amenazador y alarmante, obligando á muchos europeos á abandonar aquella ciudad, con el fin de poner en salvo sus vidas y sus intereses, y como la anarquía y la efervescencia revolucionaria amenazaban también á las autoridades realistas, el antiguo Intendente de aquella provincia, Don Francisco Rendón, no creyéndose seguro en Zacatecas, se resolvió á abandonar la ciudad, dirigiéndose á Guadalajara por el rumbo de la hacienda de La Laguna, propiedad del Conde Don Manuel Rivero, en cuyo lugar permaneció algunos días. Después de esto, y escoltado por cincuenta hombres de á caballo que allí le proporcionaron, emprendió la marcha rumbo á Guadalajara.

Sabedor Camarena de que el Intendente Rendón iba fugitivo y se dirigía á dicha ciudad, marchó también á perseguirlo, habiendo logrado darle alcance y sorprenderlo cerca de Bolaños, el 29 del citado Octubre. El guerrillero nochistleco se apoderó de Rendón y de todo su equipaje, así como de algunos individuos de la escolta que llevaba, conduciéndolos varios días después á Guadalajara, donde se encontraba ya el caudillo Don Miguel Hidalgo, á quien entregó los prisioneros y el equipaje de Rendón.

En la mencionada captura no hubo combate formal, como lo han creído algunas personas, pues la escolta del Intendente no

opuso vigorosa resistencia á los insurgentes de Camarena, quien acompañó al Generalísimo Hidalgo á su salida de Guadalajara. Después de la derrota del ejército independiente en Calderón, se dirigió Camarena al Sur de Zacatecas, habiendo permanecido pocos días en Juchipila, Nochistlán y Jalpa; pero delatado por alguna persona, fué aprehendido el 18 de Febrebro de 1811 por Don Antonio Garcilazo, vecino de dicho pueblo, quien lo remitió con una escolta á San Juan de los Lagos, donde á la sazón se encontraba el ejército de Calleja, y de allí fué conducido á la villa de Lagos, en cuyo lugar le mandó instruir sumaria el citado jefe realista.

Camarena declaró ser originario de Nochistlán, de treinta y un años de edad, y haber tomado parte en la insurrección, secuestrando muchos intereses á varias personas, de cuya distribución y paradero hizo referencia en una nota que corre agregada en la causa que se le formó.

El reo no dió muestras de flaqueza en su declaración, y al terminar la breve sumaria, el Auditor, Lic. Don Francisco Nava, consultó la pena de muerte para Camarena, quien debía haber sido decapitado, pero no lo fué, por falta de verdugo. El Brigadier Calleja se conformó con el parecer del Auditor, ordenando que se ejecutara la sentencia. Así es que Camarena fué con-

ducido el 22 de Febrero á la plazuela de San Felipe, en la misma villa de Lagos, donde se le fusiló por la espalda como traidor al Rey y á la patria, llevándose en seguida el cadáver á un punto llamado Cerritos, por el camino de León, y allí se le colgó en un poste, en presencia del Alguacil Mayor de la citada villa. Un mes completo estuvo expuesto á la expectación pública el referido cadáver; pero el humano Cura de Lagos, Don Manuel Jáuregui, pidió al Subdelegado le permitiera retirar de allí aquel cuerpo putrefacto, á fin de darle sepultura cristiana, lo que fué concedido.

Menos de un mes había transcurrido desde que el pueblo de Lagos presenció la sangrienta ejecución de Camarena, cuando el patriota Cura insurgente, Don José Pablo Calvillo, vengaba con un acto también sanguinario, la muerte del guerrillero nochistleco. El padre Calvillo, que recorría entonces varios lugares del Sur de Zacatecas, hostilizando á las autoridades realistas y dando impulso á la revolución, entró á Nochistlán el 17 de Marzo, en cuyo lugar se encontraban un tal Barajas y otros individuos de los que habían aprehendido á Camarena, los cuales, según se refiere en un documento oficial, fueron degollados en aquel lugar.

Camarena no fué un revolucionario audaz y atrevido: su mérito principal consis-

te en haber abrazado la causa de la insurrección tan pronto como ella estalló, levantando alguna tropa y poniendo en movimiento á varias poblaciones de la provincia de Zacatecas, las que desde entonces se declararon abiertamente adictas á la Independencia. Es cierto que Camarena autorizó ó no pudo impedir algunos desórdenes cometidos por sus subalternos, y que aun se le acusaba de haber tenido participación en la muerte de cuarenta y tres europeos sacrificados en los llanos de San Martín, cerca de Guadalajara, por orden del Cura Hidalgo, pero este hecho no está del todo comprobado.



DON JUAN PABLO ANAYA.

La vida de este insurgente es bastante curiosa, por los innumerables episodios que tuvo y por los pocos combates en que se encontró, así como por la buena posición que disfrutó constantemente y por las intrigas en que tomó parte.

Vió la primera luz en Lagos, población de la Nueva Galicia, el 26 de Junio de 1785; fué hijo legítimo de Don Pablo de Anaya (fallecido én 8 de Octubre de 1828), que tenía una posición social muy buena, la que le permitió dar á su hijo una educación, bastante escasa por cierto, pero no inferior á la que recibían los hijos de los acomodados en pueblos de tercer orden como era Lagos. El joven Anaya se encontraba en su tierra natal dedicado á atender los bienes que un día serían suyos, cuando resonó el grito de Dolores, que tuvo sus simpatías desde

el primer momento; sin embargo, dejó pasar algunas semanas, ó más bien dicho, meses, antes de seguir el partido de la insurgencia, y no fué sino hasta que Hidalgo llegó á Guadalajara, en la segunda quincena de Noviembre, cuando se presentó á él. El Dr. Rivera afirma que el Generalísimo dió á Anaya el grado de Mariscal de campo, ignoramos por qué circunstancia, pues ningunos antecedentes militares tenía ni había prestado algún servicio extraordinario á la insurrección para que se le diese un alto grado, como era ese, que pocos aún en aquellos días llegaron á obtener.

Sea como fuere, estuvo en la batalla de Calderón y acompañó á los Generales en su retirada hacia el Saltillo, sin que en el transcurso de Enero á Marzo de 1811 lo mencione la historia para nada; hasta que Rayón quedó al frente del ejército y se retiró á Zacatecas se cita á Don Juan Pablo como uno de los jefes que quedaron mandando el ejército insurgente, aunque sin tener el carácter de segundo de Rayón, pues ese puesto correspondía, naturalmente, á Don José Antonio Torres, que era más antiguo que Anaya. Antes de salir del Saltillo, Rayón ordenó á Anaya que desarmase á las tropas presidiales, que no inspiraban confianza; en el puerto de Piñones mandó la infantería é hizo retroceder al enemigo, que al fin quedó derrotado, y en unión de

Vázquez y de Villalongín se distinguió bastante Anaya, según asienta Bustamante. En la hacienda de Bayon aquél y Don Víctor Rosales fueron destacados con quinientos fusileros para reconocer la ciudad de Zacatecas (Abril de 1811), y empeñaron una acción que se decidió favorablemente gracias á la oportuna llegada de Torres. Concurrió á la acción del Maguey, después de la cual se separó de Rayón y empezó á obrar por su cuenta en Michoacán con una división que según cálculos del General Cruz era de dos mil hombres.

Se situó Anaya en la presa de Jesús, desde donde hacía correrías por las inmediaciones y sólo ya en unión de otros jefes, como sucedió en Julio de ese año, invitado por Muñíz para concurrir al asalto de Valladolid, aceptó y se presentó con sus tropas, consiguiendo poner en grande aprieto á Trujillo, que mandaba en la plaza; Anaya hubiera entrado á la ciudad por Santa Catarina, si Muñíz, celoso de la gloria que aquél pudiera adquirir, no se hubiera negado á proveerlo de las municiones, que se le habían agotado; tuvo, pues, que retirarse para no ser derrotado, y esa fué la señal de la retirada de todo el ejército insurgente, que dejó sus cañones: en Valladolid se atribuyó esta retirada á milagro patente y Trujillo, no obstante haber conservado la población, pensó seriamente en

abandonarla, dirigiéndose á Toluca, lo que no llegó á hacer, por haber recibido refuerzos.

Anaya se dirigió á Zitácuaro al lado de Rayón, del cual fué constante y fiel partidario y participó de la suerte que á ese caudillo cupo en el resto del año de 1811 y en principios de 1812 marchó á Cuautla, comisionado por la Junta de Zitácuaro para llevar á Morelos un refuerzo de trescientos hombres; estuvo en ese sitio, sin que durante él tuviese ocasión de distinguirse, y terminado, volvió al lado de Rayón.

En el resto del año de 1812 y en todo el de 1813, ó sea en el largo espacio de tiempo de cerca de dos años no mandó ningún Cuerpo de ejército ni tomó parte en ninguna campaña por su cuenta: fué su adicto y compañero y nada más, y en Septiembre del último año citado fué enviado por Rayón á Chilpancingo cerca del Congreso que se había instalado, para que le comunicase sus impresiones acerca de aquel Cuerpo; obligado Rayón á presentarse personalmente y no por medio de representante como quería, volvió á unírsele Anaya, que no se le separó ni cuando fué enviado á administrar la provincia de Oaxaca. Allí parece que se unió á Rosains y al Canónigo Velasco en contra de su antiguo amigo, pues éste lo acusa de ser uno de los causantes de la pérdida de la provincia, no

obstante que está averiguado que la principal causa de esa pérdida fué la incapacidad de Rayón. A pesar de tales imputaciones de Rayón, siguió mostrándose amigo de Anaya y le dejó el mando de las fuerzas con que auxilió al Capitán Roca en el camino de Teotitlán cuando aquél fué atacado por fuerzas del Coronel Hevía; Anaya se sostuvo bastante tiempo, pero al fin tuvo que retirarse perdiendo municiones y el cargamento de grana que traía, (Abril de 1814).

Anaya, unido definitivamente con Rosains, se dirigió á Huatusco, donde ambos fueron sorprendidos por Hevía y obligados á huir; no obstante este revés, el primero fué nombrado por el segundo Comandante de la provincia de Veracruz, carácter que los demás insurgentes, especialmente José Antonio Martínez, se negaron á reconocer; Rosains entonces, tanto para darse á respetar como para apoderarse de la parte del convoy copado en Marzo anterior y que Martínez tenía escondido, hizo atacar á éste por Anaya y consiguió derrotarlo y darle muerte. Con este suceso los jefes insurgentes de Veracruz se sometieron á Rosains y no tuvieron inconveniente en reconocer como superiores á Anaya y á su segundo, Don Guadalupe Victoria, hecho entonces Coronel.

Encontrábase el Mariscal recorriendo la

provincia cuando recibió de Rosains órdenes urgentes de que fuese á ponerse al habla con el pretendido General Humbert, que acababa de desembarcar en Nautla, diciéndose enviado del Gobierno de los Estados Unidos con el objeto de tratar sobre los medios de coadyuvar á la Independencia; la noticia de este desembarco causó bastante regocijo entre los insurgentes: Rayón trató de hablar con Humbert, pero inútilmente; el Congreso mandó solemnizar la noticia con regocijos públicos; hasta Morelos llegó la noticia, que él no se atrevió á negar, y Rosains, por hablar con Humbert, por poco cae en manos de los realistas. El pretendido enviado no era más de un pirata ó un aventurero que navegaba por el Golfo con bandera colombiana y que vino á ver si podía hacer negocio; debía llegar hasta San Andrés pero los movimientos de Hevía lo hicieron detenerse en Quimistlán, y viéndose en peligro se negó á pasar á Tehuacán, con pretexto de que su goleta corría riesgo. Anaya quiso ir con él y al efecto consiguió que el Congreso le enviase sus credenciales de Plenipotenciario y que Rosains le diese licencia para ir.

Las instrucciones que el Mariscal Anaya llevaba eran, según Rosains, que dice que las vió, hipotecar la nación en seis millones de pesos para los gastos de la guerra, y de los que debería dar á Humbert dos-

cientos mil pesos para equipar doce mil soldados; Anaya, por su parte, debía levantar cincuenta mil hombres y conservar el resto del dinero para invertirlo según las instrucciones que se le diesen. En cuanto á los recursos que se le dieron para el viaje, copiamos íntegro lo que dicen los escritores y documentos de la época: "El señor Humbert,—decía Don Carlos Bustamante á Morelos, en carta fechada en Zacatlán el 12 de Septiembre de 1814,—se ha embarcado en Nautla con el Mariscal Anaya, llevándose todo el pertrecho y armas que había desembarcado, con más, el dinero que Anaya pudo pillar," y en 19 del mismo mes agregaba: "Este (Rosains), en virtud de órdenes de V. A., ha procurado impedir que el señor Humbert penetrase hasta donde nosotros estamos, el cual se ha marchado llevándose crecida suma de dinero, juntamente con el que se dice mariscal Anaya ó canaya." En el diario que el Secretario de Rayón llevaba se lee lo siguiente: "Día 2. (de Agosto)—Se contestó al Intendente Pérez acusándole recibo del oficio en que participó haber regresado á la barra de Nautla Mr. Humbert con el Mariscal Anaya, quien llevó consigo más de ciento sesenta mil pesos de lo quitado al convoy que subía de Veracruz pocos días antes; y previniéndole que promoviese el arreglo de

aquellas provincias y se dirigiese después á Tehuacán en persecución de Rosains."

Anaya llevó en su compañía al padre Pedroza; mas éste, luego que llegó á Nueva Orleans, se presentó al Vicecónsul español Don Diego Morphy, protestando su arrepentimiento, en prueba del cual le instruyó de todos los intentos de Anaya. Este hizo admitir el pabellón mexicano, que él inventó, entre los que usaban los piratas, y el almirantazgo que éstos tenían establecido en la isla Barataria, hizo expedir más de doscientas patentes de corso que se remitieron á Rosains, el cual no hizo uso más que de siete y puso las demás en poder del Congreso, no llegándose á usar, por fortuna, ni esas siete. Anaya, de acuerdo con los mismos piratas, y con el apoyo de los aventureros, que abundaban en Nueva Orleans, proyectó una expedición para desembarcar en Tampico, para lo cual convidó con rotulones, Alvarez de Toledo; el padre Pedroza contribuyó á que se desbaratase, publicando contra ella una protesta en tres idiomas; otra que se proyectaba por el Norte fué prohibida por el Presidente Madisson; Alvarez de Toledo aconsejó á Anaya que pidiese al Congreso más amplias facultades, y este Cuerpo estuvo de acuerdo, pero Rosains no juzgó conveniente esa ampliación y retuvo las credenciales, quedando Anaya, que nunca pasó de Nueva Or-

leans, como agente privado. Durante su permanencia en esa ciudad contribuyó á la defensa de ella cuando fué atacada por los ingleses, lo que le valió que su nombre se diese á una calle y la benevolencia del General Jackson, que le ofreció auxilios, con lo que hizo creer á Rosains que al regresar traería armas y pertrechos de guerra.

Poco más de un año permaneció el Mariscal Anaya en el extranjero, sin hacer otra cosa de provecho que despertar en Robinson el deseo de venir y que realizó algún tiempo después, pero no trajo ni un fusil ni un grano de pólvora; vuelto á México á fines de 1815, no se cuidó de dirigirse á Rosains, que ya se había indultado, ni al Congreso, que andaba á salto de mata, sino que directamente se dirigió á Michoacán, donde unido á otros oficiales que por ser de alta graduación se decían "los iguales," sorprendió á la Junta subalterna de Taretan en la hacienda de Santa Efigenia (Enero de 1816) y la disolvió, llevándose á sus Vocales presos á Ario. El móvil de esta conducta parece que no fué otro que el de evitarse el trabajo de rendir cuentas é informe de su viaje. Ese paso le atrajo la mala voluntad de todos los insurgentes de la provincia, que se apresuraron á reunir una nueva Junta en Uruápam, pero le devolvió la estimación de Rayón, que no podía ver al Congreso ni á nada de lo que

de él dependiese, así es que volvió á unirse estrechamente al antiguo ministro de Hidalgo y en su compañía sufrió muchas peripecias durante el resto del año de 1816.

Casi pacificado Michoacán á fines de él, Rayón creyó empresa fácil apoderarse de Pátzcuaro, que según informes estaba desguarnecido, y al efecto envió á esa población una partida mandada por Anaya, Gutiérrez y Melgarejo, pero Linares, el Comandante realista, acudió inmediatamente, y por poco los hace prisioneros, salvándose á uña de caballo y refugiándose en el Mal País. Este fracaso hizo que Anaya se refugiase al otro lado del río y que acabase por ponerse á las órdenes de Don Nicolás Bravo, que ejercía jurisdicción en el valle del Mexcala; cuando dicho jefe se refugió en Cóporo y con la ayuda de Don Benedicto López insurreccionó de nuevo el Oriente de Michoacán, envió á Anaya sobre Maravatío, y aunque entró al pueblo en los momentos en que se daba una corrida de toros y obligó á la guarnición á encerrarse en la plaza de toros, fué rechazado y desbaratado, (Julio de 1817). Al poco tiempo cayeron presos Rayón y Bravo, fueron tomados los fuertes de Michoacán y la revolución se circunscribió al Sur, por lo que la mayoría de los jefes insurgentes viéronse obligados á indultarse ó á ocultarse: Anaya siguió el primer partido á mediados de

1818 y se presentó en Valladolid, donde se le asignó una pensión de cincuenta pesos mensuales con la obligación de seguir prestando sus servicios en las tropas realistas; como la revolución estaba ya casi extinguida, esos servicios fueron pocos.

En 1821 secundó el plan de Iguala, pero no tuvo mando alguno entonces ni entró con el ejército trigarante á México, y la Junta de recompensas de 1823 le reconoció el grado de General de Brigada, habiendo ascendido después á General de División en tiempo de Gómez Pedraza, que lo hizo, además, Ministro de la Guerra de 7 á 26 de Enero de 1833. Algún otro cargo público, como Senador, tenemos entendido que también desempeñó. Su muerte ocurrió en México el 24 de Agosto de 1850, á los sesenta y cinco años de sus edad.

Pocos ejemplos se dieron entre los insurgentes de un jefe que tuviese la fortuna de Anaya de haber tomado parte en la revolución durante ocho años sin haber experimentado grandes contratiempos y de haber disfrutado de la confianza de tantos y tan diversos jefes como Hidalgo, Rayón, Rosains, Bravo, Morelos y otros.



FRAY LUCIANO NAVARRETE.

Fué este fraile mercedario uno de los personajes más notables de la revolución en la provincia de Michoacán, de la que casi nunca salió durante la guerra de Independencia.

Nació en el pueblo de Tzacapu, perteneciente al Obispado de Valladolid, y pocas noticias se han publicado acerca de sus primeros años y de sus estudios hasta recibir las órdenes sagradas é ingresar en la religión de Nuestra Señora de la Merced: sin embargo, es probable que con motivo de las publicaciones que se están haciendo á causa de la celebración del Centenario de la Independencia se tengan algunas nuevas noticias inéditas de este guerrillero.

Se lanzó á la revolución desde los primeros días de ella, al grado que de él se dice que en Octubre de 1810 tuvo la comisión

de llevar al cerro de las Bateas, donde fueron sacrificados, los españoles que formaban la segunda remesa despachada por Hidalgo en Valladolid. Salido el Generalísimo de esa ciudad, Navarrete se dirigió á su tierra natal, donde, debido á sus relaciones, organizó una guerrilla que desde los primeros días empezó á dar qué hacer á los ejércitos realistas: con esa guerrilla entró á Pátzcuaro y Zamora y revolucionó todo el Occidente de Michoacán, escoltó á Hidalgo cuando de Valladolid se dirigió á Zamora en camino para Guadalajara, y estuvo en acecho de los movimientos de Cruz, así como también concurrió á la batalla de Urepetiro: desbaratada pero no aniquilada se volvió á reunir casi inmediatamente. No concurrió á la batalla del Puente de Calderón por causa de la dispersión que había sufrido, sino que quedó en Michoacán, donde pocos meses después reunía un buen número de soldados, y unido á Muñíz, Torres, Huidobro, etc., y bajo las órdenes de Licéaga y de Rayón, amenazaba á Valladolid (Mayo de 1811), que con dificultad resistió los diversos ataques de que fué objeto durante Junio y Julio de ese año; en el último de ellos ya los insurgentes eran casi dueños de la población, pero la rivalidad entre Muñíz y Anaya, de que ya se ha hablado, frustró la ocupación. En el mes de Septiembre, el realista Castillo Busta-

mante, unido con Don Antonio Linares, decidió hacer una expedición para acabar con las fuerzas de los Mariscales Muñíz, Torres y Navarrete, y aunque consiguieron derrotar á los tres, la resistencia que los dos últimos le opusieron en Zacapú los hizo retroceder á Pátzcuaro.

Libre de enemigos por algunos meses, se ocupó de fortificar á Zacapu, lugar que por su naturaleza era defendible, y al que hizo centro de sus operaciones, sobre todo, cuando de atacar á Valladolid se trataba, como sucedió en Enero de 1812, en que Albino García intentó apoderarse de la ciudad; éste fué derrotado por Linares, que se adelantó al movimiento combinado de los insurgentes, pero el padre Navarrete, avisado á tiempo, retrocedió á Jaujilla, hasta donde fué á atacarlo Linares, pero á su vez fué rechazado, perdiendo más de cuarenta hombres, pues los heridos que no murieron fueron asesinados por los indios de Jaujilla. En el resto del año de 1812, ocupados los realistas en la persecución de Morelos, desatendieron á Michoacán, que quedó en poder de los insurgentes, cuyos jefes se reunieron en gran cantidad á la voz del Dr. Verduzco para atacar aquella ciudad; el padre Navarrete no podía faltar, pero mal dirigida la expedición por la ineptitud de Verduzco, fué derotada, á pesar de los cuantiosos elementos que se habían reunido pa-

ra ella. Navarrete no sufrió pérdida de ninguna clase, por haberse quedado al otro lado del Río Grande. (Enero de 1813).

Vuelto á Zacapu, el Coronel Montaño trató de perseguirlo, y en el camino se encontró á los Vocales Rayón y Verduzco, que estaban arreglando sus diferencias y tuvieron que huir por distintos caminos; esta circunstancia, ocurrida en Febrero de 1813, hizo que Navarrete fuese dejado en paz y que en el resto del año asumiese la ofensiva contra las partidas realistas que se aventuraban por esa parte de Michoacán. Al último ataque que se dió á Valladolid, y que fué ordenado por Morelos, concurrio también el padre Navarrete, quien estuvo situado en la garita del Zapote, y según su biógrafo, Don Mariano de Jesús Torres, tuvo la culpa de la confusión que hubo en el campo insurgente. "Cuando estaban en lo reñido del combate,—dice—las tropas insurgentes con las realistas que habían salido de la ciudad á atacarlas, siendo llegada la noche, y cuando ya las sombras cubrían el campo, sin que pudieran distinguirse los combatientes unos á otros, asomó Navarrete por el costado izquierdo hacia el campo de Matamoros: ni uno ni otro tenían la debida noticia y rompieron el fuego creyéndose enemigos; algunos dragones ebrios subieron por el costado derecho, se hizo general la confusión y no permitiendo

la obscuridad distinguirse, se mataron los independientes entre sí con un furor rabioso, cual no se había visto en batalla alguna."

Si antes de la derrota con trabajos había obedecido Navarrete á la Junta de Zitácuaro y al Congreso, después de ella casi jamás se volvió á acordar de él, no obstante que lo benefició dándole el mando de la gente que había sido de Muñíz; no por haber aumentado su fuerza pudo emprender campañas más formales, y la única digna de mención es la que emprendió en unión de Sáenz y de Torres contra el pueblo de la Piedad en los días 24 y 25 de Octubre, en la que redujeron á la última extremidad á los realistas; Iturbide se encargó de quitarles los bríos y los persiguió tan tenazmente, que consiguió desbaratar á éste y obligarlo á huir lejos de Zacapu. El Congreso quiso utilizar entonces sus servicios llamándolo cerca de sí, pero lo desconoció, influenciado por Cos, y entonces aquel Cuerpo hizo que Navarrete fuese aprehendido y conducido á los calabozos subterráneos del Atijo, (Enero de 1815) donde estuvo preso durante varios meses. A poco tiempo Cos le fué á hacer compañía, pues allí sólo estaban encarcelados sacerdotes.

Era aquel punto, una montaña aislada, situada en una llanura de Michoacán, que por su elevación goza de buen clima, aunque rodeada de países calientes, ofreciendo

mucha oportunidad para la defensa. Por esta circunstancia y por lo muy distante que estaba en todas direcciones de las partidas realistas que pudieran perseguirlo, resolvió Morelos fortificar aquel punto y establecer la maestranza para hacerse de artillería y armas, reuniendo y organizando los dispersos que se le presentaran, y aprovechando unos socabones antiguos que había en la montaña, quizá restos de trabajos de mina ya olvidados, hizo de ellos bartolinas para los eclesiásticos que quería castigar. En sendos calabozos fueron encerrados el padre Navarrete y el Dr. Don José María Cos, donde pasaron mil sufrimientos é incomodidades, pues una vez que se metía allí á los presos, tapaban la boca de los socabones con pared de mampostería, dejando un agujero por el cual les introducían la comida, que era siempre muy escasa, y de cuando en cuando solían abrir la puerta de la entrada para que se ventilase algo el socabón, volviendo á cerrarlo: de manera que los individuos encerrados allí, se hallaban privados de toda comunicación, por ser aquel un lugar desierto.

La fuerte división intestina producida entre los insurgentes con motivo de la prisión en la hacienda de Santa Efigenia de los individuos que componían la Junta subalterna que había quedado en Taretan, cuando el Congreso emprendió su marcha

para Tehuacán, y la disolución de esa Junta, que dió margen á la de Jaujilla, así como el establecimiento de ésta, ocasionaron que el General Rayón quisiera entonces hacer valer sus derechos como Presidente de la antigua Junta de Zitácuaro; entraron en confusión los insurgentes, que llegaron á las manos, y entonces se presentó una oportunidad tanto al Dr. Cos como al padre Navarrete para salir de los calabozos de Atijo, pues el Alcaide que los vigilaba huyó con ellos.

La muerte de los principales caudillos de la revolución; el indulto á que varios jefes insurgentes se acogieron; el cansancio de los pueblos con la exacciones y destrozos de cerca de diez años de una guerra constante y devastadora, todo esto hizo que la revolución hubiera ido decayendo, al grado que en 1820 ya aparecía casi extinguido el fuego de la revolución. En Michoacán se encontraba dividida en varias secciones las tropas independientes que operaban en su territorio; pero la tenaz persecución que les hacían las tropas realistas las pusieron en tal situación, que no les quedó otro remedio más que el indulto. Presentáronse á pedirlo Don Mariano Tercero, Vocal que había sido de la Junta; Don Juan Pablo Anaya, Mariscal de campo; el padre Carvajal y el padre Navarrete, así como gran núme-

ro de brigadieres y generales cuyo indulto les fué concedido por el Gobierno.

Desde entonces no vuelve la historia á mencionar al padre Navarrete, que siguió viviendo pacíficamente en Valadolid y á quien alcanzó la vida para ver realizada la Independeneia de México. Después de la agitada vida que llevó durante ocho años, y de tantos episodios como tuvo en su existencia, murió en la obscuridad, y ni aun la fecha de su muerte puede fijarse.



PBRO. DON JOSE GUADALUPE SALTO.

Corta pero terrible es la historia de este sacerdote insurgente que con tanto entusiasmo abrazó la causa de la revolución.

Era originario de Michoacán, y una vez que se hubo ordenado, se dedicó á su ministerio en la Vicaría de Teremendo, donde se hizo notable por su vida ejemplar y sus virtudes, que le dieron fama en la comarca y aun en Valladolid. Sin embargo, fué uno de los más decididos partidarios que tuvo la revolución, y apenas empezada ésta se lanzó al campo con una partida que expedicionó por la provincia, y con la que concurrió al asalto de la capital de ella en 2 de Junio de 1811; hecho prisionero, Trujillo, por una circunstancia verdaderamente rara, no lo fusiló, sino que lo retuvo preso algún tiempo y aun lo indultó y dejó libre menos de dos meses después, en cele-

bridad de haberse retirado los insurgentes de aquella ciudad el 22 de Julio, cuando ya casi la tenían tomada.

Vuelto el padre Salto á su Curato de Teremendo, siguió siendo insurgente, ostentando ya el nombramiento de Coronel, que le dió el Mariscal Navarrete en 1o. de Abril de 1812, haciendo varias correrías por los pueblos vecinos, ya sólo ya en compañía del mismo Navarrete. En una de las correrías de Linares trató de atacar el fuerte de Jaujilla, situado en la laguna de Zacapu, y fué rechazado, teniendo más de cuarenta heridos, los que fueron llevados á un pueblo de las inmediaciones; refiere Alamán que por las predicaciones del padre Salto los indios de la comarca se alborotaron y asesinaron en masa á los heridos, y que por esta causa se emprendió una tan activa persecución contra él, que se vió obligado á dejar su Curato y á ocultarse en una abra ó voladero de la alberca de Teremendo, cuya entrada estabab formada por dos planchas de vigas. Allí era alimentado por los indios, que cautelosamente iban á llevarle provisiones y á darle aviso de los movimientos de los realistas.

Pesquera, Capitán de lanceros, que tenía la comisión de capturar al sacerdote, escogió por guía á un correo que Negrete enviaba á Trujillo desde la Piedad y que cogido por la partida de Salto había logrado

escapar de ella; guiado por aquel hombre, que conocía bien el paraje, Pesquera rodeó con su tropa el cráter de un extinguido volcán donde está la alberca, y subiendo por una senda pendiente y escabrosa vió á tres hombres inmediatos á una especie de capilla que empezaban á fabricar; pusiéronse en fuga al acercarse los realistas y uno de ellos se metió por el abra, á donde fué seguido. Al entrar los soldados, alzó la voz diciendo: "No me maten, que soy ministro de Jesucristo," y al mismo tiempo dió una lanzada al soldado Manuel de la Cruz, que estaba más inmediato, dejándolo mal herido. Pesquera dió orden de que no se ofendiese al sacerdote y al mismo tiempo le intimó para que se rindiese, pero Salto contestó que "no saldría de aquella cueva, á menos que no fuese su Prelado," y preguntando quién era quien lo buscaba, le contestaron que las tropas del Rey, á lo que replicó: ¿que de qué Rey se trataba, pues las tropas allí presentes eran de Napoleón?

Al mismo tiempo empezó á defenderse, haciendo rodar piedras desde la boca de la cueva, lo que decidió á Pesquera á mandar hacer fuego; los soldados, que habían permanecido fuera de la caverna, apenas podían disparar sus armas, pues para hacerlo tenían que asirse de los arbustos suspendidos sobre un voladero de cincuenta varas de profundidad, en el que se habrían preci-

pitado al menor descuido ó si se hubiera desgajado alguna de las ramas de que se sostenían. Procuraron, sin embargo, hacer puntería sobre un tejadillo que cubría la entrada de la cueva, y á poco vieron que en el interior de ella había un hombre por tierra, con lo que suspendieron el fuego y penetraron á la caverna, donde encontraron al padre Salto atravesado de un balazo y dos mujeres que estaban allí presas para mandarlas á Navarrete; los otros dos hombres habían desaparecido.

Las mujeres fueron puestas en libertad y Pesquera hizo que el padre Salto fuese conducido en un tapextle á Valadolid, cargándolo otros de los prisioneros que había hecho. Trujillo dió orden de que el prisionero fuese fusilado al día siguiente á las diez de la mañana, y dió aviso al Obispo electo Abad y Queipo de su resolución, por si había algunas formalidades que llenar, pero al mismo tiempo le hizo advertir que por ningún motivo suspendería la ejecución, que debería verificarse á la hora señalada, por temor de que el padre Salto muriese de la grave herida que había recibido. El Obispo declaró que dada la enormidad de los crímenes del reo y su obstinación en ellos, no obstante habérsele concedido por segunda vez el indulto por intervención del mismo Prelado, era innecesaria la degradación, habiendo perdido el fuero y el principio del

cánon. Fué, pues, sacado al patíbulo en camilla, y un eclesiástico español que iba á su lado, hacía creer al concurso que se había reunido, que daba pruebas de su arrepentimiento; pero en aquellos instantes ya el padre Salto no existía, y al llegar al cadalso, los soldados encargados de la ejecución dispararon sobre un cadáver. Permaneció expuesto durante todo el día.

Por los informes de que dispuso el señor Bustamante, y que son distintos de los narrados aquí, aparece que el Presbítero Don José Guadalupe Salto fué un santo mártir de la causa insurgente; sea como fuere, revela mucha ferocidad en Trujillo ese detalle de hacer fusilar un cadáver.



LIC. ANTONIO FERRER.

No empuñó las armas, como la mayoría de las personas que figuran en esta colección; pero en el retiro de su gabinete tramó una conspiración que de no haber abortado habría dado un golpe fatal al Gobierno español, el cual quedaba acéfalo con la ausencia del Virrey.

Desde Abril de 1811, los conspiradores de la capital, que siempre habían estado en combinación con los insurgentes, habían tramado una conspiración que apoderándose de la persona de Venegas, trastornase el Gobierno y acaso librase de la muerte á Hidalgo, Allende y demás presos hechos en Monclova y que iban en camino de Chihuahua, pero descubierta á tiempo, sus autores fueron presos. Meses después se tramó otra, que es de la que vamos ahora á tratar, por haber sido la más seria y por ha-

ber causado la muerte de varios de los comprometidos.

El Lic. Don Antonio Ferrer, joven abogado decidido por la causa nacional, púsose de acuerdo con otras personas también de opiniones independientes que tenían sus reuniones en una casa del callejón de la Polilla, perteneciente á un tal Antonio Rodríguez Dongo; todos ellos juraron guardar el más completo secreto, y aun se comprometieron á dar muerte al que delatase el proyecto; cada uno manifestó los medios con que contaba para sublevar algún barrio de la ciudad ó para levantar gente; un cabo del Batallón de Comercio, llamado Ignacio Cataño, se comprometió por su parte á hacer entrar en el complot á varios individuos de su Cuerpo, y cumplió su ofrecimiento; Rafael Mendoza, álias "Brazo fuerte," enviado por Rayón para arreglar el plagio del Virrey, prometió la cooperación de una partida que Alamán cree que era de salteadores, pero que en realidad era de insurgentes, mandada por un Mariano Hernández que debía apoderarse de la cárcel de la Acordada, poner libres á los presos y marchar con ellos sobre Palacio; Dongo dijo que él podía sublevar el barrio de Belén.

El plan era muy sencillo y estaba basado en la costumbre que tenía Venegas de ir todas las tardes al paseo de la Viga, á

dar algunas vueltas en carruaje; entre cuatro y cinco de la tarde del día 3 de Agosto se apoderarían los conjurados de la persona del Virrey, haciendo huir ó acuchillando á la pequeña escolta que lo acompañaba siempre, para lo cual la partida de Hernández, unida á los contrabandistas de aguardiente, debería estar situada en punto conveniente. Dispersados ó muertos los soldados de la escolta, Venegas debería ser llevado rápidamente á Zitácuaro para ponerlo en poder de Rayón, á fin de que éste le hiciese firmar las órdenes convenientes para disponer del Reino á su arbitrio. Además, apenas hubiese quedado preso el Virrey, desde la torre del convento de la Merced se haría una señal con un toque de esquila y algunos cohetes, para que los conjurados distribuidos por los barrios sublevasen éstos, con el estímulo del saqueo, que se permitiría, reservándose el numerario para el ejército insurgente y apoderándose de los ministros de la Audiencia, autoridades principales y personas distinguidas, así como haciéndose dueños del Palacio, edificios públicos, y procurando atraerse á la tropa. La primera parte del plan era sencillísimo y muy factible y con sólo ella sufría un rudo golpe la administración colonial, tan centralizada entonces; la segunda ya ofrecía más dificultades, y acaso hubiera fracasado, por la extensión del programa y por

la natural resistencia que había de oponer la guarnición de la ciudad. El Lic. Ferrer era el alma de la conspiración.

Fracasó por haber sido denunciada: Don Lúcas Alamán dice que el denunciante fué uno de los comprometidos, Cristóbal Morante, que la víspera del día en que debía estallar dió aviso al Virrey, que inmediatamente empezó á dictar providencias para hacerla fracasar; Don Carlos Bustamante atribuye la denuncia á una mujer, con la que Venegas tenía tratos De todos modos, hubo denuncia, que fué robustecida con la hecha por el oficial de la Secretaría del Virreynato, Don Manuel Terán, que declaró el día 3 que había sido invitado por Ferrer á concurrir esa tarde al paseo de la Viga armado y á caballo El Virrey mandó acuartelar las tropas y aprehender á los que creyó culpables; entraron á la cárcel el abogado Ferrer, los cabos del Regimiento de Comercio Ignacio Cataño y José Mariano Ayala; Antonio Rodríguez Dongo, dueño de la casa donde se celebraban las juntas; Félix Pineda y José María González, concurrentes á ellas, y los padres Castro, Negreicos y Resendi,, lográndose escapar Rodríguez y algunos otros; para cubrir las apariencias también fué encarcelado Morante, que recibió el premio de dos mil pesos que ofreció el consulado.

Instruida la causa casi nada pudo pro-

barse á Ferrer, por lo que el Fiscal Osés sólo pidió para él seis años de presidio, pero en cuanto se supo esto entre los españoles y los jóvenes del comercio, todos españoles también, mostraron mucho descontento y ocurrieron al Virrey para hacérselo presente, pues tenían un gran deseo de que recayese un castigo ejemplar sobre algún abogado, por los muchos que de esa profesión había comprometidos en la guerra y otros en mayor número que ocultamente la favorecían y fomentaban; á todo trance querían, pues, como dice Bustamante, ahorcar, y ahorcar á un abogado, y aun se llegó á decir que el Virrey aseguró al comercio que si la sala del crimen no imponía la pena de muerte á Ferrer, él sí lo haría. Bataller (español), Yáñez y Torres Torija, (mexicanos), formaban esa sala; el primero optaba por el destierro y los dos restantes por la pena de muerte, por lo que aquél se abstuvo de votar, y cuando se ofreció hablar del asunto, dijo: "Ferrer va al palo y son sus paisanos los que lo despachan." A la misma pena fueron condenados Cataño, Ayala, Dongo, Pineda y González; á presidio otros varios y á menores penas uno que otro.

Al hacerse saber á Ferrer la sentencia, fué tan intensa la emoción que sintió, que cayó en tierra, rompiendo con su cabeza la foja de la sentencia. Por temor de un le-

vantamiento popular se adoptaron infinitas precauciones para conservar el orden, y ante el temor de aparecer como afectas á los insurgentes y ser castigadas severamente, muchísimas personas se abstuvieron de interceder en favor de Ferrer y de los demás condenados. Toda la guarnición de la ciudad se puso sobre las armas y con la fuerza que fué al patíbulo caminó una pieza de artillería; en la mañana del 29 de Agosto se ejecutó la sentencia en la plazuela de Mixcalco, y para dar garrote á Ferrer, que era noble, se levantó un tablado vestido de negro y fué conducido al cadalso en una mula con gualdrapa negra; Cataño, cuyos parientes probaron que también era noble, fué ejecutado con la misma distinción que Ferrer, y á los otros cuatro se les ahorcó. El proceso de los religiosos ofreció más trámites y al fin terminó con el destierro de ellos á la Habana; pero el padre Castro murió de vómito en Ulúa.

Con el abogado Ferrer, víctima de una gran injusticia, la posteridad ha cometido otra, pues jamás se ha vuelto á acordar de él, jamás se le nombra, y sólo los que han estudiado la historia de la guerra de Independencia hasta en sus pormenores, son los que tienen noticias de él.



DON VICENTE BERISTAIN.

En los primeros meses del año de 1812, la revolución de Independencia estaba en todo su auge, no bostante los grandes golpes que había recibido; es cierto que habían desaparecido los grandes ejércitos levantados por Hidalgo y Allende, que estos caudillos habían sido fusilados y que aun Rayón había tenido que huir de Zitácuaro, pero en cambio el país entero estaba sublevado y en muchos puntos los realistas eran dueños únicamente de la capital de la provincia y del terreno que pisaban: Michoacán era un volcán; Guanajuato, el Sur de Jalisco, Nayarit, las sierras de Zacatecas, Gorda, de Querétaro, y la Huaxteca, estaban llenas de partidas insurgentes, así como la Sierra de Puebla, las Mixtecas, los llanos de Apam y las inmediaciones de México; el Sur estaba en poder de Morelos y

la fama de Calleja no existía después del famoso sitio de Cuautla. El Gobierno español no tenía ni tropas para atender á todas partes ni recursos par levantar más tropas; sus convoyes caían en poder de los insurgentes y ni siquiera podía tener expeditas las comunicaciones con el exterior, por estar lleno de independientes el camino de Veracruz.

En estas circunstancias si los que combatían al Gobierno español hubiesen estado de acuerdo entre sí, pronto hubieran dado al traste con ese Gobierno y realizado la Independencia; pero por desgracia estaban sumamente divididos, aunque esas divisiones poco trascendían fuera del campo insurgente y eran negadas por los optimistas, que veían muy próximo el día de la Independencia. De aquí que muchos simpatizadores de las ciudades salieran de ellas par unirse á los insurgentes en esa época; á reserva de hablar de muchos de ellos en el lugar que les corresponde, nos ocuparemos de Don Vicente Beristain.

Era este señor, oriundo de Puebla, de una familia bastante distinguida y hermano del célebre Deán de la Catedral de México, Don Mariano Beristain y Souza, acérrimo partidario de la causa de España y autor de una copiosa Biblioteca hispano-mexicana. Don Vicente se alistó entre los patriotas de Texcoco, donde se hallaba ac-

cidentalmente, y cuando los insurgentes atacaron esa población, se distinguió en la defensa de ella, manejando una culebrina; por este hecho fué muy elogiado y premiado por el Virrey. Raspando un poco á cada criollo se encontraba en él un insurgente, como años después lo acreditó la experiencia y como sucedió entonces con Beristain; convencido de que no podría retardarse por mucho tiempo la Independencia, resolvió adherirse desde luego á ella, y al efecto se unió á la primera partida de insurgentes que se le presentó, y que fué la de un cabecilla de apellido Serrano, (Abril de 1812).

Inmediatamente se propuso atacar á Pachuca, ciudad rica y cuyas minas estaban en bonanza: el 23 de ese mismo mes de Abril se presentaron Serrano, Beristain, Don Pedro Espinosa y otros jefes que reunían quinientos hombres y dos cañones, de los que se encargó Beristain, é intimaron rendición á la plaza. Mandaban en ella el Conde de Casa Alta, caballerizo que había sido de Iturrigaray, y Madera, pero tenían pocos hombres, por lo que limitaron la defensa á tres casas, que no podían resistir mucho tiempo; los religiosos del Colegio Apostólico propusieron una capitulación, con la que fácilmente estuvieron conformes los europeos, dada la desesperada situación en que se encontraban, y quedó pactado que las personas y propiedades particulares se-

rían respetadas. Ocuparon pues, toda la población los insurgentes, el día 24, cuando se supo que el realista Fernández venía en auxilio de la plaza; enviósele á Madera para hacerlo retirar, pero entretanto los independientes lo atacaron, lo hicieron retroceder, y dando por rota la capitulación, aprehendieron á los españoles y los enviaron á Sultepec.

La tropa que de México salió en socorro de Pachuca el día 25, retrocedió al saber la ocupación, y las tropas de Serrano y Beristain pudieron repartirse el botín conquistado, consistente en doscientas cincuenta barras de plata pertenecientes á la real hacienda; cincuenta tejos de oro, 600 fusiles, muchas municiones, etc.; parte de las barras se enviaron á Rayón y á Morelos, otras las tomó Serrano y algunas las llevó Osorno á Zacatlán, donde Beristain, que era un minero experimentado, las convirtió en moneda, tarea en la que lo ayudó Don Pedro Lachausseé, inteligente ingeniero y minero que años antes había sido traído de Bélgica para hacer unas instalaciones en los minerales de aquel rumbo; el mismo ingeniero, que era uno de terceros abuelos (tatarabuelo) maternos del que esto escribe, montó en el Real del Monte una fábrica de cañones para los insurgentes, que fué destruida poco después.

Pachuca y la comarca fué recobrada por

el realista Claverino, y entre tanto, Beristain, unido á otros jefes y llevando un buen tren de artillería, que era su especialidad, amenazaba á Tulancingo, del que se hubiera apoderado si no es oportunamente socorrido, derrotó en Zacatlán á Samaniego y se estableció allí como segundo de Osorno y con el objeto de curarse la herida que en una pierna había recibido en el ataque de Tulancingo. En Zacatlán estableció Beristain una gran maestranza, casa de moneda, fábrica de armas, etc., en escala mucho mayor que lo que hizo en Zitácuaro, el Gallo y Cóporo Don Ramón Rayón, pues tenía más conocimientos que éste· si hubiera podido conseguir que los insurgentes del rumbo fuesen menos afectos á la caballería y no desdeñasen la infantería, habría conseguido formar una buena división insurgente que muchos disgustos habría dado á los realistas, pero aquellos hombres, acostumbrados á vivir á caballo, miraban hasta con desprecio la infantería.

Zacatlán fué el principal núcleo independiente de la región y los jefes realistas temían atacarlo, pues sabían que estaba bien defendido y era considerado por el Virrey de igual importancia que Tlalpujahua, donde vivían los Rayón, y que Huichápan, donde imperaban los Villagrán. Sin embargo, habiendo emprendido Osorno una expedición desgraciada contra Zacapoaxtla, (27

de Abril de 1813), las autoridades de Puebla decidieron ir á atacarlo á Zacatlán, y al efecto Castro-Terreño salió con una fuerte división que consiguió su objeto sin combatir, no obstante que Beristain era de opinión que podía defenderse el punto, (19 de Mayo). Todo el trabajo de muchos meses se perdió en un día, pues quedaron destruidas las fortificaciones, fábricas y maestranza establecidas en Zacatlán y en el inmediato pueblo de San Miguel y fueron capturados los buenos cañones que habían sido enterrados en el pueblo de Tomatlán. Poco tiempo después volvió Beristain á situarse en el mismo pueblo, pero no habiendo tiempo de reconstruir las fortificaciones tuvo que retirarse á la aproximación de Llorente, el 25 de Agosto.

Por cuestiones de milicia, en las que Osorno era lego, tuvo bastantes disgustos con Beristain; agravados éstos por cuestión de faldas, á las que ambos eran afectos, se hicieron odiosas, terminando como no podía menos de suceder, con que el primero hiciera fusilar al segundo en la hacienda de Atlamajac el 9 de Febrero de 1814. Debe haberle pesado esta resolución, pues se privó de un auxiliar utilísimo; sin embargo, algunos jefes insurgentes no lo juzgaron así, pues según asienta el Dr. Velasco en el manifiesto que publicó al indultarse, Rayón escribió desde Huajuápam el 9 de Mar-

zo á Bustamante lo siguiente: "Por acá se asegura que Osorno ha decapitado al Coronel Beristain; lejos de parecerme mal, aquel jefe ha obrado consecuente á mis ideas; ¡amigo mío! éstos que hablan mucho de matemáticas y ordenanzas y aun han viajado, son estorbos para nuestros pensamientos: hablan francés é inglés, y mañana, si tuvieran partido, lo primero que harían sería sacrificarnos: espero que usted apoye mi modo de pensar." No creemos que Rayón haya escrito esta carta, que demuestra una intransigencia supina, impropia de un letrado y de un hombre de experiencia.

El Coronel Beristain al lado de Morelos habría hecho un gran papel y habría contribuido al logro de muchas empresas, pero en el reducido teatro donde se presentó y en medio de hombres rudos é ignorantes com eran los guerrilleros de los llanos de Apam, tenía que fracasar, como le sucedió.



DON FERNANDO ROSAS.

Compañero de Hidalgo y uno de los primeros insurgentes, Fernando Rosa, aunque peleó largo tiempo por la causa de la libertad, murió demasiado joven cuando aún podía prestar bastantes servicios á la Independencia.

Nació en el Mineral de Xichú, en la provincia de Guanajuato, y apenas aprendidas las primeras letras y con la edad suficiente, sentó plaza en el Batallón principal de Guanajuato, donde por su buen carácter, sus aptitudes y la simpatía que sabía inspirar ascendió á sargento, en cuyo grado lo encontró el año de 1810. Fué uno de los sargentos á quienes los de igual clase Domínguez y Navarro comprometieron á tomar parte en la revolución antes de que ésta estallase; fué puesto en prisión por Riaño, pero cumplió su promesa, pues ingresó á

las filas insurgentes cuando Hidalgo llegó á Guanajuato; hecho Capitán, fué agregado como ayudante á lo que podríamos llamar Estado Mayor del Generalísimo, y con tal carácter, así como con el de su auxiliar para despachar la correspondencia, lo acompañó á Valladolid, las Cruces, Aculco, Guadalajara, Calderón y el Pabellón.

En Baján logró escaparse de caer prisionero gracias á que caminaba con el ejército, y acudió á ponerse á las órdenes de Rayón, que lo tuvo á su lado hasta la acción del Maguey, donde en realidad se dispersaron los primeros insurgentes. Pasó entonces á unirse con Albino García y sería tarea fastidiosa referir uno por uno los lances en que se encontró al lado de este famoso guerrillero; baste decir que estuvo en la toma de Guanajuato, en el tercer ataque de Valladolid, en la captura del segundo convoy y en Ojuelos, Irapuato, Lagos, Aguascalientes, San Felipe, etc.; su buena suerte lo hizo escapar cuando Albino cayó en poder de Iturbide, y entonces se unió á Tomás Baltierra, Salmerón, con el que siguió haciendo la campaña en Guanajuato.

Cuando Licéaga fué nombrado en 1814 Comandante de Guanajuato y el Dr. Cos fué su segundo, tuvo Rosas ocasión de dar á conocer sus aptitudes militares y organizó la infantería insurgente de la provincia, instruyéndola y disciplinándola; al mismo

tiempo se dió á conocer como hombre de orden y recibió de Cos el encargo de encausar á su antiguo compañero Baltierra, que se había hecho terrible y odioso y que tenía aterrorizada la comarca con sus atroces é inauditas maldades. Combatió en Puerto de Nieto, Xichú, Salitre, etc., y prestó varias veces ayuda al Dr. Magos, que expedicionaba por Sierras Gorda, de Querétaro, é Ixmiquilpan. Por orden de la Junta, ó de Licéaga, persiguió á los insurgentes Garcilita y padre Torres hasta obligar al segundo á salir de su jurisdicción, de la cual Cos se había propuesto extirpar el vandalismo. Reglamentó la percepción de contribuciones para la guerra, estableciendo en los pueblos Tesorerías recaudadoras y obligando á los mayordomos de las haciendas á que las liquidasen, bajo la condición, que se cumplía, de que los propietarios y sus familias tendrían toda clase de garantías fuera de las poblaciones. En su causa declaró hasta los nombres de los recaudadores que había nombrado en la jurisdicción de Dolores.

Cuando Cos fué á tomar parte en las deliberaciones del Congreso de Chilpancingo, Rosas lo acompañó como Secretario, y terminado el período de aquél volvieron á Guanajuato, donde el segundo, que ya tenía el grado de Brigadier, quedó como Comandante Militar al separarse el primero; también

fué nombrado Comandante de San Luis Potosí, y con tal carácter procuró reunir las partidas sueltas de Encarnación Ortiz, Don Pedro Moreno, Rosales, etc., y disciplinarlas; obtuvo con ellas algunas ventajas que llamaron la atención de los realistas y que obligaron á Iturbide á destacar á Orrantia y á Castañón para perseguirlas. El 24 de Julio de 1815 fueron alcanzadas en Rincón de Ortega, y aunque el bien organizado Batallón de Dolores rechazó tres veces á los realistas y la caballería de Ortiz dió una brillante carga á los realistas, los insurgentes quedaron derrotados, el Batallón casi desapareció y los realistas tuvieron serias pérdidas. Rosas, tres oficiales y veinte soldados, fueron aprehendidos en el Rancho del Redondo, á consecuencia de esta derrota, el 14 de Agosto, y conducidos á San Luis Potosí.

El proceso fué sumarísimo y lo único de notable que ofrece es que cuando se le amonestó para que dijese cómo, en concepto suyo, se podría pacificar la Colonia, contestó: que la experiencia de cinco años de guerra le había enseñado que ese resultado no se conseguía con las armas, y que tal pregunta no debía hacerse á él, sino á la Junta Nacional, (el Congreso insurgente), pues estaba seguro de que esa Corporación, compuesta de hombres doctos, sabría contestar la pregunta, dando á entender que

sólo tratando con esa Junta sobre el modo de hacer la Independencia se vería pacificada Nueva España. Fué condenado á morir arcabuceado por la espalda como traidor, y la sentencia se ejecutó en la plaza de San Luis Potosí á las diez y media de la mañana del día 22 de Agosto de 1815, cuando acababa de cumplir veintiséis años; con él fueron fusilados sus oficiales Pérez y Zambrano, aprehendidos al mismo tiempo que Fernando Rosas.

Merecía una suerte mejor el joven insurgente.



PBRO. DON JOSE PABLO CALVILLO.

Poco antes de que estallara en Dolores la revolución de la Independencia, se encontraba el padre Calvillo desempeñando la Vicaría en el pueblo de Colotlán, y se dice que también fué Cura de Huajúcar, hoy villa de Calvillo, en el Estado de Aguascalientes. Había sido también Capellán en San Juan del Teul, á principios del siglo XIX.

En una reseña histórica relativa á Colotlán, inserta en la "Biblioteca Histórica Jalisciense," que se publica actualmente en Guadalajara, se asegura que el padre Calvillo llevaba íntima amistad con los jefes de las Compañías fronterizas que guarnecían á dicho pueblo de Colotlán; con Don Marcos Escobedo y con otros indígenas de los más notables en aquel lugar; además, se refiere que á fines de Septiembre de 1810 apareció allí el padre Don Pablo Calvillo, quien había hecho un baile en su casa, con

el fin de reunir á muchos indígenas para sublevarlos contra la tropa realista. cuyo jefe era el Gobernador Don Gregorio Pérez. Que el padre Calvillo, capitaneando a una multitud de pueblo, cuyas armas eran flechas, hondas, garrotes y machetes, se había dirigido á las Casas Reales, donde se encontraban alojados treinta españoles que fueron aprehendidos allí, sin que la guardia opusiera ninguna resistencia. pues ya estaba seducida por el padre Calvillo, y que otro día en la mañana, estando formadas las Compañías en la plaza, salió el Gobernador Pérez al balcón, ordenándoles que hicieran fuego sobre los indios, pero que la tropa le había contestado que "no era ya de su partido" y que los jefes mandaron que dicha tropa se dispersara.

Este suceso no ocurrió á fines de Septiembreb de 1810, como se dice en la resea indicada, sino á mediados de Mayo de 1811, según consta de oficios dirigidos desde Jerez al Intendente Medina, de Zacatecas, pues á principios de Octubre de 1810 el mismo Medina se hallaba en dicha ciudad con cuatro Compañías de Colotlán, a donde fué llamado para auxiliar al Intendente Don Francisco Rendón, según lo asegura este mismo en el informe que después rindió al Virrey, con motivo de la sublevación en Zacatecas.

Como quiera que sea, lo cierto es que el

padre Calvillo fué uno de los primeros, más entusiastas y decididos partidarios de la causa de la Independencia, y ya sea de una manera expontánea ó autorizado por el jefe insurgente Don Rafael de Iriarte, tomó participación activa en los primeros sucesos de la insurrección, pues en la causa que se instruyó en Sombrerete á José María Zaldívar, soldado de la Compañía de Chalchihuites, perteneciente á las de Colotlán, consta que el 31 de Octubre de 1810 apareció en dicho lugar el Cura Don José Pablo Calvillo, quien ese mismo día en la noche tuvo una conferencia con el Coronel Don Martín de Medina, Gobernador y jefe militar de aquella frontera de lo que resultó que éste mandara luego tocar generala, con el fin de que las Compañías de su mando se reunieran en la plaza, las cuales, sin oponer objeción alguna quedaron á las órdenes del padre Calvillo, quien para probar que el Gobernador Medina quedaba despojado del mando, les mostró el bastón que él le había cedido.

Las Compañías mencionadas quedaron sin oficiales, pues éstos no se unieron al movimiento, y, por lo mismo, los cabos y sargentos fueron los que tomaron el mando inmediato de ellas. Tres días después de este suceso, el padre Calvillo había salido de Colotlán para Huajúcar, llevando ocho Compañías. En este mismo lugar se le agre-

gó la de Valparaíso, y de allí se dirigió por Jerez á Zacatecas, donde en esos días se encontraba Don Rafael Iriarte, bajo cuyas órdenes se puso en aquella ciudad. Hasta aquí lo que consta en la causa instruida a Zaldívar el mes de Junio de 1811. Veamos ahora lo que pasó después.

El mencionado Iriarte al saber que en San Luis Potosí se había operado un movimiento insurgente por los legos juaninos Fray Luis Herrera, Fray Juan Villerías, Don Joaquín Sevilla y Olmedo y Don Francisco Lanzagorta, se dirigió á aquella ciudad, acompañándolo en esa expedición el padre Calvillo, con su tropa, compuesta en su mayor parte de indios mal armados y sin disciplina. Iriarte los hizo que practicaran allí algo como una gran parada, en la que haciendo uso de sus flechas hicieron varias evoluciones á su usanza. Esto pasaba á fines de Noviembre de 1810.

En seguida se dirigió Iriarte á San Felipe, con el objeto de ir á auxiliar á Don Ignacio Allende, que se halaba bastante comprometido en Guanajuato, pero de San Felipe tomó el rumbo de Aguascalientes En cuanto al padre Calvillo, no se sabe a punto fijo dónde se separó de Iriarte, y solamente puede asegurarse que no descansaba en seguir fomentando la revolución, reuniendo numerosa tropa y sublevando varios pueblos del Sur de Zacatecas y de los

límites con Jalisco, de modo que cuando Don Miguel Hidalgo se hallaba en Guadalajara, el padre Calvillo, según refieren algunos historiadores, le llevó en auxilio un ejeército de siete mil indios flecheros, que tomaron parte en la desgraciada batalla del Puente de Calderón; según la crónica, ni uno de ellos pereció en la acción, gracias á que los cubrió el humo del parque que volaron los realistas.

Después que Hidalgo y Allende emprendieron su retirada rumbo al Norte, el padre Calvillo, sin desalentarse con los serios desastres que había sufrido la causa insurgente, siguió defendiéndola y llamando fuertemente la atención del Intendente de Zacatecas y de los Generales Don Félix Calleja y Don José de la Cruz, quienes ordenaron se emprendiera una formal y tenaz persecución contra el activo y esforzado sacerdote, á quien ayudaban eficazmente, su hermano Sotero, el belicoso indígena Albino Torres y otros guerrilleros atrevidos.

El padre Calvillo tenía en continua alarma á los realistas de Zacatecas y de Aguascalientes, y á este último lugar entró de incógnito en los primeros días de Marzo de 1811, ocupándose secretamente en conquistar algunos partidarios. Supo esto el Subdelegado de aquella Villa, Don Felipe Terán, pero era tal el temor que tenía al pa-

dre Calvillo, que no se atrevió á mandar aprehenderlo ó perseguirlo.

Dióse orden entonces al Cura de Santa Cruz, Don José Francisco Alvarez, que se hallaba en Zacatecas, y que después fué bautizado con el apodo de "Cura Chicharronero," para que con una Sección de Provincias Internas saliera a castigar á los indios insurgentes de Colotlán y del Nayarit. El Cura Alvarez emprendió la marcha. y el 27 de Marzo sostuvo un rudo combate con los indios del padre Calvillo, cerca de Colotlán, y aunque armados de flechas, hondas, lanzas y cuchillos, lograron derrotarlo. obligándolo á retroceder hasta Jerez. En ese encuentro resultaron heridos el padre Alvarez y su Capellán. Don Francisco Inguanzo.

El triunfo obtenido por los indios de Colotlán envalentonó tanto á los sublevados de aquel rumbo, que después de la derrota del Cura Alvarez en pocos días contaban ya con un Cuerpo de cerca de ocho mil combatientes, reunidos por el padre Calvillo, á los cuales salió á atacar el Brigadier Don Pedro Celestino Negrete con una fuerza respetable, habiendo logrado derrotarlos en Colotlán el 7 de Abril, haciéndoles centenares de muertos y capturándoles tres cañones de palo, muchas lanzas, flechas, machetes y algunas escopetas.

Antes de este combate haba entrado el

padre Calvillo á Juchipila, de cuya cárcel echó fuera á los presos, y el 17 de Marzo pasó á Nochistlán, donde fueron capturados un tal Barajas y otros de los que habían aprehendido y entregado al guerrillero insurgente Don Daniel Camarena, á los cuales se dió muerte allí.

En Mayo de 1811 se encontraba fungiendo como Gobernador interino de Colotlán el Coronel Don Gregorio Pérez, á quien se le sublevó su tropa, instigada, según se dice, por el padre Calvillo. En esa sublevación resultó muerto el mencionado Gobernador.

El padre Calvillo no solamente recorría las poblaciones del Sur de Zacatecas, sino también otras situadas en el territorio de Aguascalientes. Esta población se hallaba guarnecida por 400 hombres que tenían el Subdelegado Terán y el Cura Alvarez, á quienes atacaron allí las fuerzas combinadas del padre Calvillo, el Cura García Ramos, Abad, Miramontes, Hermosillo, Oropeza y otros que se habían reunido en Teocaltiche. Alvarez y Terán no pudieron resistir el empuje de los insurgentes y al fin viéronse obligados á huir hacia Zacatecas, abandonando algunos cañones, armas y pertrechos, (Agosto 12).

Parece que este fué el último encuentro de armas en que tomó parte el Cura Calvillo, quien estuvo algún tiempo después en

Huajúcar, desde donde se ocupaba de dirigir las excursiones guerreras de los cabecillas Miramontes, Hermosillo, Oropeza, Saldañ y otros, que no cesaban de hostilizar á los realistas en la provincia de Zacatecas y parte de la de Jalisco.

Después de lo antes referido, no vuelve á figura más el padre Calvillo en el campo de la revolución, y se ignora cuál sería el fin de tan decidido é incansable sacerdote, que tan importantes servicios prestó á la causa de la Independencia, contribuyendo de una manera eficaz á mantener vivo el fuego de la insurrección en aquella parte del país, sin que le arredrasen contratiempos, dificultades, persecuciones y desastres. El Congreso del Estado de Aguascalientes, par honrar su memoria, dió el nombre de Calvillo á la Villa de Huejúcar, de donde fué Párroco y en la que probablemente nació.



DON MANUEL DE MIER Y TERAN

Fué un jefe que á diferencia de muchos otros, se lanzó á la revolución con entera buena fe y no con ánimo de medrar ni de alcanzar grados ú honores que en aquella lucha sin cuartel venían á ser irrisorios.

Era nativo de Tepeji del Río, perteneciente á la provincia de Puebla, donde nació por los años de 1783 á 1786, y procedía de una familia distinguida y bien acomodada que procuró cultivar sus aptitudes y darle una brillante educación; ingresó al Colegio de Minería, donde hizo sus estudios hasta terminar su carrera, y en seguida resolvió pronunciarse por la Independencia, como lo hizo, en principios del año de 1812, en que tantas personas salieron de las ciudades para engrosar las filas independientes.

La primera vez que la historia hace men-

ción de él es en Tlalchapa, cuando llegó allí fugitiva la Junta soberana de Zitácuaro, en Enero de ese año; Terán, que entonces tenía el grado de Teniente Coronel, reunió á los dispersos y fundió artillería en unión de Don Ramón Rayón, que llegó con aquélla. Habiéndose disuelto la Junta y salido de Tlalchapa, Terán se dirigió a incorporarse al ejército de Morelos, que por entonces se hallaba ocupado en Cuautla; quedó en la división de Bravo (Miguel), y de Matamoros, que expedicionaban por las cercanías de la plaza sitiada; pasó con este último á Tehuacán, donde pudo apreciar las condiciones estratégicas del lugar y se ocupó en fundir artillería, de que estaba necesitado el jefe insurgente. Permaneció en aquella población organizando y equipando el ejército pocos meses, hasta que se decidió el ataque de Oaxaca, (Noviembre de 1812), en el cual tomó parte Terán á las órdenes de Don Antonio Sesma; el fortín de la Soledad fué desecho á cañonazos por aquél y ocupado por los insurgentes, con lo que terminó la defensa de la plaza, pues Terán colocó rápidamente un cañón enfilando las calles de la ciudad y obligando á huir á los últimos realistas. Durante ese asalto, Morelos se puso á almorzar tranquilamente cerca de la batería, y hubo ocasión en que las balas enemigas pasaron tan cerca de él que tuvo que apartarse á un

lado, pero sin retirarse ni dar muestras de temor.

En el Obispado estableció Mier y Terán la maestranza, en la que se dedicó á componer el armamento y la artillería, tarea que se desempeñó á conciencia, pues había tiempo suficiente, elementos sobrados y una acertada dirección. Terminados los trabajos preliminares de la maestranza algunos meses después y cansado Terán de la inactividad en que vivía, pasó á campaña y fué enviado por Rocha, Comandante de Oaxaca, á la Costa Grande, donde mandaba Guerrero, y en la que acababa de ser batido Sesma; rechazó al enemigo en el trapiche de Santa Ana el 16 de Agosto de 1813, se apoderó del pueblo de Tututepec y siguió persiguiendo á los realistas, pero la reacción que se declaró en Ometepec lo obligó á detenerse. Por orden de Morelos es situó en Huajuápam, retrocediendo de Chilpancingo, mientras se hacía la campaña sobre Valladolid, y terminada ésta, se le mandó que reconociese como Comandante de la provincia á Rayón y que organizara un Cuerpo de infantería para cubrir por aquella parte los límites de la provincia; cumplió con actividad su cometido y pronto tuvo ocasión de felicitarse por ello, pues Alvarez se dirigía con una división sobre Oaxaca y seguía el camino de Huajuápam; vió desaparecer ese ejército á causa de los

desaciertos de Rayón, y como éste se hubiese manifestado presa del pánico ante la persecución que le hacía Hevía y tuviera resuelto pasar á Zacatlán, Terán se separó de él é hizo que sus hermanos, Don Joaquín y Don Juan, hiciesen otro tanto.

Quedó Don Manuel á las órdenes de Rosains, nombrado por el Congreso Comandante de las provincias de Oriente, y por cierto que esta dependencia le pesó mucho, según dice en su manifiesto, pues su nuevo jefe tenía un carácter feroz y nada á propósito par tratar con él. Continuó expedicionando por la Mixteca y contribuyó a que su nuevo jefe se fortificase en el Cerro Colorado; tuvo ocasión de poner en libertad al Dr. Herrera, que iba á ser víctima de Rosains, y en Silacayoápan derrotó a Alvarez (27 de Julio de 1814), quitándole dos cañones, hecho de armas que le valió el grado de Coronel; Alvarez tuvo que levantar el sitio de Silacayoápam y fortificarse en Teposcolula. Con varia fortuna continuó á las directas órdenes de Sesma y á las superiores de Rosains, al que sacó de un apuro en que por la hostilidad de Arroyo se encontraba en Coyotepec.

Hasta entonces y aun algunas semanas después, sirvió fielmente al delegado del Congreso de Chilpancingo, pero eran tantas las atrocidades que cometía, que ningún jefe insurgente quería ya obedecerlo ni

menos servir bajo sus órdenes, causando serios perjuicios á la causa; hasta se trató de quitarle la vida, de lo que se habló en una junta á que todos ellos, menos Rosains, asistieron, pero Terán logró disuadirlos de llegar á este extremo y prometió nulificarlo, como lo hizo. Vuelto á Tehuacán hizo prender á aquél y lo envió á Veracruz, de donde consiguió fugarse é indultarse, y Terán quedó como Comandante de Tehuacán y jefe de los insurgentes de ese rumbo. Entonces fué cuando la personalidad del Coronel insurgente adquirió relieve y fama y cuando demostró que Morelos lo había juzgado bien considerándolo como el jefe más distinguido que había quedado á la revolución.

Fortificó el Cerro Colorado hasta dejarlo en magníficas condiciones de defensa, organizó su ejército, creó el nuevo batallón Hidalgo perfectamente armado y disciplinado, arregló la hacienda pública del Distrito de Tehuacán y de la Sierra de los Mixtecas, estableció una gran maestranza que lo proveerá de abundante parque y cañones; no dejó en muchos meses á los realistas acercarse á su Distrito é hizo diversas correrías con buen éxito. Su prestigio era tan grande, que el Congreso de Chilpancingo, cuando se vió perseguido en el Sur, no encontró lugar mejor donde refugiarse que en Tehuacán al lado de Terán y al efecto se trasladó para

allá emprendiendo un pesado viaje que fué causa de que Morelos fuese hecho prisionero. Llegaron á Tehuacán de las Granadas el 16 de Noviembre de 1815, aunque se les recibió con bastante cordialidad, Terán comprendió que aquella reunión de clérigos y abogados que creía representar la soberanía nacional, acostumbrada á disputar y que había sido causa de la ruina de Morelos, no iba á causarle más que males; así es que aunque en la apariencia recibió bien á los diputados, en realidad desde que supo que se acercaban, empezó á urdir en su imaginación los medios de deshacerse de ellos. Sin embargo, le repugnaban los escándalos y las medidas extremas buscó la manera de hacerlo todo lo más pacíficamente posible y aprovechando la rivalidad que se declaró entre las diversas tropas allí reunidas, organizó un cuartelazo y disolvió el Congreso el 14 de Diciembre de ese año; se organizó en su lugar una junta de gobierno integrada por el mismo Terán, Alas, presidente del disuelto Congreso y Cumplido. Muchos jefes como Osorno, quedaron conformes, y otros como Victoria y Guerrero, no reconocieron á la Junta; los diputados emigraron ó se indultaron y hasta Alas y Cumplido salieron de Tehuacán; el inspector de hacienda que fué uno de los causantes del motín también se vió obligado á dejar la población, y Terán quedó como el jefe más caracterizado

que tenía la revolución pues aun cuando estaba libre Rayón, ya estaba muy desacreditado y casi ni tenía ejército ni partidarios.

Muerto Morelos y no quedando grandes reuniones de insurgentes, la atención de los realistas se fijó en los jefes más importantes y naturalmente en Terán, que desde entonces fué el blanco de frecuentes ataques; en los días que llegó en congreso á Tehuacán, iba á dársele el primero por las fuerzas conspiradas de Barradas y Lamadrid, pero habiéndolo sabido aquél se adelantó y batió en la hacienda del Rosario al primero, obligándolo á retirarse. Para hacer más sólida su posición fortificó á Silacayoápan donde Sesma había mandado y el cerro de Santa Gertrudis en la Mixteca, en el que fué rechazado Samaniego, comandante realista de Huajuápan, ayudado por Don Juan Terán que llegó á reforzarlo. Por aquelos días Don Manuel dió una muestra de su rectitud, mandando procesar á su hermano el mencionado Don Juan porque no evitó que su fuerza hiciera algunos desmanes en el pueblo de Tepejillo. Fiallo, que apareció como único responsable, fué castigado y esta circunstancia influyó mucho en la moralización de la tropa insurgente de Terán.

En Febrero de 1816 disputaron él y D. Juan el paso á un gran convoy, que venía de Oaxaca, en la cañada de los Naranjos: trabóse un tan largo y reñido combate que el rea-

lista Lamadrid aseguró "que jamás había visto á los rebeldes batirse con tánta decisión;" consiguió forzar el paso pero perdiendo bastantes cargas. Con las guarniciones de Huajuápan también tenía frecuentes colisiones y cada día se iba haciendo más y más difícil su posición y las municiones le escaseaban, principalmente el plomo, no obstante la mina de Zapotitlán que con mucho costo trabajaba. Acogió, pues, con verdadera satisfacción á Robinson, aventurero norteamericano que logró entrar por la Boquilla de Piedras y que iba á proponerle la venta de una partida de armas; convenida la compra de cuatro mil fusiles, la dificultad estaba en hacerlos llegar á Tehuacán, pues Victoria exigía el pago de un derecho de tránsito. Terán para librarse de él decidió apoderarse de Coatzacoalcos, que creyó el más á propósito, y para ocuparlo emprendió una larga y desastrosa caminata por un país lleno de inmensos bosques y caudalosos ríos, desconocido, y en la época menos oportuna para atravesarlo por los tropicales chubascos ue empezaban á caer. El 17 de Julio se emprendió la marcha con una división de 400 hombres, que sufrieron infinidad de trabajos y que enfermaron casi todos por la falta de alimentos y por los pantanos del camino; se apoderó de los almacenes que el comercio había construido á orillas del río Playa Vicente; atacado rudamente allí, fué

derrotado y decidió regresar á Tehuacán pero antes derrotó á Topete, no obstante que éste llevaba tropa del país y descansada, y consiguió a fin entrar en esa población el 22 de Septiembre después de un viaje de sesenta y ocho días en el que no logró el fin que se proponía; y perdiendo á su teniente Miranda que cayó prisionero de Topete y una buena parte de su tropa.

Aunque de Puebla, Oaxaca y Veracruz se movieron fuerzas sobre Terán y sobre sus atrincheramientos, la oportunidad y precisión con que acudieron á defenderlo, su mencionado hermano D. Juan y otros jefes, hizo que después de lo de Playa Vicente ninguno interrumpiese su camino ni se perdiese el cerro fortificado de Santa Gertrudis. Robinsón cayó prisionero y después de una larga prisión fué enviado á la Habana; y á España donde se puso en salvo y se ocupó de los trabajos que había pasado, escribiendo una "Historia de la revolución de México," que contiene bastantes inexactitudes; Galván, que había permanecido embarcado y tuvo orden de llevar los fusiles á Coatzacoalcos, abanderó su goleta "La Patriota" con pabellón mexicano, apresó á la española "Numancia" y cuando supo la retirada de Terán se dió á la vela temeroso de ser apresado por un bergantín español que había salido en su persecusión.

Osorno perseguido en los llanos de Apam

había ido á refugiarse á Tehuacán mientras Terán estaba en la expedición y desde luego se propuso utilizar los quinientos caballos que aquél llevaba, haciendo atacar al nuevo Virrey, Don Juan Ruiz de Apodaca, acabado de llegar y que se encontraba en la hacienda de Vicencio; sin lo oportuna llegada de Márquez Donallo las tropas que acompañaban al nuevo gobernante habían sido totalmente derrotadas. Pocos días después (Octubre) para no ser atacado por los realistas salió á su encuentro consiguiendo hacer retroceder al mismo Márquez; en seguida emprendió una expedición más formal para instalar á Osorno en los Llanos, pero imposibilitado de mover la caballería que tenía, se vió derrotado en las lomas de Santa María por Morán, perdiendo algunos soldados y varios entendidos oficiales, entre ellos un pariente cercano, del Conde del Alamo que iba con Morán. El resultado fué que muchos insurgentes, como Vicente Gómez, se indultaran: sin embargo, Terán para recobrar el crédito perdido atacó al convoy de Samaniego, pero la fortuna ya no estaba con él y se vió derrotado y obligado á encerrarse en Tehuacán; aunque pocos días después batió en Ixcacuixtla á Lamadrid, esta ventaja no compensó el desastre anterior y cada día se iba haciendo la posición del jefe insurgente, más angustiosa.

Vióse su hermano Don Juan obligado á

abandonar á Atexcatl y Don Manuel emprendió una serie da maniobras que pusieron en cuidado á Obeso, realista que se había situado en Teotitlán para empezar el sitio de Tehuacán; derrotó á éste y vió ante si abierto el camino de Oaxaca, pero no pudiendo ponerse en marcha sobre la ciudad por carecer de la gente suficiente, dió lugar á que Obeso se rehiciese y á que Bracho adelantase por Tlacotepec para atacar el asilo de Terán y á que cortase á éste del Cerro Colorado, obligándolo á encerrarse en el Convento de San Francisco. Tres veces fueron rechazados los realistas de las escaleras en los combates cuerpo á cuerpo que se entablaron; Terán trató de salir pero la caballería lo abandonó y él para no dejar á la infantería resolvió defenderse hasta el último momento, pero faltándole municiones enrtó en parlamentos con los enemigos. Terán pidió pasaporte para el extranjero, salvó á los desertores realistas que Bracho quería se le entregasen á discreción y se comprometió á entregar la inexpugnable fortaleza de Cerro Colorado como lo verificó el 21 de Enero de 1817, pocos días después de la rendición de Cópero.

La capitulación, aunque desaprobada, se cumplió menos en la parte que se refería á su salida de la colonia, pues se le negaron los fondos y el pasaporte para irse al extranjero; no quiso aceptar el empleo que

se le daba y fué á ganar como escribiente de un particular un peso diario en Puebla; Rosains por esta razón lo llamó "pordiosero en Puebla," pero Terán respondió con razón que valía más descender de coronel patriota á pordiosero, á teniente coronel realista, como se le había ofrecido. Acusado de traidor por haber capitulado supo vindicarse del cargo, sin embargo, esa capitulación fué causa de que no se le declarase benemérito de la patria. Aunque se negó á publicar una proclama favorable á la causa real escribió á varios insurgentes, y ya sea porque los convenciese, ya porque aquellos estuviesen cansados, es lo cierto que á poco se indultaron los Osorno, Vázquez Aldana, Espinosa. Manilla y otros muchos, y Llano, gobernador de Puebla, pudo decir al Virrey que los veintidos partidos de su jurisdicción estaban pacificados.

Terán permaneció en actitud tranquila hasta 1821 en que proclamado en plan de Iguala la revolución se hizo imponente, y muchísimos de los antiguos insurgentes se unieron á ella; en Mayo de ese año Terán se presentó á Bravo y quedó encargado de la artillería, concurriendo al sitio de Puebla que no fué ni largo ni sangriento; entró á México con el ejército trigarante y durante el imperio de Iturbide fué diputado al primer Congreso por Chiapas; no volvió á tomar parte en ninguna contienda armada y

durante el gobierno del Poder Ejecutivo y del primer Presidente Victoria, fué Ministro de la Guerra de Marzo ce 1824 á Enero de 1825 que entró Gómez Pedraza. Procuró organizar y disciplinar el ejército, dándole buen armamento, atender las fortalezas y desarrollar un vasto plan que nos habría dado una buena milicia. Fué á Jalisco como Comandante militar, pues se le quería alejar de México, y en 1827 se le nombró Comandante de las provincias internas las que recorrió completamente formando un atinado plan para su defensa y escribiendo como resultado un amplio informe, poniendo de manifiesto la necesidad de atender esa región si se quería consercarla, pues los Estados Unidos las ambicionaban ya. Cuando la invasión española de Barradas en 1829 acudió prontamente á Tampico y ayudó á rechazar á los invasores. En las elecciones para presidente de la República en 1832 figuró como candidato á la presidencia pero fué derrotado por Santa-Anna. Enfermo de tristeza se volvió pesimista y al ver que se iniciaba una nueva revolución que amenazaba ser asoladora, creyó que había llegado el fin de la nacionalidad mexicana.

Encontrándose en Padilla, habitando en la misma casa donde había pasado Iturbide sus últimos instantes, dominado cada vez más por las ideas funestas que tenían trastornado su cerebro, puso fin á sus días el 2

de Junio de 1832, tras un paredón arruinado que había, arca de la Iglesia de la villa: allí apoyó el puño de su espada contra una piedra y la punta del arma sobre su corazón, hizo un esfuerzo y quedó traspasado, vaciló un momento y cayó exhalando el último suspiro. Su cadáver fué velado sencillamente en el salón de sesiones del congreso de Tamaulipas, mismo lugar donde se decretó la muerte de Iturbide.

El historiador Don Lúcar Alamán que conoció y apreció al general Terán, dice lo siguiente sobre los últimos momentos de éste:

"El general Don Manuel de Mier y Terán, uno de los hombres más sensatos y de más profunda penetración que yo he conocido, á quien Morelos consideraba como el jefe de mayor importancia que en la insurrección quedaba después de preso el mismo Morelos, y que por haber hecho un papel muy principal entre los insurgentes, conocía bien a todos los jefes de aquella revolución y estaba más que nadie en estado de juzgar del espíritu y tendencia de ella; cuando, después de hecha la independencia, sirviendo él el ministerio de la guerra y el que esto escribe el de relaciones exteriores é interiores, bajo el poder ejecutivo provisional en el año de 1824, tuvo principio en las inmediaciones de Puebla la feroz revolución de Vicente Gómez, tan mal resistida por las

autoridades de aquel estado, que se las creyó cómplices en ella, la que era de temer se generalizase con el mismo estímulo y medios que la insurrección de 1810, me decía: que se llenaba de terror cuando consideraba que podíamos volver á la atroz anarquía de los insurgentes, sin que existiese la mano fuerte del gobierno español, que ejerciendo con firmeza la autoridad,n pudo sola librar á la nación de la ruina cierta en que iba á precipitarse, y ésta opinión estaba tan fuertemente arraigada en su ánimo, que cuando en 1832 creyó llegado el momento en que iba á verificarse esta disolución completa de la nación, su imaginación se poseyó tanto de esta funesta idea, que sin duda flaqueando su razón, lo precipitó al exceso de quitarse la vida por su mano."



DON JUAN MIER Y TERAN

Aunque no fué un jefe tan distinguido como su hermano Don Manuel, la constancia, el valor y los conocimientos de que dió pruebas Don Juan cuando sirvió á la causa de la Independencia lo hacen merecedor de que se le dedique un recuerdo siquiera sea pequeño.

De la misma procedencia que su hermano no hizo los estudios que él y vivía dedicado al cuidado de sus intereses cuando Don Manuel se afilió á la revolución; tanto por sus simpatías hacia esa causa cuanto por las molestias que le empezaron á causar las autoridades españolas, siguió el partido de la insurrección y se unió á su hermano, á cuyas órdenes sirvió casi durante toda la campaña. Sirvió á las órdenes de Matamoros y estuvo en la toma de Oaxaca, ocupándose allí en ayudar á instalar la

maestranza; fué á la campaña de la Mixteca y reconoció el cerro de Santa Gertrudis, que después había de fortificar. Rayón, en el poco tiempo que tuvo mando en el Oriente, apreció á Don Juan por sus dotes y subordinación, y Rosains, por su parte, también le tuvo bastantes miramientos, no obstante su carácter intolerable. Sin embargo, no pasó de ser un jefe subalterno y en realidad no empezó á distinguirse sino hasta que Don Manuel quedó con el mando único de las fuerzas insurgentes en Tehuacán y las Mixtecas.

Contribuyó á disciplinar el ejército, á fabricar cañones y á establecer orden en la hacienda, al mismo tiempo que hacía excursiones por diversos puntos; ocupó á Silacayoacan cuando Sesma dejó de mandar allí, y en seguida fortificó sólidamente Santa Gertrudis; dirigió la expedición afortunada contra Samaniego, y como tenía el carácter de Comandante de ella, se vió procesado por los desórdenes que autorizó su segundo, Fiallo, que fue castigado. En la cañada de los Naranjos atacó el convoy de Oaxaca, (Febrero de 1816), logrando quitarle bastantes cargas. Durante la desgraciada expedición á Coatzacoalcos, emprendida por Don Manuel, quedó Don Juan mandando en Tehuacán, y con sus disposiciones obligó al realista Castro á que se retirase de las cercanías de Teotitlán y lo

desalojó de Coscatlán, reduciéndolo á la impotencia y consiguiendo con esto que Don Manuel no tuviese dificultades á su regreso.

En otras ausencias de su hermano también tuvo el mando de Tehuacán, y cuando las derrotas de los insurgentes empezaron á ser frecuentes, salió á expedicionar para evitar el ataque de la población, y en Dicembre de 1816 se encontraba en Tepeji cuando fué sitiado por el realista Hevía con fuerzas superiores: se defendió valientemente, pero al fin tuvo que ir disminuyendo la defensa hasta quedar reducido al convento, del cual pudo salir la noche del 5 de Enero de 1817, perdiendo su artillería: unido á su hermano aún consiguieron derrotar á Obeso y abrirse el camino de Oaxaca, camino que no se pudo seguir por ser pequeño el ejército y por amenazar Bracho á Tehuacán; Don Manuel Terán, comprendiendo que no podría ya sostenerse en la población, determinó refugiarse en la fortaleza del Cerro Colorado y envió á su hermano Don Juan por delante; pero los realistas obraron con actividad y rodearon ambos puntos, que ya no pudieron comunicarse. Mientras que en Tehuacán Don Manuel se veía estrechamente sitiado, en el Cerro el Comandante Rodríguez notó que la oficialidad daba muestras de indisciplina; para evitar mayores males reunió una junta de

guerra, la que dió el mando á Don Manuel Bedoya; Rodríguez y los dos Terán (Don Juan y Don Joaquín), de quienes se desconfiaba, se sometieron á sus órdenes ofreciendo servir de soldados en el punto que se les designase.

Tomadas las disposiciones para la defensa, se recibió un oficio de Terán haciendo saber su capitulación y la necesidad de que también se rindiese el fuerte; estalló entonces el desorden y muchos oficiales huyeron. llevándose la mayor cantidad de parque que pudieron; otros se embriagron y Bedoya sólo pudo disponer de cien hombres, que puso á las órdenes de Don Juan para que fuesen sobre Tehuacán en auxilio de Don Manuel si aún era tiempo; pero muchos se desertaron, otros iban ebrios y sólo consiguieron ser desarmados; los oficiales quedaron libres y Don Juan. aunque no estaba comprendido en la capitulación, disfrutó de los beneficios de ella y quedó en libertad, dirigiéndose á Puebla, donde pasó el resto de su vida sin volver á mezclarse en los asuntos públicos. El Cerro Colorado se rindió sin necesidad de capitulación, y sus defensores no fueron perseguidos, pues Bedoya alegó que lo entregaba en virtud de las órdenes de Terán.

DON JOAQUIN DE MIER Y TERAN, el más joven de los hermanos Terán, fué el que menos ocasión tuvo de distinguirse du-

rante la guerra; sin embargo, fué un constante insurgente que con carácter subalterno se encontró en veintiséis acciones de guerra. En Octubre de 1815 se defendió valientemente en Teotitlán y en el fortín del Cerro del Campanario, con ciento treinta hombres contra toda la división de Alvarez; consiguió rechazarlo y quedó sitiado por algunos días hasta que su hermano Don Manuel acudió en su defensa. Quedó en Tehuacán cuando el viaje á Coatzacoalcos, y se encontraba en el Cerro Colorado al ser atacado Tehuacán; como su hermano Don Juan, dió muestras de desprendimiento y disciplina durante el motín, y se rindió cuando Bedoya entregó la fortaleza. Retirado á Puebla vivió aún muchos años al lado de su familia y desempeñó un insignificante empleo en el Gobierno de aquel Estado.



DON CAYETANO PEREZ

El nombre de este insurgente, estamos seguros que no despertará ni un recuerdo, aun en la tierra donde nació y donde dió su vida en aras de la causa nacional. ¡tan poco así es conocido!

La provincia de Veracruz fué una de las últimas donde prendió el fuego de la insurrección, no obstante que desde Septiembre de 1810 envió Allende emisarios que hiciesen despertar á sus habitantes del letargo en que se encontraban; sin embargo, no porque fué de las últimas en declararse por la Independencia, sus caudillos fueron menos valerosos, y desde mediados de 1811 empezaron á operar en su territorio diversas partidas de insurgentes, y bastantes pobladores del puerto les demostraron prácticamente su simpatía.

Entre los de esta clase se contaba el jo-

ven Don Cayetano Pérez, empleado en la Contaduría de la Real Hacienda, bastante joven y lleno de entusiasmo por la Independencia que insensiblemente entró en relaciones y trabó amistad con Don José Mariano de Michelena, uno de los principales conspiradores de Valladolid en 1809 y que se encontraba en tan rigurosa prisión en los calabozos submarinos de Ulúa que el mismo Gobernador del castillo, movido á compasión, solicitó y obtuvo sacarlo de allí y alojarlo en la habitación del ayudante, bajo la responsabilidad de éste. Dicha translación le proporcionó la ocasión de entrar en comunicación con varios oficiales de la guarnición, á algunos de los cuales conocía ya, y las conversaciones que tuvo con éstos fueron á recaer en los sucesos públicos, y naturalmente en la guerra que asolaba al país; sin darse cuenta cómo, empezaron á conspirar y á pensar en los medios de apoderarse del castillo, de la plaza y de los buques surtos en el puerto.

Sentían todos ellos la necesidad de dar á la revolución otro rumbo muy diverso del que seguía, haciendo cesar los desórdenes que la desacreditaban, y convenido en esto llegaron á contar con la cooperación del Comandante de artillería Don Pedro Nolasco Valdés y del joven Pérez, que estaba muy bien relacionado en la plaza: este último, con algunos compañeros, se haría dueño del

muelle y de los baluartes y se aprovecharía un día que hubiese Norte para que los buques no pudiesen hacerse al mar y cayesen en manos de los conjurados.

"La conspiración fué conducida con torpeza, dice Alamán, como que todos eran nuevos en este género de manejos;" fué descubierta y Pérez quedó preso el 18 de Marzo de 1812. La causa se instruyó con el mayor empeño, pues lo tenían en que se hiciese un escarmiento los comerciantes europeos, algunos de los cuales concurrieron á formar el Consejo de Guerra en su calidad de Capitanes de las Compañías de patriotas; ese Consejo ó comisión estaba presidida por el Brigadier Moreno Daoiz, recientemente llegado de España. Don Cayetano Pérez se portó heróicamente, pues siendo el único que tenía toda la clave de la conspiración nada quiso declarar, con lo que salvó á Michelena, á Valdés y á algunos otros: resultaron, sin embargo, complicados, Don José Evaristo Molina, Don Ignacio Murillo, Don Bartolomé Flores, Don Nicasio Arizmendi y Don Prudencio Silva, todos los que, en unión de Pérez, fueron sentenciados á muerte. Molina, creyendo salvarse, multiplicó sus acusaciones contra Michelena y otros, pero ninguna pudo probar.

Michelena fué despachado á España con Merino y otros en la primera oportunidad

que hubo, y los sentenciados á muerte empezaron á tentar toda clase de recursos para librarse de tan terrible pena. Acababa de llegar al puerto correspondencia de España, entre la que venía el decreto de las Cortes concediendo una amnistía con motivo de haber sido proclamada la Constitución, y aunque por no haberlo mandado el Virrey no se había publicado en el puerto, es lo cierto que ya regía y de ello se valió la madre de Don Cayetano Pérez para pedir al Gobernador que suspendiese la ejecución; además, hizo valer la circunstancia de que no tardaría en publicarse allí el decreto, y la de que estaba próximo á llegar con un convoy el General Don Ciriaco del Llano, el cual al regresar á México podía llevar la sentencia y la solicitud de indulto para que resolviese conforme á las leyes, en cuya demora no había inconveniencia, continuando los reos con las mismas precauciones con que se les había tenido desde Marzo, aherrojados con fuertes barras de grillos. Fueron vanas todas estas súplicas é instancias; el Gobernador de la ciudad, más que á los insurgentes, tenía miedo al comercio español, que era omnipotente en el puerto y que exigía que se hiciese un castigo ejemplar con los criollos insurgentes; para no chocar con él ni exponerse á promover un alboroto contra su propia persona, Don Juan María Soto, que así se lla-

maba el Gobernador, con las lágrimas en los ojos declaró al hermano de Pérez que nada podía hacer ni aun para demorar por unos cuantos días más la ejecución de las sentencias dictadas.

Así, pues, la ejecución de Don Cayetano Pérez y de sus compañeros Molina, Murillo, Flores, Arizmendi y Silva, se llevó a cabo en la tarde del día 29 de Julio de 1812, mismo día en que el convoy que conducía Llano, y en el que la madre de la víctima tenía tanta esperanza, entraba á Santa Fe, lugar situado á muy poca distancia del puerto. Por decreto del Congreso del Estado de Veracruz, dictado el 6 de Enero de 1827, se colocó en el salón de Cabildos del Ayuntamiento de la ciudad, una inscripción recordando el suceso y haciendo plena justicia al joven Don Cayetano Pérez, por su patriotismo y entereza.



DON PEDRO MORENO

La causa de la Independencia tenía que triunfar por ser una causa justa. Sólo así se explica que tuviese tantos simpatizadores y que apenas caído un caudillo se levantase otro y otro y ciento, sin importarles la suerte que sabían que les esperaba, ni las consecuencias que para sus familias y más caros afectos ocasionaría su resolución. Si al principio de la guerra ó sea en los tres primeros años de ella las probabilidades del triunfo de los insurgentes fueron numerosas, por los grandes ejércitos que se conseguían levantar con facilidad, y por la presencia de valientes y prestigiados caudillos que sabían llevar sus huestes á la victoria, en los años siguientes esas probabilidades se hicieron más remotas, y sin embargo, no llegaron á faltar hombres de todas las clases y condiciones sociales

que llenos de fe fueron á ocupar el lugar de los que habían caído en la contienda.

Entre éstos debe ocupar un lugar distinguido el guerrillero Don Pedro Moreno. Nacido por el año de 1775 en la hacienda de la Daga, muy cercana á la ciudad de Lagos; sus padres, Don Manuel Moreno y Doña Rosalía González, eran personas acomodadas, propietarias de varias fincas rurales, entre las que se contaban esa misma hacienda de la Daga, donde vivió casi siempre Don Pedro y donde contrajo matrimonio en 1779. Moreno se dedicó á las labores del campo y cuando estalló la revolución de Dolores no cambió su vida tranquila, á pesar de que no ocultó sus simpatías por la causa de la Independencia, que se había proclamado; motivos poderosos y que aún no se conocen deben haber influido en su ánimo para no lanzarse inmediatamente á la lucha, como lo hizo algunos años después. Las peripecias de la guerra y el hogar que iba recibiendo las bendiciones del cielo en la forma de herederos de aquel terrateniente, lo determinaron á establecer su domicilio en la Villa de Lagos, donde vivía desde hacía varios años, hasta 1814, y de la que en una época fué Regidor.

A principios de ese año se retiró á su hacienda de la Sauceda, donde seguido de algunos de sus amigos y de sus sirvientes, á quienes había armado, se declaró resuelta-

mente por la causa nacional; inmediatamente empezó á ser perseguido por el Comandante Don Hermenegildo Revuelta, con suerte varia. En un país como aquel, tan poco accidentado si se le compara con Michoacán, era difícil que se sostuviese la insurrección si no recurría al arbitrio de buscar un sitio á propósito para atrincherarse; comprendiéndolo así Moreno exploró la sierra de Comanja, y encontrando á propósito el cerro del Sombrero para su proyectos, lo fortificó: levántase ese monte unos trescientos cincuenta metros sobre la llanura, y en su cima tiene una pequeña explanada de unos quinientos pasos de N. á S.; por el Norte se enlaza con una série de pequeñas colinas por medio de un estrecho paso entre precipicios y por el cual corre un sendero que fácilmente se puede hacer infranqueable; por los otros vientos los rodean grandes barrancos ó un declive muy rápido y una bajada áspera y difícil; tiene, sin embargo, el defecto de estar dominado por el Norte por una eminencia muy cercana.

En esa fortaleza, después de hechas las obras de fortificación necesarias para cerrar los puntos de entrada y enfilar los senderos que llevan á ella, se estableció Moreno y consiguió en diferentes ocasiones rechazar los ataques de Brilanti y de otros jefes realistas. Una de las acciones más notables fué la dada contra Monsalve en Ma-

yo de 1816, cuando lograron reunirse numerosas partidas de insurgentes en todo el Bajío: creyendo Monsalve fácil empresa apoderarse de Comanja después del éxito que había tenido en San Pedro, atacó la fortaleza, pero fué rechazado de ella sufriendo considerables pérdidas. La presencia del padre Torres en el cercano cerro de los Remedios, que á su turno había fortificado, sirvió mucho para hacer más sólida la posición de Moreno en el del Sombrero, no obstante que cada día, materialmente iba viéndose más abatida la revolución.

El año de 1817, cuando Tehuacán, Cóporo, Monteblanco, Boquilla de Piedra y otros puntos, habían caído en poder de los realistas y la revolución había acabado del todo en Oriente, aún quedaban en pie los Remedios y el Sombrero, que dieron asilo y elementos á Mina para seguir su admirable epopeya, y del segundo salían partidas que expedicionaban hasta Zacatecas. En los últimos días de Junio de ese año tuvo noticia Mina, por la partida de Nava, del fuerte del Sombrero y de su Comandante y sin dilación envió á un oficial á saludar á Don Pedro Moreno; la respuesta fué una invitación para que Don Francisco Javier Mina llegase al fuerte, como lo verificó el día 24, siendo perfectamente recibido, pues hasta allí había llegado la noticia de sus

hazañas. Desde ese momento se unieron los dos cabecillas y Moreno con una abnegación y un desinterés verdaderamente loables, puso todos sus elementos á disposición de Mina, que el 28 del mismo mes salió á combatir á Ordóñez y demostró, con la completa victoria que obtuvo, que los mexicanos lo único que necesitaban eran buenos jefes que los llevasen al combate, pues su valor suplía á todo lo demás, aun á la falta de armas; en las guerras posteriores ha quedado evidenciado esto de una manera patente: en ocho minutos se decidió la acción, pereciendo los dos jefes españoles, Ordóñez y Castañón; 339 realistas quedaron en el campo y se hicieron 220 prisioneros y apenas pudieron escapar 150 jinetes; 500 fusiles, dos cañones, muchas municiones y uniformes, fueron el trofeo de la victoria. En esa acción fué en la que los artilleros realistas no teniendo á mano balas de cañón cargaron los suyos con pesos duros.

La victoria se celebró con salvas y regocijos, los prisioneros quedaron libres y Moreno, unido desde entonces á Mina, lo acompañó á otras expediciones, como á la de la hacienda del Jaral, en la que los insurgentes se hicieron de $140,000. Un mes poco más ó menos pasó de estos sucesos hasta la llegada de la división de Liñán, tiempo que se empleó en reforzar las defensas

del fuerte. El 31 de Julio empezó el sitio formal el jefe español con una división de más de tres mil quinientos hombres, que desde luego rompieron el fuego de cañón y que intentaron el asalto el 4 de Agosto, siendo rechazado; Mina salió la noche del 8 con intención de introducir víveres, pero no pudo conseguir su objeto y los sufrimientos que pasaron los sitiados, sobre todo por la falta de agua, fueron grandes; los oficiales extranjeros trataron de capitular, pero como se les dijese que sólo se admitía que se rindieran á discreción, determinaron salir del Sombrero: Moreno fué puesto al tanto de la situación y sus oficiales contestaron que aún podían defenderse y que ellos se sostendrían sin necesidad de los norteamericanos; estas palabras ofendieron sobremanera al Mayor Young, quien protestó que defendería el fuerte hasta el último extremo y moriría antes que rendirse.

Pero la defensa era ya imposible, y aunque los sitiados rechazaron el día 15 un ataque en el que pelearon hasta las mujeres insurgentes y causaron serias pérdidas al enemigo, no se podía ya materialmente continuar allí, pues no había víveres y los cadáveres insepultos hacían irrespirable el aire. Resuelta la salida fueron clavados los cañones, destruidas las armas que no se podían llevar y enterrado el dinero que quedaba. A las once de la noche del 19 de

Agosto fué la salida, que, descubierta por los realistas, dió lugar á una escena de sangre y horror que la pluma se niega á describir; los que no murieron en la salida y cayeron prisioneros fueron fusilados en número de doscientos, al día siguiente. Moreno, Ortiz y muchos jefes consiguieron escapar desde antes, pero las esposas de Don Pedro y de otros cayeron prisioneras, las fortificaciones del Sombrero fueron arrasadas y se empezó el sitio de los Remedios.

Moreno se separó de Mina para reunir alguna gente de caballería, como lo hizo, y á mediados de Septiembre se volvió á unir con él; tomó parte en la desgraciada acción de la Caja, pero no en el asalto de Guanajuato. Retirado Mina al rancho del Venadito, llegó Moreno con unos cuantos caballos, y ambos jefes creyeron que podían descansar con tranquilidad cuando al amanecer del 24 de Octubre fueron sorprendidos por Orantia; Moreno, que era de estatura colosal y de gran fuerza, por lo que le decían "El Toro," murió heróicamente defendiéndose de un crecido número de contrarios. Mina quedó prisionero ese día y á poco fué fusilado.

Don Pedro Moreno fué declarado benemérito de la patria en grado heroico por el Congreso de 1823, y su cuerpo descansa en el altar de Señor San José en la Catedral de México, al lado de los de los primeros caudillos de la Independencia.



DOÑA RITA PEREZ DE MORENO

La esposa del insurgente Don Pedro Moreno, tan poco conocida hasta hoy, ocupa, sin embargo, un lugar distinguido en la historia de la guerra de emancipación de México.

Nació el 23 de Mayo de 1779, y en la pila bautismal recibió los nombres de María Rita de la Trinidad; fué hija legítima de Don José María Pérez Franco y de Doña Rafaela Jiménez; vió la primera luz en la Cañada del Cura, punto cercano á la Villa de Lagos y que hoy lleva el nombre de Cañada de los Pérez; sus padres eran personas acomōdadas y muy estimadas en la sociedad laguense. No cumplía aún veinte años cuando contrajo matrimonio con Don Pedro Moreno y González, el 1o. de Mayo de 1799 en la misma hacienda de la Cañada; los nuevos esposos establecieron su

hogar en Lagos y vieron correr tranquilos y felices los primeros años de su matrimonio.

Cuando en 1814 Don Pedro resolvió lanzarse á la revolución, escribió á Doña Rita desde la hacienda de la Sauceda, haciéndole presente su resolución y para decirle que "ella era libre en conciencia para seguirlo ó para quedarse con sus hijos en Lagos ó en San Juan de los Lagos al lado de su madre;" la señora, que conocía el ánimo resuelto de su marido, no perdió el tiempo en quererlo disuadir de la resolución que había tomado, y en cuanto á ella, declaró sin vacilar que con sus cuatro hijos correría la misma suerte que su marido, y para demostrar que á la resolución seguían las obras, fuese á la hacienda de la Sauceda, donde se encontraba Don Pedro, y se halló en el pronunciamiento de éste.

La campaña de Moreno duró tres años seis meses y tuvo por teatro las escabrosas sierras de Guanajuato y de Comanja, especialmente esta última, donde el patriota insurgente estableció una fortaleza en el cerro del Sombrero, que tanta celebridad tiene desde entonces en las páginas de nuestra historia. Doña Rita acompañó en todo ese tiempo á su esposo, sujeta á todas las vicisitudes de la guerra, y aunque nunca se le vió que empuñara las armas, ocupando, como su esposo, los lugares más peli-

grosos del combate, estuvo siempre rodeada de inminentes peligros, luchando sin cesar en favor de la Independencia, con la inteligencia y el corazón, ora dando voces de aliento á los combatientes, ora curando las heridas de los soldados, ora proporcionando toda clase de auxilios á los moribundos, y en todo caso comunicando á todos los que la rodeaban la constancia, la paciencia, la abnegación y el valor de que ella misma era un ejemplo vivo en las grandes contrariedades que se le presentaban.

Viendo Don Pedro y Doña Rita que su hija Guadalupe no podía estar sujeta á tantos sufrimientos, por motivo de su pequeña edad, (contaba poco más de dos años), resolvieron ponerla bajo la custodia del padre Don Ignacio Bravo, que vivía en la hacienda de "Cañada Grande." Algún tiempo después el expresado sacerdote fué reducido á prisión y la niña estuvo á punto de ser decapitada por un sanguinario realista; pero un compañero de éste, Don José Brilanti, Comandante de una guarnición de "Los Panzas," se apiadó de ella y la retuvo en calidad de prisionera por espacio de mucho tiempo, sin que pudiera recuperarla Doña Rita, sino después de muchos años.

En cierta ocasión en que Moreno tenía en su poder varios prisioneros realistas, el Comandante Revuelta le propuso que fueran canjeados por la niña Guadalupe. Mo-

reno no aceptó la proposición, á la cual no opuso ninguna súplica la señora Doña Rita, cuyas maternales entrañas naturalmente tenían que manifestarse interesadas en que se efectuara el canje; así como tampoco manifestó empeño alguno en que su esposo aceptara el indulto que para él, la familia y todos los suyos le mandó ofrecer expresamente el Brigadier Don José de la Cruz, por medio del padre Vega, cuando este señor penetró con ese exclusivo objeto á la fortaleza del Sombrero.

Los cuantiosos bienes de fortuna que poseía el héroe laguense, consistentes en las haciendas de "La Sauceda" y "Matanzas," el rancho de "Coyotes" una casa en Lagos y mucho semoviente, fueron decomisados por el gobierno virreinal, lo que indudablemente fué una herida para el corazón de Doña Rita Pérez que con aquél acto se veía reducida á la miseria, lo mismo que sus hijos, los cuales se verían privados de la herencia que justamente les correspondía.

Otro golpe, y mucho más terrible que los anteriores, fué para la señora Pérez de Moreno la trágica muerte de su hijo Luis, joven de 15 años, que murió combatiendo en la acción "La Mesa de los Caballos," con un valor semejante al de su padre." Todavía el destino tenía reservados grandes reveces y atroces sufrimientos para la célebre matrona que, por haber aceptado causa tan

arriesgada como noble, tendría que apurar hasta las heces la copa del dolor por la independencia de la Patria. A fines de Julio de 1817 el brigadier Don Pascual Liñán puso sitio al fuerte de "El Sombrero" con un ejército numeroso, bien disciplinado, muy bien armado y provisto de lo necesario para el feliz término de la campaña. Los 1700 insurgentes encerrados en aquel estrecho recinto se batieron heróicamente y rechazaron al enemigo en los varios asaltos en que éste estuvo á punto de franquear las murallas: pero diezmados por las balas, heridos un gran número de ellos, respirando una atmósfera corrompida y envenenada por las emanaciones de más de 400 cadáveres insepultos; desfallecidos por el hambre, la sed, el cansancio y el insomnio; agotada toda esperanza de triunfo, con la seguridad de que no recibirían ningún auxilio de los demás insurgentes, pues varios habían sido los esfuerzos de Mina y del Padre Torres para introducir víveres al fuerte; cuando "los niños, las mujeres y los hombres débiles, como dice Orozco y Berra, habían perdido la fuerza y el sentido;" cuando "unos lloraban y los otros sin vigor para mantener las armas, corrían á todas partes, como insensatos;" cuando la defensa del fuerte no podía absolutamente prolongarse, resolvieron romper el sitio, fijando para llevar á cabo esa peligrosísima resolución, la noche compren-

dida entre el 19 y el 20 de Agosto. ¡Y en medio de ese campo de horror y de exterminio, de lágrimas y de sangre, que la guerra y el infortunio envolvieron con el fúnebre manto de la muerte por espacio de 20 días; aparecía siempre llena de una paciencia, de una abnegación y de un valor nada comunes en su sexo, la célebre matrona Doña Rita, que, á pesar de encontrarse en estado interesante, se olvidaba de sí misma y de sus hijos, para curar á los heridos, para auxiliar á los moribundos, para enjugar las lágrimas de tantos miserables!

La salida se efectuó como á la media noche, con tan mal éxito, que el ejército realista se dió cuenta del movimiento con la oportunidad necesaria para herir á muchos de los insurgentes, matar un buen número de ellos, y hacer prisioneros á la mayor parte, pudiendo atravesar las filas enemigas y quedar ilesos unos cuantos, entre los que no se contaba Moreno. Doña Rita y sus hijos, ante la imposibilidad de atravesar aquel anillo de hierro que los rodeaba, retrocedieron al fuerte. "Al tiempo de la ocupación del Sombrero, dice Rivera, Doña Rita tenía otros dos niños, que habían nacido durante la campaña: Severiano, de dos años seis meses, y Pudenciano, que tenía un año y un mes. La señora estaba en estado interesante. En la mañana del 20 de Agosto, cuando el ejército de Liñán comenzó á subir á la

cumbre del Sombrero precedido por las trompetas, la matrona sentada en su casa, con sus cuatro hijos, dos criados y dos criadas, esperaba con ánimo varonil el destino de la Providencia. Un oficial se presentó á Doña Rita y le dijo que de orden de Liñán le siguiera con todos los que con ella estaban, y condujo á todos á un "jacal," que estaba en la Mesa de las Tablas, en donde estuvieron tres días, vigilados por un centinela. En la tarde del 22, de orden de Liñán un Oficial Castillo condujo á Doña Rita y á todos los mencionados, para León. Todos iban á pie, á excepción de los soldados, que iban á caballo, la niña Luisa en los brazos de una criada, y Severiano y Pudenciana en los brazos de los soldados." Al llegar á la ciudad fueron conducidos á la cárcel pública, donde Doña Rita, sus cuatro hijos y sus dos criadas ocuparon una sala de escasa luz y de muy mala ventilación, que servía de capilla para los sentenciados á muerte.

"A consecuencia de los muchos padecimientos físicos y morales, agrega el citado escritor, al día siguiente de haber llegado á Silao murió la niña Pudenciana. A los dos días abortó Doña Rita. Al día siguiente recibió esta señora la orden de ser conducida á México para ser juzgada. Ella y Pasos contestaron que no se podía, por el estado de enfermedad y postración en que se hallaba. Creyóse que era ficción: vinieron dos

médicos del ejército, la examinaron y dieron una certificación en forma de la realidad del hecho. A los dos días murió Severiano, que era la esperanza y el dulce alivio del pobre corazón de su madre, dejándola sumida en el dolor."

Cuando Doña Rita estaba en la prisión, fué cuando Don Pedro comprendió que necesitaba consolarla, y le escribió una carta, de donde tomamos éstas palabras, que la Historia ha recogido: "Un fondo de sufrimiento y de conformidad vale un mayorazgo, y es la única felicidad de que se puede disfrutar en la turbulenta época que nos ha tocado; ármate de tan fuerte escudo, y todo será para tí llevadero." En fin, fué tan crítica y tan aflictiva la situación de Doña Rita en la prisión, que al tener conocimiento Don Pedro de los grandes sufrimientos que laceraban el corazón de su esforzada esposa, se afligió sobremanera; y así se explica que aquél famoso guerrero que guardaba tanta serenidad en el combate, manifestando en todas partes un valor temerario, no haya podido contener las lágrimas, al saber la suerte que corría su infortunada esposa.

Pasaron algunas semanas, y entonces, para colmo de su dolor, tuvo la funesta noticia de que su esposo habia muerto á manos de los realistas, los cuales habían mandado colocar la cabeza del célebre insurgente a

orillas de Lagos, en la parte superior de una asta de madera.

La señora Pérez viuda de Moreno estuvo presa hasta Junio de 1819, tiempo en que fué á establecerse á la población de San Juan de los Lagos. Habitó la casa que heredó de sus padres (calle actual de México, núm. 21) hasta su muerte, la cual acaeció el 27 de Agosto de 1861.

Los vecinos de Lagos tratan, de que con motivo del Centenario, sea declarada Doña Rita, Benemérita del Estado de Jalisco, que se coloque una lápida en la calle donde vivió y que los restos de aquélla se depositen en un mausoleo; muy justas nos parecen éstas pretensiones encaminadas á honrar la memoria de la Excelentísima Generala Moreno como se la llamaba en aquella población.



EL PADRE D. JOSE ANTONIO TORRES.

Dilatada y azarosa fué la carrera de éste célebre insurgente que ha pasado á la leyenda y cuyas hazañas aún son repetidas en Michoacán y Guanajuato, adulteradas por la imaginación popular.

Nació en el pueblo de Cocupao, cercano á Valladolid por el año de 1770, de personas de pocos bienes, aunque con los suficientes para proporcionar á su hijo los elementos necesarios para dedicarse á la carrera de sacerdote, que fué elegida por aquéllos, sin tener probablemente en cuenta, la vocación del joven Torres. Hizo sus estudios con escaso aprovechamiento, pues según afirma Alamán, apenas entendía el oficio divino; destinado á administrar la Vicaría fija de Cuitzeo del Porvenir cuando dió principio la revolución, inmediatamente tomó parte en ella unido á Albino García, al que conside-

raba como su superior por el grado que tenía y por el mayor número de gente que mandaba.

Reunió una partida regular de gente, lo que era muy fácil en aquellos días, y con ella se lanzó al campo, expedicionando desde entonces por la provincia de Michoacán y algunas veces por la de Guanajuato, en el rumbo de Pénjamo y Valle de Santiago. Ya se cita su nombre en el asalto que sufrió Valladolid el 2 de Junio de 1811, sin embargo, mientras vivió Albino ninguna expedición hizo por su cuenta y después de la muerte de éste guerrillero permaneció durante largo tiempo en la inacción y apenas se menciona su nombre no siendo dignos de narrarse sus hechos sino hasta 1814 en que por causa de la muerte de otros insurgentes más famosos, empezó á figurar en primera línea. Cuando en ese año se supo que Fernando VII había vuelto á España, los comandantes realistas escribieron á los insurgentes, haciéndoles saber la noticia é insitándolos á que depusiesen las armas, ya que su actitud no tenía razón de ser, supuesto que ellos también proclamaban á Fernando: el Doctor Cos que había ido á dar con el Mariscal Torres, contestó en nombre de éste á Negrete, que el regreso de ese monarca era funesto para todos los países de la monarquía, pues aquél no era en realidad, un agente del Emperador de los franceses.

En ese año de 1814, sufrió Torres en la provincia de Guanajuato varias derrotas que le ocasionó Iturbide, que era el Comandante realista de ella y únicamente cuando éste jefe concurrió al sitio de Cóparo, fué cuando el insurgente obtuvo algunos éxitos; unido al Giro, Lúcas Flores, Saucedo y otros atacó el 4 de Febrero de 1815 á Acámbaro de donde se le rechazó; siguió, no obstante, expedicionando ya solo, ya unido con otros, y ayudó á la sorpresa que sufrió Guanajuato (25 de Agosto). Cuando Terán disolvió en Tehuacán el Congreso, y Anaya, la Junta de Tarétan, los Jefes de Michoacán resolvieron formar otra que primero se llamó de Uruápam y después de Jaujilla, por haberse establecido en el fuerte de éste nombre, el Padre Torres fué uno de los vocales, si bien no tenía la obligación de permanecer con los demás vocales integrándola, su fuerza entonces constaba de ochocientos hombres que á fuerza de derrotas habían aprendido algo del arte de la guerra. El ejemplo de Rayón en Cóporo fué el que indujo á aquel caudillo á establecer el fuerte de los Remedios, en el cerro de San Gregorio, inmediato á Pénjamo y á regular en el valle de este nombre el cobro de las contribuciones de que subsistían él y su ejército.

Ese fuerte le fué de mucha utilidad, pues á él se retiraba siempre que era derrotado por Castañón ó por Orrantia; cuando Mina

llegó al Sombrero quiso ponerse en relaciones con la Junta de Jaujilla y al efecto, y por invitación especial, se dirigió á los Remedios donde conferenció con el Padre Torres, el Doctor San Martín y el Lic. Cumplido, miembros los tres de aquélla; se trató de la defensa que se resolvió se redujese á los fuertes y del mando superior que se le dió á Mina, "manifestando Torres que lo cedía por consideración, pues á él debía corresponderle por tener el empleo de Teniente general que le había dado la Junta." Entre un Teniente general que no sabía nada de milicia y un simple Oficial, tan competente, no podía haber vacilación, y así debió comprenderlo Torres cuando se mostró tan generoso; sin embargo, no fué muy leal para con Mina. El padre Torres recibió del tesoro tomado en el Jaral, ocho mil pesos para comprar provisiones y quedó encargado del fuerte de los Remedios el Coronel Novoa llegado con el navarro. Estrechado el sitio del Sombrero por Liñán, Torres no pudo proveer á la fortaleza de víveres y lo único que consiguió fué ser derrotado por Ráfols en las llanuras de Silao el 12 de Agosto.

Obligados los sitiados á salirse del Sombrero, se dirigieron á los Remedios, donde Torres activaba la construcción de fortificaciones, pues no dudaba que á su vez iba á verse sitiado, como sucedió en efecto; reu-

nió también todas las partidas independientes que había en la comarca y acordó con Mina en que éste saliese á expedicionar, para lo cual le dió parte de su ejército. El 27 de Agosto empezó el sitio del Cerro de San Gregorio que se levanta en medio de la llanura y que fué regularmente fortificado, teniendo además, agua suficiente; su guarnición se componía de 1,500 hombres de los que 300 tenían instrucción, y aunque el mando superior lo tenía el Padre Torres, en realidad mandaba Novoa. El 31 de ese mes empezó Liñán á construir sus trincheras, ocupó luego el Cerro del Bellaco y rompió el fuego el 13 de Septiembre. Surgieron entonces graves desavenencias entre Torres y Mina, pues mientras el primero quería á todo trance ser socorrido, Mina era de opinión de que el único medio de hacer levantar el sitio era llamar la atención de los sitiadores hacia otro punto que les conviniese conservar como Guanajuato; de aquí resultó que Torres diese orden á los insurgentes de que sólo auxiliasen á Mina en el caso de que se dirigiese á atacar á Liñán, el que por cierto estaba escaso de víveres y tan lleno de dificultades, que para salir de ellas se resolvió dar un asalto general en el que fué rechazado, sufriendo grandes pérdidas los realistas. A su turno dirigidos por los Oficiales extranjeros, hicieron una atrevida salida en la que clavaron dos cañones, des-

truyeron una batería y se llevaron un cañón sin sufrir daño alguno. La Junta de Jaujilla fué del mismo parecer que Torres, por lo que Mina tuvo que prometer que auxiliaría á los Remedios; mas ya no lo pudo hacer por las peripecias que le ocurrieron en el camino y que dieron por resultado su captura y fusilamiento á los pocos días.

El 11 de Noviembre, Torres y los sitiados de los Remedios contemplaron desde sus fortificaciones la muerte del héroe navarro y comprendieron que ya no debían esperar muchos auxilios de afuera: el 16 sufrieron un nuevo y fuerte ataque que supieron rechazar denodadamente, dejando en el campo á 393 sitiadores entre muertos y heridos y haciendo que Liñán dijese al Virrey que levantaría el sitio si no se le mandaban refuerzos y artillería. Cruz Arroyo consiguió entrar al fuerte y el 28 de Diciembre se hizo una salida para introducir un convoy de municiones, pero frustrado el ataque, se resolvió la salida para el 1o. de Enero de 1818 por el lado de Panzacola. La carnicería que hicieron los realistas en hombres, mujeres y niños, fué horrible; perecieron Cruz Arroyo, muchos extranjeros y otros fueron fusilados, escapando solamente el Padre Torres y unos cuantos, las mujeres que se libraron de la muerte fueron rapadas á navaja, algunos presos fueron enviados á Mexcala y la revolución sufrió un golpe tan tremendo en Guana-

juato, que puede decirse que casi acabó en el fuerte de los Remedios, pues los últimos caudillos insurgentes se sometieron ó fueron muertos, y únicamente quedó en las montañas del Sur D. Vicente Guerrero con un corto ejército que nunca pudo ser vencido y que resistió por dos años más á todo el poder español, acabando por unirse á Iturbide para hacer la independencia, según veremos.

El Padre Torres, sin embargo, todavía continuó expedicionando por algún tiempo y aún se presentó el 3 de Febrero de ese año de 1818 delante de Jaujilla, fuerte estrechamente sitiado á la sazón por Barradas y Aguirre; Lara lo derrotó, no obstante la resistencia que opuso Erdozain, uno de los Oficiales que trajo Mina; regresó Torres á Guanajuato y en Surumuato, á poca distancia de Pénjamo donde había establecido el centro de sus operaciones, fué derrotado nuevamente. Entonces, para privar de recursos á los realistas, adoptó un sistema de desolación, que á haber sido general habría convertido al país en un árido desierto: en Michoacán mandó quemar el pueblo de Uruapan con su iglesia sin sacar ni aun los ornamentos y vasos sagrados, y en Guanajuato hizo lo mismo con los pueblos de San Francisco, Penjamillo, Valle de Santiago y aún el mismo Pénjamo que era el lugar de su residencia. Descontento de su segundo, Lúcar Flores, porque no introdujo víveres

al fuerte de los Remedios ó porque quería indultarse, lo hizo llamar, jugó con él á las cartas, lo invitó á comer y en seguida lo hizo fusilar. También sin causa legal conocida ordenó que fuese fusilado Don Remigio Yarza, Secretario que había sido del Congreso de Chilpancingo y uno de los firmantes de la Constitución de Apatzingán.

Todos estos desmanes hicieron que los insurgentes que obedecían á Torres, se reuniesen en Puruándiro en Abril del mismo año 1818 y acordasen negarse á obedecerlo; el Giro fué el principal promovedor de éste episodio, que dió por resultado que el mando de la provincia de Guanajuato, recayese en Don Juan Arago, llegado con Mina, hermano del conocido astrónomo francés. La Junta de Huetamo aprobó el nombramiento, pero Torres no quiso someterse y se retiró al Rincón de los Martínez con los Ortiz (Pachones). Entre estos y el Padre Torres reunían aún 1,400 hombres con los que atacaron á Don Anastasio Bustamante el 18 de Abril en el rancho de los Frijoles, perteneciente á la Hacienda de Guanímaro, la caballería insurgente segura del triunfo dió una carga á la infantería realista, pero recibida por un fuego nutrido se dispersó y la infantería mandada por Ramírez y por Wolf que hizo resistencia, pereció en su mayor parte; perdieron los insurgentes 300 hombres, algunos jefes y se dispersaron de tal

modo, que aquélla fué la última batalla que se dió en el Bajío. El Padre Torres huyó al ver derrotada su caballería.

Sin embargo, los Pachones y Borja lo seguían aún y todos ellos proclamaban que la Junta de Huetamo era ilegítima; como aún ésta dejase de existir en Julio, Arago se encontró sin autoridad que lo sostuviese y convino con Torres en tener una conferencia á orillas del Río Grande, teniendo por línea divisoria el mismo río; Torres trató de darle largas al asunto, pues Arago exigió que se le respondiese en un plazo perentorio; pasado él el Giro atravesó el río y derrotó á Torres que se salvó gracias á la ligereza de su caballo. La vida del Mariscal sacerdote, dice un autor, fué desde entonces una continua zozobra: temiendo tanto á los realistas como á los insurgentes, pasaba el día en algún rancho ó hacienda, teniendo siempre los caballos ensillados para huír al primer aviso que le diesen los vigías que apostaba en todos los rumbos: al obscurecer se retiraba á los montes, no pasando nunca dos noches consecutivas en el mismo paraje y mudando muchas veces de lugar en la misma noche, sin quedar en compañía de su gente, pues se internaba solo al sitio en que podía tenerse por seguro."

Aunque casi sin soldados, ni prestigio y desobedecido por todos, pues Arago quedó en su lugar y no tardó en indultarse, Torres

era objeto de viva persecución de parte de los realistas á causa de ser el único jefe insurgente que quedaba en la provincia, pues Licéaga y el Giro hacía pocos días que habían muerto. Marqués Donallo recibió el encargo de perseguirlo vivamente y no le dió un momento de reposo, obligándolo a internarse en la sierra de Guanajuato. A fines de ese año se encontraba Torres con su hermano Don Miguel en la hacienda de Tultillón del Distrito de Silao jugando albures con el Capitán Don Juan Manuel Zamora que tenía un buen caballo del que quería hacerse Torres: ganó á Zamora 1,000 pesos y otros 250 por los que dejó en prenda su caballo, pero queriendo recobrarlo volvió al día siguiente con el dinero, no obstante lo cual Torres se negó á devolver el animal. Irritado Zamora, que no estaba en sus cabales facultades, profirió algunas amenazas en las que no quiso hacer alto el guerrillero; habiéndose puesto en camino todos juntos Zamora, insistió en la devolución y resistiéndola el padre, cuando ya estaban en terrenos de la hacienda de la Tlachiquera, el Capitán pasó á las vías de hecho haciendo uso de su lanza y atravesando con ella á Torres. Don Miguel Ortiz y los demás acompañantes de éste se echaron sobre Zamora para desarmarlo y le dieron muerte. Pocos minutos después, expiraba el célebre Mariscal y Teniente General Presbítero Don Antonio

Torres, en el rancho de las Cabras, lugar donde fué sepultado su cadáver.

Su muerte en nada influyó ya en la pacificación de la provincia, pues ya estaba enteramente desprestigiado y sin partido. Fue valiente, temerario y en un tiempo ejercio decidida influencia en la comarca: "Si se hubiera unido de buena fe con Mina, hubiera podido causar graves cuidados al gobierno," pero nunca llegó á ser leal con este caudillo y esa conducta fué la causa de la perdición de ambos. El tiempo ha hecho olvidar sus desmanes y atrocidades para no acordarse más que de su defensa del fuerte de los Remedios y si antes su nombre era repetido con horror, como dice Alamán, hoy ya no es así.



DON ANDRES DELGADO

Este insurgente llegó á ser tan conocido con el sobrenombre de "El Giro," que aun ahora son pocos los que conocen su verdadero nombre.

Era de raza indígena y su ocupación, antes de lanzarse á la revolución, era la de tejedor; tenía una figura repulsiva, según dice un historiador, y el sobrenombre de "El Giro" le vino de su afición á vestir de una manera superior á la acostumbrada por individuos de su clase, y á andar, como entonces se decía, "muy giro." Nació en el barrio de Nativitas, de la población guanajuatense de Salamanca, y en realidad se ignora la fecha en que tomó parte en la lucha por la Independencia, pero parece que fué soldado de Albino García y de alguno de los demás guerrilleros que hubo en Guanajuato, de esos que tenían por arma prin-

cipal la caballería, pues era muy diestro en el manejo del caballo y de la reata; el largo tiempo que hizo la guerra como subalterno y su temerario valor, le dieron alguna notoriedad, permitiéndole llegar á jefe de guerrilla; sea como fuere, su nombre empieza á encontrarse en gacetas y papeles hasta el año de 1817, al lado de los del padre Torres, del Dr. Magos y de Borja.

"El Giro" mandaba el Cuerpo de Dragones de Santiago, uno de los mejores, por bien armado, por sus buenos caballos y por sus expertos y valientes jinetes. Este Cuerpo perteneció á las tropas del mando del padre Torres, con quien concurrió al combate contra el Coronel Don José Ruiz, en Pabellón, donde este jefe realista fué derrotado, á pesar de los prodigios de valor de sus soldados, pertenecientes al Regimiento de Barcelona. Ese mismo Ruiz había hecho degollar, pocos días antes, á 300 fugitivos del fuerte de Los Remedios. (Enero de 1818).

"El Giro" fué atacado por Don Anastasio Bustamante en la hacienda de Dos Ríos, donde con sólo 60 hombres que llevaba se batió bizarramente contra aquel jefe realista, quien no pudo derrotarlo, aunque Delgado tuvo que retirarse ante la superioridad numérica del enemigo. Refiérese también que en otro combate había conseguido matar á 30 realistas, y que al pretender

capturarlo los compañeros de éstos, pudo atrevidamente escaparse de ellos. Antes de estos sucesos fué compañero de Mina, y cuando este jefe tuvo un combate con los realistas, en la hacienda de La Caja, "El Giro" tomó parte en él con una sección de 150 de sus jinetes.

No fueron éstos los únicos combates en que el intrépido Delgado tuvo parte, pues él se ocupaba intensamente en hostilizar al enemigo, procurando privarlo de víveres, ya incendiando las pasturas ó bien extrayéndose los ganados de las haciendas inmediatas á los lugares ocupados por los realistas. Su táctica en la guerra era casi la misma que empleaba el astuto Albino García, al que aventajaba por sus mayores aptitudes para la guerra. Andrés Delgado tenía también una fábrica de armas en el cerro de Santa Ana, y á efecto de ponerla en movimiento, hizo llevar de Guanajuato á algunos oficiales herreros. El centro de sus operaciones estaba en el pueblo de Santa Cruz, y dícese que cuando se veía muy perseguido se refugiaba en las cavernas subterráneas, tan comunes allí, y cuya entrada sólo él conocía. Por lo poco que de él se sabe, se viene en conocimiento de que era hombre afecto á la disciplina y que aprendió á tener su ejército ó partida en buen orden y bien instruida.

Tomó una parte muy activa en las disen-

ciones de los insurgentes de Guanajuato; cuando el padre Torres se rebeló contra la Junta de Huetamo, ésta le declaró la guerra y Arago comisionó á Delgado para que lo sometiese; "El Giro" cumplió su encargo derrotando á Torres y obligándolo á huir casi solo. Todavía siguió aquél combatiendo por la causa de la Independencia por espacio de más de un año, no obstante la activa persecución que por orden del Comandante Linares le hacía Don Anastasio Bustamante; pero casi solo, pues los demás caudillos ó se habían indultado ó habían perecido, no podía hacer muchas proezas, y más bien andaba errante y fugitivo en la Cañada de la Laborcita, cerca de Chamacuero. "El Giro" había logrado escapar, saliéndose del cerco que le pusieron los realistas; pero en su seguimiento lanzó Bustamante algunas partidas, una de las cuales pudo darle alcance, según refiere el parte oficial respectivo; mas el historiador Don Carlos M. de Bustamante dice que Delgado se escapó envuelto en unas mangas y se fué á un rancho inmediato, de donde volvió á caballo y armado, insultando á los realistas y desafiándolos

Como quiera que sea, el temerario insurgente comenzó á luchar cuerpo á cuerpo con el Alférez de Dragones de San Luis. José María Castillo, quien logró darle una lanzada y derribarlo del caballo, y como lo

creía ya muerto. Castillo se entretuvo en apoderarse del caballo. Entre tanto, Andrés Delgado se sacó la lanza que tenía clavada en el pecho, y empuñándola se atrincheró detrás de unos peñascos, donde fué nuevamente acometido por Castillo, á quien atacó con admirable denuedo, logrando inferirle una herida en una mano. En auxilio de dicho realista ocurrieron luego varios soldados, á quienes "El Giro" hizo tenaz resistencia, matando á tres é hiriendo á varios, y aunque pudo precipitarse en una barranca, siguió allí combatiendo á sus perseguidores, sin querer rendirse á ellos, hasta que, abrumado por la fatiga y por el número de los que lo atacaban, sucumbió á manos de éstos. El historiador antes mencionado refiere que los realistas acabaron con él á pedradas y que le cortaron la cabeza, la cual llevaron al Comandante Bustamante, quien, deseando identificarla hizo que la viera una mujer que llevaba un niño en los brazos: era la cuidadora del niño, y éste era hijo de Delgado; así es que tan pronto como esa mujer vió la ensangrentada cabeza que se le presentaba, la reconoció, y llorando exclamó: "¡Es mi amo Don Andresito!" Bustamante envió la cabeza á Salamanca para que fuera expuesta, según se acostumbraba, en la entrada de la población, y allí permaneció algún tiempo. La muerte de Andrés Delgado ocurrió el 3 de

Julio de 1819. "Su padre, acaso sólo por serlo, dice Alamán, había sido fusilado en la Hacienda de Pantoja, en Febrero de 1816, por orden de Monsalve," según se vé en el parte respectivo.

"El Giro" fué de los últimos insurgentes que hubo en el Bajío de Guanajuato.



DON MATIAS ORTIZ

A cada momento nos encontramos con caudillos insurgentes procedentes de Guanajuato ó de Michoacán por ser aquellas dos provincias las que dieron mayor contingente que todas las demás á la revolución. Los guerrilleros se sucedían allí unos á otros sin interrupción, y casi no desaparecieron de su territorio ni un solo día desde aquél que en Dolores fué proclamada la Independencia.

Entre los muchos que adquirieron celebridad, pues los desconocidos son numerosísimos, debemos enumerar á los llamados "Pachones," hermanos ellos, siendo el mayor, Matías, del que nos vamos á ocupar ahora. Tanto él como sus hermanos debieron su sobrenombre á la circunstancia de ser originarios del rancho de la Pachona, en jurisdicción de Pinos, de la provincia

de Zacatecas, y su resolución de declararse insurgentes se debió á las medidas arbitrarias que para combatir la revolución dictaron las autoridades españolas. Sus primeras armas las hizo á las órdenes de González Hermosillo, y gracias á sus aptitudes y á su valor, pronto se vió al frente de una numerosa partida. Reconoció la autoridad de la Junta y de Licéaga, Comandante de Guanajuato, así como de su segundo, el Dr. Cos, que había fijado su residencia en Dolores. Este, que ya había aprendido táctica, y Don Rafael Rayón, muy competente en asuntos de milicia, fueron los maestros de Matías Ortiz, que por cierto salió un discípulo muy aprovechado.

La primera expedición que hizo y de que se tiene noticia, fué la emprendida contra la Compañía de patriotas de Santa María del Río, en la que derrotó á éstos cerca de la hacienda de Villela; en seguida, en Junio de 1812, estuvo en la acción empeñada contra el Capitán Bustamante en la sierra de Guanajuato, donde quedó derrotado y muerto el realista y seis de sus oficiales. En Noviembre del mismo año, á las órdenes de Cos, estuvo á punto de derrotar á Iturbide y á Castro, que salieron por Santa Rosa á defender Guanajuato.

El 30 de Agosto de 1813, unido con los cabecillas Manuel Zamora y Santos Picazo, atacó al realista Don José María de la Ve-

ga, en Ojuelos, Jalisco; pero á pesar del denuedo de los insurgentes, no les fué posible vencer á los defensores de aquel lugar y tuvieron que retirarse, esperando refuerzos, con los que dieron otro ataque sobre la misma hacienda de Ojuelos el 20 de Septiembre, mandados por Rayón y Segura, contra Don Andrés López Portillo. Matías tomó parte activa, portándose con su intrepidez acostumbrada, y fué encargado de cubrir la retirada. El Capitán realista Don Facundo Melgares lo perseguía tenazmente con un Cuerpo de 500 caballos, y hubo de encontrarse con Matías Ortiz, en San Felipe del Obraje, donde, aunque los insurgentes eran en menor número, lograron tener encerrado á Melgares durante tres días; pero por falta de parque no pudieron rendirlo, aunque salió al fin huyendo rumbo á San Luis Potosí.

La actividad del guerrillero insurgente era notable, pues no solamente se ocupaba de hostilizar y combatir á los realistas en el campo de la guerra, sino que, estableció una fábrica de pólvora y de cañones en el lugar llamado Reyes, la que fué destruida por el citado Melgares. Esta fábrica se estableció por orden de Cos y á iniciaitva de Rayón.

Por tercera vez atacó á Ojuelos, con 300 hombres, cuyo lugar defendía el valeroso Cura realista Don Pablo Morán. El com-

bate fué reñido y sangriento, y á pesar de que Ortiz pretendía derribar la iglesia con un pequeño cañón, no logró vencer á los realistas, quienes le hicieron 30 muertos y muchos heridos, (Marzo 3 de 1814). Antes de que Don Rafael Rayón dejase la provincia para concurrir al sitio de Cóporo. hizo una última expedición, unido á Ortiz, en Abril de ese mismo año, contra el realista Rivas, que se hallaba en San Miguel el Grande. En Cuesta Grande, cerca de Silao, derrotó á López, haciéndole varios muertos, y en 14 de Octubre derrotó, en compañía de Rosas y de Rosales, á Galdamez, que iba en auxilio del Mineral de Pinos, amenazado por las partidas de los insurgentes citados. Un mes después, en una acción dada en el Bajío, sucumbió Matías Ortiz, y su cuerpo, recogido por sus soldados, fué sepultado en Dolores. Era Ortiz de tan elevada estatura, que el Cura Morán decía que era el Goliat de los insurgentes. Sus soldados pasaron á servir á las órdenes de su hermano Encarnación.



DON ENCARNACION ORTIZ

Fué éste el más conocido de los "Pachones" y uno de los guerrilleros más notables de la provincia de Guanajuato.

Era originario del rancho de la Pachona, en el Partido de Pinos, Zacatecas, y así como sucede con su hermano Matías, se ignora la época en que se adhirió á la causa de la Independencia; tenía aptitudes para la guerra y habría llegado á elevados grados y mayor renombre entre los insurgentes que otros muchos caudillos, si la falta de luces intelectuales y una educación vulgar, no lo hubiesen colocado solamente en la línea de un simple guerrillero ó de un buen patriota; pero guerrillero notable por su valor y por sus hazañas, y patriota distinguido por su arraigada adhesión á la causa de la Independencia, así como por la constancia con que afrontó las penalidades

y los graves peligros de una prolongada campaña ó de una guerra sangrienta y sin cuartel.

El nombre de Encarnación Ortiz es muy frecuentemente mencionado en muchos partes de los jefes y de las autoridades realistas, que veían en él á un insurgente temible y peligroso, á quien era preciso destruir por todos los medios posibles, como terminantemente se lo indicaba el Virrey al Comandante Don Francisco Orrantia, cuando éste le comunicó que, habiendo ofrecido la gracia de indulto al intrépido Encarnación, le había contestado rechazando con altivez y con desprecio dicha gracia. Por tanto, el Virrey Calleja decía á Orrantia que era necesario perseguirlo hasta que pagara en el suplicio "los males que había causado á la patria," (Febrero de 1815).

La táctica de Ortiz era casi la misma que empleaban Albino García y Andrés Delgado, "El Giro;" esto es, el ataque brusco é intempestivo, la emboscada, la guerra en pequeñas partidas, á fin de inquietar constantemente al enemigo y hostilizarlo donde quiera que la ocasión se presentaba. Sin embargo, no fué solamente ésta la manera con que Encarnación peleaba contra los realistas, sino más bien los combates serios ó formales, pues al lado de los bravos, Don Víctor Rosales, Don Pedro Moreno y del inmortal Mina, se distinguió toman-

do parte en varios hechos de armas notables, como los ataques á Guanajuato, los sitios de los Remedios y de San Miguel, etc.

En realidad hasta 1814 es hasta cuando empiezan á saberse los actos de Ortiz: el 12 de Enero de ese año se batió con el realista Díaz de Cosío en la villa de la Encarnación, y debe haber sido derrotado, pues en muchos meses no se volvió á saber de él; hasta Agosto aparece unido á Rosales, á Moreno y á Hermosillo, para derrotar, en los Altos de Ibarra, á Don Marcos Boguez; meses después derrotó á Galdamez en La Jaula. En los mismos Altos sufrieron él y otros jefes una tremenda derrota que les dieron Orrantia y Castañón, de resultas de la cual cayó prisionero Fernando Rosas. Otras varias acciones podríamos señalar, pero su enumeración resultaría monótona. Siguiendo el ejemplo de Moreno y de Torres, que era hasta cierto punto el mejor que podía seguirse en una provincia como Guanajuato, Ortiz y su hermano Francisco escogieron como punto para fortalecerse la Mesa de los Caballos, cercana á San Felipe, donde erigieron el fuerte de San Miguel.

El Coronel Ordóñez recibió orden de tomar ese punto, cuyas defensas naturales habían sido mal reforzadas por el arte y se presentó el 4 de Marzo de 1817, pero fué

rechazado, sufriendo gran pérdida; regresó el día 10 llevando 1,500 hombres, que dividió en tres columnas, y aunque encontró una resistencia desesperada, consiguió apoderarse del punto. "En ninguna parte se habían manifestado tan despiadados los vencedores: todos los que se encontraban en la Mesa, de toda clase y sexo, fueron pasados á cuchillo, escapando con vida muy pocos de los que por librarse de la matanza, se arrojaron al precipicio que circundaba la Mesa." Los Ortiz y algunos jefes consiguieron escapar; un mes después quedó vengada esta matanza, pues habiendo trabado combate Ordóñez y Ortiz y Mina en San Juan de los Llanos, el Coronel realista fué derrotado y quedó muerto en el campo de batalla, así como Castañón.

Por aquellos días Mina realizaba su legendaria expedición, y fué el que dió la batalla anterior, á los cuatro días de haberse puesto en contacto con los insurgentes del Bajío. Desde ese día los dos hermanos Ortiz se unieron lealmente al caudillo navarro y lo acompañaron en todas sus campañas; con él estuvo Encarnación en la hacienda del Jaral y en la salida del fuerte del Sombrero, hecha con objeto de llevar en persona víveres á los sitiados; no fué posible la operación, por la vigilancia de los sitiadores. Cuando el sitio de los Remedios, Ortiz quedó en la hacienda de

Tlachiquera, donde se le reunió Mina, y ambos se dirigieron sobre San Luis de la Paz y San Miguel; mientras el último se dirigía á Puruándiro y á Jaujilla, el primero se quedó organizando su caballería, y pudo presentar en el ataque de Guanajuato un Regimiento de cuatrocientos jinetes bien organizado, pues con el contacto con los oficiales de Mina adelantó bastante Ortiz.

Aprehendido y fusilado el caudillo navarro, siguió el "Pachón" obedeciendo á la Junta de Jaujilla y al padre Torres, y en tal virtud combatió al lado de él contra Bustamante en el Rancho de los Frijoles, (Abril 28 de 1818); pero muerto ese sacerdote é indultados otros guerrilleros, Ortiz se vió en muchas dificultades y temporalmente abandonó Guanajuato: el último combate que sostuvo con los realistas fué el ocurrido el 21 de Noviembre de 1819 en la hacienda del Pabellón, Aguascalientes, contra el Teniente Ures, al que derrotó, causándole una baja de 96 soldados y jefes perteneciente al Batallón peninsular de Barcelona. Tenía entonces Ortiz el grado de Coronel y el nombramiento de Comandante General de la Sierra Alta y de la provincia de San Luis Potosí. Se unió á varios cabecillas que quedaban, para proseguir su campaña, pero diversas circunstancias lo obligaron á solicitar el indulto.

El padre Incapié, Cura de Guanajuato, había ido varias veces á conferenciar personalmente con Encarnación, quien se resistía á desertar de la buena causa, que con tanto amor había abrazado y defendido durante muchos años, animado del deseo de verla triunfante algún día.

Al fin Ortiz, vencido por las astutas gestiones que le hicieron y por la lisonjera pintura de un feliz cambio de situación, debido á las liberales tendencias del nuevo orden de cosas, emanado del restablecimiento de la Constitución de 1812, consintió en aceptar el indulto que se le ofrecía, dirigiéndose, el 28 de Febrero de 1820, al Coronel Don Antonio Linares, á quien por escrito decía desde el Real de Santa Rosa, que no era el temor de la muerte, ni la tenaz persecución que se le hacía, ni el hecho de haberse indultado otros partidarios de la Independencia lo que lo obligaba á someterse á las armas del Rey; sino que, cediendo á impulsos de la razón y del convencimiento, se creía en el caso de manifestar su sincero arrepentimiento, ofreciendo perseguir á todos los "pertinaces rebeldes" que quedaban, para lo cual pedía se le concediera el título de Capitán de realistas, así como el de Teniente á su hermano Francisco y el de Alférez á su compañero Félix Orta. Pedía igualmente la li-

bertad de su hijo impúbero, la del Lic. Don Ignacio Ayala y la de Yáñez.

El Gobierno realista, que comprendió desde luego la importancia de la sumisión de Ortiz, no vaciló en aceptar sus proposiciones, y por tanto, no sólo se le concedió el indulto, sino que desde luego se le expidió el nombramiento de Capitán, permitiéndole mandar una sección de realistas de 50 hombres, que debía situarse en la Sierra de Guanajuato y cuidar de la seguridad en los alrededores de aquella ciudad.

Ultimados, pues, los arreglos para la sumisión de Ortiz, entró éste, acompañado de 25 de los suyos, en Guanajuato, en cuya plaza mayor, y en presencia de un numeroso concurso del vecindario, aclamaron en alta voz, gritando: ¡Viva el Rey! y fueron recibidos con muestras de marcado regocijo, según refiere el Coronel Linares en el parte que envió al Virrey, el 15 de Febrero de 1820.

Ortiz había escrito á su hermano Francisco, excitándolo á que también se acogiera á la gracia de idulto, é igualmente se ocupó de dirigir aviso á todos los que se nombraban americanos, exponiéndoles los motivos que lo impulsaron á someterse á la autoridad del Rey, recomendándoles secundaran su ejemplo para que así se pusieran á cubierto de los males que les esperaban y de

las duras penas á que pudieran hacerse acreedores por su rebeldía.

Parece que la razón principal del indulto de Don Encarnación Ortiz, fué la prisión de su pequeño hijo, al que quería entrañablemente y del que estaba temeroso que fuese blanco de represalias de los realistas. Sea de esto lo que fuere, la provincia quedó pacificada, pues pocos días después fué aprehendido Borja, que no quiso indultarse, y Ortiz pudo retirarse á la vida privada, á dedicarse á las labores del campo que había abandonado. No duró mucho tiempo en esas ocupaciones, pues en Abril de 1821, cuando Bustamante se declaró por la Indepednecia á instancias de Iturbide, que se había pronunciado en Iguala, todos los antiguos insurgentes y Ortiz con ellos, se presentaron al nuevo caudillo que los incorporó á su división. Esta empezó á moverse lentamente sobre México, cuando ya no tenía enemigo á su espalda, contribuyó á la rendición de Querétaro; penetró al Valle por el camino del Interior, y se situó al Noroeste de la capital, acercándose á ella á medida que los realistas se iban reconcentrando en la ciudad de México.

El 19 de Agosto, al hacer un reconocimiento las fuerzas de Bustamante, tropezaron con un destacamento realista y trataron de hacerse fuertes, originándose de aquí que se trabase la acción en el pueblo de Atzca-

potzalco; Bustamante, siguiendo las órdenes de Iturbide, quiso retirarse, cuando se enteró de la refriega, pero trató de llevarse un cañón, cuyos artilleros habían muerto, para lo cual encargó á Ortiz que lo lazara y estirara en unión de varios dragones. Estaba en esa operación cuando Ortiz recibió un balazo disparado desde una azotea cercana, y murió á los pocos momentos, cuarenta y un días antes de que se realizase definitivamente la Independencia de México, pero ya tan adelantadas las operaciones, que ella podía tenerse como conseguida. El cadáver del Pachón recibió sepultura en el cementerio de la Parroquia de Atzcapotzalco. La batalla de éste nombre, fué la última que se dió durante esa guerra.

Así terminó la vida del activo guerrillero zacatecano, que no pudo ver logrado el fruto de sus afanes y de una campaña no interrumpida de seis años que sostuvo contra el gobierno español.

———



DON JOSE MANUEL IZQUIERDO.

No ha sido posible precisar la fecha en que este sacerdote se adhirió á la causa de la insurrección, y solamente puede asegurarse que, el año de 1811, andaba ya empuñando las armas en favor de ella; pues el Coronel Don Gabriel de Armijo, en los partes que rendía al Virrey, mencionaba al P. Izquierdo como un hombre atrevido, que daba mucho quehacer á las tropas realistas en la campaña del Sur de Michoacán. Sin embargo, es probable que se adhiriese desde fines de 1810 en que todo el Sur de Toluca se sublevó al paso del Generalísimo Hidalgo.

Unidos al P. Izquierdo andaban también los eclesiásticos Don Francisco Lino Ortiz, Don Ventura Segura y Don Nicolás Martínez, á quienes fueron embargados los bienes que poseían en Sultepec, la Goleta, Huaya-

tengo y Coatepec de las Harinas. Una parte de la hacienda de Chiltepec era del P. Izquierdo. (Julio de 1812.)

Militó como segundo Jefe en las tropas del Brigadier Don Mariano Ortiz, sobrino de Hidalgo, y también anduvo en las del Cura Morelos y de Don Leonardo Bravo, con el carácter de Coronel, en 1811.

Fueron varios los combates en que le tocó tomar parte, unos favorables y otros adversos á la causa que sostenía. Entre esos hechos de armas, hay que citar el de Tenango del Valle, el sitio de Toluca y el de Sultepec, ocurridos en 1811, así como el encuentro que tuvo con el Capitán Barrachina, del Fijo de México, á quien derrotó. A su vez fué derrotado en Cutzamalá por el Brigadier Vicente Vargas, que poco antes había abandonado las filas insurgentes, sometiéndose al gobierno realista y prestándole sus servicios para combatir á la insurrección.

En unión de los PP. Don Fabián Rodríguez y Don Ignacio Saavedra, atacó en Sultepec al realista Don Santiago Mora, pero fué rechazado por éste.

El año de 1813 fué nombrado Comandante interino del Cantón ó Distrito de Sultepec, cuyo cargo desempeñó cumplidamente, desplegando actividad y energía en todas las órdenes y comisiones que se le daban.

El P. Izquierdo, también como Don Nicolás Bravo, tuvo, durante la tormentosa y

sangrienta lucha de la independencia, una hora de terrible prueba, que constituye uno de los más notables rasgos de la vida de aquél Sacerdote. Su padre, Don Nicolás Izquierdo, había sido capturado el 9 de Abril de 1817 en Coatepec de las Harinas, por el Teniente realista Don Manuel de la Concha, ante quien fué acusado de que sostenía correspondencia con algunos cabecillas insurgentes, á los que proporcionaba armas. Por este motivo fué sentenciado á muerte; pero el referido Concha, queriendo aprovechar la angustiosa situación en que se encontraba Don Nicolás, propuso á éste que le salvaría la vida, si se empeñaba en persuadir al P. Izquierdo á que abandonara el partido de la insurrección y se sometiera al gobierno del Rey. El afligido Don Nicolás, deseando, como era natural, escapar de la terrible pena que lo amenazaba, se apresuró á dirigir á su hijo una suplicatoria carta en el sentido indicado. ¡Terribles momentos aquellos para el hijo! Sin embargo, conocido el carácter del realista que había adquirido merecida fama de sanguinario, no había que fiar poco ni mucho en sus promesas. Así es que después de muchas vacilaciones, tomó la pluma para decirle que era imposible salvarlo por medio del recurso que le aconsejaba; que en tan duro trance estaba obligado á dar preferencia á la salvación de la Patria, y que por lo mismo, le recomendaba

que se conformara y supiera morir por ella con valor y resignación. El infortunado prisionero fué pasado por las armas cinco días después, y el Coronel Don Manuel de la Concha, al dar parte de este sangriento suceso al Virrey Apodaca, calificó de ingrato y desnaturalizado al P. Izquierdo, agregándole los epítetos de prostituido y perverso.

Después de este trágico y deplorable suceso, siguió el P. Izquierdo combatiendo con más ardor y constancia á los enemigos de la insurrección, y en Mayo del mismo año de 1817, unido con los guerrilleros Ayala, Ocampo y Vargas, atacó al realista Hilario García de Tejada en Coatepec de las Harinas, pero fué rechazado por éste. Poco tiempo después fué derrotado por Don Isidro Marrón, en Cutzamalá, donde por poco cae prisionero. A pesar de éstos contratiempos, el P. Izquierdo no desmayaba, y seguía firme en su propósito de luchar contra los realistas, los combatía donde se presentaba la ocasión.

El Virrey Apodaca, en vista de la tenacidad con que el P. Izquierdo inquietaba á las tropas del Rey y teniendo en cuenta que era uno de los pocos insurgentes que quedaban, se empeñó en que se le hiciera una constante y ruda persecución hasta lograr su captura, y por esto ordenó en Marzo de 1818 al Comandante de Temascaltepec. que por ningún motivo se creyera del apóstata

Sacerdote, con quien no se debía entrar en contestaciones, y sí perseguirlo por todas partes, hasta acabar con él y con cuantos le seguían.

En ese tiempo la Junta de Jaujilla, le encomendó la Comandancia General del Distrito de Sultepec, pero perseguido incansablemente por numérosas tropas enemigas, se vió obligado á abandonar aquél territorio, retirándose á la Provincia de Michoacán, donde se mostró siempre activo, logrando derrotar varias veces á los realistas. A su regreso á Sultepec, encontró aquel Distrito completamente pacificado, pero al fin logró volverlo á insurreccionar, empleando astucia, tacto y energía en todas sus operaciones. Dos veces derrotó, cerca de Sultepec, á los enemigos el mes de Junio de 1819.

El P. Izquierdo había establecido su cuartel general en el Cerro fortificado de la Goleta, donde también se hallaban entonces el afamado Pedro Asencio y los Ortiz (del Sur) y en Septiembre de dicho año, tomó parte con Don Vicente Guerrero en el combate que éste tuvo en Zacuálpam contra los realistas.

Entre tanto, el Virrey Apodaca, que poco tiempo antes había mostrádose intransigente y severo, ordenando tenaz persecusión contra el P. Izquierdo, se persuadió de la inutilidad ó de lo contraproducente de éstos recursos violentos, y al fin convino en adop-

tar otra clase de táctica para retirar de las filas de la insurrección al sacerdote y á sus intrépidos compañeros Pedro Ascencio y Pablo Campos. A este fin ordenó al Coronel Don Juan Rafols, en oficio reservado de 9 de Agosto de 1819, que procurara atraerlos al camino de la sumisión, autorizándolo para que les ofreciera tierras realengas, dinero y otras atractivas ventajas, á fin de estimularlos de este modo á que se acogieran á la gracia de indulto.

El Coronel Rafols se puso luego en contacto con el P. Izquierdo, por medio del Cura de Tejupilco, Don Francisco Cornelio Domínguez, quien celebró con él algunas entrevistas ó conferencias, á fin de inclinarlo a la sumisión. El referido Domínguez era antiguo amigo suyo, y ambcs se tenían afecto y confianza, lo que indudablemente influyó, á parte de algunas hábiles y persuasivas sugestiones del citado sacerdote, para que el P. Izquierdo, dominado por ellas, más bien que por el interés del dinero ó por el temor de las persecuciones, se doblegara fácilmente hasta caer en la debilidad de someterse á la obediencia del gobierno realista, quien aprovechando el restablecimiento de la liberal Constitución española de 1812, echaba mano de ésta, usándola como un resorte halagador para alucinar á muchos incautos insurgentes.

Como quiera que sea, el P. Izquierdo se

apartó entonces de la patriótica y gloriosa lucha en que estaba empeñado, sometiéndose al gobierno del Rey en la hacienda de Laureles, con la gente que le seguía. Sin embargo, esta inexperada y deplorable resolución, llegó á oídos del ínclito caudillo Don Vicente Guerrero, quien justamente irritado por la torpe flaqueza del P. Izquierdo, consiguió frustrar en parte su propósito, pues por medio de una estratagema y de una sorpresa, pudo desbandarle su tropa y apoderarse de las armas en el punto denominado Palos Verdes. El P. Izquierdo logró escapar con algunos de los suyos y fué á situarse á Tejupilco, llevando consigo 2 Brigadieres, 8 Coroneles y 120 de tropa con algunas armas. Con toda esta gente se presentó en el mencionado pueblo ante el Comandante Don Juan Madrazo, en cuya presencia y de una manera solemne, juró allí obediencia á la Constitución española de 1812.

El Virrey, para recompensar de algún modo la sumisión del P. Izquierdo, le extendió el nombramiento de Teniente Coronel de la milicia urbana de Temascaltepec, por cuya distinción escribió á dicho Virrey, dándole las gracias y diciéndole que iba á salir á una expedición á Tejupilco. (Enero 5 de 1821.)

Sin embargo, parece que la sumisión del patriota sacerdote no fué un acto entera-

mente expontáneo y bien meditado, porque tan pronto como Don Agustín de Iturbide proclamó el Plan de Iguala, se puso nuevamente al servicio de la causa nacional, insurreccionándose en Tejupilco, donde pudo organizar un cuerpo de doscientos hombres, con los cuales ayudó á Don Vicente Filisola en el combate que éste sostuvo contra el realista Don Angel Díaz del Castillo en la hacienda de la Huerta, cerca de Toluca, el mes de Junio de 1821, donde dicho Castillo fué derrotado. En ese combate se portó con intrepidez el P. Izquierdo haciendo que su infantería se lanzara con brío y en campo raso contra el enemigo.

Pocos días después fué nombrado Comandante Militar del Distrito de Temascaltepec; y entonces el Coronel Rafols intentó nuevamente atraerlo á la obediencia del gobierno realista; pero le contestó con franqueza y con energía, diciéndole que estaba enteramente decidido á seguir luchando hasta el fin en favor de la Independencia, y que esta resolución se la comunicabab también al Virrey.

Terminada la breve, pero gloriosa campaña de 1821, en la que el P. Izquierdo tuvo un meritorio participio, le tocó entrar á México en Septiembre de dicho año, á la cabeza de un cuerpo de infantería, que formaba parte del triunfante ejército de las Tres Garantías.

Don Carlos M. Bustamante habla muy bien del P. Izquierdo, asegurando que era un decidido y buen patriota; que había consumido todos sus recursos en favor de la Independencia; que organizó y disciplinó con esmero una respetable división de tropas; que dió claras muestras de valor en el Cerro de la Goleta, en los Lubianos y en otros combates, y que en el Distrito de Sultepec gozaba de mucha influencia y simpatías.

Don José Manuel Izquierdo era oriundo de Sultepec y se encontraba todavía viviendo en México el año de 1825; volvió á su pueblo natal y falleció por el año de 1833.



DON FRANCISCO ORTIZ.

Fué éste el más pequeño de los Pachones y es el menos conocido; por esta última circunstancia poco será lo que digamos á propósito de él.

Aunque casi siempre combatió al lado de Matías y cuando faltó éste, siguió al de Encarnación; empezó, no obstante, á distinguirse por su propia cuenta el año de 1817; fortificado su hermano, el último de los citados, en la Mesa de los Caballos, dejó la dirección del fuerte de San Miguel, á Don Francisco, mientras que él iba á expedicionar por la comarca en combinación con las partidas de Carmona, Sanmartín, Núñez y otros insurgentes que obedecían á la Junta de Jaujilla. Por la posición de ese fuerte se comunicaba al Oeste con el del Sombrero, que poseía Don Pedro Moreno, y por el Este y Norte, con la Sierra de Jalpa, donde

Tovar había fortificado el Cerro de la Faja y con el real del Doctor, donde se había hecho fuerte al Doctor Magos. Importaba, pues, al gobierno español, destruir esa serie de puntos fortificados, donde encontraban asilo seguro los insurgentes y que dificultaban el movimiento de sus tropas; decidió, pues, irse apoderando de ellos, uno por uno, y el primero en que se fijó fué en el de San Miguel, para aislar á los independientes de Guanajuato de los de Querétaro. El 4 de Marzo atacó Ordóñez el fuerte, pero fué rechazado con grave pérdida, por lo que esperó refuerzo y dió un nuevo ataque el 10 del mismo mes, consiguiendo tomar el Fuerte á viva fuerza y haciendo una horrorosa carnicería entre los fugitivos.

Francisco Ortiz y Carmona consiguieron escapar, así como Encarnación que á última hora llegó al fuerte, y todos ellos se refugiaron en el cercano del Sombrero, mientras organizaban su ejército: aún estaban dedicados á ello, cuando llegó Mina, al que inmediatamente se le unieron; y desde entonces, Francisco se encargó del mando de la infantería de su partida y con ella concurrió á la acción dada en León, á la defensa del fuerte, del que salió días antes de que fuese la salida general, haciendo otro tanto en el de los Remedios, en la batalla de la hacienda de la Caja, y por último en los asaltos de Guanajuato; en el primero, Don

Francisco Ortiz le realizó por su cuenta, entrando hasta la plaza de San Ramón, del mineral de Valenciana, pero fué rechazado por el Comandante Campuzano, que le hizo perder diez y siete hombres; en el segundo ataque, dado por Mina el 25 de Octubre con fuerzas superiores, Ortiz también entró por el lado de Valenciana y pegó fuego al tiro general de ella, en el cual, siendo todos los techos de madera, se levantó en pocos momentos una gran llamarada. Este proceder indignó á Mina que despachó á Ortiz y á sus demás auxiliares, á sus respectivos Distritos, y fué causa indirecta de la aprehensión del caudillo navarro, pues Orrantia que lo buscaba sin saber donde encontrarlo, vió desde la llanura el incendio y comprendió que Mina andaba cerca, y dió con él, en el rancho del Venadito.

Muerto Mina, siguió Ortiz al lado de su hermano Don Encarnación, acompañándolo en bastantes de las accciones, que sostuvo y que ya no fueron muchas durante los años de 1818 y 1819, año en que éste se indultó. Cuando ésto sucedió, se hallaban separados, lo que no fué obstáculo para que el segundo escribiese al primero, dándole cuenta de lo que había hecho, é invitándolo á que también se indultase, en vista de la decaída que estaba ya la revolución. Francisco Ortiz, á quien el Padre Incapié se había encargado de seducir, cayó también en la astuta red

tendida á su hermano Encarnación, y ambos, hábilmente sugestionados, ó mejor dicho. vencidos y engañados por los intermediarios de quienes se había valido el Coronel Linares, quedaron al fin sometidos al servicio del Gobierno realista, y en obsequio de la verdad debe decirse que no abusaron de las facultades ó de las istrucciones que se les dieron para que cuidaran de la paz y el orden, en la zona confiada á su cuctodia y vigilancia.

El único mal que la sumisión de "los Pachones" ocasionó á la causa insurgente, fue que, á ejemplo de ellos, se sometieron también muchos de sus defensores, aunque no pocos le quedaron fieles y siguieron combatiendo con brío á las armas realistas.

"En resumen, dice un escritor, esa sumisión parece increíble y no era de esperarse de parte de un hombre que tantas y tan firmes muestras de adhesión había dado á la causa de la Independencia; que había combatido sin descanso en favor de ella; que había desafiado con valor indomable la tenaz y continua persecución que le hicieron todos los jefes realistas que operaban en las Provincias de Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí; que había llenado de terror á los partidarios del Rey, venciéndolos muchas veces en rudos y sangrientos combates." Sin embargo, el indulto de los dos hermanos se explica perfectamente, cuando se

reflexiona, que casi toda la provincia estaba ya pacificada, y que si ellos hubieran continuado con las armas en la mano, su porvenir no era otro que morir en cualquier combate ó fusilados por el primer Comandante realista que los hubiera hecho prisioneros.

En Abril de 1821, volvió á tomar las armas en favor de la Independencia, cuando Iturbide proclamó el Plan de Iguala; estuvo en la acción de Atzcapotzalco (Agosto) y entró á México con el Ejército de las Tres Garantías, el memorable 27 de Septiembre. Vuelto el ejército á sus respectivas Provincias, es probable que Ortiz, último de su familia que quedaba, siguiese en la división de Bustamante, destinada á Jalisco, ó tal vez que, como muchos hicieron, abandonase la milicia. En realidad, se ignora cuál fué su género de vida después de la Independencia.



DON FRANCISCO JAVIER MINA.

Es de los héroes más conocidos, y con sobrada razón figura entre los principales caudillos, no obstante que su campaña fué demasiado corta, por desgracia.

Era navarro, nacido en Monreal en Diciembre de 1789; pasó sus primeros años en las montañas, ejercitándose en la caza, en la que que adquirió aquella fuerza y habilidad y aquella resistencia para las fatigas, que tan útiles le fueron en el curso de su agitada y tempestuosa vida. Hizo sus estudios primarios en Pamplona, destinándose á la carrera del foro, y de allí pasó á seguirlos á Zaragoza, en donde se hallaba, cuando ocurrieron los sucesos de Madrid y de Bayona.

Mina, por el temple enérgico de su espíritu, no podía dejar de tomar parte en el movimiento general, y abandonando los es-

tudios, se presentó á servir en clase de voluntario en el ejército del Norte. Los reveses sufridos por los ejércitos españoles, que no pudieron hacer frente á las tropas aguerridas de Napoleón, no entibiaron para nada la resolución de Mina, pero sí le hicieron tomar diversa dirección. Proyectó entonces hacer de las montañas de Navarra el teatro de la guerra, reuniendo algunos jóvens acostumbrados á la vida de cazadores, para molestar continuamente la retaguardia del enemigo, interceptando sus convoyes y correos y atacando sus destacamentos. Las primeras pruebas fueron felices: con doce hombres que lo eligieron por su caudillo, sorprendió un destacamento francés de veinte, que fueron hechos prisioneros sin resistencia. Tan buen resultado excitó á otros muchos á seguir su ejemplo, siendo éste el principio de la insurrección de la Navarra, que fué imposible á los franceses sofocar, aunque emplearon para ello mucho número de tropas y ejercieron las más atroces persecuciones. Mina consiguió en breve organizar en la Navarra, Cuerpos numerosos de voluntarios, de los cuales fué nombrado Comandante, con el grado de Coronel, por la Junta Central, y la de Zaragoza le confirió el mando del alto Aragón; pero tuvo la desgracia de ser hecho prisionero en una acción, después de haber recibido muchas heridas, y fué conducido al

castillo de Vincennes, cerca de París, en el que permaneció durante toda la guerra, y en esta prisión se dedicó al estudio de las matemáticas y de las ciencias militares, bajo la dirección del General Labsoire, aprovechándose de la excelente biblioteca del mismo castillo: su tío, Don Francisco Espoz y Mina, le sucedió en el mando de la Navarra, en el que se hizo memorable por las guerrillas que organizó, que vinieron á ser un ejército respetable, con el que tanto daño causó á los franceses.

Con la terminación de la guerra, Mina quedó en libertad y pasó á Madrid, pero siendo decidido por las ideas liberales, no pudo sufrir que Fernando hubiese restablecido el poder absoluto, y habiendo rehusado admitir el mando que el Ministro Lardizábal le ofreció, de uno de los Cuerpos de tropas destinados á Nueva España, volvió á Navarra, en donde de acuerdo con su tío Espoz, intentó hacer una revolución para restablecer la destruida Constitución. Sus planes se frustraron, y tío y sobrino tuvieron que huir á Francia, de donde el último pasó á Londres, y se le asignó por el Gobierno inglés una pensión considerable: fuese por miras liberales ó por fines interesados, deseaban fomentar la Independencia de Nueva España, con cuyo objeto le proporcionaron un buque, armas, y dinero, y tomó informes y noticias de algu-

nos mexicanos, los cuales alucinados ellos mismos y formándose una idea muy errónea del estado de su patria, de la que estaban ausentes hacía tiempo, confirmaron á Mina en su plan de transladarse á México, con el doble objeto de vengarse del Rey Fernando y de dar vuelo á sus ideas liberales.

Uniósele en aquella sazón el Doctor Don Servando Teresa de Mier de quien hemos tenido tanta ocasión de hablar en diversos lugares de este libro, que hallándose en Londres destituido de todo género de recursos, vivía á expensas de la liberalidad de algunos mexicanos que lo socorrían, y por haber éstos de dejar pronto aquella ciudad, iba á quedar aun sin este corto auxilio. Con Mier, treinta oficiales españoles é italianos y dos ingleses, salió Mina de Inglaterra en el mes de Mayo de 1816, en un buque que fletó, y aunque su primer plan había sido ir á desembarcar en derechura en las costas mexicanas, las noticias que recibió de los reveses sufridos por los insurgentes en aquella época le hicieron variar de intento y se dirigió á los Estados Unidos. Alistáronse bajo sus banderas varios oficiales que habían servido en Europa en los ejércitos franceses é ingleses, algunos de las tropas de los Estados Unidos, y porción de aventureros, de los que abundan en aquel país: concluidas todas sus prevencio-

nes, despachó de Baltimore el buque mismo en que había venido de Inglaterra, expedido por la Aduana para San Tomás, y habiendo anclado cerca del fuerte de Mac Henry, se embarcaron á su bordo en la tarde del 28 de Agosto doscientos aventureros, bajo la dirección del Coronel alemán Conde de Ruuth, acompañándolo una goleta con el Teniente Coronel Myers, y toda su Compañía de artillería. Mina con su Estado Mayor, el Coronel Montilla, colombiano, que había servido á las órdenes de Bolívar, y el Dr. Infante, habanero, que iba en calidad de literato y periodista, se dió la vela de Baltimore el 27 de Septiembre en un bergantín que compró, y antes de salir envió una goleta muy velera á las costas de Nueva España, para instruirse del estado de las cosas y ponerse en comunicación con Victoria, que se suponía ocupaba á Boquilla de Piedras, cuya comisión confió al Dr. Mier; la expedición no se detuvo en la barra del río Bravo más que lo preciso para proveerse del agua y víveres que necesitaba, y levando anclas hizo rumbo hacia la embocadura del río de Santander, en cuya ribera izquierda está situada la villa de Soto la Marina; el 22 emprendió Mina la marcha á la actual población de este nombre, guiado por un natural de ella que había traído consigo de Nueva Orleans.

Sin embargo, éste parece que había olvi-

dado el camino, pues se extravió y la marcha duró tres días, dando un largo rodeo, en el que la tropa padeció mucho por el calor y falta de agua. Mina iba á pie á la cabeza de su división: la vanguardia, compuesta de la guardia de honor, la caballería y un destacamento del 1o. de línea á las órdenes del Mayor Sardá, no encontró oposición, aunque durante la marcha la siguió á la vista Garza con su caballería, el cual al aproximarse Mina abandonó la villa é hizo que se saliesen muchos de los vecinos, á quienes persuadió que los que iban á llegar eran herejes, que venían á saquear y á cometer todo género de desórdenes. No obstante esta alarma, Mina fué bien acogido por los que quedaron, saliendo el Cura á recibirlo en capa pluvial y palio, y los que habían emigrado fueron volviendo á sus casas. Las lanchas subieron río arriba y condujeron una pieza de artillería con porción de municiones y otros efectos. Mina nombró Alcaldes y las demás autoridades.

Mina dispuso su marcha, y para verificarla, hizo acampar la parte de la división que debía acompañarlo en la ribera derecha del río, á cosa de una legua de Soto la Marina, y allí permaneció algunos días. Teniendo Arredondo muy poca infantería, se dió orden para que marchase á unírsele el batallón expedicionario de Fernando VII,

que había recientemente cestinado á la provincia de Guanajuato, y se dispuso que todas las tropas que se hallaban más inmediatas al río de Tampico, en la línea desde la costa hasta la Sierra Gorda, formasen un Cuerpo de ejército á las órdenes del Coronel del Batallón de Extremadura, Don Benito Armiñan, Comandante general de la Huasteca. En consecuencia, se dirigió éste con el Batallón de su mando á Tampico, y sucesivamente se le reunieron en diversos puntos el Teniente Coronel Don Facundo Melgares, con una sección de caballería de Durango ó Nueva Vizcaya; el Teniente Coronel Don Francisco de las Piedras con el Escuadrón de Tulancingo; el Mayor Ráfols con el Batallón 1o. Americano, y un piquete del Provincial de México; el Capitán Villaseñor con un Escuadrón de Sierra Gorda, y el Capitán Terrazas con un gran número de realistas de Río Verde.

El nuevo insurgente se dirigió hacia el Sur de la provincia de Nueva Santander, pues le urgía ponerse en comunicación con los pronunciados que había en el país; nada extraordinario le ocurrió hasta llegar á la ciudad de Horcasitas, situada á la orilla del río que baja á Altamira. En vista de las noticias que allí adquirió, queriendo apresurar más su marcha, mandó Mina una partida á tomar setecientos caballos mansos, pertenecientes al Coronel Don Ca-

yetano Quintero, dueño de la hacienda de El Cojo y uno de los jefes más activos del partido realista, quien los había hecho reunir allí para servicio de las tropas reales. Esta presa fué de la mayor importancia para Mina, pues aunque la mayor parte de ellos se extravió en la obscuridad de una de las noches inmediatas, pasando una cuesta áspera por un sendero estrecho y dificultoso en la continuación de la marcha, los mejores habían sido escogidos por los soldados y sirvieron para montar toda la división.

Mina, que no tenía intención alguna de combatir, sino que por el contrario, procuraba evitar todo encuentro doblando sus marchas hasta reunirse con los insurgentes del Bajío, había aprovechado la ventaja de tener su gente bien montada, y cuando Armiñan estaba todavía en la misión de Baltasar, á dos jornadas de Horcasitas, en donde recibió los caballos muy precisos que pudo conseguir, tomados por Mina, los que debían haber servido á su tropa, éste se hallaba á corta distancia del Valle del Maíz, á donde había llegado el Capitán Villaseñor con su Escuadrón de Sierra Gorda para unirse con Armiñan. Súpose en esto la marcha de Mina por avisos repetidos de los lugares del tránsito, y aunque Villaseñor no contaba con más fuerza que con su Escuadrón, que tenía 120 hombres, y

con 32 realistas de aquel pueblo, resolvió salir á prevenirlo, ocupando las gargantas de la sierra por donde Mina tenía que pasar. Este, por la rapidez de sus marchas, las había ya dejado atrás, y cuando Villaseñor llegó al punto de Lobos, distante tres leguas y media del Valle del Maíz, supo por sus avanzadas que Mina acampaba aquella noche á dos leguas de distancia, por lo que retrocedió, situándose ventajosamente en una altura junto al camino. Mina destinó los mejores tiradores de la Guardia de Honor y del Regimiento de la Unión á hacer el servicio de guerrillas, y cuando por el fuego de éstas la izquierda de los realistas se replegaba sobre su reserva, cargó con el grueso de la división y obligó á Villaseñor á retirarse hasta las calles de la población, pero no pudiendo sostenerse ni aun en ellas, salió por el extremo opuesto, siguiéndolo Mina con veinte húsares, con los cuales lo persiguió hasta el valle de San José, dos leguas más adelante, en dirección á San Luis. Villaseñor sufrió una pérdida considerable: Mina tuvo varios heridos, uno sólo de gravedad, é hizo seis prisioneros, que dejó en libertad. Esta acción, que se dió el 8 de Junio, fué la primera en que Mina se hizo conocer á sus soldados, cuya confianza y afecto ganó por la intrepidez y habilidad de que dió pruebas, así como él mismo pudo

contar con la decisión y valor de aquéllos.

Sin detenerse más que lo absolutamente preciso, dobló sus marchas, y en la noche del 14 llegó á alojarse á la hacienda de Peotillos, á quince leguas de San Luis Potosí. El mayordomo y criados de la hacienda habían huido, llevándose el ganado y las provisiones, por lo que los soldados de Mina, fatigados y hambrientos, se encontraron sin cena, pero prevaleciendo el cansancio, se echaron á dormir, esperando para el día siguiente un buen rancho, mas antes de que estuviese preparado se avistó el enemigo y fué menester correr á las armas. Viéndose asaltado por fuerzas tan superiores, trató el navarro de replegarse hacia la hacienda para reunir todas las suyas; mas los realistas, animados por este movimiento retrógrado, hicieron un fuego vivísimo que causó la muerte de muchos de la división de Mina. Este, conociendo que la retirada era imposible, hizo alto, formando un cuadro para rechazar á la caballería, que lo atacaba por los flancos y espalda: dejó que los realistas se acercasen, y entonces, después de tres "hurrahs" que gritaron con el mayor entusiasmo sus soldados, mandó hacer una descarga á quemarropa y avanzó con denuedo á la bayoneta. La caballería de Rioverde no pudo resistir y cayó en desorden sobre la infantería:

ésta se desordenó también y todos huyeron con tal prisa, que el Teniente Coronel Piedras, Comandante de la caballería, arrastrado por el torrente, no paró hasta Rioverde, y no se supo de él en muchos días.

Mina continuó su marcha al Real de Pinos, á cuyas inmediaciones llegó al anochecer, después de tres días en que los soldados apenas habían probado bocado, marchando inciertos del camino que debían seguir; un oficial mandando de descubierta con una partida de caballería se encontró con otra de los insurgentes, los cuales, no teniendo noticia de la aproximación de Mina, y viendo tropas bien armadas y uniformadas, creyeron que eran realistas y comenzaron á hacer fuego. El oficial logró con dificultad hacerlo cesar y entrar en parlamento, siendo el resultado que quedando él mismo en rehenes, llegasen á ver á Mina algunos de los de la partida. La alegría de éste y de su división fué grande, habiendo obtenido por fin el objeto de sus deseos, que era ponerse en comunicación con los que miraba como sus aliados. Mina pasó á ver al Comandante de la partida, que se llamaba Don Cristóbal Nava, y en la tarde volvió acompañado por éste á su campamento. El traje de ranchero de Nava, su sombrero adornado con una ancha toquilla de galón de plata y un cuadro de la Virgen de Guadalupe, llamaron la atención

de los soldados de Mina, y no menos el aspecto grotesco de la gente de Don Cristóbal, que estaba, no obstante, bien montada y armada.

Informado Mina por Nava, de que á cinco leguas de allí había un rancho en que podía alojarse, y que cuatro más adelante estaba el fuerte del Sombrero, se puso en marcha lleno de satisfacción; á poco rato avistó el fuerte del Sombrero, donde á su vez ya se tenía noticia de la aproximación del caudillo y se le esperaba con curiosidad é interés. Mina, con su Estado Mayor, entró en el fuerte en la madrugada del 24 de Junio; su división, habiéndose puesto en marcha algún tiempo después, llegó por la tarde y fué recibida con las más cordiales muestras de regocijo. Su fuerza, al entrar en el fuerte, ascendía á doscientos sesenta y nueve hombres, entre ellos veinticinco heridos, y en treinta días de marcha, por los diversos rodeos que había tenido que hacer, habría andado doscientas veinte leguas, atravesando tan gran distancia por un país ocupado por los realistas, casi siempre á la vista de éstos, en medio de las mayores privaciones, pues se habían pasado dos y tres días sin raciones, y en una sola vez que se hizo más de una comida, ésta fué de carne de vaca, sin pan; en medio de tantas fatigas y escaseces, había ganado dos acciones reñidas, una de ellas contra una fuerza ocho

veces mayor que la suya, y tomado un lugar fortificado: trabajos todos que la tropa sufrió con alegría, viendo que su jefe era el primero en tomar parte en ellos, poniéndose á su cabeza á la hora del peligro y animándola con sus palabras y ejemplo. Toda esta serie de sucesos había hecho subir la reputación de Mina al más alto punto, y sus soldados eran mirados como una casta de hombres extraordinaria.

Pocos días de descanso dió Mina á sus soldados y volvió á salir del fuerte con Moreno y Ortiz para otra expedición con diferente objeto. El Marqués del Jaral, Coronel del Regimiento á que por su apellido se dió el nombre de Moncada, residía en la hacienda de que tomaba su título, y aunque el restablecimiento de la tranquilidad en aquellos contornos hubiese removido todo riesgo, tenía á la gente de la hacienda armada, y los edificios de la finca, que eran muy extensos y sólidos, estaban defendidos por parapetos y artillería, habiéndose aumentado su fuerza con los fugitivos de la acción de San Juan de los Llanos, que habían ido á refugiarse á aquel lugar. El Marqués era hombre muy rico y se decía tener guardado mucho dinero. Mina se propuso apoderarse de este tesoro, y proveer su caja militar á expensas del Marqués. Con este intento se puso en marcha con tal precaución, que estaba á la vista de la hacienda

el 7 de Julio, sin haber sido descubierto. Las fortificaciones de la hacienda, inexpugnables para los insurgentes, cayeron sin resitsencia en poder de Mina: el Marqués huyó, y temiendo que estuviese interceptado el camino de San Luis Potosí, se dirigió á la hacienda del Bizcocho, dejando encargado á su Capellán que recibiese y obsequiase á Mina, dándole cuanto necesitase, pero suplicándole no causase perjuicio en los edificios: la guarnición, aunque ascendía á unos trescientos hombres, se retiró con el Marqués sin intentar defenderse, abandonando tres cañones que tenía. Era ya de noche cuando Mina con su división entró en la hacienda, y sorprendido de no hallar resistencia, creyó que se le había prevenido alguna emboscada, pero habiéndose asegurado de no haber riesgo alguno, dió inmediatamente orden á sus tropas para que respetasen las propiedades y no maltratasen á los habitantes. El día siguiente, se trató de buscar el dinero que se decía tener encerrado el Marqués, y habiendo comenzado á cavar en una pieza inmediata á la cocina, en que un criado de la casa dijo que estaba el tesoro, se encontraron desde luego algunos pesos, lo que hizo se procediese con mayor empeño en la excavación en presencia de Mina, Moreno, Ortiz y tres oficiales del Estado Mayor, habiendo colocado centinelas á la puerta, y conclui-

da la operación, se contaron 140,000 pesos. El Marqués, en el informe que dió al Gobierno, dijo que se le habían tomado en dinero 183,300 pesos; 86,000 en barras de plata, y en efectos de la tienda, semillas y ganado, 37,100 pesos más, subiendo la pérdida total á 306,400; es probable que á pesar de las precauciones que se tomaron por Mina, á la vista de tan rica presa, algunos de los concurrentes se aprovechasen de ella y ocultasen más que lo que Mina cogió. En carros y en acémilas fué enviado el dinero al Sombrero, y durante el camino aún se perdió alguna cantidad.

Antes de llegar al fuerte, encontró Mina en un rancho inmediato á Don Miguel Borja, quien le avisó que lo esperaban el padre Torres con el Dr. S. Martín y el Lic. Cumplido, estos últimos comisionados por la Junta para felicitarlo por su llegada. Mina salió el día siguiente por la mañana, temprano, y llegando al fuerte de los Remedios se encontró con los sujetos referidos. Tratóse en las conferencias que con ellos tuvo, de arreglar el plan de operaciones que debían seguir, que por entonces se redujo á sostenerse en los puntos fortificados, ocurriendo todos á su auxilio cuando fuesen atacados. El mando en jefe se dió á Mina, que se empeñó en hacer todos los esfuerzos conducentes para hacer triunfar el partido que había abrazado, y con los re-

cursos que le proporcionó la presa del Jaral, hizo que se trabajase sin descanso en habilitar armamento y municiones y en hacer vestuarios y calzado, que contrató en la misma villa de León, ocupada por los realistas. Para dirigir las fortificaciones del cerro de San Gregario y organizar tropas en el territorio dependiente del padre Torres, acompañó á éste cuando regresó á aquel fuerte el Coronel Novoa, y se dieron al mismo Torres ocho mil pesos, para que comprase víveres con que aprovisionar el cerro del Sombrero.

Salió á expedicionar el caudillo navarro y obtuvo algunos pequeños éxitos que contribuyeron á aumentar la fama de entendido que disfrutaba entre los insurgentes. Observaba Mina con la mayor vigilancia los movimientos de los realistas, é informado por sus espías de la marcha de Negrete á Silao, se propuso aprovecharse de su ausencia para sorprender á la guarnición que había quedado en León. Salió al efecto del fuerte en la tarde del 27 de Julio con su división, una pieza de artillería y alguna caballería del país, que todo ascendía á 500 hombres, pero aunque se acercó con cautela para dar el golpe aquella noche, una partida realista que encontró á corta distancia de la población, volvió á ésta, habiéndolo reconocido, y dió la alarma, de suerte que cuando Mina se presentó fué re-

cibido con un fuego vivísimo de cañón y fusilería, no obstante el cual llegó á penetrar hasta la plaza y ocupó uno de los cuarteles, pero tuvo que retirarse al rayar el día, por no poder esperar un resultado favorable. El mal éxito de este ataque inconsiderado, fué el primer revés que Mina experimentó: su pérdida pasó de 100 hombres, entre ellos 21 prisioneros que fueron fusilados al día siguiente, y entre los muertos fué uno su mayor general, Márquez, que era oficial de valor.

Mina hizo algunos prisioneros que dejó libres, y volvió, sin ser perseguido por los realistas, al fuerte, á esperar el ataque de Liñán, que no podía tardar, como en efecto sucedió. En los primeros días el sitio fué soportable y se creyó fácil aprovisionar el fuerte desde fuera, pero varias tentativas hechas en ese sentido fracasaron. Los sitiados se hallaron en breve reducidos al último extremo por falta de agua: la provisión que cada uno había hecho en el fuerte antes de comenzar el sitio, se consumió bien pronto y era muy difícil y peligroso tomarla del arroyo que corría por la barranca dominada por los realistas, los cuales establecían todas las noches un cordón de centinelas para impedir bajar á sacarla.

Los remanentes de las cañadas estaban agotados y la esperanza de las lluvias se había frustrado, pues para mayor tormento,

frecuentemente se presentaban grandes aparatos, más los aguaceros caían á distancia ó en los puntos ocupados por los realistas, pero ninguno en el fuerte; cayó por fin uno, aunque corto, y los sitiados, que se hallaban en la mayor necesidad, pudieron tomar agua para algunos días. Algunos oficiales europeos del ejército real se acercaron á hablar con Mina, que salió para esto á lo alto de los muros, y trataron de persuadirle cuán desesperada era su posición, ofreciéndole el indulto más completo. Mina, por el contrario, los invitó á pasar á sus banderas, y como en esta conferencia les manifestó que su objeto era el restablecimiento de la Constitución, privando á Fernando VII de los recursos que sacaba del país para sostener la autoridad despótica, habiéndolo oído los americanos del fuerte, esto contribuyó á aumentar la desconfianza que muchos tenían de la sinceridad de sus intenciones.

En la noche del 7 al 8 hizo Mina una salida con 240 hombres hacia el campamento de Negrete. El mismo en persona con 30 hombres de la Guardia de honor y del Regimiento de la Unión, se apoderó de un reducto; pero cargando sobre él las tropas de Nueva Galicia, que habían sido reforzadas con dos Compañías de Zaragoza y no habiendo sido sostenido convenientemente por los insurgentes que venían en su compa-

ñía, tuvo que ceder al número y retirarse, habiendo perdido algunos de los suyos, de los cuales quedaron 11 heridos en poder de los realistas y fueron fusilados el día siguiente, á la vista de sus compañeros del fuerte.

Frustrada esta salida, que tenía por principal objeto abrir comunicación con el padre Torres para proveerse de víveres y de agua, Mina se persuadió que la rendición del fuerte era inevitable, si él mismo no salía á traer los auxilios necesarios. Para llevar á efecto su proyecto, en la noche que siguió al ataque del campamento de Negrete, aprovechando el mucho viento y obscuridad que había, salió con Borja, Ortiz y sus asistentes, dejando el mando del fuerte al Coronel Young y burlando, aunque con mucho trabajo, la vigilancia de los realistas, arrojándose por los despeñaderos de la bajada más pendiente del cerro, logró pasar sin ser sentido por entre sus avanzadas, y llegar á los campos vecinos, no habiendo perdido en esta operación ni un solo hombre.

Mina, habiendo logrado salir del fuerte del Sombrero, se dirigió al de los Remedios con 100 hombres de caballería, y á su tránsito entre León y Silao encontró á un Cuerpo de caballería realista, al que desbarató, quedando muerto el Comandante, que fué lazado y arrastrado, ejercicio en

que eran muy diestros los insurgentes. A su llegada á los Remedios el 17, halló al padre Torres ocupado en concluir las fortificaciones de aquel punto, aprovisionarlo y hacer todos los preparativos de defensa, pues no dudaba que sería sitiada por Liñán luego que se hubiese rendido el Sombrero, lo que tenía por cierto que en breve debía suceder. A instancias de Mina, dió Torres orden á todos los Comandantes que le obedecían para que se reuniesen, con el fin de hacer todavía algún esfuerzo en favor de los sitiados en el Sombrero, pero dos días después se supo la toma de este fuerte, noticia que afligió mucho á Mina, aunque sin saber todavía cuán grande había sido la pérdida de los suyos, que había sufrido; algunos de éstos que lograron escapar y se fueron presentando, no estaban informados de los pormenores, y aunque habiendo mandado varias personas para que recogiesen á los que andaban dispersos, sólo se pudieron reunir 31; esperaba todavía que los demás habrían podido huir y unirse á la caballería de Ortiz. Obligado por tal suceso á variar su plan, acordó con Torres que éste se quedaría para la defensa del fuerte, mientras Mina con un Cuerpo de 900 caballos recorría el país circunvecino, con el fin de impedir que los realistas recibiesen víveres y proporcionarlos á la guarnición que quedaba en los Remedios. En consecuencia de

este convenio, Mina salió con la gente que Torres puso bajo sus órdenes, dejando en el fuerte para auxiliar á su defensa, casi todos los extranjeros, con lo que Mina quedó reducido á sólo los recursos de su ingenio, puesto á la cabeza de una reunión de insurgentes sin organización, sin disciplina y acostumbrados á huir á la vista de los realistas. Los primeros Cuerpos del ejército de Liñán se presentaron delante de los Remedios el 27 de Agosto, y fueron tomando posición en la circunferencia del fuerte. La guarnición ascendía á 1,500 hombres, de los cuales 300 habían sido instruidos por Novoa, y los demás, aunque sin disciplina para combatir en campo raso, eran suficientes para defenderse cubiertos por parapetos. El mando superior lo tenía el padre Torres, pero todo se hacía por dirección del Coronel Novoa y de los oficiales de Mina. Varios jefes insurgentes habían ocurrido para la defensa del fuerte, y entre ellos el indultado, General Don Manuel Muñíz, que como otros de su clase, habían vuelto á tomar las armas, alentados por las ventajas obtenidas por Mina al principio de su expedición.

Mina, saliendo de San Gregorio, se dirigió á la Tlachiquera, hacienda situada en el reverso del Norte de la sierra de Guanajuato; allí lo esperaba Ortiz con su gente, á la que se habían reunido 19 hombres

de la división de Mina, que eran los únicos que habían escapado del Sombrero. Uniósele Don José María Licéaga, que tenía el empleo de Capitán General, pero que no ejercía mando alguno desde que se retiró de Tehuacán, después de la disolución del Congreso.

La primera expedición de Mina fué á la hacienda del Bizcocho, y aunque la gente armada que la defendía se hizo fuerte en la iglesia y el campanario, se rindió con poca resistencia, habiendo huido el administrador, que era al mismo tiempo Comandante. Mina, resentido por la matanza de los suyos hecha por Liñán en el cerro del Sombrero, mandó fusilar á 31 prisioneros que cayeron en su poder, y prendió fuego á la hacienda. Siguió de allí al pueblo de San Luis de la Paz, que estaba fortificado, como todos en aquel tiempo, y tenía una corta guarnición de tropa de línea, además del vecindario, armado.

Instado por Torres, Mina se acercó á los Remedios, pero persuadido de ser empresa temeraria intentar con la gente que tenía atacar á Liñán en su campamento, volvió atrás desde la hacienda de la Sardina, dirigiéndose hacia la sierra de Guanajuato. y en el llano de Silao se le unió Moreno con alguna caballería. Liñán hizo resguardar el molino de Cuerámaro, que creyó amenazado, en que tenía el acopio de trigo y hari-

nas para su ejército, y descontento de la lentitud de Andrade, comisionó al Coronel Orrantia con los dragones de San Luis, San Carlos, Frontera, Sierra Gorda y piquetes de otros Cuerpos de caballería, para seguir á Mina, el cual no creyó prudente esperarlo. Este trató de convencer á Torres de que el único medio que había para hacer levantar el sitio de los Remedios, era llamar la atención de los sitiadores á otro punto que les importase conservar, tal como Guanajuato, de cuya ciudad creía fácil hacerse dueño y cuyo ataque le propuso; pero Torres lejos de aprobar esta idea, dió orden á los jefes que de él dependía, para que sólo siguiesen á Mina en el caso de conducirlos á atacar á Liñán. Mina supo por algunos desertores que se le presentaron de los Cuerpos europeos, que el campo de los sitiadores estaba reducido á mucha escasez de víveres, pues con sus continuas correrías había logrado impedir la llegada de éstos, mientras que todo abundaba en los Remedios, y por las noticias que los mismos le dieron, concibió la esperanza de que los siguiesen otros muchos de aquellas tropas, que se hallaban descontentos, no obstante estar mejor atendidas que las del país, pues acabando de llegar de la capital, estaban bien provistas de vestuario y calzado, de que carecían los últimos, que hacía tiempo estaban en aquella provincia.

Orrantia, con la sección destinada para perseguir á Mina, compuesta de 200 infantes de las Compañías de Granaderos y Cazadores de Zaragoza y 1o. Americano y 600 caballos de varios Cuerpos y de los indultados de Apam á las órdenes de Bustamante. Novoa y Villaseñor, á que después se agregaron algunos infantes más de la Corona y Celaya, marchó con dirección á Guanajuato, creyendo encontrar á Mina en la hacienda de Cuevas, á la entrada de aquella ciudad, pero á su paso por Irapuato el 10 de Octubre, se le avisó hallarse éste en la de la Caja, á la que se encaminó sin tardanza. Mina distribuyó su gente, que consistía en 1,100 caballos, en diversos trozos resguardados por los sembrados y cercas de la hacienda, y en los edificios de ésta puso en seguro á la multitud de mujeres y niños que seguían á la división, en esta vez en mayor número que de ordinaria, creyendo que se dirigían á Guanajuato, en cuyo saqueo esperaban tener una buena parte; pero desbaratadas las masas de caballería el desorden se aumentó con los gritos de las mujeres, que por todas partes huían, y Mina pudo apenas abrirse paso con algunos que lo siguieron, retirándose al rancho de Paso Blanco, sin que Orrantia, que había perdido un oficial y 18 hombres muertos ó heridos, se empeñase en seguirlo.

Para remediar la desgracia que acababa

de sufrir, dejó Mina orden para que se reuniesen los dispersos en determinado día en la misma hacienda de La Caja, y con 20 hombres se puso en camino por la tarde del 11 y llegó á Jaujilla al día siguiente. En las conferencias que tuvo con los individuos de la Junta, insistió en su plan de atacar á Guanajuato, lo que no pareció prudente á aquéllos, porque pensaban que sería más conveniente sacar de los Remedios á los oficiales de Mina que allí estaban, por no ser tan necesarios, para organizar con ellos un Cuerpo respetable de tropas al Sur de la provincia de Michoacán, en donde no podía ser atacado en algún tiempo, y volver entonces á entrar en campaña; pero Mina hizo punto de honor auxiliar á los sitiados en los Remedios, y con 50 hombres que la Junta le dió, de 100 que tenía, de infantería disciplinada, se puso en marcha, habiendo dirigido desde Jaujilla una proclama á los españoles europeos establecidos en Nueva España, exhortándolos á unirse á él para destruir el despotismo de Fernando VII. Dando un largo rodeo, llegó á Puruándiro, en donde fué recibido con repiques é iluminaciones, deteniéndose en aquel pueblo dos días; de allí pasó al Valle, y reunida en La Caja, como lo había prevenido, la gente dispersa, se encaminó hacia Guanajuato con 1,100 hombres, de los cuales 90 eran de infantería montados, y

alejándose todo lo posible del camino real, rodeando por entre sembrados y plantíos, ocultó tan completamente su marcha desde la hacienda de Burras, que sin que se sospechase su intento llegó al amanecer del 24 de Octubre á la mina de La Cruz, entonces desierta, y después de tanta fama, por las grandes riquezas que ésta producía. Allí se le presentó Encarnación Ortiz con 300 hombres, haciendo el total de 1,400 á 1,500, con los que se acercó en la noche á la ciudad.

Varias veces habían sido atacadas las minas inmediatas á ésta, y aun sus suburbios, y en la última, Francisco Ortiz, uno de los "Pachones," había entrado el 10 de Agosto hasta la plaza de San Ramón, en la mina de Valenciana, siendo rechazado con pérdidas por el Comandante Don Melchor Campuzano. A pesar de estos frecuentes ataques,, no parece que hubiese toda la vigilancia que las circunstancias exigían, pues Mina iba entrando en dos columnas por las calles á las dos de la mañana del día 25, sin que hubiese sido visto por nadie. Una ronda con que se encontró en la calle llamada de Los Pocitos, dió la alarma: púsose en movimiento la guarnición; el Comandante Don Antonio Linares hizo colocar en la plaza un cañón, con el que comenzó á hacer fuego sobre la columna principal de Mina, que se adelantaba por la ca-

lle del Ensaye y llegó hasta el Puente Nuevo: Mina, sin conocimiento de la población, perdidos sus guías en medio de la confusión, no sabía cómo salir del intrincado laberinto que forman aquellas calles: su gente comenzó á huir tan en desorden, que ella misma se estorbaba en las angosturas por las que tenía que transitar, y al paso por Valenciana el propio Francisco Ortiz, que poco tiempo antes asaltó aquella mina, pegó fuego al tiro general de ella, en el cual siendo los techos de todas las oficinas de madera, se levantó en momentos una gran llamarada. Mina llevó á mal tal suceso, y habiendo vuelto á la mina de la Luz, despechado por la cobardía de su gente, dijo á los oficiales que eran indignos de que un hombre de honor abrazase su causa, pues si hubieran cumplido con su deber, los soldados hubieran hecho el suyo, y serían dueños de Guanajuato. En seguida mandó que se fuesen á sus respectivos Distritos, previniéndoles que no dejasen entrar víveres al campo de Liñán ni á Guanajuato; habiéndolos despedido, conservando sólo consigo 40 infantes y 20 caballos, pasó la noche á corta distancia, y en la mañana del 26 llegó al rancho de El Venadito, que hacía parte de la hacienda de la Tlachiquera, perteneciente á su amigo Don Mariano Herrera, el cual residía allí, por

haber sido quemada la casa y oficinas de la hacienda por los realistas.

Orrantia, después de la acción de La Caja, había regresado al campo de Liñán, conduciendo un convoy de víveres y municiones; sin demorarse más que lo preciso, volvió á salir en busca de Mina y entró en Puruándiro el día mismo que Mina había salido de aquel lugar; más incierto de la dirección que éste había tomado, estaba el 24 en una hacienda inmediata á Irapuato, perplejo sobre lo que debería hacer, cuando en la madrugada del 25 la llama del tiro general de Valenciana, que vió levantarse sobre los cerros de Guanajuato, le indicó el lugar en que Mina se hallaba. Marchó rápidamente á aquella ciudad, á la que llegó el mismo día, haciendo una marcha de doce horas, é informado en ella de la retirada de Mina hacia la mina de La Luz, tomó el camino de Silao, en donde entró en la tarde del 26 para adquirir informes, pues distribuida en muchos pelotones la gente de Mina, y habiendo éste mandado que en cada uno se dijese que su General iba en él, era imposible saber la dirección que había seguido. Por las noticias que allí se dieron á Orrantia, supo que Mina debía pasar la noche en el rancho de El Venadito, y á las diez de la misma salió para aquel punto con 500 caballos, dejando la infantería en Silao.

Al amanecer el 27, llegó Orrantia á la vista del rancho, y mandó que avanzasen sobre él á galope 120 dragones del Cuerpo de Frontera, á cargo del Teniente Coronel Don José María Novoa, para no dar lugar á que huyesen Mina y los que con él estaban allí. Los que intentaron defenderse fueron muertos, entre ellos Don Pedro Moreno. Mina saltó de la cama al ruido y salió sin casaca, como había pasado la noche, para tratar de reunir su gente, por lo que aunque su criado favorito, que era un joven de color de Nueva Orleans, ensilló prontamente su caballo, no pudo encontrarlo, y cuando trató de ponerse en salvo, viendo que todo esfuerzo era inútil, era ya tarde y fué cogido sin ser conocido, hasta que él mismo se descubrió con el dragón de Frontera José Miguel Cervantes. Presentado á Orrantia éste lo llamó traidor á su Rey y á su patria, y habiendo contestado Mina con altivez y con expresiones ofensivas al Rey Fernando, Orrantia le pegó con la espada algunos golpes de plano, acción infame, que dió justo motivo á que Mina le dijese con indignación: "Siento haber caído prisionero; pero este infortunio me es mucho más amargo, por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español ni el carácter de soldado." En el mismo día fué conducido á Silao, en donde en-

tró Orrantia en triunfo, llevando con Mina la cabeza de Moreno en una lanza.

La noticia de la prisión de Mina se supo en México el 30 de Octubre á las siete y media de la noche, por parte que dió el Comandante de Irapuato Pesquera: celebróse con repiques y salvas, cantándose en el teatro una marcha, cuya letra fué improvisada por uno de los concurrentes, y el primero de Noviembre que se recibió el aviso oficial de Orrantia, se comunicó inmediatamente por extraordinario á todas las capitales de la provincia, mandando se solemnizara con Te Deum y misa de gracias, que en Puebla cantó de Pontifical el Obispo Pérez. Orrantia obtuvo el empleo de Coronel de ejército: al dragón que aprehendió á Mina se le ascendió á cabo, se le dieron los 500 pesos de gratificación ofrecidos al que cogiese á éste, y un escudo diverso del que se concedió á toda la división: el Virrey Apodaca fué premiadio con el título de "Conde del Venadito." que conservó, á pesar de haber representado para que se le cambiase, por parecer ridículo el nombre del lugar sobre que recayó.

De Silao fué llevado Mina, escoltado por Orrantia, al campo de Liñán, para seguir la causa informativa que se había comenzado á instruir, fué comisionado el Coronel Don Juan de Horbegozo, que hacía de Mayor General del ejército sitiador, siendo el

objeto averiguar las personas que habían contribuido en Europa y los Estados Unidos á formar la expedición, y los sujetos con quienes Mina estaba en relaciones en los diversos lugares del Reino, especialmente del Bajío; pero Mina nunca quiso dar informe alguno sobre estos puntos.

Liñán, se interesaba por la conservación de la vida de Mina, con cuyo objeto suspendió la ejecución, esperando las órdenes del mismo Virrey que pidió en carta de 4 de Noviembre, "tanto sobre el destino que debía dar al preso, como sobre lo que convendría hacer respecto al contenido de la carta." El Virrey contestó á Liñán, extrañando que se hubiese detenido acerca de la suerte de Mina, pues ya le tenía prevenido que debía imponérsele la pena capital; en consecuencia, no le quedó á Liñán otro arbitrio que proceder á la ejecución, á la vista del fuerte de los Remedios, por si tal espectáculo podía inclinar á rendirse á los que lo defendían.

El 11 de Noviembre á las cuatro de la tarde, una escolta de cazadores de Zaragoza, condujo á Mina del cuartel general del ejército al crestón del Cerro del Bellaco, que fué el sitio destinado para el efecto, los dos campos enemigos, suspendiendo las hostilidades como de común acuerdo, estaban en el más profundo y solemne silencio. Mina acompañado por el capelláan del primer ba-

tallón de Zaragoza Don Lúcas Sáinz, con quien se dispuso cristianamente, habiendo protestado que moría en la fé de sus padres y lisonjeándose de hacerlo en el seno de la iglesia católica, se presentó con tranquilidad y compostura, y habiendo dicho á sus soldados que debían hacer fuego sobre él: "no me hagáis sufrir," cayó herido por la espalda, sintiendo sólo que se le diese la muerte de un traidor," de donde se deja conocer, "dice Liñán en su parte al Virrey," que su extravío fué más bien efecto de una imaginación acalorada, que de perversidad de su corazón."

Sin embargo, en oficio posterior el mismo Liñán, remitiendo al Virrey la proclama á los europeos publicada por Mina en Jaujilla, dice: "que éste documento pone de manifiesto cuáles eran las perversas ideas del traidor, y añade, que ya se conocía cuán útil había sido la prisión y muerte del malvado." Los oficiales de varios cuerpos comisionados para asistir á la ejecución, formaron una acta en testimonio de ésta, y el cirujano del primer batallón americano, Don Manuel Falcón, dió un certificado del reconocimiento que hizo de las heridas que causaron la muerte, habiéndose insertado todos estos documentos en la Gaceta del Gobierno: el cadáver se sepultó en el campo, en un lugar inmediato al de la ejecución.

Mina tenía veintinueve años de edad: era

de gallarda presencia, agradable trato y poseía en grado eminente, el arte de ganar el afecto de los soldados y de todos cuantos se le acercaban: se firmaba con el nombre de "Javier," y en Nueva España tomó el título de "General del Ejército Auxiliador de la República Mexicana." En los despachos que daba á los oficiales que nombraba, usaba por armas cuatro faces romanas formando un cuadro, en cuyo centro había un león; emblema que no sirvió poco para fundar entre los insurgentes las sospechas de que no trataba de la independencia, sino de conservar siempre el país unido á la España. Su expedición fué un relámpago que iluminó por poco tiempo el horizonte mexicano: sin plan, sin relaciones, y hasta sin noticias del país, se arrojó á la ventura en una empresa cuyo objeto él mismo ignoraba; pero su valor y su habilidad y por la clase de tropa que lo acompañó, pudo comprenderse que si hubiera llegado algún tiempo antes, ó si hubiera traído 2,000 hombres en vez de los 300 que con él desembarcaron, habría cambiado enteramente el aspecto de las cosas; habría decidido á muchos á declararse por su causa, y habría sido acaso el que hubiese hecho la independencia de México. Habiéndose presentado cuando la revolución estaba en su último período, sin recibir los auxilios que le prometieron los que lo indujeron en el proyec-

to; visto con desconfianza por los insurgentes; luchando contra todos los recursos de un gobierno establecido, afirmado por la victoria y sostenido por un numeroso ejército. Mina todavía penetró por una serie de triunfos hasta el corazón del país, puso en el mayor cuidado al virey, y su expedición forma un episodio corto, pero muy brillante de la historia de la revolución mexicana.

D. Mariano Herrera, el fiel amigo de Mina, fué condenado á la pena capital, pero en el acto mismo de la ejecución, en Irapuato, obbtuvo su hermana que se suspendiese mientras el viriey resolvía sobre un ocurso que le tenía dirigido, y habiéndose fingido Herrera loco, salvó la vida pasando por tal, hasta que se hizo la independencia.



DOÑA MARIA LEONA VICARIO

Muy conocida y muy popular es esta heroína de la Independencia, y su biografía ha sido escrita por varios literatos: el último trabajo que de este género conocemos, es el del señor Lic. Don Genaro García, Director del Museo Nacional, que ha hecho una monografía completa y á la que no se puede pedir más, por lo que limitaremos nuestra tarea á hacer un extracto de ella, deplorando no poder reproducir íntegro el trabajo del señor García.

Nació Doña Leona en esta ciudad el 10 de Abril de 1789, del matrimonio de Don Gaspar Martín Vicario, de Castilla la Vieja, y de Doña Camila Fernández de San Salvador, originaria de Toluca; personas que disfrutaron buena posición social, gracias al trabajo de Don Martín, y que eran estimadas en la severa sociedad de la ca-

pital del Virreinato por su educación, piedad y buenas prendas. La niña María Leona, como hija unica, fué muy mimada por sus padres y recibió una educación muy superior á la que entonces recibían las personas de su sexo, pues además de la instrucción religiosa, elemental y manual que entonces se acostumbraba, aprendió el francés, el arte de la pintura y otras materias que no se estilaban. Acababa de cumplir diez y ocho años, cuando quedó huérfana de padre y madre y al cuidado de su curador, su tío materno el abogado Don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, que administró sus bienes con honradez y acierto, y que dejó á su sobrina en entera libertad para dedicarse á sus aficiones, aunque llamándole la atención por los gastos que hacían y que podían mermar su caudal.

Era natural que una joven en esas condiciones tuviese pretendientes á su mano, y en efecto, algunos de buenas familias se le presentaron, entre ellos el abogado Don Octaviano Obregón, emparentado con los condes de Valenciana, que fué el preferido y con el que probablemente habría casado Doña Leona, si aquél no se hubiera encontrado mezclado en los sucesos políticos que originaron la prisión del Virrey Iturriagaray, y que fueron causa de que Don Octaviano emigrase á España donde obtuvo al-

gún empleo y fué electo diputado á Cortes por Guanajuato. El que se va es olvidado y aun fácilmente substituído, y así sucedió con Obregón, que á poco fué reemplazado en el corazón de Doña Leona por Don Andrés Quintana Roo, joven bachiller en leyes que fué á hacer su pasantía en el bufete del Lic. San Salvador: pasado algún tiempo, Quintana solicitó la mano de la joven Vicario; pero le fué rehusada rotundamente con el pretexto de que era la prometida de Obregón; pero en realidad, por la diferencia de posición y de fortuna, y por las opiniones en favor de los insurgentes, de Don Andrés. Separado éste por tal razón de la casa de San Salvador, decidió, como tantos otros jóvenes lo hicieron entonces, irse á alistar á las filas independientes, y se presentó en el Sur al General Rayón, el año de 1812.

Doña Leona, que estaba ya en relaciones amorosas con Quintana, sufrió bastante con esta decepción y se convirtió á su vez en una decidida insurgente, sin pensar probablemente todas las amarguras que iba á gustar, ni todas las decepciones que iba á sufrir; dedicó desde entonces toda su inteligencia y toda su fortuna á favorecer la causa que su novio había abrazado, y esta resolución fué causa de que este período de su vida sea el más interesante y del dominio pleno del historiador. Se convirtió en

una exaltada insurgente que no disimulaba sus simpatías por los que luchaban con las armos en la mano y se puso en correspondencia, con no pocos riesgos y á gran costa, con Rayón y con otros caudillos, hasta convertirse en el conducto entre éstos y sus partidarios de la capital; ayudó á que su primo Don Agustín San Salvador y el escribiente de su tío fuesen á Tlalpujahua á presentarse á Rayón y todos sus ahoros y aun buena parte del capital, los dedicó á auxiliar á los que luchaban por la independencia. Consiguió, en fin, enviar al Campo del Gallo varios armeros vizcaynos, que servían en la Maestranza virreinal, para que fabricasen fusiles, como lo consiguieron, arma de la que estaban muy necesitados los soldados independientes.

A pesar del secreto con que procuraba hacer todo esto, eran tantas las manifestaciones de la actitud que había asumido Doña Leona, que cualquiera circunstancia podía descubrirla y hacerla víctima de las persecuciones del Gobierno español. Lo fué, en efecto, por haber detenido don Anastasio Bustamante unas cartas de ella que un correo llevaba á Tlalpujahua, y la autoridad empezó á hacer la averiguación correspondiente, pero advertida á tiempo en la calle, la Srita. Vicario, no volvió á su casa y se fué al pueblecillo de San Juanico, decidida á pasar al campo insurecto, y luego á Huis-

quilucan, donde el guerrillero Trejo se burló de su resolución. Rayón envió gente por ella cuando recibió noticia de la angustiosa situación que guardaba; pero ya Doña María Leona no estaba en Huisquilucan, sino que enferma y decepcionada consintió en volver á México, cuando se le presentó su tío. Conducida al Colegio de Belén, la Junta de Seguridad le formó proceso con muy poco éxito, pues no pudo conseguir de ella una confesión explícita y circunstanciada de sus relaciones con los independientes, ni que dijese los nombres de las personas que con otros supuestos figuraban en los papeles que se le recogieron. Indudablemente que el proceso hubiera terminado muy mal para ella, si en la noche del 22 de Abril de 1813, no hubiesen penetrado al Colegio unos hombres armados que se llevaron á la señorita Vicario. Algunos días después salió de la ciudad montada en un burro, disfrazada de negra y cubierta con harapos. Los que habían realizado el rapto eran el Coronel Arróyave, Don Luis Vázquez Aldana y el pintor Don Luis Rodríguez Alconedo.

Caminaron rumbo á Tlalpujahua, con la circunstancia de que al salir de México, Doña Leona llevaba en los huacales sobre que iba, tinta de imprenta, letras de molde, botes, etc., todo cubierto con legumbres. En el camino pasó muchas penalidades, llegan-

do á dormir sobre un petate por no haber cama. En Tlalpujahua fué recibida por su prometido, su primo y sus copartidarios y amigos, como merecía, y aun recibió algún subsidio de la Tesorería insurgente; y desde entonces empezó una existencia difícil y peligrosa, como era la de los insurgentes, pasó á Chilpancingo, donde se instaló el Congreso; contrajo matrimonio con Quintana en uno de los pueblos donde estuvo, siendo lo más regular que esto haya sido en Tlalpujahua ó Zitácuaro, y no llegó á disfrutar de la pensión mensual que le asignó el Congreso. Estuvo en Tlacotepec y en muchos puntos del Sur, hasta que en Apatzingan se consiguió expedir la Constitución. Entre tanto, los bienes de la heroína fueron confiscados por el Virrey, y los parientes de ella hicieron toda clase de diligencias para que fuese indultada así como su esposo, diligencia á la que parece que éste no era extraño, pues ya en 2 de Noviembre de 1815, andaba con el Coronel realista Don Matías Martín Aguirre, á quien acompañó frente á Cóporo, donde hizo ciertas señales, seguramente con el objeto de atraerse á otros insurgentes ó de conseguir la entrega del fuerte, debiendo advertir que en esta fecha Quintana tenía un salvoconducto del Virrey Calleja. salvo conducto que existe aún.

Por causa no explicada, aquél dejó la

compañía de Aguirre y siguió entre los insurgentes, volviendo á sufrir nuevos trabajos, en medio de los cuales nació el primer fruto de aquel matrimonio, una niña que nació el 3 de Enero de 1817, en una cueva cercana á Achipixtla, la que seguramente por las circunstancias en que vino al mundo, muy parecidas á las de una de las heroínas de los libros que había leído (Genoveva de Brabante), recibió el nombre de Genoveva, que ni corresponde al santo de ese día, ni existía en las familias Quintana, Vicario y San Salvador. En un huacal fué llevada la recién nacida, cuyo padrino de bautismo fué el General Rayón.

En 9 de Abril, Aguire volvió á ofrecer el indulto á Quintana Roo, quien á pesar de estar anuente en indultarse, no se presentó á los realistas, ignoramos por qué causa. Pero ya no era muy fácil escapar á las tropas realistas, que recorrían la comarca en todas direcciones, por lo que aunque el matrimonio se refugió en una escondida barranca del rancho de Tlacocuspa, perteneciente á Sultepec, donde no había elementos de ninguna clase y donde sufrió mil privaciones, no se consideró seguro. Así fué en efecto, pues el 14 de Marzo de 1818, se dejaron ver en la cumbre los realistas, poco antes de huir entregó á ella la solicitud de indulto que ya de antemano tenía hecha para el caso como el que se ofrecía. El señor

García dice que en los momentos de descubrir á los realistas fué cuando escribió la solicitud, pero esto no es posible, pues no hubiera tenido tiempo de huir si en esos instantes se pone á escribir. Vicente Vargas é Ignacio Martínez, antiguos insurgentes, ya indultados, eran los que conducían á los realistas, quienes llevaron á Doña Leona á Texupilco; Torres, comandante de Sultepec, tramitó el indulto de Quintana y lo concedió á los dos días; entre tanto éste, que fué informado falsamente de que su esposa había sufrido malos tratamientos de sus aprehensores, escribió á Torres ofreciendo sus servicios á la causa real, á la que podía ayudar con su experiencia si se le afianzaba la libertad, buen trato y seguridad de su citada esposa.

Quintana Roo se presentó en Texupilco y el Virrey aprobó el indulto con la condición de que esa gracia debía disfrutarse en España: esto motivó representaciones de Don Andrés, negándose á salir del país y pidiendo la devolución de los bienes de su esposa, solicitudes que fueron negadas, aunque con la atenuante de que se les darían ocho ó nueve mil pesos para el viaje; aprobada esta opinión del asesor, "se libró una libranza de ocho mil pesos contra el consulado de Veracruz, que Quintana Roo recibió de buena voluntad y se apresuró á cobrar, pero sin conseguir que le fuese

pagada por que el Consulado carecía de fondos." Doña Leona con su marido vivió algunos meses en Toluca en la mayor estrechez, sin poder venir á México á arreglar sus asuntos pendientes; todavía él insistió en la devolución de los bienes y aun inició la especie de que tenía reclamaciones que hacer al tío de su esposa el Lic. Fernández de San Salvador. En 1820, ya estaban radicados los esposos en México y en situación más desahogada, la que acabó de consolidairse después de hecha la independencia, pues Quintana Roo fué hecho por el Emperador Subsecretario de Relaciones en Octubre de 1822, por influencia del Dr. Herrera, que era el Ministro.

Cuando en 1823 se instituyó la Junta de recompensas, Doña Leona, que había permanecido ajena á todas las peticiones de su marido, solicitó sencillamente la devolución de parte de sus bienes embargados, consistentes en el capital impuesto sobre el Consulado de Veracruz, pues de los muebles, alhajas, etc., no dijo una sola palabra, comprendiendo que ya no existían y queriendo significar que ella apreciaba esos objetos; pero no el dinero que pudieran valer; el Congreso supo apreciar esta delicadeza y ordenó el pago de ese capital, los réditos insolutos ó en su defecto una finca nacional, igual en valor al importe de ambos créditos. Hecha la liquidación, resultó un saldo en favor de Doña Leona,

de ciento doce mil pesos, que le fué pagado con la hacienda pulquera de Ocotepec, en los llanos de Apam, y las casas 8 y 9 de la calle de Cocheras y 2 de los Sepulcros de Santo Domingo, que había sido del Mayorazgo Flores Valdés, y después de la Inquisición; á esta última fué á vivir la señora Vicario; el Congreso de Coahuila y Texas, dió el nombre "Leona Vicario" á la villa del Saltillo, y la heroína vivió respetada y estimada de todos. El carácter varonil, del que tantas pruebas había dado, tuvo ocasión de manifestarse una vez más durante la administración del Presidente Bustamante, en que la casa de Doña Leona fué atropellada por unos militares; no podía olvidar que aquél era el causante de todas sus desgracias, y acaso por esta circunstancia se dirigió á Palacio, donde habló con bastante energía al Presidente, y éste se hizo el desentendido. En esos días Quintana Roo por su parte, hacía ruda oposición á la administración y de todo esto se originó un incidente desagradable, que lo fué más aún por la actitud pasiva de Don Andrés.

Falleció en esta capital el 21 de Agosto de 1842 en su casa de la calle de Santo Domingo, y á sus funerales asistió el General Santa Anna, Presidente entonces de la República. En esos días el Centenario parece que se trata de colocar una lápida recordatoria en la casa citada, como único tributo al patriotismo de Doña Leona Vicario.



DON ANDRES QUINTANA ROO

También es muy conocido el nombre de este señor, no tanto por sus méritos personales, que no fueron escasos, sino por su matrimonio con Doña Leona Vicario y por los episodios que precedieron á esa boda.

Fué originario de la ciudad de Mérida, donde nació el 30 de Noviembre de 1789. Terminados sus estudios primarios en su pueblo natal, los padres de Don Andrés lo enviaron á México para que continuase los superiores en el Seminario Conciliar; se matriculó éste en la Universidad, donde obtuvo el grado de bachiller en Enero de 1809, y para obtener el de licenciado, tuvo que cumplir con la obligación de ir á hacer su pasantía al bufete de un abogado, que lo fué Don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, uno de los jurisconsultos que más negocios tenía en el foro de la capital.

En ese bufete permaneció no sólo los dos años reglamentarios, sino más tiempo, sin que durante él se ocupase de terminar su carrera, pues no consta que obtuviese el mencionado grado de licenciado, y entreteniendo el tiempo en hacer versos, pues era buen poeta. En la casa de su profesor conoció á la señorita María Leona Vicario, sobrina y pupila de aquél, de la que se enamoró perdidamente y cuya mano pidió. El Lic. San Salvador se la negó rotundamente, y esta circunstancia fué causa de que el joven Quintana Roo interrumpiese sus estudios y se lanzase á la revolución.

A mediados de 1812, después del sitio de Cuautla y cuando la fama de Calleja quedó muy quebrantada de resultas de ese sitio, la emigración de jóvenes de buenas familias, en dirección del campo insurgente, se acentuó de una manera tan notable, que llegó ser moda dejar las ciudades para darse de alta en el ejército independiente: los licenciados Reyes, Jiménez y Cuevas fueron de los primeros en emprender el camino y muy pronto los siguieron el Sargento mayor Bedoya, el Teniente Cañedo, hermano del mayorazgo de Guadalajara; don Vicente Beristáin, hermano del Deán de México; el Canónigo Velasco, y otros muchos. Quintana Roo siguió la corriente, y en unión del joven Don Manuel, hijo del Lic. San Salvador y del escribiente de éste,

Don Ignacio Agurado, se dirigió al Sur de Michoacán, donde á la sazón se encontraba Rayón, que algunos días después consiguió establecerse en Tlalpujahua. Como por la misma fecha llegase la imprenta que para los insurgentes se había comprado en México, y el Dr. Cos empezase la publicación de "El Ilustrador Americano," Quintana Roo colaboró en ese periódico, cuyos primeros números aparecieron en Sultepec, y después en el "Semanario patriótico americano," en el cual ya tuvo Quintana ingerencia más directa. En la biografía de la señora Vicario, escrita magistralmente por el señor Lic. Don Genaro García, se dice que Don Andrés se presentó á Morelos en 1812 en Oaxaca, y que ya en Julio de ese año redactaba en esa ciudad el "Semanario;" creemos que en esto sufre un error el estimable historiador, pues Morelos no ocupó á Oaxaca sino hasta el 25 de Noviembre de ese año, y durante la campaña que precedió á esa ocupación, el caudillo del Sur no tuvo imprenta, ocurriendo á la de Rayón para lo que se le ofrecía: este dato nos ha servido para afirmar que Quintana se presentó á Rayón y no á Morelos, el que en realidad no lo conoció sino hasta que no se reunió el Congreso de Chilpancingo.

Don Andrés quedó en el campo insurgente sin una posición bien definida, y el día-

rio del Secretario de Rayón no lo menciona para nada; sin embargo, se sabe que cuando el caudillo fué en Septiembre de 1812 á Huichapan, donde celebró el segundo aniversario del grito de Dolores, Quintana Roo quedó en Tlalpujahua, donde por su parte hizo celebrar ese aniversario lo mejor que se pudo: y fué entonces cuando no teniendo tiempo de terminar el discurso que había preparado, por estar encima los realistas, acabó con estas palabras: "Sin tener armas, dinero, repuestos ni uno siquiera de los medios que ese fiero Gobierno prodiga para destruírnos, la nación, llena de majestad y grandeza, camina por el sendero de la gloria á la inmortalidad del vencimiento." Si hubiera estado Quintana con Morelos, no le habría ocurrido el percance de tener que acortar su discurso, pues ese diez y seis de Septiembre el caudillo del Sur estaba muy tranquilo en Tehuacán, de donde se hallaban muy distantes los realistas. Tampoco es cierto que esas palabras se dijeran en los precisos momentos en que se rompían los fuegos de Aculco, como dice el señor Sosa, pues el ataque de Nadó fué posterior á esa fecha.

Continuó al lado de Rayón sin figurar pada, y al parecer, sin tener grado militar alguno, y no sabemos por qué circunstancia dejaría á aquel jefe, aunque es probable que fuese enviado por él cerca de Morelos

á Oaxaca, si es que en esta ciudad se unió con Doña Leona, lo que no creemos de ningún modo, pues era más fácil y más corto el camino de Tlalpujahua ó Sur de Michoacán, que el de aquella ciudad; sin embargo, no parece imposible si, como decimos, Quintana recibió alguna comisión de Rayón cerca de Morelos. Sea como fuese, lo cierto es que el Congreso se reunió el 13 de Septiembre de 1813 en Cilpancingo, lugar que está más cercano á Michoacán que á Oaxaca, y que si Doña Leona acompañó á su marido á ese punto, tuvo que emprender un nuevo y fatigoso viaje para acompañar á Don Andrés; tambiién es indudable que la suma de quinientos pesos que Rocha, Gobernador de Oaxaca, entregó á Doña Leona por orden de Morelos, la recibió dicha señora ya estando en Chilpancingo.

Quintana Roo, que estaba en su elemento en el Congreso, hizo en él gran papel, y á él le fué encargada la redacción del manifiesto que aquel Cuerpo hizo á la Nación el 6 de Noviembre; lo presidió interinamente por ausencia de Murguía y tuvo la representación de la provincia de Puebla. Emigró con él á diferentes puntos, y cuando muchos de sus miembros se ausentaron, él siguió en unión de Cos, Herrera, Verduzco y Liceaga, discutiendo la Constitución. Reorganizado el Congreso, se le dió

la representación de la Capitanía General de Yucatán. No firmó la Constitución de Apatzingan, por estar ausente en alguna comisión, ó enfermo, aunque también pudiera ser, haber terminado su período de dos años, y esto último probablemente fué la causa verdadera, supuesto que no acompañó al Congreso á Tehuacán, sino que quedó en el Sur, de donde, en concepto nuestro, nunca había pasado. Desde entonces Don Andrés Quintana Roo quedó en realidad separado de la revolución y parece que desde entonces procuró separarse.

En efecto, hay un oficio del realista Concha fechado el 20 de Agosto de 1815, antes de la huida del Congreso y de la prisión de Morelos, en el que dice el Virrey que Doña Leona y su marido "Rafael" Quintana parecían desosos de separarse de los rebeldes y sotlicitaban la gracia de indulto; sin embargo, consta que dicha señora desechó varias veces las proposiciones que en tal sentido se le hicieron, de donde cabe suponer, dado el distinto temple de alma de los esposos, que ella era la que se negaba á indultarse, y si al fin se resolvió á solicitar la gracia, no fué para ella, según hemos visto en su respectiva biografía sino para su marido Lo que sí está fuera de duda es que Quintana trató con el Comandante Aguirre y que esos tratos tenían por objeto la entrega del fuerte de

Cóporo que defendía Don Ramón Rayón (Noviembre de 1815). La entereza de Leona hizo que á pesar de las nuevas instancias de los realistas, no se indultase Don Andrés sino hasta Marzo de 1818, cuando ya fué materialmente imposible seguir viviendo en las condiciones en que vivían.

Quintana Roo huyó al ver llegar á los realistas, dejando á Doña Leona abandonada y expuesta á los insultos de los aprehensores; tardíamente comprendió su falta y quiso repararla con otra peor, escribiendo al Comandante Torres que "por haber sido miembro de todos los Gobiernos revolucionarios durante siete años había podido adquirir suficiente conocimiento de la empresa de Independencia y de los perjuicios que resultarían á la América de que se llevase al cabo, cuando su verdadero interés es inseparable de su unión con España; que en fuerza de este desengaño se habría presentado desde hacía días á recibir la real gracia del indulto, si no se lo hubiesen estorbado dificultades insuperables; pero que hoy, aprehendida, maltratad y vejada su esposa, Doña María Leona Vicario, él no podía menos que estar en ánimo de indultarse y hacer cuantos servicios pudiera al Monarca español, si se le afianzaba la libertad, buen trato y seguridad de su citada esposa, se le restituían todos sus derechos de ciudadana y se echa-

ba un velo sobre los acontecimientos que habían motivado su proceso en 1813; que para él nada exigía y todo lo dejaba á la buena fe y clemencia del Gobierno, y que si fuesen necesarios algunos sacrificios quería sufrirlos en su persona exclusivamente, con tal de que no se siguiera el menor perjuicio á su esposa ni se la incomodara por ningún motivo." Aunque idolatrase á su esposa, y ese amor lo enloqueciera, no debió escribir esa comunicación tan humillante para él en que prometía hacer todo cuanto se le exigiese; además, un simple Comandante no tenía facultades para echar un velo sobre todo lo pasado ni para restituir derechos, y esto lo sabía muy bien ó debía saberlo una persona versada en leyes como lo era Quintana. En cuanto al desinterés que demostraba, muy pronto tendremos oportunidad de ver que no era sincero.

Torres se limitó á llamarlo diciéndole que tendría garantías, y pocos días después el Virrey concedió ó confirmó el indulto, declarando que deberían disfrutarlo en España. Entonces acabó el desinterés, pues á pretexto de que no tenía dinero para hacer el viaje empezó á insistir en que se le devolviesen á su esposa sus bienes y no descansó sino hasta que se le dió una libranza por ocho mil pesos, que se le facilitó para nombrar un apoderado expensado por el Gobierno é insinuó que tenía que poner

pleito al Lic. Fernández San Salvador. Hasta al Rey llegó á dirigirse, "con un candor de niño," dice el señor García, pero nosotros diríamos más bien, con una tenacidad de interesado, esforzándose por demostrar que Doña Leona había abrigado siempre los sentimientos más puros y ascendrados de lealtad al más digno de los Monarcas, el señor Fernando VII, y que no había sido llevada de grado á los campamentos insurgentes, sino conducida por seis hombres á mano armada. La miseria no es buena consejera, dice el aludido biógrafo, agregando nosotros que la ambión tampoco lo es.

En Agosto de 1820 se matriculó en el Colegio de abogados de la capital, y en 12 de Marzo de 1821 resultó electo por la misma capital Diputado á Cortes para 1822 y 1823, no llegando á ir por no tener dinero, probablemente, para hacer el viaje, ó por querer quedarse aquí en espera de los acontecimientos y del desenlace de la revolución que ya había empezado Iturbide. En Mayo de 1822, ya hecha la Independencia, su antiguo compañero de Congreso, Don José Manuel de Herrera, lo llamó al Ministerio de Relaciones, con anuencia del Emperador; no parece que entonces no participase de las ideas políticas de éste, y sólo hasta Febrero de 1823, cuando todos combatían al libertador, Quintana Roo echó tam-

bién su cuarto á espadas y publicó un folleto contra la Convocatoria para el nuevo Congreso; quedó, sin embarbgo, en el Ministerio, hasta el 26 de ese mes, que fué destituido, y huyó á Toluca. En un cargo de confianza como era el que tenía, la renuncia de él precede á la manifestación de las ideas, y no se espera la destitución. Caído el Imperio de Iturbide y establecida la República, Don Andrés fué Diputado, Senador y Presidente del Tribunal de Justicia; se afilió decididamente en el partido yorkino, fundó el periódico intitulado "El Federalista Mexicano," que hizo furiosa oposición á la administración de Bustamante; fué partidario de Gómez Pedraza y desempeñó la cartera de Justicia y Negocios Eclesiásticos de Septiembre 14 de 1833 á 30 de Junio de 1834 en la primera administración de Santa Anna y durante la interinidad de Gómez Farías. Cuando la guerra con Francia en 1838, Quintana Roo ofreció al Gobierno su persona y renunció á su sueldo mientras aquélla durase, ordenando además al Administrador de la hacienda de Ocotepec, perteneciente á su esposa, que en caso de que transitasen por ahí algunas tropas del Gobierno, se les ministrase gratuitamente todo cuanto necesitasen, bien fuesen caballos, ganado, semillas, etc. El Gobierno le mandó dar las gra-

cias por tan patriótica oferta y ordenó que se publicase para que sirviese de ejemplo.

Don Andrés Quintana Roo, estimado de todos los partidos, falleció el 15 de Abril de 1851 en esta capital. El Gobierno de Yucatán ha dado su nombre á un pueblo del Estado, y en 1902 el Congreso federal decretó que el nuevo Territorio erigido en el Oriente y Sur de la Península de Yucatán, quitado á los indios rebeldes, que lo poseían desde 1848, llevase el nombre de Quintana Roo.



LIC. DON JUAN M. ROSAINS

Fué una de las principales figuras de la revolución en su segunda época, y uno de los hombres, que, aunque de buena fe, le causó bastantes males.

Nació en San Juan de los Llanos el 13 de Febrero de 1782, de una familia acaudalada que le dió una brillante educación, á la que supo él corresponder haciendo sus estudios con aprovechamiento y obteniendo el título de abogado en esta capital, en 20 de Abril de 1808. Poco ó nada ejerció su profesión, y más bien se dedicó al cuidado de sus intereses, consistentes en fincas de campo. No ocultó sus simpatías en favor de la Independencia, no obstante que en un principio permaneció sin tomar las armas; pero extendida la revolución por la provincia de Puebla y pronunciado en Tehuacán, donde entonces vivía Rosains, el

Vicario de Tlacotepec, Don José María Sánchez de la Vega, aquél tuvo que irse á vivir á su hacienda de la Rinconada, temeroso de ser perseguido. Sin embargo, la suspicacia de las autoridades había llegado á tal grado que el que no se alistaba en las Compañías de patriotas era tenido como insurgente y perseguido, consiguiéndose con esto que muchas personas que en otras circunstancias hubiesen permanecido neutrales, se decidiesen francamente por la revolución. Así sucedió con el abogado Rosains, que tanto por su propia iniciativa como por las instigaciones del Cura de San Salvador, Don José Rafael Tarelo, se prounció el 3 de Abril de 1812.

Proponiéndose que sus operaciones no fuesen iguales á las de los guerrilleros que hostilizando á todos impedían el curso rápido de una empresa para la que los ánimos estaban bien preparados, trató de comprometer á aquellos sujetos que por tener intereses pudiesen proceder con más justificación, y mediante sus esfuerzos logró reunir en quince días más de setecientos hombres, desde San Andrés hasta Nopalucan y desde Quechula hasta Tepeyahualco, en la gran llanura de Puebla limitada al Este por las cumbres. Ya otros jefes se habían levantado en la provincia, como Arroyo, Bocardo, Machorro, Suárez, Vicente Gómez, etc., que habían realizado la ha-

zaña de apoderarse del convoy que conducía Olazábal, y de impedir que llegasen á Calleja los grandes cañones de sitio que había pedido para batir á Cuautla; también se habían apoderado de Tepeaca. Rosains, no obstante la gente de que disponía, no se creyó en estado de resistir á las tropas de Puebla, y aun hubo un sacerdote que temeroso de lo que sucediera pidió el indulto, consiguiendo únicamente ser aprehendido por Rosains. Pero el rumor de que se había pedido indulto cundió, y los insurgentes capitaneados por Machorro, sin entrar en más averiguaciones, pusieron preso al abogado insurgente á Argüelles, rico hacendado de Orizaba que también acababa de pronunciarse y que estaba conferenciando con Rosains, y á otras personas. Consiguieron escapar fácilmente y haciendo frente á la gente de Machorro la obligaron á huir, pero no pudieron impedir que la hacienda de Rinconada fuese totalmente saqueada y con dificultad se salvase la familia de Rosains. Esos primeros frutos de su pronunciamiento demostraron á éste la clase de gente con la que en lo de adelante tendría que tratar.

Rosains escapó de una prisión para caer en otra, pues antes de llegar á Chalchicomula, el padre Tarelo se apoderó de él y cargado de grillos lo remitió á Tepeaca á manos de Arroyo, que por poco lo fusila;

lo tuvo en cautividad largo tiempo, en compañía de Don Antonio Sesma, rico título de Puebla que asimismo se acababa de declarar insurgente, y hasta que no ocurrieron ambos á Morelos no consiguieron verse en libertad, después de haber sufrido numerosas peripecias que á otros menos decididos los habrían curado para siempre de su afán por combatbir en la causa de la Independencia.

Para darle las gracias por el favor que había recibido se presentó Rosains en Tehuacán, pero sólo encontró á Matamoros, que lo comisionó para que persiguiese á los ladrones, lo que le dió oportunidad de vengarse del padre Tarelo, al que quitó todo el ganado de la hacienda de Alzayanga; días después Morelos lo nombró Auditor de guerra, y en seguida su Secretario, siendo este nombramiento el principio del favor que el abogado disfrutó cerca del caudillo suriano. Acompañó á Morelos á la campaña de las cumbres y de las Villas y á la toma de Oaxaca, así como al sitio de Acapulco, sin tomar parte en las expediciones militares, ocupado como estaba en arreglar lo necesario para la reunión del Congreso de Chilpancingo, tarea abrumadora que desempeñó cumplidamente en un corto espacio de tiempo.

Inaugurado ese Congreso, Rosains fué nombrado Secretario de él, y por indicacio-

nes de Morelos trató de encauzar las discusiones, pero no consiguió su objeto en medio de aquella reunión de letrados de los que cada uno tenía ideas propias y malas sobre el modo de gobernar una nación y redactó el manifiesto que con el título de "Sentimientos de la Nación" leyó Morelos el día de la instalación. Cuando la expedición á Valladolid, quedó Rosains al lado del Congreso y no tardó en entrar en pugna con algunos de los Diputados, pues tenía un carácter díscolo y altivo y era poco tratable. Derrotado Morelos frente á aquella ciudad y en Puruarán, se detuvo algunos días en Ajuchitlán, á esperar el resultado de sus gestiones para salvar á Matamoros y entre comunicó al Congreso con fecha primero de Febrero de 1814 que había tenido á bien nombrar su segundo al Lic. Rosains, dándole el grado de Teniente General. Esta medida fué mal recibida por el Congreso y dejó descontentos á todos los militares, que veían ascendido repentinamente sobre todos ellos á un hombre cuya profesión no eran las armas y cuyos conocimientos estratégicos eran muy discutibles; el mismo Rosains, comprendiendo lo mal que su nombramiento había sido recibido, resistió según dijo después, aceptar el empleo, que admitió por fin en Ajuchitlán, y en seguida fué dado á reconocer co-

mo tal segundo y Teniente General por el mismo Morelos á la gente que le seguía.

Desde ese momento Rosains pareció dispuesto á abandonar á Morelos á su suerte, pues en Tlacotepec y por sugestiones de Herrera, diputado enviado expresamente para ello, insinuó al Generalísimo que dejase el poder ejecutivo, con lo que Morelos se manifestó conforme, contestando que si no se le creía útil como General, serviría como simple soldado, y dejó ese poder al Congreso, quedándose él con una pequeña escolta. Entre tanto, el realista Armijo se aproximaba y llegó á la vista de Chichihualco el día 18; entre los insurgentes estaban Galeana y los dos Bravo, Don Nicolás y Don Víctor, con 1,600 hombres mal armados: la opinión general era retirarse al cerro del Limón, pero Galeana se opuso diciendo que allí mismo y estando desnudos sus soldados, había ganado una batalla; Rosains, que tenía el mando superior, no quiso que se le tuviese por cobarde, y dió la acción en que quedaron derrotados los insurgentes y donde quedó demostrado que Galeana ó sus soldados ya no tenían los mismos bríos que antes. Rosains, acompañado de Victoria y de unos cuantos, apenas pudo ponerse en salvo, perseguido vivamente por una partida de caballería realista.

El Teniente General llegó á Ajuchitlán

hasta sin ropa, pues el Dr. Herrera tuvo que habilitarlo de la suya; allí consiguió del Congreso que le diese licencia para pasar á terreno que conocía mejor, como era el Oriente, y obtuvo el nombramiento de Comandante General de Puebla, Veracruz, Oaxaca y Norte de México, con amplias facultades; púsose en ese camino en Febrero y acompañado de Victoria y una escolta y por Sultepec y Tenancingo llegó al Valle de México y hasta las cercanías de Tlálpam, á cuatro leguas de la capital; retrocedió á Amecameca, donde se vió rodeado de peligros por haberse indultado varios de sus soldados, y llegó á Huamantla, donde ya se consideró en seguridad. Quiso allí empezar á ejercer su autoridad, pero se encontró con que Pérez, nombrado Intendente de Puebla, no sólo lo desconoció, sino que ya había circulado órdenes para que no se le auxiliase, califiándolo de desertor de la acción de Tlacotepec, y que Rayón también le negaba la obediencia y lo mandaba comparecer ante sí, faltando muy poco para que fusilase á Fiallo, enviado de Rosains para mostrarle sus nombramientos: ninguno de los dos quiso ceder, a pesar de estar dispuesto el último á entrar en un avenimiento, y quedaron desavenidos para siempre, siendo su desavenencia causa de muchos males para la causa.

Rosains, que era el más débil y que des-

confiaba de todos, dejó la provincia de Puebla á Rayón y pasó á la de Veracruz, pero allí se encontró con la mala voluntad de Rincón; sin embargo, restableció las trincheras de Jamapa y se situó en Huatusco, donde según afirma pretendió apoyar á Rayón, amenazado por Hevía, pero á su vez fué sorprendido por el realista y teniendo que huir por largo trecho dió diversas comisiones á los numerosos jefes que lo acompañaban. Entre tanto Rayón había perdido, sin disparar un tiro, la provincia de Oaxaca, había sido batido en Zongolica y en Omealca, y no considerándose seguro en Tehuacán ni en parte alguna, se dirigió á Zacatlán (Mayo de 1814). donde creyó reponerse de sus fatigas á la sombra de Osorno, pero ni aun allí pudo permanecer muchos meses, pues fué sorprendido por Aguila el 25 de Septiembre y puesto en fuga, perdiendo su equipaje, papeles, sombrero y bastón, salvándose él gracias á la velocidad de su caballo: á los tres días y medio estaba en Cóporo de Michoacán. sin acordarse de su gobierno de Oaxaca.

Rosains. sin opositor en Veracruz, quiso darse á respetar de todos los insurgentes de la provincia, pero no lo consiguió, por más que castigó al cabecilla José Antonio Martínez, que tenía el dinero del convoy y la pólvora y grana que el primero dejó al salir de Huatusco, y al que hizo dar muer-

te: esta justicia, calificada por algunos de traición, hizo que los jefes de Sotavento lo obedeciesen. Rosains, desistiendo de elevar á Don Juan Pedro Anaya, que no era militar y que luego marchó á los Estados Unidos, nombró Comandante á Don Guadalupe Victoria, que pronto se hizo de simpatías entre los jarochos y que ya no debía salir de la provincia. Rosains quiso regularizar el tránsito del comercio por medio de arreglos que hizo con el Consulado de Veracruz, pero sólo en parte consiguió su objeto. Se dirigió en seguida á Tehuacán con objeto de conferenciar con Rayón, que aún estaba en el rumbo de Puebla, y empezó á fortificar el cerro Colorado, cercano á Tehuacán, pero en el intervalo fué sorpendido á causa de haberse descuidado, por Hevía, en San Hipólito, quitándole hasta su ropa de uso. Esta batalla fué en extremo mortificante para Rosains, y como Rayón sabía que le causaba bochorno que se le hablase de ella, la mencionaba cada vez que quería mortificarlo.

Establecido en Tehuacán no se atrevió Hevía á ir á buscarlo y allí pudo disfrutar de alguna tranquilidad que hubiera sido mayor si Rayón no se hubiese propuesto sacar ventaja de la acción de San Hipólito declarando á Rosains ladrón é intruso y dando orden á Arroyo de que lo matase; ambos caudillos se hicieron una guerra de

libelos tan escandalosa, que el Congreso creyó necesario intervenir y mandó á los Diputados Bustamante y Crespo que oyesen á ambos, dando entre tanto el mando á Arróyave; pero ninguno de los dos quiso obedecer y las cosas permanecieron así hasta que Rayón por la fueiza de las circunstancias volvió á Michoacán. La conducta del segundo de Morelos en Tehuacán fue bastante extraña: procuró expulsar á todos los insurgentes que no eran de la provincia, y con los que eran de ella se puso en mal; persiguió á los ladrones y á los que no lo eran, como Don Carlos María de Bustamante, al que hizo engrillar nada más porque era compañero y amigo de Rayón; fusiló á Arróyave nada más porque tenía orden del Congreso para rsumir el mando mientras se zanjaban sus diferencias con aquél, y en fin, se hizo aborrecible por su carácter y por las muchas ejecuciones de insurgentes, realistas y pacíficos, que decretó.

Era materialmente imposible que Rosains pudiera ya sostenerse, mal visto por sus correligionarios y derrotado frecuentemente por las tropas realistas; en vano buscó el concurso de Osorno para atacar el convoy que llevaba Aguila, el insurgente dejó al primero que fuese derrotado en Huamantla (22 de Enero de 1815), y emprendió otras operaciones militares: todas le salían

mal y ya ningún jefe le obedecía: los de Veracruz se reunieron á la sombra de un árbol en Acasónica para levantar una acta en que desconocían su autoridad y proclamaban á Victoria; quiso reducirlos al orden, pero sufrió un desastre en la barranca de Jamapa, el que decidió á los jefes de Puebla á substraerse del todo á su obediencia, y á pensar seriamente en darle muerte. Terán los disuadió de que adoptasen tan radical medida y prometió nulificarlo. Vuelto á Tehuacán acuarteló el ejército y se dió á reconocer como jefe, engrilló á Rosains y lo envió á Victoria, que lo devolvió á Osorno; iba á ser entregado al Congreso cuando consiguió escaparse cerca de Chalco y refugiado en el Curato de Ixtapaluca solicitó su indulto el 10 de Octubre.

Estuvo en México, rindió al Virrey un informe detallado de la revolución y se estableció en Puebla con su familia; ofreció sus servicios á Iturbide, que no los aceptó, y en 1823 la Junta de recompensas le asignó una pensión de cuatro mil pesos al año; en 1824 fué electo Senador por Puebla; escribió la Relación de su historia de insurgente y por ella tuvo una viva disicusión, por la prensa, con Terán, en la que éste salió vencedor; fué enemigo del plan de Jalapa (1830), lo que le costó una prisión corta; su mal genio le hizo matar á

un oficial y entrar en una conspiración contra el Gobierno de Bustamante; preso y juzgado fué fusilado en Puebla el 27 de Septiembre de ese año. Por decreto del Congreso de Puebla de 30 de Marzo de 1833 (á la caída de Bustamante), se le erigió un monumento en la plaza de San José, de aquella ciudad, el que aún subsiste; y con fecha 7 de Junio del mismo año el Congreso federal declaró benemérito de la patria al insurgente, Lic Don Juan Nepomuceno Rosains.



FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

Pocos sacerdotes de los que de algún modo colaboraron en la obra de nuestra Independencia han adquirido la celebridad que el religioso que va á ser objeto de esta biografía.

Servando Teresa de Mier, Noriega y Guerra, nació en la ciudad de Monterrey el 18 de Octubre bde 1765. Su familia era rica, noble, muy estimada en la provincia y emparentada con las principales de la Nueva España, vanagloriándose por esto Don Servando de que por sus venas corría sangre azteca y sangre goda. Estudió en Monterrey primeras letras y latín y en esta capital continuó sus estudios, vistiendo á los diez y seis años el hábito de novicio en el Convento de Santo Domingo; á los 27 años se graduó de Doctor en Teología en la Universidad de México, habiendo sustentado cin-

co actos públicos de Filosofía y Teología en el Convento de Portacoeli y en poco tiempo adquirió fama como orador sagrado, siendo de notarse que el primer sermón que sirvió de base á esa fama, fué uno pronunciado en las honras del conquistador de México, Fernando Cortés, por el que, andando el tiempo, llegaría á ser un eterno enemigo de los españoles.

El Ayuntamiento de la capital le encargó el sermón que con motivo de la festividad de Nuestra Señora de Guadalupe debía pronunciar ante el Virrey y las autoridades el día 12 de Diciembre de 1794. Fray Servando, queriendo excederse á sí mismo, vió al abogado Borunda y hablando con él oyó todas las estrafalarias opiniones que este señor tenía acerca de la antigua historia de México: afirmaba que la aparición era del tiempo de Quezalcoatl y que la Guadalupana no estaba estampada en la tilma de Juan Diego, sino en la capa de Santo Tomás, apóstol que predicó el Evangelio en estas regiones. Por este estilo eran las opiniones de Borunda, con las que apechugó el domínico para escribir su sermón. La sensación que causó fué inmensa, como se la esperaba, y aun recibió felicitaciones por su pieza oratoria, pero también fué ésta la causa de todas sus desgracias, pues en el mismo púlpito se predicó contra el Doctor Mier, á éste se le negaron las licencias pa-

ra predicar y se le exigió una retractación de los errores en que había incurrido, sin perjuicio de la pena que se le señalase en el proceso que se le seguía.

Fué sentenciado á diez años de destierro en España y de reclusión en un convento, así como á inhabilitación perpetua para entrar en cátedra, púlpito ó confesonario, y á perder el título de Doctor, ganado legítimamente. Esta sentencia, á pesar de ser excesiva, se cumplió: entre filas fué llevado á Veracruz y en espera de buque permaneció dos meses en los calabozos de Ulúa, donde le atacó la fiebre amarilla; aún no estaba convaleciente de ella y ya fué embarcado y llevado á Cádiz (1795), al convento de las Caldas en Santander, donde se le encerró en una inmunda celda. Logró escapar momentáneamente para verse en cautividad más rigurosa, y consiguió hacerse oír del Ministro Jovellanos, que lo envió á Cádiz, pero él desobedeció y fué á Madrid, donde á pesar de haber conseguido que la Academia de historia calificase ventajosamente su sermón y que dijese esa corporación que el edicto por el que se le procesó era un libelo infamatorio, no con- [illegible] que se le hiciera justicia y fué encarcelado nuevamente en Burgos, por no haber querido ir á Salamanca. Huyó de allí con muchos trabajos y consiguió refugiarse en Francia.

Para subsistir se dedicó á traducir obras y consiguió que se le hiciese Vicario en Santo Tomás, de París, pero en 1801 dejó ese puesto por causa del Concordato que excluía á los sacerdotes extranjeros; fué á Roma, donde se secularizó (6 de Julio de 1803), y regresó á España creyéndose ya seguro, pero su mala suerte hizo que se acordasen de que aún no extinguía su condena y se le encarceló en Madrid y Sevilla. Escapó nuevamente, pero fué aprehendido en Cádiz y engrillado. Como era hombre de gran imaginación se fugó una vez más y pasó á Portugal, consiguiendo vivir en libertad y tranquilo durante algunos años; pero su carácter inquieto no le permitía estar mucho tiempo descansado, de manera que cuando estalló la guerra en 1808, se unió al General Laguna, con el carácter de Cura castrense del Batallón de Valencia, é hizo la campaña hasta que cayó prisionero en Belchite; consiguió, no obstante, volver al campo español, y el General Blake, que se enteró de sus aventuras y desgracias, consiguió que se le recomendase por la Regencia para una Canongía en México, (1811).

Ya entonces había empezado aquí la guerra de Independencia, y creyendo el padre Mier que pronto terminaría, se transladó á Londres en espera de una oportunidad de pasar á América, pero empezaron á

transcurrir los años y la oportunidad no se presentó, por lo que dedicó ese tiempo á escribir la "Historia de la Revolución del Anáhuac," cuyo primer tomo acaso no existe por haber naufragado el buque que traía la edición, y las "Cartas de un Americano." A la llegada de Mina entró en relaciones con él el padre Mier y le facilitó con sus conocimientos en la metrópoli británica el logro de sus planes, que como se sabe, fueron ayudados por el Gobierno inglés, el cual dió el dinero para la expedición; embarcáronse juntos y después de arreglar aquélla llegaron á las playas de Nueva Santander, donde se separaron: Mina para internarse en el país y Mier para permanecer en Soto la Marina. Sitiado el Mayor Sardá en este punto, hizo una brillante defensa contra toda la división de Arredondo cuando aquél sólo tenía treinta y cinco hombres y sólo se rindió mediante capitulación, que, como siempre, fué desaprobada por el Gobierno español y que no fué cumplida.

Empezó para el padre Mier una nueva éra de desventuras; montado en un macho fué enviado á México, y aunque en el camino su cabalgadura lo tiró, haciendo que se rompiera un brazo, ningunas consideraciones le guardó su carcelero, Félix Ceballos; ya en esta capital se le encerró en la Inquisición con tanto secreto, que nadie supo su llegada: en realidad no le formó causa y lo

dejó que escribiese sus Memorias y otros escritos curiosos, según asienta un historiador; en cierta ocasión el inquisidor Tirado le mandó que dijese el Padre Nuestro. "Eso, respondió Mier, se les pregunta á los muchachos, yo soy Doctor en Teología." El restablecimiento de la Constitución de Cádiz hizo que el tribunal de la Inquisición quedase suprimido, pero antes sacó de sus cárceles al preso para entregarlo á la justicia ordinaria, diciendo que era el hombre más perjudicial del Reino y que á pesar de lo que había sufrido "conservaba aún un ánimo inflexible y un espíritu tranquilo y superior á sus desgracias." "Su fuerte y pasión dominante es la Independencia revolucionaria, que desgraciadamente ha inspirado y fomentado en ambas Américas por medio de sus escritos, llenos de ponzoña y veneno," agregaba en otra comunicación. Enviado á Veracruz supo defenderse Mier tan bien ante el Gobernador Dávila, que asustado éste de la responsabilidad que pudiera contraer, manifestó al Virrey que si no se le enviaba pronto la causa del preso lo pondría en libertad. Atemorizadas las autoridades con esta advertencia, se apresuraron á remitir los papeles necesarios y en Diciembre de 1820 nuevamente salió el Doctor para Europa.

Consiguió fugarse en la Habana y se dirigió á los Estados Unidos, donde permaneció á pesar de tener ya noticia de la In-

dependencia de México, hasta que supo su elección para Diputado por Nuevo León al Congreso Constituyente de 1822. Llegó á Veracruz, pero como aún retenían el castillo de Ulúas los españoles, cayó en poder de ellos y no quedó en libertad sino meses después, debido á las enérgicas reclamaciones del Congreso. Se presentó á la Cámara el 15 de Julio de ese año y su presentación atrajo una concurrencia extraordinaria; atacó al Emperador y fué encarcelado al ser disuelto el Congreso, por algunos meses; también formó parte del Congreso de 1823 y el Presidente General Victoria le asignó una pensión y lo alojó en Palacio.

Los últimos días de su vida fueron tranquilos y la muerte lo sorprendió el 3 de Diciembre de 1827, á los 62 años de edad. Sus funerales fueron costeados por la Nación y el Vicepresidente Bravo los presidió. Su cadáver fué inhumado en Santo Domingo, donde permaneció hasta 1856, en que por haberse convertido en momia fué llevado al osario; pero en 1861 se le sacó de allí y se llevó en compañía de otras tres momias á Buenos Aires, según afirma el señor Payno; hay quien contradiga esta versión diciendo que la momia del Dr. Mier la cambiaron los domínicos por de un lego. Sea lo que fuere, se ignora, el paradero actual de los restos del ilustre mexicano Don Fray Servando Teresa de Mier y Noriega Guerra.



DOCTOR DON JOSE ANTONIO MAGOS.

En la comarca de donde era originario aún se conserva vivo el recuerdo de este sacerdote insurgente, cuyos hechos van desfigurándose cada día más por la tradición.

Nació en el pueblo de Huichápan, del matrimonio de Don Marcelo Magos y de Doña Josefa García. Estudió en el Seminario Conciliar de México, donde disfrutaba de una beca de gracia, y recibió el grado de Bachiller el 1o. de Abril de 1800, el de Licenciado el 13 de Mayo de 1804 y el de Doctor en 3 de Junio del mismo año. Permaneció en la capital y en Octubre de 1810 se decidió á presentarse á Hidalgo, lo que verificó en unión del Cura de Huichápan, pero tuvo que regresar á México antes de que se supiera su conducta, por haberse pacificado instantáneamente la sierra al paso de Calleja rumbo á Aculco.

Pero después de la batalla de las Cruces el centro del país se declaró francamente insurgente y la insurrección brotó por mil

partes; el Dr. Magos se disponía á unirse á los independientes de Huichápan, pero fué aprehendido y puesto á disposición de la Inquisición, que lo tuvo preso algunos meses. Apenas se vió libre fué á su pueblo natal, donde levantó una partida que se unió á las de los Villagrán, Anaya y otros. Extendió sus correrías desde Taximaroa y la Sierra Alta hasta la Sierra Gorda y las Huaxtecas, en un radio de trescientos kilómetros. En Junio de 1813, que Don Julián Villagrán quedó prisionero en Amaxac, también fué aprehendido el Dr. Magos, pero el realista Ordóñez no se atrevió á fusilarlo y después de formarle proceso lo remitió á México á disposición del Virrey.

Consiguió, no obstante, quedar en libertad, invocando la Constitución de 1812, que acababa de implantarse, y algún tiempo vivió en la capital, pero á la primera oportunidad que encontró volvió á la guerra y sirvió á las órdenes de Licéaga, del Dr. Cos y de Don Rafael Rayón; alejados de la Sierra estos caudillos, se unió á Don Estéban Casas, y después siguió por su cuenta, concurriendo con Mina á la toma de Xichú y al ataque de San Miguel el Grande. La activa persecución que le hizo el Comandante Villaseñor lo obligó á dejar la comarca y á pasar á Michoacán y á Tecpan, donde formó parte de una de tantas Juntas como allí había y recibió de ella los despachos

de Mariscal de campo y Comandante de la Sierra Alta. Con tal carácter desarmó á algunos cabecillas que más que de combatir se ocupaban de ejecutar actos de vandalismo, y en tal virtud quitó las armas á Simón Tovar y otros, pero esa actitud dió por resultado que esos insurgentes se indultasen al verse perseguidos por todos y apresurasen la pacificación de todo el país.

El Dr. Magos quedó casi sólo, por lo que tuvo que indultarse á su vez á mediados de 1818 en Huichápam, donde se le dejó vivir. En Abril de 1821, que el movimiento de Iturbide se extendió por el Bajío, el ex-insurgente no teniendo tropa que llevarle á aquel jefe sedujo la de Ramírez Sesma, Marqués de Selva Nevada, y con ella se le presentó en Tula. Incorporado á la división de Bustamante, permaneció en ella hasta el 27 de Septiembre, que entró á México a la cabeza de su pequeña Brigada con todo el ejército trigarante. Volvió á dedicarse a su ministerio y se ayudaba con una mensualidad de cuarenta pesos que le asignó la Junta de recompensas. En 9 de Agosto de 1831 ingresó como Prebendado al Coro de Catedral, y el 7 de Enero siguiente quedó ya como Canónigo, cuyo carácter conservó hasta su muerte acaecida en esta capital el 23 de Diciembre de 1844. En esa época no quedaban ya en él ni vestigios del antiguo insurgente.



D. FRANCISCO A. PEREDO Y PEREIRA.

Fué uno de los primeros diplomáticos que tuvimos en México, y por cierto que su misión tuvo muy poco éxito, pues en medio de la agitada vida que llevó, concedió muy poca importancia á su cargo.

Era originario del pueblo de Actópan en el Partido de Tula, perteneciente entonces al Arzobispado de México, y se ordenó de menores á principois del siglo; procesado por el Prelado metropolitano á causa de las sospechas que su vida privada inspiraba, para no verse envuelto en un proceso tomó el partido de fugarse al extranjero, embarcándose en Veracruz; pero durante el viaje fué capturado por un buque inglés que lo dejó en los Estados Unidos, de donde pudo marchar á Portugal, y encontrándose en Lisboa se presentó á los Reyes haciéndose pasar como Obispo con destino á las

Colonias portuguesas de América. Sus Majestades le dieron benévola hospitalidad, particularmente la Reina; pero sin que se sepa por qué, de una manera intempestiva el supuesto Obispo salió de Lisboa, dejando allí á los también supuestos familiares que llevaba, y por consiguiente, los Reyes quedaron burlados y mohinos con la rara conducta de su ilustre huésped.

Después de esto, el padre Peredo se fué á la Habana, á cuyo Gobernador general le jugó un chasco bastante pesado, por lo que pretendía castigarlo, buscándole con empeño, pero el referido sacerdote había logrado ponerse á salvo, dirigiéndose á Nueva York. Con estas tunantadas, que constan en su causa, la situación del padre Peredo parecería bastante difícil en aquel país, pues el 19 de Febrero de 1810 le dirigía una carta al Ministro de España en los Estados Unidos, Don Luis de Onis, diciéndole que se hallaba escaso de recursos y que pretendía ir á Baltimore para dirigirse de allí á París; pero en realidad lo que pretendía era que se le pagaran los servicios que había prestado á dicho Ministro, quien en Marzo de ese año participaba al Virrey de México, que había comisionado al referido sacerdote para que con todo sigilo y astucia se introdujera con Mr. Demolard, agente principal de Napoleón y ganara su confianza, á fin de descubrir los planes ó

trabajos de los emisarios franceses en América, comisión que había desempeñado satisfactoriamente el padre Peredo, que era hombre de ingenio, de talento, de mérito y de confianza, en el concepto de Onis, quien lo hizo salir rumbo á México, con encargo de instruir al Virrey acerca de las maquinaciones de los franceses. y de poner en manos del mismo unos papeles interesantes, por cuyo encargo le ofreció el Ministro la suma de mil pesos, que debía recibir en México; al mismo tiempo, lo recomendaba para que terminara su carrera eclesiástica, como deseaba.

Tan pronto como el referido señor Peredo llegó á México, le fué conferida por el Arzobispo Virrey la comisión de pasar á España á instruir verbalmente á los Ministros de Estado, respecto á los asuntos que motivaban dicha comisión. El padre Peredo debió salir á cumplirla el mes de Mayo de 1810 en la goleta "Veloz;" pero no pudo verificar el viaje, porque pocos días después de su llegada fué procesado por el Tribunal de la Inquisición, á causa de habérsele encontrado en su equipaje algunos papeles tenidos como sediciosos é incendiarios, lo que según declaración de Peredo, eran copias que él mismo había tomado en la casa de Mr. Demolard, con el fin de que le sirvieran para el mejor cumplimiento de la comisión que Onis le había con-

ferido. Los mencionados papeles eran una proclama manuscrita á los Arzobispos y Obispos de las Américas; dos proclamas á los compatriotas hispano-americanos; cuatro papeles de apuntes de los emisarios franceses, y un cuaderno titulado: "Objeto de los comisionados."

Peredo había sido delatado ante la Inquisición y el Arzobispo, por el Capellán del Regimiento de la Corona, Don Manuel de Neira, y por Don Miguel Preciado Serrano, quienes lo acusaban de haberle oído proferir en público conversaciones heréticas y subversivas, entre las que principalmente figuraron éstas: Que la religión de los "Cuáqueros" era la mejor.—Que el padre Peredo dijo que había de tener el gusto de derribar á balazos la estatua de Carlos IV, porque era un Rey estúpido é indigno de la adoración de sus vasallos.—Que él (Peredo) pondría en sosiego este Reino quitando de en medio á los gachupines.

Por esas conversaciones y por algunos actos sospechosos de Peredo, mandó la Inquisición que se le formara causa, la que comenzó á instruirse poniéndosele detenido en las cárceles secretas del Santo Oficio, el 22 de Abril de 1810. Durante el curso de la misma fueron interrogados muchos testigos, que en lo general declaraban contra el acusado, á pesar de que éste procuró desvanecer con energía y viveza los cargos

que se le hicieron, tachándolos de falsos y rechazando á varios testigos como calumniadores y malévolos, no pudo impedir que el fallo de la Inquisición le fuera adverso. En consecuencia, dicho Tribunal consideró culpable á Peredo, no solamente de los cargos de hereje y apóstata, sino también como partidario de la Independencia, y por tanto, fué sentenciado á ser reprendido severamente, llevando "sambenito y vela verde," en presencia de todas las personas que debían asistir á una misa que para tal ceremonia había de verificarse. Igualmente se le sentenció á que en la cárcel del Santo Oficio rezara de rodillas el rosario todos los días, durante seis meses, y practicase un ayuno cada semana. Por último, se le condenó á destierro de la Corte de Madrid y otros sitios reales, inclusive el de México, diez leguas á la redonda, durante diez años, de los cuales debía pasar seis en las Islas Marianas. Esta sentencia fué aprobada por la autoridad secular ordinaria.

Estuvo preso seis meses en la cárcel de la Inquisición, donde sufrió una penosa enfermedad. De aquel encierro se le transladó á la cárcel de Acordada, en la cual se le puso incomunicado siete meses, y de ella debió salir para las Islas Marianas, pero habiéndose exacerbado la enfermedad que padecía, provisionalmente fué recluido en el convento de San Diego, del cual logró

fugarse en Enero de 1813, en compañía del padre Fr. Vicente Santa María, é irse á Tlalpujahua, donde se encontraba Don Ignacio López Rayón. Este le confirió el grado de Coronel, y como Peredo poseía buen talento y era hombre de carácter atrevido y audaz, supo granjearse luego la confianza de los miembros de la Junta, quienes le encomendaron, en Marzo de 1813, la árdua é importante comisión de ir á los Estados Unidos á hacer conocer allí el verdadero estado de la insurrección en México, á comprar armas y á desempeñar algunas funciones diplomáticas cerca de ese Gobierno y con los representantes de Inglaterra y de Santo Domingo, á cuyo fin se le expidieron los poderes correspondientes y se puso á su disposición una importante suma de dinero. Peredo debió embarcarse el 22 de Abril en Misantla, llevando como adjunto al padre Fray Manuel Gutiérrez Solana, originario de Aguascalientes, pero sucesos inesperados impidieron que Peredo llenara debidamente la comisión, pues en esos días había sido ocupado por los realistas dicho puerto. Así es que Peredo se vió obligado á llegar solamente á Tecolutla. Frustrada por tal motivo la comisión diplomática del mencionado sacerdote, quedó éste con el grado de Coronel, operando en las costas del Golfo, por Túxpan, Nautla, Tecolutla y otros lugares, á las órdenes de Don Francisco Osor-

no. En Junio de 1813 se hallaba defendiendo la Barra de Minatitlán con sólo cuarenta negros mal armados, y viéndose en inminente peligro de ser rodeado por los realistas, se dirigió al Cura Brigadier Don Mariano Matamoros, pidiéndole lo auxiliara con alguna tropa.

El Comandante insurgente de aquella costa, Don Narciso Arriaga, en oficio que dirigió á Osorno, culpaba á Peredo de que por su carácter violento é imprudente, y por haber hecho público el secreto de la comisión que llevaba á los Estados Unidos, él mismo había sido causa de que fracasara esa comisión, También lo culpaba de que en Tecolutla se vivía en organizar bailes y "jaranas" con los vecinos del lugar, desentendiéndose de lo principal.

Este informe llegó á oídos del padre Peredo, quien se dirigió á Osorno, sincerándose de esos cargos y diciéndole que el Comandante Arriaga, con su mala conducta y abrogándose atribuciones que no le correspondían, le había estorbado cumplir la comisión que iba á desempeñar á los Estados Unidos.

Así es que disgustado con el referido Comandante, siguió entendiéndose directamente con Osorno y con Rayón, y deseando dizque organizar tropas y poner en estado de defensa la costa, procuró establecer una maestranza para fundir cañones y fabricar

otras armas; pero llamado por el Congreso mexicano á fin de que fuera á dar cuenta del resultado de la comisión que se le había conferido, se dirigió á Zacatlán, donde se encontraba Rayón.

Pocos días después estuvo en el convento de Santo Domingo, de Oaxaca, por motivos de enfermedad, y en seguida fué llamado por dicho Rayón á Huajuápam, donde le encomendó algunas comisiones.

Don Lucas Alamán refiere que Peredo había acompañado al Dr. Don José Manuel Herrera cuando éste fué á los Estados Unidos en calidad de Plenipotenciario, y que la comisión que se señaló á Peredo consistía en establecer relaciones de comercio y en formar una escuadrilla de corsarios, habiéndosele auxiliado con mil pesos para los gastos de viaje; pero el referido historiador no dice cuál fué el resultado de las gestiones de Peredo en aquel país, y en un documento oficial consta que al padre Don Manuel Peláez, de Puebla, es á quien se había designado para que fuera acompañando al Dr. Herrera á los Estados Unidos.

Después de esto, no se sabe otra cosa acerca del padre Peredo, sino lo que consta en un oficio que él dirigió, en Enero de 1817, desde Pamillas, al Dr. Don José Manuel Herrera, diciéndole que se hallaba en aquel lugar con un destacamento, y que por aquel rumbo no había temor de que pene-

traran los realistas. No consta que rindiera nunca el informe que se le pidió. Por falta de más noticias no es posible asegurar lo que haya pasado á Peredo, después de lo que se ha dicho; mucho menos puede decirse cuál haya sido su suerte posterior, pero lo probable es que al fin consiguiera embarcarse para los Estados Unidos, y radicarse allí, como eran sus más ardientes deseos.



DR. DON JOSE MANUEL DE HERRERA.

De otro Plenipotenciario, muy distinto en sus hechos, de Peredo, vamos á ocuparnos.

El Dr. Herrera era domiciliario del Obispado de Puebla y disfrutaba la reputación de hombrbe sabio y virtuoso; después de haber desempeñado los Curatos de Santa Ana Acatlán y de Huamustitlán, el año de 1811 se encontraba al frente del de Chautla, donde á la vez fungía como Capellán de la tropa del jefe realista Don Manuel Musitu.

En Diciembre de ese año, Morelos atacó y tomó sin mucha dificultad á Chiautla, fusilando á Musitu, no obstante que éste ofrecía por su vida la suma de cincuenta mil pesos. El Dr. Herrera procuró salvarse, ocultándose detrás del alta mayor de la iglesia, pero descubierto allí, se le condujo á presencia de Morelos, quien viéndole

tan atemorizado lo tranquilizó, y como deseaba aprovechar sus servicios en favor de la causa de la insurrección, le confirió el empleo de Vicario Castrense, con cuyo carácter aparece desde entonces como partidario de dicha causa, y por esta razón lo excomulgó el Obispo de Puebla, en su edicto de 10 de Julio de 1812.

Poco tiempo después, Morelos ocupó á Oaxaca, donde hizo que se celebrara con solemnidad la "jura" de obediencia á la Suprema Junta Nacional Americana y á la Independencia de la Nación. Tocó al Dr. Herrera predicar en la Catedral de aquella ciudad un sermón de acción de gracias, alusivo á la ceremonia patriótica que allí tuvo lugar el mes de Noviembre de dicho año; también recibió el Dr. Herrera el encargo de publicar un periódico, al que dió el nombre de "El Correo Americano del Sur," en cuyas tareas lo substituyó después Don Carlos M. Bustamante.

Refiérese en un documento que existe en el Archivo General de la Nación, que el Dr. Herrera, fungía como jefe de la 4a. Brigada del ejército de Morelos, y que el mes de Enero de 1813 derrotó en la Cuesta de Santa Rosa, cerca de Huajuápam, á las tropas de Páris y de Rionda. Esta brigada estaba compuesta de las tropas de Don Miguel y de Don Víctor Bravo, que eran en realidad las que operaban por el rumbo,

pues el Dr. Herrera no se distinguió por sus hechos de armas. En la instalación del Congreso de Chilpancingo figuró como representante de la provincia de Técpam y firmó el acta de Independencia; por ausencia del Presidente del Congreso publicó en Tiripitío un manifiesto, en el cual exhortaba á los americanos patriotas á no desmayar ante ninguna adversidad y á no dejarse caer en las astutas tramas del Gobierno realista, prometiéndoles que dentro de pocos días el pueblo mexicano tendría ya una Constitución ó "Carta sagrada de la libertad." Firmó también la Constitución de Apatzingan, expedida el 22 de Octubre de 1812.

Por último, fueron numerosas las comisiones que se confiaron al Dr. Herrera, quien estaba siempre dispuesto á servir á la causa nacional, por difíciles ó peligrosas que parecieran esas comisiones, y la última que se le confió el año de 1815, fué la de Plenipotenciario, para que fuera á los Estados Unidos á comprar armas y á hacer algunas gestiones diplomáticas en favor de la causa insurgente, á cuyo efecto se le dieron las instruccionies respectivas y la suma de $28,000 ú $80,000, según declaró un testigo. Se designó al Pbro. Don Manuel Peláez, para que lo acompañara á dicho país.

El Dr. Herrera llegó solamente á Nueva

Orleans, donde fué bien recibido por los adictos á la Independencia de México, y el periódico intitulado "El Amigo de las Leyes" prodigó entusiastas elogios á dicho Plenipotenciario, por su buen comportamiento y manera de vivir. Lo primero que pudo arreglar en aquella ciudad fué la compra de algunas armas y municiones que remitió á uno de los puertos del Golfo, para lo cual se puso en contacto con algunos piratas, según refiere el historiador Alamán. Estableció relaciones con el abogado Livingston, con quien celebraba frecuentes conferencias, para tratar de los asuntos relativos á la insurrección, é igualmente conferenció varias veces con el Coronel Perr acerca de la conveniencia de entablar entre México y los Estados Unidos relaciones de comercio, á cambio de armas y pertrechos de guerra, destinados al ejército insurgente. Tambibén procuró interesar á varios armadores y piratas de Barataria, á fin de que alistaran buques para enviarlos á la costa de Veracruz, y con el Coronel Perr intentó arreglar una expedición sobre el puerto de Nautla, la cual protegería por tierra Don Guadalupe Victoria, pues el Dr. Herrera había propuesto al Congreso mexicano, como una medida útil y necesaria, la ocupación de Veracruz y Tampico.

Además, el Dr. Herera adquirió una imprenta é hizo publicar proclamas y otros

papeles encaminados á crear partidarios á la insurrección y á defenderla y propagarla.

Tales fueron, en resumen, los trabajos que pudo emprender en aquel país, y si no le fué posible desempeñar en todo la comisión que se le había confiado, esto dependió, indudablemente, de obstáculos que no estuvo en su mano vencer, y de circunstancias imprevistas, y por tanto, le fué preciso regresar á México en Noviembre de 1816, habiendo desembarcado en Boquilla de Piedras, de donde se encaminó rumbo á Tehuacán.

En el referido lugar fué recibido por el caudillo Don Manuel de Mier y Terán, quien acababa de disolver el Congreso, y como Terán sospechaba ó temía que el Dr. Herrera pretendiese substituir en el mando á Morelos, se le mostró frío y desconfiado, por lo que Herrera, receloso de lo que Terán pudiera hacer contra él, y sobre todo, poseído ya de cierta desmoralización ó desaliento, por el desfavorable giro que habían tomado los asuntos de la revolución, á la muerte de Morelos, anduvo errante por varios lugares, hasta que se resolvió á implorar el indulto ante el Gobierno realista, bajo el patrocinio ó amparo del Obispo de Puebla, quien no solamente le consiguió esa gracia, sino también se propuso protegerlo, dándole un empleo en el Cole-

gio Carolino de aquella ciudad, (Diciembre de 1817).

Don Carlos M. Bustamante, refiriéndose al regreso del Dr. Herrea, asienta que éste, acompañado del Coronel Perr, joven francés, y de otros cinco aventureros, había llegado á San Andrés Chalchicomula; que abrigaba la intención de vengarse de Terán, por la caída del Congreso, restableciendo á éste y poniéndole como custodio ó guarda al citado Coronel Perr; que Terán trató con política al Dr. Herrera, llevándolo á su casa como huésped, á fin de tenerlo constantemente á la vista y espiar de cerca sus acciones, por lo que el referido Herrera no pudo poner en práctica sus planes, retirándose de Tehuacán á los pocos días, y que á principios de Enero de 1817, y temiendo la pérdida de Cerro Colorado, se fué á Nautla con el Coronel Perr y con Don Juan Robinson, quienes se embarcaron allí para Nueva Orleans, quedándose en Nautla el Dr. Herrera, quien después fué á unirse con el Coronel insurgente Calzada, que tenía su campamento en el cerro de La Fortuna, cerca de Quimixtlán, en cuyo tiempo anduvo recorriendo varios lugares el repetido Herrera. Consta en documentos existentes en el Archivo General de la Nación, firmados por el Dr. Herrera, que éste estuvo en Huetamo, Colipa, Santa Efigenia y otras poblaciones de aquel

rumbo, á principios de Febrero de 1817, y sostenía correspondencia oficial con el jefe insurgente Don José María Ponce de León y otras personas.

Agrega el citado historiador, que Don Luis Iturribarria lo había ayudado generosamente en Nueva Orleans, facilitándole dinero y respondiendo por él, cuyos servicios le había pagado después, poniéndolo preso en México el año de 1822.

Durante tres años, desde 1818 hasta 1820, no volvió á sonar el nombre del Dr. Herrera en el campo de la política ó de la revolución, y solamente se sabe que después de haber estado por algún tiempo en Puebla, fué á encargarse del Curato de San Pedro, en Cholula, Estado de Puebla. Hallábase en dicha población cuando el mes de Febrero de 1821 pasaron por allí, con rumbo á Iguala, un Capitán apellidado Magan y Don Mariano Monroy, quienes conducían desde Puebla ejemplares impresos del plan de Independencia proclamado por D. Agustín de Iturbide, para entregarlos á este jefe. Los mencionados Magan y Monroy, según refiere Don Lucas Alamán, conferenciaron con el Dr. Herrera, logrando convencerlo en favor de dicho plan, por lo que al fin se decidió á seguirlos para ir á presentarse á Iturbide, pero en el camino se separó de ellos, dirigiéndose á Chilapa. De todos modos, llegó á avistarse con Iturbi-

de, quien lo encargó del despacho de su Secretaría y le dió los elementos necesarios para que en Iguala comenzase á publicar un periódico denominado "El Mexicano Independiente," del cual fué Director. En ese periódico se ocupó preferentemente de hacer una reseña de los acontecimientos principales de la revolución de Independencia. El mismo Herrera había conducido desde Puebla la imprenta que cedió el padre Furlong, en la que se imprimía el referido periódico.

Triunfante al fin dicha revolución y establecido ya en México el primer Gobierno Independiente, el Dr. Herrera fué nombrado para el alto cargo de Ministro de Relaciones, el 5 de Octubre de ese año de 1821.

Don Carlos Bustamante, como es bien sabido, juzgaba á veces con pasión y con ligereza, á las personas que no le eran simpáticas, y por este motivo, probablemente, aseguraba que el Dr. Herrera había hecho negocios indecorosos, habiendo sido uno de ellos el haberse apoderado de $500,000 de una conducta ó convoy perteneciente á varios españoles, cuya suma se habían distribuido el Ministro Medina, el General Don José María Lobato, Cavaleri y el mismo Herrera, á quien habían tocado cien mil pesos en ese reparto.

Finalmente, cuando se trataba de elevar

á Iturbide á la categoría de Emperador, el Dr. Herrera, que se había declarado decidido partidario de aquél, trabajó activa y empeñosamente para allanar obstáculos y para conseguir adeptos al régimen monárquico que se trataba de implantar. A este fin se propuso trabajar en el sentido de ver si era posible inclinar á Don Vicente Guerrero en favor de la elevación de Iturbide al Trono de México; pero á pesar de que casi toda una noche estuvo conferenciando con el ilustre suriano, no consiguió otra cosa que una enérgica y rotunda negativa.

El Dr. Herrera trabajaba también para que el Congreso Nacional concediera á Iturbide el derecho de veto en la Constitución que iba á promulgarse, lo que equivalía á revestirlo con un poder casi absoluto.

En Oaxaca había pretendido el Dr. Herrera hacer que al Cura Morelos se le ciñera también la diadema imperial, según dice el citado historiador Bustamante, quien asegura que poco antes de la abdicación y caída de Iturbide, se había largado para Tampico el citado Herrera; que el Comandante de San Luis Potosí pretendió arrestarlo, á causa de los sucesos políticos que tuvieron lugar allí en Abril de 1823; pero que ya se había ido y se hallaba en una hacienda inmediata á Querétaro; que el Brigadier Don Antonio López de Santa

Anna, sabiendo que Herrera llevaba $400,000 y pretendía embarcarse en Tampico, procuró también capturarlo. Todo esto es muy poco creíble y lo último falso. El año de 1825 se hallaba en Guadalajara, y parece que desde entonces desapareció de la escena pública.



PEDRO ASCENSIO ALQUISIRAS

Es este caudillo suriano de aquellos que por ser de historia poco conocida, sus hechos se van desfigurando rápidamente para fabricar con ellos una leyenda de la que él es el héroe principal, y si fuéramos á dar crédito á todas las hazañas que de él refieren los sencillos habitantes del Sur, resultaría un hombre extraordinario.

Desde su nombre está adulterado ya, pues no se llamaba Pedro Ascensio, sino Pedro de la Ascensión Alquisiras, y no se sabe si nació en Acuitlapam ó en Tlatlaya, ó en algunas de las rancherías inmediatas; pertenecía á la raza trahuica cuyo idioma hablaba perfectamente y conocía el otomí y el mazahua: su oficio antes de la revolución era minero, no á sueldo de ninguna empresa, sino por su propia cuenta. Cuando conseguía reunir cierta cantidad de metal, la

iba á vender á Sultepec á Don Luis Rodríguez ó á Don Tomás Ortiz, acomodados mineros de aquél mineral, Ingeniero el primero y sobrino de Hidalgo el segundo. Tomó las armas á instigación de Rodríguez, desde fines de 1810, como simple soldado, en cuya calidad continuó durante todo el año de 1811 y hasta que la Junta de Zitácuaro tuvo que emigrar.

Su valor le hizo adquirir ascendiente sobre sus compañeros y formar una pequeña partida con la que concurrió, en 30 de Junio de 1812, á atacar á Meneso que estaba situado en el monte de las Cruces y fué derrotado en compañía de otros guerrilleros. Habiendo conseguido sostenerse en Tlatlaya bastante tiempo, Rayón por recomendación de su hermano Don José María, dió á Pedro Ascensio el grado de Capitán, y algún tiempo lo tuvo á sus órdenes. Ya solo, ya unido con otros, hizo la campaña, siempre al Norte de Mexcala en el partido de Sultepec, y si no se manifestó del todo sumiso á los jefes principales, tampoco obró muy en desacuerdo con ellos. En 1816 en que acabó la autoridad de Morelos sin que hubiese en el Sur un jefe prestigiado que lo reemplazase, Alquisiras obró ya enteramente por su cuenta, y cuando la revolución decayó, trató de fortificarse en el Cerro de la Goleta, desde donde, en combinación con el Padre Izquierdo y otros, hacía correrías que se ex-

tendían hasta Teloloapam, Iguala y Taxco.

Puntualizar el número de acciones y escaramuzas en que tomó parte, es tarea difícil por lo numerosas que fueron y lo insignificante de ellas, pues en realidad quienes se encargaron de hacerlo famoso, fueron los comandantes realistas que nunca pudieron derrotarlo completamente y las Gacetas del Gobierno Virreinal que lo pintaban con los más negros colores, cuando no era mejor ni peor que los demás guerrilleros insurgentes. Reconoció la autoridad de la Junta de las Balsas y la de Don Vicente Guerrero, y cuando el Padre Izquierdo se indultó, quedó sólo en la región montañosa, que desde el volcán de Toluca se extiende hasta el río Mexcala.

El Virrey que veía casi extinguida la insurrección, creyó á Guerrero y Ascensio enemigos poco temibles, y á ésta opinión que tenía de ellos, se debió que no tomase las precauciones necesarias y que creyese cosa fácil arrasar las márgenes del Ixtapa, orden que comunicó al Comandante Domínguez que tenía poca fuerza: el resultado fué, se diese la acción de Santa Rita, la cual si no fué una victoria para Ascencio, tampoco fue una derrota; reforzado Domínguez por Rafols atacó á Ascensio en el mismo punto, pero se vió obligado á retirarse ante el Jefe insurgente que había reunido ya todas las partidas que había en la comarca. Iturbide

por su parte, se propuso batir á Ascencio para seguir con Guerrero, y al efecto dió orden de atacar el Cerro de San Vicente que no pudo tomar; destacó á Quintanilla por el camino de Cutzamala á Acatempan, pero Ascensio que conocía admirablemente el país, dejó pasar la vanguardia y el centro que contaban con bastantes soldados, y atacó la retaguardia de Quintanilla, á la que puso en tan grave aprieto, que necesitó ser auxiliada por el centro: en esa acción cayó prisionero el Capitán realista, González, que fué fusilado por Ascencio, siendo ese militar el último que murió de esa manera en la guerra de Independencia. Todavía tuvo el insurgente otro éxito en Totolmaloya, donde derrotó al realista Torres.

Aunque ya Iturbide y Guerrero estaban en harmonía y el último había dado orden á Ascensio de que no hostilizase á las tropas del Sur sino á los realistas, Ascensio se negó á incorporarse al ejército y permaneció en la Goleta; sabedor de los éxitos de la revolución, quiso distinguirse á su vez y avanzó sobre Tetecala, defendida por Huber y por los negros de Yermo; en Milpillas se trabó el combate y más que á balazos fué con arma blanca, el famoso machete suriano hizo grandes estragos entre las filas de los combatientes y hasta el mismo Pedro Ascensio fué víctima de él, pues un español lo mató de un sólo machetazo, á traición, se-

gún se dice. Cortada la cabeza, Huber la hizo poner en la punta de una lanza y con ella entró á Cuernavaca: allí fué puesta en un paraje público con la inscripción: "Cabeza de Pedro Ascensio." Su gente se desorganizó, pero algunos días después quedó á las órdenes del Padre Izquierdo, que ya había vuelto á sublevarse.

La circunstancia de haber sido uno de los últimos guerrilleros y de haber muerto en las vísperas casi de la Independencia de México, son las que han contribuido á dar más notoriedad á Pedro Ascensio, que á otros caudillos insurgentes de la misma categoría que él.



DON JOSE SANTA ANA.

Indio de raza pura fue este caudillo, cuyas hazañas apenas son conocidas por unos cuantos eruditos, no obstante que en su tiempo fueron públicas y se repetían en la extensa Provincia de la Nueva Galicia.

Era nativo del pueblo de Mexcala, situado á orillas de la gran laguna de Chapala en el límite de las Provincias de Michoacán y Nueva Galicia; en 1810 era Alcalde ó Gobernador de su pueblo natal, sin haber abandonado la ocupación que tenía y que era la de pescador de la laguna, cuya topografía conocía perfectamente por lo mucho que había navegado en ella. Como todos los gobernadores de indígenas se lanzó á la guerra al ser llamados por el amo Torres, y tomó parte en bastantes refriegas como hubo en la Nueva Galicia durante el año de 1811; sin embargo, Cruz consiguió poner algún

orden en la Provincia á fines de ese año y hacer que los insurgentes de ella pasasen á las vecinas de Guanajuato y Michoacán; pero cuando trató de hacer lo mismo con los indígenas sublevados de Mexcala, se encontró con los obstáculos materialmente insuperables que le opusieron los insurgentes.

En efecto, con la facilidad que tenían de embarcarse en la laguna, cuando sufrían algún revés y sabiendo que sus espaldas estaban guardadas perfectamente, no temían á los realistas, y con los primeros éxitos que alcanzaron se volvieron audaces y con frecuencia tomaban la ofensiva; aumentó su confianza cuando por consejos del Cura del pueblo, Don Marcos Castellanos, se situaron en las islas de la laguna, principalmente en la de Mexcala que tiene capacidad regular para una población, es naturalmente defendible y su acceso es difícil por casi todo su contorno. Comprendiedo Cruz que la guerra á los indígenas de la laguna sería larga, trató de atraerlos por medio de proclamas, una de ellas, llevada por un camisionado especial, concluía diciendo que de ellos dependía la tranquilidad de la comarca ó que corriera la sangre, por lo que al terminar la lectura y esperar contestación el comisionado, los naturales contestaron á una voz: "Que corra el sangre."

El Noviembre de 1812, empezaron las hostilidades de parte de los realistas, que ata-

caron el pueblo de San Pedro Ixican, situado en la margen Norte del lago: el realista Serrato desalojó á Encarnación Rosas y empezó á quemar las casas del pueblo, pero auxiliado el último por Santana, el jefe realista quedó derrotado y perdió muchas armas; esta victoria fué seguida de la que sobre Hernández situado en Poncitlán, obtuvieron, y de la que á costa del Cura Alvarez obtuvieron días después. Cruz entonces dispuso hacer una formal campaña sobre la isla, y al efecto escogió como cuartel general de la división que á las órdenes de Don Angel Linares estableció en las márgenes, el pueblo de Ocotlán, y mandó fabricar en San Blas una flotilla: el primer combate que se verificó entonces (Febrero de 1813), fué enteramente naval, á la vista de la isla, y en él pereció Linares, todos sus oficiales menos uno y veintitrés soldados, perdiendo los realistas casi toda su escuadrilla. Cruz, lleno de sentimiento, dió parte al Virrey de este suceso en oficio reservado del 27 de Febrero, temiendo las consecuencias que podrían resultar, y para precaverlas puso la división á la defensiva, formó una nueva escuadrilla y llamó de San Blas al Teniente de Fragata, Don Manuel de Murga, para que se pusiese al frente de ella.

Negrete se encargó interinamente del mando de la división y creyó empresa sencilla tomar la isla á viva fuerza, pero se

vió batido en el puerto de la Peña, en el del Vigía y en la Angostura, perdió gente, armas, cañones y lanchas, y él mismo resultó herido y con dedos de la mano menos. Esta serie de acciones dadas en los meses de Abril á Junio de 1813. convencieron á Negrete de lo difícil que era la empresa y lo obligaron á que estableciéndose en el campo de Tlachichilco, redujese su actividad á mantener un constante bloqueo. Pero Santana y sus soldados eran incansables y continuamente hacían desembarcos en todos los puntos de la laguna, mas que para batir á los realistas para proveerse de víveres y de armas, ayudados como eran por todos los pueblos de las inmediaciones y aun de puntos más lejanos, pues aun de Guadalajara les enviaban noticias que podían interesar á los defensores del fuerte de la laguna. Sería interminable la tarea de narrar todos los combates que Santana y Rosas sostuvieron, principalmente el primero; además, no resultaría completa, pues el Cura Castellanos tuvo cuidado de quemar el archivo para que no cayese en manos de Cruz y fuesen castigadas todas las personas que ayudaban á los sitiados; únicamente se sabría toda la verdad de la defensa de la isla, si aun existiese el diario que el señor Hernández Dávalos tuvo en su poder y que abraza un espacio de varios años.

Santana sufrió varios reveses, pero éstos

nunca compensaron las victorias que obtuvo; jamás llegaron á faltar los víveres en la isla ni las municiones, á pesar del riguroso bloqueo establecido en varios puntos, pues no era posible cuidar todo el perímetro de la laguna que es de ochenta leguas, y los Comandantes realistas se sucedían unos á otros sin hacer nada de provecho: el Comandante insurgente de Nueva Galicia, Don José María Vargas, varias veces estuvo en la isla y numerosas ocasiones la socorrió sin que los sitiadores se percatasen de ello. Una epidemia que se declaró en 1816, mermó mucho el número de defensores de la isla, cuyos habitantes de todos sexos y edades, era generalmente de mil almas. La escuadrilla construida en San Blas que se situó en Tlachichilco, únicamente se ocupó de talar las márgenes de la laguna para evitar que los sitiados se proveyesen de víveres, pero semejante sistema no dió ningún resultado. Tal estado de cosas duró cinco años.

En Agosto de 1816 y con motivo de la sangrienta acción dada en las cercanías de Chapala, entre Correa y el insurgente Chávez, en la que quedaron en el campo cerca de quinientos combatientes, se activaron las operaciones del bloqueo; el alférez de Navío Bocalán, recorrió la laguna "acabando con todos los sembrados y rancherías de las orillas, deteniéndose más de lo necesario

para hacerlo bien de una vez, en términos de que no quedase más de zacate, no dejándoles ni el más mínimo recurso de maíz en toda la costa." Los valientes defensores de la isla se vieron reducidos á la última extremidad y muy mermado su número, como se lo hacían saber á Vargas en una carta que les fué interceptada. Cruz, comprendiendo que la rendición no podía dilatar mucho tiempo, para abreviarla se trasladó al campo de Tlachichilco y empezó á enviar emisarios con propuestas de paz á Santana; por algún tiempo se negó éste á escucharlas hasta que una ocasión decidió ir personalmente á hablar con Cruz, siempre que éste le prometiese que no le haría ninguna felonía: el general español lo prometió así, y ambos tuvieron una prolongada conferencia en la que, según la tradición refiere, el Indio trató de igual á igual con el español y en la que por poco no se llega á un avenimiento, pues Santana se indignó al oír las reconvenciones de Cruz. Al día siguiente volvieron á Tlachichilco Santana y el Padre Castellanos y quedó concertada la capitulación, por más que Cruz no quisiese darle ese nombre y dijese que se trataba de un simple indulto.

Los sitiados regresarían á sus tierras, las que les serían devueltas si habían sido confiscadas, no serían perseguidos por los sucesos pasados, conservarían sus autoridades

y su mantención correría á cargo de los realistas mientras llegaban á sus pueblos. Cruz cumplió lo convenido, siendo de notar que el más feroz realista, como era él, fué el primero que entró en tratos con los insurgentes. El 25 de Noviembre ocupó las islas chica y grande, encontrando diez y siete cañones y mucho parque, pero ni un grano de maíz, que hubo necesidad de llevar violentamente para que los rendidos no murieran de hambre. Santana quedó de Comandante de la isla durante un año, hasta que Cruz hizo construir un presidio.

La gloriosa defensa de Chapala, ha inmortalizado el humilde nombre de José Santana, que murió algunos años después, en la obscuridad.



LIC. D. IGNACIO ALAS.

No obstante que estuvo en la revolución largo tiempo, casi nunca tomó las armas, y más bien sirvió á la causa de la Independencia con sus conocimientos y su pluma.

Nació en la provincia de Guanajuato, de una antigua familia radicada en la capital de aquella ciudad, y como todo criollo de aquella época, que deseando estudiar, no quería ser sacerdote, tuvo que seguir la carrera de la abogacía. Hizo sus estudios en el Seminario Conciliar de México y los prosiguió en el colegio de San Ildefonso, permaneciendo en esta capital después de haberlos terminado y de haber obtenido su título. Cuando en 1812 la juventud de las ciudades se lanzó al campo de los insurgentes, el joven Alas siguió el impulso general y se fué á presentar á Rayón á fines de ese año; como éste anduviese entonces

á salto de mata, le fué de poca utilidad el nuevo insurgente, que pasó al lado de Morelos, al cual sirvió en la Secretaría y en diversas comisiones que le confió, contribuyendo á la convocación del Congreso de Chilpancingo.

Ayudó á este Cuerpo eficazmente, y cuando se reorganizó, Don Ignacio Alas formó parte de él representando la provincia de Guanajuato. Lo acompañó en la peregrinación que emprendió después que se vió perseguido por Iturbide, desde Uruápam hasta Tehuacán, camino en el cual cayó prisionero Morelos por salvar al Congreso. Reunido éste en Coxcatlán, á inmediaciones de Tehuacán, una de las primeras providencias fué la de completar el número de triunviros que componían el Poder Ejecutivo: eran ellos, pocos días antes, Morelos, Licéaga, que se había quedado en Michoacán, y Don Antonio Cumplido, mas con la prisión de Morelos faltaba uno y fué designado para llenar el puesto vacante el Lic. Don Ignacio Alas.

En su nuevo cargo nada pudo hacer, pues unos cuantos días después fué disuelto el Congreso por Terán, y Alas y Cumplido, aunque quedaron formando parte, en unión del primero, de la "comisión ejecutiva" que reemplazó al disuelto Congreso, comprendieron que nada tenían que hacer allí, donde imperaba Terán, por lo que aprovechán-

dose de la circunstancia de que la mayoría de los jefes insurgentes no quisieron reconocer el nuevo orden de cosas, en la primera oportunidad que se les presentó se volvieron á Michoacán. Don Ignacio Rayón, que seguía teniendo sus pretensiones de ser reconocido como único jefe de la revolución, procuró atraerse á Alas, pero éste se negó á unírsele, y considerando por otra parte que sus poderes ya habían caducado después de lo ocurrido en Tehuacán, reconoció á la Junta de Jaujilla, que era como la sucesora del Congreso disuelta como lo había sido la de Taretan. Por otra parte, no teniendo partida ninguna á sus órdenes, siguió á la de Bravo (Don Nicolás) que era de las menos desorganizadas, y durante bastante tiempo acompañó á este jefe.

Pero viendo que la insurrección declinaba rápidamente trató, como todos, de indultarse, y no obstante que estaba en el fuerte de Cóporo (Noviembre de 1817) con Bravo, ya había entrado en negociaciones con el Comandante Aguirre; habiéndose sabido sus manejos con los realistas Bravo lo puso preso en el fuerte, pero atacado éste por el dicho Comandante, que lo ocupó, Alas cayó en poder de Aguirre, que lo trató bien y lo ayudó á que consiguiese el indulto, como sucedió. El ex-Diputado insurgente se radicó en Guanajuato y luego en México, donde vivió penosamente los

tres años siguientes, sin tomar ya parte en los asuntos públicos. En Abril de 1821 se presentó en el Bajío á Iturbide el cual lo nombró Asesor y después Auditor de guerra, con cuyo carácter hizo la Independencia, y habiendo empezado el Gobierno nacional, desempeñó el cargo de Comisario general de Hacienda. Como era conocedor del ramo, no le afectaron los cambios políticos que hubo, y siguió ascendiendo en su carrera hasta llegar á Tesorero federal: el Gobierno de Bustamante lo hizo Ministro de Hacienda en 20 de Agosto de 1832, y aunque tenía proyectos para reorganizar la hacienda federal, no pudo desarrollarlos, por haber dejado el puesto el 1o. de Febrero de 1833.

Aún continuó prestando sus servicios á la Nación en asuntos hacendarios hasta su muerte, ocurrida en esta capital el 11 de Noviembre de 1843.



DON REMIGIO DE YARZA.

Pasados los primeros días de la revolución, en que los militares abundaban, quedaron al frente de la revolución labradores, abogados y sacerdotes, éstos en inmensa mayoría, y los segundos en una cantidad bastante apreciable y muy cercana á la de los últimos.

Uno más que tenemos que agregar á esta galería de biografías: Don Remigio Yarza. Era originario de la provincia de Michoacán, y muy amigo del Mariscal Don José Antonio Torres, que fué el que lo decidió á tomar parte en la revolución: llamado el "amo" á dar su opinión sobre la reunión de una Junta de gobierno consideró con el natural buen sentido que tenía que él no entendía de esas cosas y que mejor podía servir á la causa peleando en el campo que pronunciando discursos; consecuente con

esta idea dió sus poderes á Don Remigio Yarza para que lo representase en las Juntas que iba á haber en Zitácuaro, y tan buenas muestras de discreción y competencia dió, que Rayón le cobró afición y lo nombró al fin Secretario de la famosa Junta de Zitácuaro.

Con ese carácter autorizó todas las actas y actos de la Junta desde 1811 que se reunió, y cuando se vió obligada á emigrar á Tlalchapa y á Sultepec la acompañó siempre con el carácter de Secretario hasta que de hecho quedó disuelta. Entonces Yarza siguió por algún tiempo la suerte de Rayón, pero acordándose de que tenía mando militar, organizó una partida cuando ese jefe se encontró reducido á la última extremidad y se dirigió á Zacapu, donde se unió con el padre Torres para muchas de las expediciones que intentó. Reunido por Morelos el Congreso de Chilpancingo, Yarza concurrió á él no como Diputado, sino en calidad de auxiliar y resultó bastante útil, pues la práctica que había adquirido sirvió mucho á los Secretarios de ese Cuerpo para facilitar los trabajos de gabinete. Cuando se reorganizó ese Congreso, Yarza en unión de Don Pedro Bermeo fué nombrado Secretario, y con tal carácter firmó la Constitución de Apatzingan, (Noviembre de 1814). Siguió formando parte de él en esas circunstancias hasta antes de Septiem-

bre de 1815, en que lo substituyó Calvo. A causa de esta substitución no emprendió el viaje á Tehuacán, sino que permaneció en Michoacán al frente de una partida de insurgentes.

Cuando en Enero de 1816 Anaya disolvió la Junta subalterna de Taretan, los jefes insurgentes de Occidente, queriendo evitar la anarquía que por la falta de un Gobierno se produciría, formaron la Junta de Uruápam, (más tarde de Jaujilla), á iniciativa de Yarza, y aunque Don José María Vargas fué el Presidente de ella, en realidad quien dirigió su organización fué Don Remigio, que era hombre de orden; persiguió á Anaya, al que por poco fusila, y determinó transladarse á Jaujilla ó Zacapu, punto que le ofrecía mayores seguridades; Yarza terminó su período parlamentario de un año y no salió reelecto, por lo que con los ochocientos hombres armados y otros tantos sin armas que tenía á sus órdenes, se dedicó á merodear por la comarca que rodea aquella laguna. Nunca hizo algo de provecho como militar y casi no hay constancias de que se encontrara en acciones de guerra, pero no por eso sus consejos dejaban de ser aprovechados por otros jefes insurgentes, y principalmente por el padre Torres.

Es lástima que no ayudase eficazmente a Mina cuando este jefe propuso distraer la

atención de los realistas á fin de obligarlos á levantar el sitio de los Remedios; y por su parte no se consideró con suficientes fuerzas para auxiliar el fuerte de Jaujilla cuando tan fué estrechamente sitiado que tuvo que rendirse. Habiendo quedado privados él y el padre Torres de la fortaleza donde se refugiaban, quedaron expuestos á ser aniquilados por el primer realista que les diese alcance: de aquí se originó probablemente la desavenencia entre ellos, pues no hay causa conocida de ella. Lo cierto es que el padre Torres mandó fusilar á Don Remigo de Yarza, orden que se llevó á cabo en los últimos días del año de 1819 en un pueblo de la provincia de Guanajuato, en la época en que la revolución, en decadencia, devoraba á sus propios hijos como si no tuviera necesidad del concurso de todos.



DON EPITACIO SANCHEZ.

El tono hiperbólico y la poca cordura con que los mexicanos hemos procedido siempre que de escribir la historia nacional se ha tratado, han hecho que alguien diga de Epitacio Sánchez que á haber nacido moscovita habría sido competidor del Hetman Platow ó de Milorawich, y si Varsovia lo hubiera contado por hijo habría figurado junto á Pomiatowsky. Estas y otras muchas exageraciones nos han hecho mucho daño y tiempo es ya de darles de mano para escribir la historia con la cabeza y no con el corazón; con crítica sana y no con entusiasmos perjudiciales

Don Epitacio Sánchez nació en la jurisdicción de Jilotepec, de la provincia de México, de una familia que tenía mediana proporción y que habiendo dedicado á su hijo á los trabajos del campo en los terre-

nos de su propiedad, hizo de él un magnífico jinete que conocía todo el deporte de ese ramo y que tenía pocos rivales jineteando, lazando y coleando. Se lanzó á la revolución desde 1811, llevado de su entusiasmo por la Independencia, y se presentó á Don Ignacio Rayón, que lo hizo Capitán de la pequeña partida que lo acompañaba; al lado de Don Ramón Rayón se inició en el arte de la guerra, y dada su natural disposición, pronto estuvo práctico en la que entonces se hacía. Por su puntualidad en el servicio y su valor, fué gradualmente ascendiendo, y tenía á sus órdenes una fuerza de caballería, con la que se batió en Zitácuaro, Sultepec y Tenango; concurrió en Octubre de 1812 con el grado de Teniente Coronel al asalto de Ixmiquilpan, que se frustró por la defección de Francisco Villagrán. Como Rayón no pudo conservar reunido todo su ejército, procuró distribuirlo convenientemente, enviando á sus oficiales á los puntos que mejor conocían. de lo que provino que Sánchez fuese enviado á la serranía que se extiende por Chapa de Mota y Villa del Carbón hasta comunicarse por el Sureste con la de Montealto. Allí sostuvo frecuentes escaramuzas con las tropas realistas.

Por tener Morelos la suficiente caballería no fué llamado Epitacio Sánchez al sitio de Valladolid, limitándose á hostilizar

desde lejos la división de Iturbide; después de aquella acción lo llamó Don Ramón Rayón, que ya se había provisto de pólvora y municiones en Púcuaro, para que lo ayudase en la expedición que realizó por los alrededores de Querétaro: en la Barranca, Sabanilla y goteras de esa ciudad, quedaron derrotados los realistas, y Ordóñez, temeroso de ser atacado, reunió todas sus fuerzas y se atrincheró en Jilotepec, pero Rayón, aprovechándose de esta circunstancia, hizo que Sánchez caminase por la montaña en unión de Atilano García y cayese sobre Huehuetoca, donde se hizo de algún parque y armamento, poniendo además en gran ansiedad al realista que tenía al enemigo por el frente y por la espalda, (Abril de 1814). Rayón no supo sacar de su triunfo toda la ventaja que pudo, y se limitó a fortificarse en Cóporo.

Poco antes de que empezase ese sitio contribuyó Sánchez á derortar á Llano en Jungapeo y durante él auxilió eficazmente á Rayón hasta que fué levantado. Tan tranquilos quedaron uno y otro jefe después de este resultado, que resolvieron tomar la ofensiva y atacaron en Jilotepec á Ordóñez, mientras este jefe pensaba en atacar á Sánchez en Nadó; el realista se defendió bien y consiguió desbaratar á la izquierda insurgente, con lo que se decidió la batalla en favor de Ordóñez. Esta de-

rrota, ocurrida en Mayo de 1816, disminuyó mucho los bríos de' Coronel independiente y lo redujo á emprender pequeñas expediciones por la serranía. Comprendiendo Ordóñez que era esa la ocasión de someterlo, activó su persecución: en consecuencia, destacó al Capitán Hidalgo, que se presentó inopinadamente en Monte Alto y penetrando á la casa de Epitacio se llevó presos á la esposa é hijos de éste; en seguida le ofreció el indulto. Sánchez fió en las promesas del realista y no tuvo inconveniente en indultarse para rescatar á su familia, pero enterado el Dr. Magos de su resolución, trató de oponerse á ella y aun le sublevó parte de su gente. Con el resto se indultó Sánchez (Mayo de 1816), quedando con el grado de Teniente de realistas, y aunque procuró que se indultasen varios como Urbizu y Don Rafael Villagrán, persiguió á no pocos de sus antiguos compañeros y fusiló á bastantes. Después de la expedición de Mina quedó á las órdenes del Coronel Don Cirstóbal Villaseñor, y en Junio de 1819 ayudó eficazmente á la pacificación de la Sierra Gorda y al indulto de su amigo el Dr. Magos.

Cuando éste, en Mayo de 1821, insurreccionó toda la serranía de Huichápam, permaneció tranquilo Sánchez, pero por muy pocos días, pues se incorporó á Iturbide cuando éste desde Valladolid se dirigía á

San Juan del Río; al pasar el ejército frente á Querétaro, la vanguardia de los independientes, entre la que iba Iturbide, se componía de treinta hombres, quince infantes á las órdenes del Capitán Don Mariano Paredes (después Presidente de la República), y quince dragones mandados por Don Epitacio Sánchez; el resto del ejército de Iturbide venía aún lejos, y de esta circunstancia se aprovechó Bocinos, Comandante de la plaza, para atacar á la vanguardia. La partida era muy desigual, pues los realistas tenían cuatrocientos hombres, pero Paredes y Sánchez no se arredraron y aun hicieron punto de honor hacer frente á sus contrarios advirtiendo que de una parte toda la guarnición de la plaza y de la otra todo el ejército trigarante los contemplaba.

Iturbide fué obligado á quedarse atrás con los asistentes como reserva, y Paredes se situó tras de unas peñas. "Diríase—escribe un escritor,—que Iturbide había lanzado un rayo á su enemigo, tal fué la exaltación con que se batieron sus soldados, que hicieron prodigios, con que dieron nuevo realce á su valor; esos hombres acreditaron todo lo que les había hecho sentir y comprender su General, y cuánto daba de sí la emoción de ser ellos el centro de las miradas de su jefe, del ejército y de la nación toda. Peleábase por ambas partes con encarnizamiento, la infantería y su Coman-

dante se excedían á sí mismos; la caballería se multiplicaba con su jefe, lleno de firmeza y actividad. En una carga á la lanza, Epitacio iba á traspasar á un Mayor del Regimiento del Príncipe; de repente un joven alférez cubierto de sangre enemiga le grita: "Señor, es mi padre, no le quite usted la vida." El Mayor era Don Juan José Miñón, el alférez es hoy (1850) el General Don José Vicente Miñón."—Después de una lucha tan desigual por parte de los independientes y obstinada por la de los realistas, éstos se retiraron velozmente á Querétaro, hasta cuyas trincheras fué perseguido Bocinos, dejando en poder de los vencedores 45 muertos y heridos, siendo de estos últimos el Teniente Coronel Soria, el Ayudante Mayor de Zaragoza, Latorre, y el Capitán Vélez." El premio que los treinta insurgentes recibieron fué un escudo con el lema "30 contra 400," con cuyo nombre se conoce esa acción, dada en el paraje Arroyo Hondo. Luaces, recomendando al Virrey el comportamiento de Bocinos (que nada de bizarro tuvo), atribuye la victoria al entusiasmo fanático de que los insurgentes se hallaban poseídos y trata de hacer creer que aquel jefe se batió con todo el ejército de Iturbide.

Este, desde entonces, tuvo predilección por Don Epitacio Sánchez; entró á México el 27 de Septiembre, mandando una de las bri-

gadas de caballería, y días después, con el grado de Brigadier, quedó al frente de los Granaderos imperiales, Cuerpo distinguido por Iturbide y que fué uno de los que no defeccionaron: en Enero de 1823 fué enviado al Sur para batir á los Generales Bravo y Guerrero, que se habían pronunciado contra el imperio, y tomó parte en la reñida acción de Almolonga, donde aquellos quedaron heridos y derrotados: cuando Sánchez avanzó con sus granaderos para decidir la acción, una bala enemiga le entró en la cabeza, dándole una muerte instantánea.

Así acabó el valiente insurgente Don Epitacio Sánchez cuando aún podía servir á su patria en algo mejor que no en luchas fratricidas.



DON JOSE SOTERO DE CASTAÑEDA

Vió la primera luz este insurgente tan notable, en la provincia de Michoacán, el año de 1780. Enviado por sus padres á esta capital cuando ya estuvo en aptitud de hacer estudios superiores, ingresó al colegio de San Ildefonso, donde con bastante aprovechamiento hizo la carrera de abogado hasta terminarla en los primeros años del siglo pasado. Quedó aquí ejerciendo su profesión con pocas perspectivas, tanto por su calidad de criollo como por el gran número de abogados que había.

La guerra de Independencia que estalló á poco le abrió nuevos horizontes, y creyendo, como les sucedió á muchos profesionales, que pronto terminaría la lucha, dejó la capital y se presentó en 1812 á Rayón, que le hizo muy poco aprecio, seguramente porque ya tenía bastantes abogados

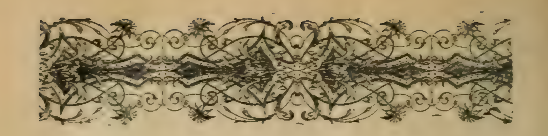
en su ejército: pasó entonces al campo de Morelos, que se encontraba en el Oriente y que necesitado de hombres de estudio para organizar sus conquistas, lo nombró Auditor de guerra y se lo llevó al Sur como segundo Secretario cuando estaba organizando el Congreso de Chilpancingo. En Febrero de 1814, que se aumentó el número de Diputados de ese Cuerpo, el Lic. Castañeda tomó parte en él como representante de la provincia de Nueva Vizcaya ó Durango, y por algún tiempo siguió la suerte de aquella Corporación; firmó la Constitución de Apatzingan, (Octubre de 1814). Emigró con el Congreso á Tehuacán, donde se vió que quedaban cuatro Diputados nada más, pues los demás ó estaban ausentes ó habían terminado su cometido; Castañeda, que tenía el carácter de Vicepresidente, subscribió como tal la comunicación que se dirigió al Virrey Calleja amenazándolo con tratarlo de igual manera que como él tratase á Morelos.

Decidido que el Congreso tuviese sus sesiones en Coxcatlán, á este pueblo se transladó Castañeda, pero como á los pocos días disolvió Terán el Congreso, el último Presidente se dirigió en principios de 1816 á Veracruz, donde se unió á Victoria, á quien sirvió de mucho con el título oficial de Asesor, pero en realidad como consejero. Con él pasó todo el año de 1816, pero

eran tantas las penalidades que los insurgentes de esa parte sufrían, que resolvió indultarse y al efecto se separó de Victoria y desde Actópan se dirigió al jefe realista Márquez Donallo. Este "hizo al Virrey una recomendación tan encarecida de Castañeda, que prueba el interés sincero que tomaba por su suerte, así como la exposición que aquél dirigió al mismo Virrey manifiesta el grado de angustia á que se hallaban reducidos los insurgentes por efecto de la activa persecución que les hacían los jefes realistas, y la convicción que tenían los hombres honrados y sensatos de aquel partido, como Castañeda era, de la absoluta imposibilidad de obtener la Independencia con los medios y personas empleadas para ello."

Pasó á México, donde se radicó con su familia, que lo había acompañado en su azarosa vida de insurgente, y sufrió bastantes estrecheces, pero á poco de realizada la Independencia fué nombrado Auditor de guerra; al erigirse el Estado de Michoacán en 1824, fué nombrado Magistrado del Tribunal Superior del Estado, y más tarde la Federación lo hizo miembro del Supremo Tribunal de Guerra y Marina; también fué Diputado al Congreso de la Unión por su tierra natal durante el régimen centralista, y Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, cargo que des-

empeñaba al ocurrir su muerte en esta capital, el 7 de Octubre de 1844. Por su carácter y aficiones no pudo acomodarse al medio en que vivía entre los independientes, y juzgó más oportuno prescindir de los ideales que lo habían llevado á la revolución.



DON ANTONIO ARROYO

Fué uno de tantos caudillos como se levantaron en armas, y el hecho de que su nombre sea muy conocido en la comarca de Puebla, hace que se le incluya en esta colección.

Era, según afirma Bustamante, dependiente de la hacienda de Ocotepec, en los Llanos de Apam, y se lanzó á la revolución con ánimo de medrar: era "chaparro," cargado de espaldas, color blanco y voz ronca; tenía feroces instintos y una fuerza hercúlea. Se lanzó á la revolución á fines de 1811 con una pequeña partida, y se asoció con Antonio Bocardo, aficionado al robo y hombre enteramente despreciable; ambos sentaron sus reales en la gran llanura de Tlaxcala y extendían sus correrías hasta la sierra de Puebla.

Empezó Arroyo sus hazañas amenazando

á Zacapoaxtla, pero batido por Buenabad, se retiró á los Llanos, donde se acababa de levantar Rosains, al que puso preso con pretexto de que quería indultarse, pero en realidad para que no le hiciese sombra, pues era hombre de orden; sólo consintió en dejarlo libre al cabo de algún tiempo, cuando Morelos envió una orden terminante para ello. Siguiendo el ejemplo de otros insurgentes, quiso hacerse fuerte en algún punto y al efecto escogió Tepeaca, bien situado entre Puebla y los caminos de Veracruz, pero no pudo conservarlo mucho tiempo porque Llano lo arrojó de allí en Mayo de 1812, le quitó su artillería y á su vez dejó un fuerte destacamento en la población. Unido con Machorro, Sesma y otros, atacó y tomó á Tehuacán, fusilando á los defensores de la población; no permaneció allí mucho tiempo, pues no comprendió la importancia del punto y siguió expedicionando por la comarca. Bravo lo utilizó en la acción del Palmar, donde quedó derrotado y muerto el realista Labaqui, y Morelos, al que le repugnaba tratar con él, le dió algunas comisiones de poca importancia, desempeñadas las cuales Arroyo volvió á Alzayanga, hacienda de la que se había apoderado y que tenía por suya. Varias veces fué arrojado de ella por Aguila y otros realistas, pero á poco tiempo volvía á instalarse en ella.

No es nuestro ánimo referir todas las campañas de Arroyo, las que por otra parte, tienen poco interés, y únicamente daremos idea de ellas en términos generales. En las diferencias entre Rayón y Rosains reconoció al segundo, á pesar de los antecedentes que había, pero nunca lo obedeció y aun acabó por disgustarse con él y jurarle odio á muerte con motivo de que Rosains le reclamó por no haberlo auxiliado en el combate de San Hipólito. En las cercanías de Tehuacán se encontraron las fuerzas de Arroyo con las de Benítez, sobrino de Rosains, y aunque estas últimas quedaron derrotadas, Arroyo juzgó prudente retirarse y por temor de ser atacado buscó con poco empeño una reconciliación. Su partida de caballería continuó por algún tiempo expedicionando por la comarca, y Arroyo nominalmente reconoció la autoridad de Terán, por más que nunca tuvo ocasión de saberse si lo hubiera obedecido ó no.

Cuando la activa persecución de Concha hizo que muchos jefes se indultasen, Arroyo se encontró en una posición difícil y hubiera tenido al fin que hacer lo que los demás, ó indultarse ó perecer en algún encuentro; sin embargo, su suerte fué distinta: en Mayo de 1816 tuvo un fuerte altercado con su segundo, Calzada, por cuestión de faldas, y aunque por el momento ambos

se calmaron, días después éste dió traidoramente muerte á aquél y se levantó con la guerrilla que capitaneaba. Su otro segundo, Bocardo, ya había perecido fusilado mucho tiempo antes. El cadáver de Arroyo recibio sepultura en la Parroquia del pueblo de Cuapiaxtla.



DON JOSE ALVAREZ DE TOLEDO

Este aventurero era natural de la ciudad é isla de Santo Domingo en el mar de las Antillas, y habiendo hecho sus estudios navales en España, llegó á ser un buen oficial de la Marina española; además, en 1810 fué electo por su patria Diputado á las Cortes de Cádiz, pero por diversas circunstancias entró en choque con sus compañeros de diputación y se vió procesado en la referida Cádiz.

Habiéndose evadido de aquella ciudad, vino á vivir á los Estados Unidos, en donde publicó un manifiesto contra las Cortes y formó el proyecto no sólo de unirse á la expedición de Gutiérrez de Lara, sino de apoderarse del mando de ella. Con este intento se dirigió á Natchitoches, desde donde comunicó su llegada á Lara ofreciéndole sus servicios en calidad de segundo, pe-

ro éste, recelando sus ardides, de que ya tenía alguna sospecha, rehusó admitirlo, y aun también le mandó que se retirase. No se retrajo por esto Alvarez de Toledo de llevar adelante sus miras, y con una imprenta volante que consigo traía, publicó una proclama desacreditando á Lara y haciendo magníficas promesas, si se le confiaba la dirección de la empresa: los aventureros que en ella habían entrado se declararon por Toledo y la Junta de Béjar dió orden á Lara para que entregase á aquél el mando y todos los útiles y pertrechos de la expedición. Hízolo Lara, y lleno de despecho, viendo frustradas sus esperanzas en el momento que creía tenerlas aseguradas, se retiró á los Estados Unidos.

Se han querido atribuir estos manejos de Toledo á inteligencia en que estaba con el Ministro español en Washington, más bien por el resultado que las cosas tuvieron, que por ninguna razón fundada, pues antes por el contrario, todo concurre á persuadir que Toledo procedía con resolución y buena fe.

La descubierta que Arredondo había despachado á tomar noticia del enemigo, volvió pronto dando aviso de que se notaba movimiento de mucha gente. En efecto, Toledo, advertido de la marcha de Arredondo, había salido de Béjar á encontrarlo. Hizo entonces éste que una partida de ciento ochenta caballos se adelantase á las órde-

nes de Elizondo, con orden de no empeñar la acción, sino retirarse si era cargada por el enemigo, dándole aviso para marchar á sostenerlo con el grueso de la división.

Elizondo encontró á los insurgentes el 18 de Agosto al amanecer, en el paraje llamado "Atascoso," y habiendo emprendido retirarse, se vió apretado por ellos que dió aviso á Arredondo, quien mandó en su auxilio con ciento cincuenta caballos y dos cañones al Teniente Coronel subdiácono, Don José Manuel Zambrano, el mismo á quien hemos visto haciendo en Béjar la contra revolución en 1811, mas no bastando tal refuerzo para sostenerse, Elizondo, perdidos los dos cañones, se puso en fuga precipitada, echándose sobre la división que estaba en marcha para pasar el río de Medina. Los insurgentes, que dando por segura la victoria avanzaban con intrepidez, persiguiendo á los fugitivos, se detuvieron para formar su batalla en un encinar que sube las orillas de éste río, y Arredondo hizo lo mismo, colocando su infantería, mandada por el Capitán del Fijo de Veracruz, Don Antonio Elosúa, en el centro, la artillería en los dos costados, sostenidos éstos por la caballería á las órdenes, en el de la derecha del Coronel Don Cayetano Quintero, y la de la izquierda de Elizondo. La acción se empeñó y sostuvo con encarnizamiento por más de dos horas. Toledo intentó flanquear por am-

bas alas á los realistas, que se defendieron, formando martillo en los dos extremos, y notando Arredondo que los insurgentes flaqueaban, habiendo perecido muchos de los aventureros norteamericanos que constituían lo más granado de su gente, hizo tocar la música en señal de victoria, con lo que alentados los suyos se echaron sobre la artillería enemiga de que se hicieron dueños, por lo que los de Toledo acabaron de desconcertarse y huyeron, abandonando sus pertrechos y bagajes. Arredondo los hizo seguir por Elizondo con doscientos caballos, el cual ocupó á Béjar sin resistencia, en cuya villa entró aquél con su división triunfante el 24 de Agosto. Hiciéronse en la acción ciento doce prisioneros, que en el mismo día y en el siguiente, fueron pasados por las armas, y lo mismo se ejecutó con muchos de los doscientos quince que fueron cogidos en Béjar, especialmente con los norteamericanos, de los que no quedó vivo ninguno. Arredondo hace subir el número de los insurgentes á tres mil doscientos bien armados, y con una disciplina muy superior á la que había observado en los que había tenido que combatir en aquella revolución: el de los muertos á mil, todo lo cual es ciertamente muy exagerado. Su pérdida la reduce á cincuenta y cinco muertos, ciento setenta y ocho heridos, y ciento sesenta y cinco contusos, sin comprender en los he-

ridos al Coronel Quintero, el subdiácono Zambrano, y varios oficiales que también lo fueron.

Elizondo fué encargado de seguir el alcance con quinientos caballos hasta Nacodoches, y habiéndose situado cerca del pueblo de Trinidad, en el punto en que se junta el camino de la bahía, logró coger á muchos de los dispersos, de los cuales había fusilado setenta y uno hasta el 12 de Septiembre, fecha del parte que dió á Arredondo desde el campamento del Ojo de agua de los Brazos. Este jefe hizo publicar un bando en 10 de Octubre, concediendo el indulto á todos los vasallos del Rey que se presentasen á pedirlo, exceptuando á Gutiérrez de Lara, Toledo, Prado y otros culpables de la muerte de los Gobernadores Herrera y Salcedo y demás oficiales que fueron asesinados en Béjar, quedando también excluídos de esta gracia, los extranjeros.

Pudo escapar Toledo, aunque con algunas dificultades, y se dirigió nuevamente á los Estados Unidos donde entró en relaciones con los insurgentes del interior por medio de los enviados de éstos. En 1815 hizo un viaje á Boquilla de Piedra, puerto que dominaba Victoria y vendió á éste fusiles, armas, pólvora, efectos, estableciendo un tráfico fraudulento que terminó por haber ocupado los realistas el punto.

No volvió Toledo á mezclarse en los asun-

tos de México, pues consiguió contraer un ventajoso matrimonio con una señora viuda de alto rango en la corte de Madrid, con la que volvió á España donde obtuvo una pensión sobre la imprenta real y posteriormente fué Embajador de Fernando VII en la Corte de Nápoles, en cuyo reino tenía su esposa títulos y grandes posesiones.



DON GUADALUPE VICTORIA

Este insurgente es uno de los que más fama disfruta, tanto por su legendaria existencia en Veracruz, cuanto por los altos puestos á que llegó después de hecha la Independencia.

Nació en el pueblo le Tamazula, Provincia de Nueva Vizcaya, el año de 1786, siendo sus verdaderos nombres y apellido, Manuel Félix Fernández; al abrazar la causa de la Independencia, adoptó los que le hicieron conocido después, sin duda para reunir en sí las dos ideas que entonces atraían más la atención de los mexicanos: la religión simbolizada por la Virgen de Guadalupe y la Independencia poi la palabra "Victoria." Era estudiante del colegio de San Ildefonso cuando en 1811 salió para alistarse en las filas de los independientes, militando en ellas con firme constancia á que

no siempre correspondió un éxito feliz. Donde se le ve figurar por primera vez con distinción, fué en el ataque que dió Morelos a Oaxaca el 25 de Noviembre de 1812: jóven valiente y ardoroso se arrojó en esa vez sin haber necesidad, á uno de los fosos para salvarlo á nado y recoger su espada, quedando atascado en el fango, de donde parece que no le quiso ayudar á salir Don Manuel de Mier y Terán, y desde entonces comenzó entre ambos la rivalidad que duró mientras vivieron.

Poseía Victoria una imaginación brumosa y fantástica, que le inclinó á cambiar de nombre, y á singularizarse en muchas ocasiones: tranquilo y frío en el combate, sufría con gusto toda clase de privaciones á que se sujetaba como el último de sus soldados; sereno en el peligro, sin temerlo jamás, constante en sus empresas y de bondadoso corazón, se hizo muy popular. Hallándose en el Sur por las vicisitudes de la guerra, pasó por orden del Congreso de Chilpancingo, al Oriente en 1814, á las órdenes de Rosains, quien lo despachó para fomentar la revolución en la Provincia de Veracruz, cuyo mando tomó en Septiembre del mismo año con el grado de Coronel que le dió el mismo Rosains, por haber marchado para los Estados Unidos Don Juan Pablo Anaya, que era el Comandante de la Provincia. Se distinguió en atacar los convo-

yes que pasaban de Veracruz á Jalapa, en cuyos ataques tuvo siempre muy poca fortuna. Poco se prometían los jefes de la insurrección en la provincia veracruzana, de un jóven que tenía endeble constitución, considerando que no podría sobrellevar las fatigas de una penosa campaña; pero variaron pronto de opinión al observar la facilidad con que adoptaba las costumbres inherentes á la vida de insurgente, en una zona tan malsana como en la que hacía la guerra. Así llegó á rodearse del prestigio que necesita tener el que manda para ser respetado, siendo el primero en acometer y el último en retirarse del peligro, sin jamás exhalar alguna queja por los padecimientos que le sobrevenían.

Don Guadalupe Victoria, en el período de 1811 á 1814, pocas ocasiones tuvo de hacerse notable y fué un Oficial subalterno de Bravo, de Guerrero que también era entonces casi desconocido, y de Rosains. Hasta que asumió el mando de Veracruz y sobre todo, desde que el último jefe citado se indultó fué cuando empezó á adquirir notoriedad; se estableció en el Puente del Rey, punto indispensable para llegar á Veracruz por Jalapa y allí detuvo muchos convoyes, como el que Aguila llevaba en Noviembre de 1814; en cambio el comercio pequeño pasaba sin dificultad por las inteligencias que los insurgentes tenían en el puerto y

por el arreglo que habían ultimado con los comerciantes, quienes pagaban un moderado derecho de tránsito á los primeros. Cuando Guerrero que había acompañado á Tehuacán al Congreso á fines de 1815 se presentó en Veracruz, Victoria que era de un carácter huraño lo invitó sin muchas ceremonias á que regresase al Sur, pues allí nada tenía que hacer; con Bravo no se atrevió á hacer otro tanto, aunque sí le dió claramente á conocer el desagrado con que vería su permanencia en una provincia donde había dejado tan buenos recuerdos; por último, no trató con Terán para nada y aun exigía el pago de alcabala por los fusiles que traía Robinsón para este jefe insurgente, exigencia que dió motivo á la desastrosa expedición á Playa Vicente. Así, pues, no dió ninguna muestra de compañerismo á los demás insurgentes, sus antiguos jefes, y solamente consiguió indisponerse con ellos.

Ocupó el pequeño puerto de Boquilla de Piedras, cercano al Puente del Rey, y por él recibía armas y municiones del extranjero que le traía Alvarez de Toledo; consiguió retenerlo bastante tiempo y podía haber servido mucho á la causa insurgente, pero no pudo hacer lo mismo con el Puente del Rey del que fué arrojado por Miyares. Llorente en vano atacó el puerto (Julio de 1815) y fué hasta Noviembre de 1816 cuando el Teniente Coronel Rincón, se apoderó

de Boquilla de Piedras y del valioso cargamento que en los almacenes había; sin que Victoria se esforzase poco ni mucho en defender el lugar; á pocos días, sin embargo, se apoderó del puerto ó barra de Nautla que también le fué útil, pero que poseyó poco tiempo, pues en Febrero siguiente, le fuè quitada por Llorente, el que no dejó á Victoria que se rehiciera en Misantla.

En 1818 en que la revolución estaba casi extinguida, un Capitán llamado Valentín Guzmán, se comprometió á entregar á Victoria, pero esto lo supo á tiempo y huyó, abandonando hasta su equipaje y ropa de uso. Era tan frugal, que llevaba en los tientos de la silla de montar el tasajo de vaca que formaba su único alimento, muy sabroso y agradable en la tierra caliente. Oculto estuvo desde entonces en los terrenos y en la casa de la hacienda de Peso de Ovejas, perteneciente á Don Francisco Arrillaga; su última derrota fué en Palmillas y otros puntos, y no volvió á reaparecer en la escena pública, sino hasta que Iturbide proclamó el Plan de Iguala. Por el año de 20, había tomado su existencia un carácter fabuloso con motivo de la vida de anacoreta que llevaba en medio de los bosques, no queriendo recibir del Gobierno la gracia de indulto que otros muchos solicitaban cansados de tan prolongada lucha. "En Abril de 1821 se presentó Don Guadalupe Victoria

cerca de Veracruz y publicó una proclama en Santa Fé, refiriendo sus padecimientos durante el tiempo en que estuvo oculto, y exhortando á los independientes á la unión para poner feliz término á la guerra; se dirigió desde las cercanías de Córdoba en busca de Iturbide á las provincias del interior y se le presentó en San Juan del Río, habiéndose separado de Bravo en Pachuca; pero el Libertador le consideró incapaz de ocupar un puesto de consideración," y aûn lo mandó vigilar.

Hecha la Independencia, ningún cargo le dió Iturbide, y Victoria regresó á Veracruz donde ayudó á Santa-Anna, cuando se pronunció y hubo un momento que quedó sòlo, pues éste estaba enteramente desanimado; derrocado el Imperio, Victoria fué miembro del Poder Ejecutivo, perc casi no gobernò atento á mandar el ejército en aquel Estado; se le reconoció el grado de General de División y en las elecciones de 1823 fué electo Presidente de la República para el cuatrienio de 1825 á 1829; sin embargo, por las circunstancias anormales el primer Presidente que tuvo México duró en el puesto desde el 10 de Octubre de 1824 al 31 de Marzo de 1829 que entregó el poder á su sucesor. Por su carácter raro estaba disgustado con los antiguos insurgentes, sus compañeros, y no era bien visto por los de última hora, los que no obstante se aprovecharon de su

carácter débil para adueñarse del mando: Gómez Pedroza, primero y Zavala, después, yorkinos, lo dominaron sucesivamente y aunque el país progresó realmente durante su administración, empezó también la era de los cuartelazos, con el saqueo del Parián se expulsó á los españoles y se echaron los gérmenes de las revueltas que por medio siglo aniquilaron el país.

Victoria bajó del poder y aunque recibió un mando militar en Veracruz, en realidad no volvió á tomar parte en los asuntos públicos y vivió retirado en su hacienda del Jobo. Enfermo en Marzo de 1842, fué trasladado á la fortaleza de Perote para atenderlo, negóse á confesarse con el Cura del pueblo porque era español y hubo necesidad de llamar á otro sacerdote de un pueblo más cercano. Falleció el 21 de ese mes y fué enterrado en el panteón del Castillo; en 1847 los norteamericanos violaron su sepulcro y dos de ellos que bebieron el alcohol en que se conservaban las vísceras murieron. En 1862 sus restos fueron trasladados á Puebla por el General Don Alejandro García.

Victoria fué declarado benemérito de la Patria y se mandó inscribir con letras de oro su nombre en el Salón del Congreso.



DR. FRANCISCO LORENZO DE VELASCO

Este turbulento insurgente era originario de la ciudad de Guadalajara, en la Nueva Galicia, y nació el 10 de Agosto de 1784. Fué hijo de Don Francisco Antonio Velasco de la Vara y de Doña Vicenta Palafox y Lozano. Su padre, deseando que Don Francisco tuviese una brillante educación, lo inscribió en la Universidad de Guadalajara, y en Enero de 1805, presentó un "Acto Mayor," dedicado á Don José Fernando Abascal y Sousa, en cuyo "Acto" disertó sobre derecho español y sostuvo cuatro Conclusiones sobre derecho canónico, habiendo demostrado buen criterio, tino é ilustración en sus tésis. En seguida lo envió á España, donde ingresó á la famosa Universidad de Alcalá.

El talento y la dedicación del joven sa-

cerdote le granjearon bien pronto el aprecio y las distinciones de los maestros de aquella Universidad, quienes le otorgaron el grado de Doctor en divinas letras y lo proveyeron de buenos informes, recomendándolo para que se le asignara un puesto distinguido en la gerarquía sacerdotal. Así es que, á su regreso de España y bajo tan favorables auspicios, consiguió que se le concediera cuando solamente contaba veinticinco años de edad, una prebenda en la Colegiata de Guadalupe, de México.

Sin embargo, el carácter inquieto y desordenado del joven Canónigo lo hizo truncar la halagüeña carrera que parecía abrirle un brillante porvenir en la esfera de los altos puestos sacerdotales; y ya sea por la comprometida situación á que lo habían orillado sus frecuentes desarreglos, ó como asegura Don Lúcas Alamán, porque había sido delatado ante la Inquisición, á causa de algunas doctrinas impías que se le imputaban, ó bien porque sintiera un positivo afecto hacia los principios ó aspiraciones de la causa de la Independencia, proclamada por el Cura Hidalgo, se lanzó resueltamente al campo de la insurrección el 28 de Febrero de 1812, "después de haber meditado uno y medio año la idea de abandonar su casa, con el único fin de servir á la Nación y evitar, si era posible, el derramamiento de sangre en la lucha que entonces

agitaba fuertemente á México," como lo dijo á Porlier en una carta que días después le dirigió.

El Dr. Velasco, al salir de México, fue acompañado por un extranjero que se llamaba Felipe Lailson, y refiere Alamán que el citado Canónigo había extraído de la Colegiata el fondo de medallas y rosarios de la Virgen de Guadalupe, de que estaba encargado, yendo á presentarse á Don Ignacio Rayón en el Valle de Toluca. Bustamante dice que esas medallas las distribuyó á los insurgentes. En la "Defensa de los individuos que ejecutaron la destitución del Virrey Don José de Iturrigaray," se dice que el Dr. Velasco se había marchado con los insurgentes, impelido por las deudas que se contrajo en México, á causa de sus vicios y desórdenes escandalosos.

Este inesperado paso provocó, como era natural, el disgusto de sus superiores gerárquicos, y por lo mismo, el Cabildo Metropolitano lo excomulgó, declarando vacante la prebenda que disfrutaba en la Colegiata. Pero si sensible había sido á dichos superiores el golpe que el Dr. Velasco les dió, fué más duro y doloroso para su padre Don Francisco, quien poseído de grande amargura se dirigió desde Guadalajara al Virrey Venegas, en Agosto de 1812, lamentándose de la funesta determinación de su hijo.

El Dr. Velasco, que había abrazado con verdadero interés y aun con fervor la causa de la insurrección, se ocupó de escribir en pro de ella unas cartas que hizo circular por varios lugares del país, dirigidas al Virrey Venegas, al Canónigo Don Mariano Beristáin y al Brigadier Don Rosendo Porlier.

Don Ignacio Rayón le dió el grado de Brigadier, en Zitácuaro, con cuyo carácter lo acompañó á sitiar á Toluca, y en seguida le previno que fuera á Lerma á atacar al realista Castillo Bustamnte, á quien derrotó el 20 de Mayo, obligándolo á retirarse á Tenango. Con motivo de ese triunfo fué felicitado el Dr. Velasco, por medio de una composición musical que alguna persona le dedicó.

Don Carlos M. Bustamante, que siempre tenía alguna palabra de censura para juzgar á las personas que no le merecían afecto, dice que el Canónigo Velasco, queriendo distinguirse en la carrera de las armas, había conseguido de Rayón que en el periódico "El Ilustrador Americano," que se publicaba en Sultepec, se hiciese aparecer que dicho Velasco era el que derrotó en Lerma á Castillo Bustamante, siendo que al insurgente Alcántara le correspondía ese triunfo.

En esos días habían sido hechos prisioneros algunos realistas en la rendición de

Pachuca, y como se quejaran de que se les trataba á golpes, el Dr. Velasco les dijo que siempre era conveniente que se les "refrescaran los pulmones;" esto es, que se les golpeara.

En Apaseo, Guanajuato, le tocó derrotar á una tropa realista, y al retirarse de allí destruyó la fortificación que había. El año de 1812 le tocó defender el fuerte de San Juan Evangelista, que había en esa provincia. A principios de Noviembre de 1812 se le comisionó para que fuera á reconocer las tropas insurgentes de Monte Alto y contornos de México. En seguida acompañó á Rayón á Huichápan, donde este jefe dispuso que en conmemoración del cumpleaños del Cura Hidalgo se celebrara una función religiosa, en la cual el Dr. Velasco predicó un sermón alusivo, el 29 de Septiembre de 1812.

También le tocó predicar en Huichápam, el día 12 de Diciembre del mismo año, un sermón, en la fiesta dedicada á la Virgen de Guadalupe, habiendo logrado conmover al auditorio, en el cual se encontraban Don Ignacio Rayón y toda su oficialidad.

El Dr. Don Sixto Verduzco, miembro de la Junta de Zitácuaro, conocedor del patriotismo y del talento del Canónigo Velasco, lo hizo su Secretario y su segundo en el mando de las tropas, llevándolo consigo á la provincia de Valladolid, donde sostu-

vo el año de 1813 algunos combates contra varios jefes realistas, favorables unos y adversos otros. Cerca de Pátzcuaro, en las lomas del Calvario, atacó al Coronel Linares, en cuyo encuentro sucumbió Don Fulgencio Rosales, hermano de Don Víctor, el valiente héroe zacatecano, del cual dice equivocadamente el señor Sosa que fué aprehendido y ejecutado en la batalla de Aculco. Velasco se retiró á Uruápam, habiendo dejado enterrados algunos cañones que había hecho fundir y una cantidad de cobre.

Encontrábase en Tlalpujahua el repetido Dr. Velasco cuando Morelos sitiaba el puerto de Acapulco, y entonces fué á unirse con dicho caudillo, quien le confirió la comisión de parlamentario al rendirse aquella plaza. A su regreso, el Cura Morelos lo nombró Vicario general del ejército, encargo que desempeñó pocos días, pues en seguida obtuvo el nombramiento de Mariscal de campo, con cuyo carácter pasó á Oaxaca.

Refiere Castillo Negrete en su historia denominada "México en el Siglo XIX," que el Dr. Velasco importunaba frecuentemente al General Morelos con la pretensión de que lo nombrara Diputado al Congreso que se iba á establecer, pero que para quitarse de encima á dicho Velasco, lo había mandado á Oaxaca á verificar la aprehensión de los Canónigos Don Jacinto Moreno y

Bazo y D. J. Vasconcelos, quienes trabajaban contra la causa de la Independencia. Velasco cumplió esa orden haciendo que salieran desterrados de allí dichos Canónigos.

Al verificarse la instalación del Congreso de Chilpancingo (Septiembre 13 de 1813), el Dr. Velasco llevó la voz para proponer que sin demora se obligase á Morelos á aceptar el grado de Generalísimo y depositario del Poder Ejecutivo. En la misa de Espíritu Santo que se celebró con motivo de tan interesante acontecimiento, ocupó el mismo Velasco la cátedra sagrada, para exhortar á los miembros del Congreso á que alejaran toda pasión ó interés extraño al verdadero bien de la nación.

Como queda referido antes, el Dr. Velasco había ido á Oaxaca como Mariscal de campo á cumplir la comisión que le encomendó Morelos, y al encontrarse en dicha ciudad publicó una patriótica proclama dirigida á los oaxaqueños y en ella trató con lenguaje vehemente y acre al Ilmo. Bergosa y Jordán, Obispo de aquella Diócesi. En la misma ciudad contrajo amistad estrecha con el Subdiácono Don Ignacio Ordoño, sacerdote de carácter inquieto y de vida nada ejemplar, y ambos se entregaron á una vida nada edificante, por lo que Don Ignacio Rayón dió, á instancias de varias personas, orden al Canónigo Don José de

San Martín para que los mandara arrestar. Sin embargo, el Dr. Velasco tuvo oportuno aviso y se puso de acuerdo con Don Juan Pablo Anaya, á fin de resistir á los aprehensores Así es que, reunidos ambos con sus escoltas, en la misma casa en que acostumbraba entregarse al juego el Dr. Velasco, se presentó el Canónigo San Martín con alguna gente, pero fué recibido á balazos; el Comandante Montes de Oca penetró á la casa, sable en mano, y pudo así aprehender á Velasco, á quien puso preso en el convento de Santo Domingo.

Lograda esa captura, determinó el Canónigo San Martín enviar al Dr. Velasco á Huajuápam, para entregarlo á Rayón, pero lo mandó escoltado por un español de apellido Vilchis, quien se puso de acuerdo con el prisionero, y ambos se fugaron en el camino.

Entre tanto, el Gobierno realista, empeñado en recuperar la importante plaza de Oaxaca, envió al Brigadier Don Melchor Alvarez, quien logró ocuparla en Marzo de 1814, y como se encontraban allí los Canónigos San Martín, Velasco y otros sacerdotes, los mandó arrestar, por insurgentes. El Canónigo Velasco, temiendo algún duro castigo y obrando con astucia y con el interés de salvarse, aparentó una actitud de contrita y espontánea sumisión, dirigiendo á Alvarez un papel en el que se manifes-

taba arrepentido de su conducta; publicó también un manifiesto á los americanos juzgando desfavorablemente la insurrección y á los jefes insurgentes A Rayón lo calificaba como un mónstruo de ingratitud, de ignorancia y de crueldad. prostituido en el vicio de la embriaguez, y dice que su carácter estaba fundido en los mismos moldes de Atila y de Robespierre. Otros cargos podrían hacerse á Rayón, pero esos no. A Morelos lo trata de inepto, apenas capaz de una que otra buena acción. Trata duramente á la causa de la Independencia, se muestra decepcionado de ella y se arrepiente de haber sido su defensor ó partidario. Bustamante, con bastante acierto, juzgá ese acto de humillación ó debilidad del Dr. Velasco, como un baldón eterno para ese eclesiástico.

No obstante la fingida actitud de éste, mostrándose arrepentido y sumiso, solamente consiguió que el Brigadier Alvarez le perdonara la vida, á reserva de lo que pudiera resolver el Virrey, y en Mayo del mismo año de 1814, hizo salir al Dr. Velasco, al Dr. San Martín y á otros eclesiásticos para Puebla, donde debía juzgárseles, aunque parece que el objeto principal era remitirlos á San Juan de Ulúa ó Puerto Rico.

El Comandante militar de aquella ciudad, Don Ramón Díaz de Ortega, procediendo

con instrucciones del Virrey, pidió al Canónigo San Martín, al Dr. Velasco y á los otros sacerdotes, algunas noticias relativas á la revolución. Velasco contestó en oficio de Junio de dicho año, que lo único que podría declarar, era que algunos jefes de la causa insurgente mantenían relaciones con el Dr. Guridi y Alcocer, con el señor Villaurrutia y con otras personas de México.

El Virrey Don Félix Calleja, tal vez en consideración al aprecio que profesaba á Don Francisco Antonio Velasco, concedió al Canónigo la gracia de indulto provisional, á reserva de lo que sobre esto pudiera resolver el Monarca de España. Le permitió, por lo mismo, que fuera á Jalapa, en calidad de indultado.

Desde que el Dr. Velasco se encontraba en Puebla, se ocupó de hacer gestiones conducentes á que se le permitiera ir á España á unirse con su padre, el Lic. Don Francisco Antonio, quien entonces se encontraba en aquel país, y al mismo tiempo, solicitó del Virrey que se le facilitaran algunos recursos para los gastos de viaje, lo que le fué concedido, habiéndose librado orden para que en Veracruz se le dieran tres mil pesos en calidad de reintegro, de cuya suma parece que solamente percibió quinientos. Sin embargo de esta determinación, el Dr. Velasco no se daba prisa en marchar á la Península, y tal vez el Virrey.

sospechando que no llegaría á emprender el viaje, ó que trataba de evadirlo de algún modo, dispuso que al fin fuera confinado á Puerto Rico, á esperar allí la resolución del Rey con respecto al indulto provisional que se le tenía concedido, pues no era conveniente que siguiese residiendo en el Virreinato de Nueva España.

Para conducir hasta Veracruz al Dr. Velasco, se dispuso que lo fuera custodiando el Coronel Zarzosa; pero al saber esta determinación, se fugó de Jalapa, llevándose cien onzas de oro pertenecientes al mencionado Coronel, según refiere el realista Don Luis del Aguila en el parte respectivo. En seguida se dirigió á Tehuacán á unirse con el Lic. Rosains, el cual aunque lo admitió á su lado lo dió de baja dejándolo como soldado raso. La primera comisión que este jefe le encomendó fué enviarlo á conferenciar con Don Vicente Guerrero, á fin de invitarlo á una entrevista con Rosains, quien deseaba inclinar al caudillo suriano á poner fin á las diferencias que tenía con el Brigadier Sesma. Guerrero no aceptó la invitación por esa vez, y Rosains fué á unirse con Sesma en Silacayoápam, y después se situó en Huamantla, donde el Dr. Velasco tuvo que predicar un sermón en una festividad religiosa, pero durante esa ceremonia se recibió la noticia de la aproximación del Coronel realista Márquez Do-

nallo, y por este motivo abandonó precipitadamente el templo el citado Velasco, para atender al combate que allí tuvo lugar, habiendo sido derrotados los insurgentes.

Pocos días después sufrió Rosains otra derrota que le infirió el mismo Márquez Donallo en el pueblo de San Andrés, (Enero de 1815). Irritado Rosains contra dicho pueblo, mandó al Brigadier Velasco á castigarlo. Este permitió que hubiera saqueo é hizo prender fuego á la Colecturía de Diezmos, donde se consumió gran cantidad de semillas, y al mismo tiempo publicó un bando, imponiendo la pena de muerte para los que permanecieran allí á la entrada de alguna tropa realista.

Algo más de un año había transcurrido desde la fecha indicada, y durante ese tiempo, el Dr. Velasco anduvo unido á Terán, sucesor de Rosains, con quien participó de todos los riesgos y penalidades que ofrecía la campaña en que dichos jefes estaban empeñados contra el Gobierno realista. El Dr. Velasco, impulsado por alguna necesidad ó por algún proyecto, pretendió embarcarse para los Estados Unidos á principios de 1816, pero al ir á poner en práctica su propósito, tropezó con un contratiempo inesperado. El General Don Guadalupe Victoria, que había estado en pugna con todos los partidarios de Rosains, mandó poner preso á Velasco en un calabozo,

sujetándolo con grillos y cadenas, pero después lo dejó en libertad y fué nuevamente á unirse con Rosains.

Cuando Don Manuel de Mier y Terán, interesado en surtirse del armamento que le proponía el americano Williams Davis Robinson, se dirigió con éste á Playa Vicente, en la costa de Coatzacoalcos, á fin de arreglar el desembarco de dicho armamento, hizo que lo acompañase el Dr. Velasco, de quien desconfiaba, por su carácter intrigante.

Desgraciadamente resultó infructuosa dicha expedición, pues Mier y Terán fué derrotado por el realista Topete el 8 de Septiembre de 1816, cerca de Mixtan ó Huaspala, donde murieron ahogadas algunas personas, y entre ellas el Dr. Velasco.

Después de consumada la Independencia, se suscitó una ruidosa polémica entre Rosains y Terán, con motivo de la muerte del Dr. Velasco. Rosains había publicado una "Relación Histórica," en la cual hizo aparecer como autor de esa muerte á Terán, quien se defendió enérgicamente, vindicándose de tan terriblbe cargo por medio de informes y declaraciones de personas idóneas y de testigos presenciales, quienes aseguraron que el eclesiástico referido había muerto ahogado en el río Coatzacoalcos, y no víctima del asesinato que se imputaba á Terán.



DR. DON JOSE IGNACIO COUTO E IBEA

Este sacerdote era originario de Orizaba, Estado de Veracruz, y desempeñaba el Curato de San Martín Texmelúcan, en el Obispado de Puebla, cuando dió principio en Dolores la revolución de Independencia. No haremos ninguna referencia relativa á los estudios que para entrar en la carrera eclesiástica hizo el Dr. Couto, porque el objeto principal de estos apuntes se limita á presentarlo únicamente en su vida como partidario de la Independencia.

Consta en la causa que á dicho sacerdote se instruyó en Puebla el mes de Septiembre de 1817, que desde los primeros días de la insurrección había comenzado á dar muestras de marcadas simpatías hacia ella, por cuyo motivo hizo entrar en sospechas y desconfianzas á las autoridades realistas. Así es que el Gobernador de aquella ciudad

se vió obligado á separarlo de su Curato, pero esta determinación no produjo el resultado que se deseaba, pues el Dr. Couto siguió haciendo uso de la influencia que ejercía en San Martín Texmelúcan, Puebla y otros lugares para entregarse á una activa propaganda en favor de la insurrección.

Tres años había permanecido separado de dicho Curato, y durante ese tiempo mantuvo correspondencia con varios jefes insurrectos, particularmente con Victoria y con Rosains, á quienes daba noticias acerca de las disposiciones que tomaba el Gobierno. El Gobernador Don Ramón Díaz de Ortega, que vigilaba cuidadosamente la conducta del Dr. Couto, pudo persuadirse de la adhesión que tenía á la causa insurgente y por lo mismo, dispuso que fuera remitido á Veracruz por el Coronel Don Luis del Aguila. El Dr. Couto iba desterrado á España, pero tuvo la fortuna de fugarse en Tepeaca, burlando la vigilancia de sus guardas, (Diciembre de 1813).

Libre ya, se fué á Tehuacán y se presentó al insurgente Rocha. dirigiéndose después á Oaxaca, desde donde en Enero de 1814 escribió al General Morelos, refiriéndole las peripecias de su fuga y de sus padecimientos, que no habían enervado su carácter, pues estaba dispuesto á seguir luchando en favor de la Independencia, á cuyo fin le pedía que lo ocupara en aquello

que lo creyese útil al servicio de la patria. En el mismo sentido escribió al Lic. Don Rafael Argüelles, á quien le pedía lo alumbrara acerca de las verdaderas tendencias ó móviles de la revolución; á Rosains le pedía también consejos y le suplicaba le dijera en qué podría ser útil á la patria, pues estaba dispuesto á sacrificarse por ella y á abandonar su familia y la quietud que antes gozaba en el hogar.

Desde entonces quedó el Dr. Couto á las órdenes de Rosains, y este jefe lo envió á poner término á las rencillas que tenían divididos á los insurgentes Aguilar y Rincón, á quienes se trataba de reconciliarlos, pero la comisión del Dr. Couto no dió el resultado que se deseaba. También le encomendó otras comisiones y en Noviembre de 1814 lo nombró Comandante militar de Huatusco, en cuyo tiempo fué aprehendido allí Don Carlos M. Bustamante, de orden de Rosains, quien dejó después al Dr. Couto en Tierra Caliente, á fin de que sirviese como consejero á Victoria.

Don Carlos Bustamante refiere que yendo él para Huatusco lo asaltó en el camino el guerrillero Anzúrez, quien le tomó su equipaje y $1,300, que se distribuyeron entre la tropa, con aquiescencia del Dr. Couto, so pretexto de que el dinero se necesitaba para la misma tropa.

Cuando Terán disolvió el Congreso en

Tehuacán, el Dr. Couto, que era miembro de aquella Corporación, fué apresado con los demás Vocales de la misma, pero al encontrarse libre después, se unió con Victoria, quien le confirió el grado de Teniente Coronel con el mando de un Batallón de infantería, que había sido organizado en Maltrata y se llamaba "Regimiento de la República." Desde entonces comenzó á ejercer funciones militares el Dr. Couto, pues antes se había ocupado principalmente en el desempeño de comisiones de otra clase.

Pocos fueron los combates en que tomó parte, pero no por eso fueron menos interesantes sus servicios en el campo de la guerra, pues á fines de 1816 se batió con una fuerza realista en Tomatlán, á la cual pudo derrotar, causándole serias pérdidas y capturándole algunos pertrechos de guerra. No corrió igual suerte en otro encuentro que él y los Coroneles Bonilla y Samaniego tuvieron con el realista Don Fernando de Cubas, quien los derrotó en Xicochimalco, costa de Veracruz, á principios de 1817. Pero el combate más notable en que se distinguió el Dr. Couto, fué el de Palmillas, cuya posición, constituida por una pequeña eminencia abrupta é inaccesible, le ofreció facilidades para una buena defensa. Así es que él mismo hizo veces de ingeniero, dirigiendo en persona la fortificación y encargándose del mando de la pequeña tro-

pa con que estaba guarnecida dicha fortaleza.

En ese tiempo el Coronel realista Don Francisco Hevía ordenó á su segundo, Don José Santamarina, marchara á poner sitio á Palmillas, cuyo fuerte contaba con siete piezas de artillería y poco armamento. Sin embargo, la resistencia que hicieron los insurgentes fué vigorosa y tenaz, pues durante treinta días no pudieron dominarla los sitiadores, quienes apelaron á promesas de indulto y á intimaciones amenazantes, con el fin de rendir á los que la defendían, pero el Dr. Couto no cesaba de animarlos con sus arengas. exhortándolos esforzadmente á que no se amedrentaran ni cedieran á las promesas y amenazas de los realistas, las cuales eran contestadas á cañonazos; pero llegó el momento en que se hizo difícil la resistencia, y entonces apelaron los sitiados á abandonar el fuerte, (29 de Junio de 1817), perdiendo allí su artillería, fusiles, parque y otros objetos. Se les hicieron setenta y cinco prisioneros, entre los cuales se contó el Dr. Couto, quien fué conducido con los mismos á Córdoba, no sin dejar de sufrir en el camino algunas privaciones, amenazas y malos tratamientos. Allí se le puso preso en el cuartel del Batallón de Castilla, y habiendo intentado seducir á los soldados que lo custodiaban, se le transladó á un lugar más seguro.

El Coronel Hevía, en carta que dirigió al Virrey Apodaca, le decía que los defensores de Palmillas habían contestado con las bocas de los cañones las ofertas de indulto, y que el Dr. Couto merecía ser fusilado por su obstinación y porque procuraba impedir que se indultaran los sitiados. En efecto, el Coronel Hevía pretendió pasarlo por las armas; pero el Dr. Don Miguel Valentín, Cura de Córdoba, logró contener al jefe realista, manifestándole que era preciso que el Dr. Couto hiciese antes unos ejercicios espirituales: esto con el fin de que se pudiera dar aviso al Obispo de Puebla y al Virrey, quien ordenó luego se enviara el reo á dicha ciudad, á fin de que allí se le sujetara á proceso, lo que se verificó, poniéndolo recluso en la Cárcel Episcopal, á disposición del referido Obispo, para que fuera degradado en su carácter sacerdotal, en la misma forma en que lo había sido Morelos.

Tanto el Brigadier Don Ciriaco de Llano, Gobernador entonces de Puebla, como el Coronel Hevía, se empeñaban en que el Dr. Couto fuera pasado por las armas, pero á fin de evitar censuras y un escándalo público, insistieron en que se le degradara previamente. Sin embargo, el Obispo Pérez, que sin duda lo apreciaba, se propuso salvarlo, resistiéndose á la degradación, pues la estimaba como improcedente ó inadmisi-

ble. Sobre este asunto medió una activa y acalorada correspondencia oficial entre aquel Prelado, el Virrey Apodaca, el Auditor Bataller, el Brigadier Llano y el Coronel Hevía, y el incidente indicado provocó durante el proceso extensos alegatos en que fueron traídas á colación muchas leyes civiles y muchas doctrinas y prácticas canónicas, en pro y en contra de la facultad de degradar á los eclesiásticos. Se consultó, pues, sobre este asunto á la Real Audiencia de México, y el Fiscal Yáñez en su dictamen concluyó pidiendo que se diera orden á Llano para que al instante fuese extraído el reo de la Cárcel Episcopal y se le pusiera preso en la cárcel pública ó en un cuartel y se remitiese el proceso al Obispo, á fin de que dentro del perentorio plazo de seis días se ejecutara la tan cuestionada degradación, y en seguida fuese juzgado el reo por un tribunal ó Consejo de Guerra, (Febrero de 1818).

En tal concepto, el Obispo de Puebla nombró al Cura Don Miguel Valentín, para que asociado al Fiscal del Consejo, Don Francisco Armesto, se procediese al proceso respectivo, el que dió principio en Córdoba el 2 de Septiembre. Se hicieron al reo tres preguntas solamente; esto es, sobre la causa de su prisión, sobre el tiempo que anduvo con los insurgentes, y por qué no se había acogido á la gracia de indulto. A

estas preguntas contestó sin vacilar, que había sido capturado en Palmillas por haber hecho la defensa de aquel fuerte; que anduvo tres y medio años con los insurgentes, llevando el grado de Teniente Coronel, y que no se había indultado porque se encontraba lejos de donde pudiera obtener esa gracia.

En seguida se remitió al reo á Puebla para la continuación de la causa ante el Consejo de Guerra permanente, cuyo tribunal lo reconvino sobre los puntos siguientes: ¿Por qué no se había presentado á indulto? Dijo: que ese paso lo consideraba inútil, supuesto que sabía que á él se le consideraba excluido de esa gracia. Que se había ocupado de seducir á los centinelas en Córdoba. Dijo: que esa inculpación era falsa. Que había sido declarado enemigo del Gobierno, yéndose con los insurgentes, fomentando la rebelión. Dijo: que impelido por las persecuciones de sus enemigos lo había hecho así, pero que lejos de perjudicar á la causa del Rey la había favorecido, pues nunca permitió que se quitara la vida á ningún soldado realista, como parece, en efecto, que sucedió. Además de esos cargos, se le inculpaba de que al ser aprehendido despreció temerariamente el indulto; que había insultado á los aprehensores, á quienes pedía que mejor le dieran cinco balazos, y que sería insurgente aun

entre el polvo de la humillación y del sepulcro.

Por último, probablemente como un recurso para atenuar el castigo que le esperaba, manifestó que cuando Terán se propuo disolver el Congreso, lo había aconsejado en ese sentido, á fin de que el Gobierno decayese en una sola persona, supuesto que éste era el único medio de que cesara la sangrienta guerra que devoraba á la Nación.

El Consejo de Guerra condenaba al Dr. Couto á la pena capital, pero habiendo hecho en su favor una vigorosa y bien fundada defensa el Dr. Ignacio Zaldívar y Campuzano, se suspendió la pena de muerte, pues dicho defensor hizo todo lo posible para sacar inocente al reo, implorando misericordia para él, en nombre de la Humanidad y de la Religión. Volvióse á insistir con el Obispo, pidiéndole la degradación tantas veces cuestionada, pero aquel Prelado pasó los autos á su Promotor Fiscal, Don Luis Mendizábal y Villaldea, quien dijo, que si no se indultaba al Dr. Couto, á lo menos debía seguirse instruyendo la causa por medio de los serenos y juiciosos trámites del Derecho. Entre tanto, la Junta Conciliar del Obispado, fundándose en varias reglas ó leyes canónicas, acordó que no se podía proceder á la degradación.

Finalmente, después de haber corrido mu-

chas actuaciones, alegatos, recursos de fuerza y dictámenes, la causa seguía lentamente su curso, y en el ínterin, el Dr. Couto escribió al Obispo de Puebla, informándole extensamente acerca de todo lo que le había acontecido en la revolución y en las prisiones, y le suplicaba se interesara en favor de él. En ese mismo escrito dijo que no solamente había contribuido á la disolución del Congreso en Tehuacán, sino que también trabajó con algunos de sus miembros para disuadirlos de la incompatibilidad de un gobierno republicano, con el genio ó el carácter del pueblo de México.

Entre tanto, el Dr. Couto, tal vez molesto ó desesperado de tan larga prisión, ó bien presintiendo algún terrible desenlace de la causa que de una manera tan lenta se le seguía, esperó la ocasión propicia para evadirse (parece que de acuerdo con su Prelado), lo que consiguió el 29 de Octubre de 1818, mas no con el objeto de ir á agregarse nuevamente al partido de la insurrección, sino más bien para ir á implorar la gracia de indulto, según el mismo sacerdote decía al Virrey en la instancia que le dirigió el 24 de dicho mes, desde el lugar en que se encontraba oculto, manifestándole á la vez el deseo que tenía de emplear el resto de sus días en acreditar al mundo su sincero arrepentimiento. No obstante esto, el Dr. Couto siguió substrayéndose

á la acción de las autoridades realistas. Alamán refiere que el citado sacerdote se había salido de la cárcel del Obispado, á la sazón que llegaba la orden para que se le fusilara, habiendo tenido que escaparse por entre la guardia, disfrazado con la ropa de un clérigo, y que el Dr. Don José Manuel Herrera, que se hallaba en Puebla, lo ocultó en una bóveda subterránea de la iglesia del Espíritu Santo; pero en un impreso existente en la Biblioteca Nacional, se dice que quien tuvo oculto al Dr. Couto más de un año en una bóveda, fué Don José Antonio Cardoso. Cerca de dos años después de haberse fugado, estuvo dirigiendo peticiones en solicitud de ayuda y de la gracia de indulto al Obispo de Puebla, al Virrey y al Comandante General Don Ciriaco de Llano, hasta que el Virrey le concedió la gracia indicada, el 14 de Junio de 1820, concediéndole residir en Atlixco, y el 9 de Marzo de 1821 se decretó que podía gozar del olvido general otorgado á los reos políticos por las Cortes de España.

Casi al mismo tiempo que el Dr. Couto comenzaba á respirar el aire de la libertad, después de cerca de cuatro años de sufrimientos de un duro cautiverio, los rayos del sol de la Independencia comenzaron también á iluminar el suelo mexicano, por tanto tiempo obscurecido con el humo de

los combates y empapado con la sangre de innumerables víctimas.

El plan de Iguala vino al fin á consumar la gloriosa empresa de Hidalgo y de Morelos, y á consagrar á ese pueblo bajo la sacra bandera de la triunfante Independencia; cupo, por lo mismo, al animoso patriota Don Ignacio Couto é Ibea, presenciar ese triunfo final de la patria, y la brevedad de estos apuntes no permite ya ocuparnos más acerca de la vida pública del digno hijo de Orizaba.



DON IGNACIO MARTINEZ

Este insurgente hizo una rapidísima y rara carrera que en breves líneas vamos á reseñar.

Fué originario de Querétaro, donde nació, según declaró él mismo, el año de 1794, é ingresó á la revolución en 1810, cuando acababa de cumplir diez y seis años; la causa de que en tan temprana edad diese ese paso, no fué únicamente el entusiasmo por la causa nacional, sino más bien el influjo decisivo que sobre él ejercía Don Ignacio López Rayón, á expensas de quien parece que vivía, y que estaba casado con una hermana de dicho Martínez. Esta fué la causa determinante de su rápida carrera, pues no consta que adquiriese sus grados en los campos de batalla, como otros muchos.

Hizo con su cuñado ó hermano político,

como se dice ahora, toda la campaña desde Aculco hasta Guadalajara y el Saltillo, y estuvo en la retirada á Zacatecas, donde se encargó de la Intendencia del ejército, cargo que no volvió ya á abandonar, pues ya sea porque tuviese aptitudes para ello, ya porque á Rayón le conviniese tenerlo en aquel puesto, es lo cierto que lo conservó en ese ramo y lo hizo Visitador. Sin embargo, le dió grado militar, y ya en la reunión habida para instalar la Junta de Zitácuaro, figura con el carácter de Mariscal; era indudablemente el militar de alta graduación más joven que figuraba en el ejército independiente, pues ni Morelos dió ese grado á su hijo, Don Juan Almonte.

Con el título de Visitador, bastante quehacer dió á todos los insurgentes, sin excluir al mismo Morelos, pues enviado por la Junta en Diciembre de 1811 á Tasco, quería atribuirse la gloria de la ocupación de ese punto, la que pertenecía á Galeana, y apoderarse del botín capturado, del que ya había disipado trescientas cargas; hubo necesidad de que Morelos se presentase en persona en Taxco para cortar discusiones, y que con cajas destempladas enviase á Martínez á Tlalchapa, á donde se había refugiado la Junta. No por eso escarmentaron ni Rayón ni su Visitador, el que después de haber tenido enojosas discusiones con Don Mariano Ortiz y otros jefes de

Sultepec, fué enviado á Zacatlán á reclamar á Osorno la parte del botín que correspondía á Rayón, del botín quitado en Pachuca á los realistas por Beristain; Osorno lo trató muy mal, pero le entregó diez y seis barras de plata, y además, Martínez consiguió interceptar en el camino algunos efectos, con los que se presentó en Tlalpujahua. Todavía acompañó á su cuñado en la expedición que hizo á Huichápam para sondear á los Villagrán; quiso allí, como en todas partes, exigir cuentas, pero fue enviado á noramala por Francisco de aquel apellido, el que lo tuvo preso; acaso lo hubiera fusilado, como dice el diario del Secretario de Rayón, si no hubiera encomendado su salvación á la fuga, "valiéndose de la embriaguez y excesos en que aquellos hombres perversos estaban sepultados."

En Tehuacán (Noviembre de 1812), tuvo sus diferencias con Matamoros, en realidad, porque no quería entregar las barras de plata que de lo de Pachuca correspondían á Morelos, y su conducta dió motivo á una larga correspondencia: mientras Rayón decía de su Visitador que era "de genio activo y eficaz y muy á propósito para obligar á los subalternos á que guardasen la debida subordinación," Morelos por su parte, decía de él: "No hay duda que si el carácter de este sujeto, más propiamente llamado y generalmente reconocido por or-

gulloso, venal, díscolo y arrogante, no fuese igualmente tan criminal, pudiéramos esperar á lo menos el que cumpliese á los insubordinados é indolentes, á cumplir con su deber. Pero como todas estas nulidades concurren en él en tan alto grado, de suerte que le han concitado el odio general de todos, yo por mi parte aseguro á V. E., con toda la sinceridad de que soy capaz, que para mí y para cuantos lo conocen ó saben de él, no hay hombre más detestable ni puedo menos que sorprenderme, al ver su credencial." Ante esta declaración tan perentoria seguida de otras en las que Morelos no disimulaba su disgusto, Rayón hubo de llamar á su cuñado, el que por entonces dejó el Oriente y fué al Occidente, donde no había muchas cuentas que tomar á los guerrilleros del rumbo.

Sin embargo, no desistió de su idea y lo llevó al Congreso de Chilpancingo con el carácter de acompañante, pero como allí no se manejaban fondos, no tuvo ocasión Martínez de indisponerse con nadie; no obstante, el Congreso utilizó sus servicios, que no fueron grandes, y cuando Rayón pasó á encargarse del mando de Oaxaca en 1814, llevó á su cuñado y allí acreditó su incompetencia, pues dejó que se dilapidasen los fondos y efectos del ejército insurgente, que eran valiosos; por algún tiempo la historia no se ocupa de Martínez, por lo que se ig-

nora si siguió en el Oriente ó volvió al Sur, y lo único que consta después, es que todos los insurgentes se quejaban de él y que en Uruápam fué nombrado (Diciembre de 1814), Intendente general, por lo que, de acuerdo con la Constitución de Apatzingan, debía tener á su cargo casi toda la administración de la Hacienda pública, pero fueron tantos los abusos que cometió, que el mismo Congreso se vió obligado á suspenderlo en su empleo, y para solicitar su reposición fué á Tehuacán cuando el Congreso llegó allí. Ayudó entre tanto á la expulsión de los frailes carmelitas, medida que disgustó á Terán, y protegido por Alas, consiguió verse repuesto en su cargo de Intendente, con lo que lleno de soberbia se presentó en las oficinas recaudadoras á exigir cuentas y á remover empleados, todo esto con el trato duro y brusco que le era genial. Terán, queriéndose mostrar conciliador aún, se quejó al Congreso; Martínez entonces á su vez acusó á Terán y á sus empleados, de ocultar los fondos; origináronse contestaciones y este incidente no fué de los que menos influyeron en la resolución que tomó aquel jefe de disolver el Congreso.

Martínez tuvo que tomar una vez más el camino de Michoacán, donde llevó una existencia obscura, siguiendo la mala fortuna que ya no se separaba de Rayón. Cayó prisionero con éste y lo acompañó en la pri-

sión, sin que en sus declaraciones comprometiese en nada al que todo se lo debía. Cuando se sobreseyeron todas las causas, quedó en absoluta libertad, y parece que en nada contribuyó á la revolución de Iturbide; la Junta de recompensas le reconoció sus servicios, le dió el grado de General de Brigada y lo recomendó al Gobierno, que lo utilizó en diferentes empleos, uno de los cuales fué el de Gobernador del Distrito Federal en 1837. Por sus groseros modales y desagradable fisonomía, se le conocía con el apodo de "El Macaco," pues se dice que se asemejaba á los monos de esa clase. Falleció, según referencias, en Toluca.



CARLOS MARIA DE BUSTAMANTE

Este distinguido escritor y célebre insurgente, no podía faltar en esta galería.

Nació en Oaxaca el 4 de Noviembre de 1774: su padre, Don José Antonio Sánchez de Bustamante, español de nacimiento, fué casado cuatro veces, y nuestro Don Carlos fué el primogénito de su segundo matrimonio con Doña Jerónima Merecilla y Osorio, que le dejó huérfano á la edad de seis años, y su niñez fué bastante enfermiza. A los doce años de edad comenzó á estudiar gramática latina en el estudio particular de Don Angel Ramírez, y luego pasó á cursar filosofía en clase de capense al Seminario de Oaxaca; su maestro Don Carlos Briones era tan metafísico como el P. Goudín, por quien enseñaba, y Bustamante sin poder aprender nada de aquellas sutilezas en el primer año, entró á examen y fué re-

probado por todos los votos. Estimulado por la ignominia de esta reprobación y por las severas reprensiones de su padre, se aplicó al estudio con empeño en el segundo año, y su trabajo fué mucho más fructuoso, pues obtuvo una sobresaliente calificación. Con ella pasó á México y se graduó de bachiller en Artes: vuelto á su patria estudió Teología en el Convento de San Agustín, pero no se graduó de Bachiller en esta facultad hasta el año de 1800. En el de 1796 comenzó en México la carrea de Jurisprudencia, viviendo en el Colegio de San Pablo, y siguiendo como capense los cursos de aquella facultad: á sus adelantos contribuyó mucho su hermano Don Manuel, que murió por 1840, siendo Magistrado en el Tribunal de Morelia. Aplicóse también á traducir el francés, y una feliz casualidad hizo que le conociese el Dr. Don Antonio Labarrieta, que era á la sazón colegial de Santos. Hízole ir á verle al colegio de Santos, en donde comenzó su práctica forense con el mismo Labarrieta, á quien siguió á Guanajuato, de donde le hicieron Cura. Bustamante había ganado también la gracia del Virrey Azanza por una inscripción latina que le presentó para que se pusiese á la entrada del paseo de su nombre que se estaba entonces formando, y que ahora es conocido con el de "Calzada de la Piedad." El Virrey se

había propuesto colocar á Don Carlos en su familia, lo que no tuvo efecto por haber sido removido del Virreinato; pero le dejó recomendado al Asesor general Don Miguel Bachiller, quien después le asignó 500 pesos anuales en clase de auxiliante de su despacho.

De Guanajuato pasó Don Carlos á Guadalajara para recibirse de abogado en aquella Audiencia, prometiéndose que se le dispensarían dos años de práctica que le faltaban, por las recomendaciones que llevaba del Virrey Azanza; pero llegó precisamente cuando se acababa de recibir una real orden, prohibiendo toda dispensa de tiempo, y tuvo que esperar para licenciarse hasta el día último de Julio de 1801. En el mismo día de su examen y aprobación, murió el relator de la Audiencia, cuya plaza se le confirió: comenzó á desempeñar su empleo con grande trabajo, porque era muy crecido el número de causas de robos y asesinatos; y habiéndosele mandado extender en uno de los días de despacho una sentencia de muerte, se sobrecogió de tal manera, que por no volverse á ver en caso tan desagradable, renunció en el mismo día el empleo y se volvió á México, trayendo buenas recomendaciones para el señor Don Tomás González Calderón, que era entonces Gobernador de la Sala del crimen. Este, en prueba de la protección que quería

dispensarle, le encomendó la defensa del autor moral del asesinato de Don Lúcas de Gálvez, Capitán General de Yucatán, que fué hallado muerto en su volanta por una lanzada que le dió un hombre que pasó á caballo cerca de ella al anochecer, en las inmediaciones de Mérida. Era este proceso el más ruidoso de aquel tiempo: el Gobierno español, empeñado en sostener la autoridad y decoro de los empleados de alta categoría, como era Gálvez, había gastado más de cuarenta mil pesos en practicar las más exquisitas diligencias para descubri los reos, y había comisionado al oidor Don Manuel de la Bodega para que pasase á Yucatán á la averiguación del hecho. Todo había sido inútil: Bodega creyó que el asesino era el Capitán Don Toribio del Mazo y Piña, sobrino del Obispo, sobre quien recaían las sospechas por ciertos amoríos: en tal concepto se le tuvo preso algunos años, con enormes grillos en los más horribles calabozos de San Juan de Ulúa; y fué tal el rigor con que se le trató, que cuando llegó el momento de ponerle en libertad, mandó el Gobierno que se le sacase de la prisión paulatinamente, para que no perdiese la vista por el golpe repentino de la luz, de que había carecido por tanto tiempo. Habíanse escrito en la causa más de quince mil fojas, sin provecho alguno, cuando ante el Alcalde de Mérida

Don Anastasio Lara se denunció á sí mismo Estéban de Castro, como instigador del asesinato para vengarse de la familia de los Quijanos, que no le habían dejado casar con una señora de ella: el ejecutor del crimen fué Manuel Alfonso López. El Castro había sufrido tormento por tiempo ilimitado, que le dejó lisiado para toda su vida.

Con tan desfavorables antecedentes, se presentó nuestro Don Carlos á defender el reo: el fiscal del crimen asistió al informe, que duró cuatro días. Bustamante expuso menudamente todas las circunstancias del proceso, y habló con tanto calor, que logró conmover vivamente á los alcaldes de Corte que formaban la Sala. Llegó la vez que hablase el fiscal, quien con noble franqueza, dijo al Tribunal: "El primer día, señor, creí que todo este aparato era una mera ceremonia, y que el abogado de este reo se presentaba á hablar para que esta víctima fuese al sacrificio con todas las solemnidades legales; pero confieso que sus reflexiones han hecho en mi ánimo una impresión profunda y que no esperaba. Veré si puedo rebatirlas; y entre tanto, suplico á V. A. remunere los afanes del abogado con mil pesos del fondo de penas de Cámara para que su conducta sea imitada por otros abogados; pediría mayor suma, si los fondos no estuviesen hoy escasos."

Por aquel tiempo contrajo matrimonio con Doña Manuela Villaseñor, hermana del Lic. Don Manuel Villaseñor, defensor que fué del abogado Ferrer en 1811, é hija del reputado abogado Don Ignacio Villaseñor y Cervantes.

Tan grande fué el efecto que produjo la empeñada defensa de Bustamante, que al pronunciarse el fallo, la sentencia salió por dos veces en disocrdia, y el reo salvó por fin la vida, condenándosele á diez años de cárcel. La celebridad que dieron á Bustamante esta causa y otras que defendió, le proporcionó entrar en relaciones con las personas principales de la capital en aquel tiempo, y antes las había tenido en Guanajuato con el Cura Hidalgo, y había conocido también al Intendente de aquella ciudad, Don Juan Antonio de Riaño, de quien ha hecho en sus obras el más merecido elogio.

En el año de 1805, emprendió Bustamante la publicación del "Diario de México," que permitió con dificultad el Virrey Iturrigaray, y cuya dirección se dió al Alcalde de Corte Don Jacobo de Villaurrutia: mil obstáculos tuvo que superar, nacido de la censura que el Virrey hacía por sí mismo. Este periódico contribuyó no poco al cultivo de la poesía en México, insertándose en él frecuentemente muchas composiciones verdaderamente estimables, de diversos au-

tores, que con este motivo se dieron á conocer.

Llegamos ya á la revolución de 1810, en que nuestro Don Carlos hizo un papel tan principal. Participó como todos, del entusiasmo que despertó en México la noticia del levantamiento de España contra los franceses; y excediendo á los demás en sus muestras de adhesión, hizo acuñar á su costa una medalla conmemorativa de la unión entre mexicanos y españoles. Mudó bien presto el aspecto de las cosas, y con la prisión del Virrey Iturrigaray y la del Lic. Verdad, amigo y protector de Bustamante, y mucho más con la muerte del último, cambió enteramente Don Carlos de partido, y abrazó con ardor la idea de la Independencia. Fué invitado por Allende para tomar parte en el movimiento que se preparaba; negóse á ello, y cuando estalló la revolución se mantuvo tranquilo, pero auxiliándola bajo de mano de cuantos modos podía. Publicada en Septiembre de 1812 la Constitución de Cádiz, fué Don Carlos uno de los primeros en hacer uso de la libertad de imprenta, publicando un periódico intitulado "El Juguetillo," pero habiéndose suspendido poco después por el Virrey la libertad de imprenta, y sabedor de que otro periodista había sido preso, temió por su seguridad y fué á ocultarse en la casa del Cura de Tacubaya: desde allí, y acompaña-

do de su esposa, Doña Manuel Villaseñor, marchó para Zacatlán, punto ocupado por Osorno. A su llegada encontró todo aquello en la mayor confusión; y aunque hizo grandes esfuerzos para introducir algún orden, apenas pudo conseguir que se arreglase una corta fuerza. Disgustado por tantos desórdenes, y por ciertos desaires que recibió, pasó á Oaxaca, recientemente ocupada por Morelos; éste no se encontraba allí; pero sabiendo la llegada de Bustamante, le dió el empleo de Brigadier y le nombró Inspector general de Caballería. Cargos eran éstos que cuadraban muy mal con las disposiciones poco marciales de nuestro Don Carlos: sirviólos, sin embargo, con empeño, y logró organizar en Oaxaca un regimiento de caballería cuyo mando tomó, pero inclinado siempre á escribir para el público, continuó redactando en Oaxaca el "Correo del Sur," periódico que había establecido el Dr. Herrera. La instalación del Congreso de Chilpancingo por Morelos, hizo dejar á Don Carlos la carrera de las armas, habiendo sido nombrado para representar á México en aquella Corporación: escribió el discurso con que Morelos hizo la apertura de las sesiones; y cediendo á la opinión de éste, redactó el acta en que se declaró la Independencia, á pesar de que su opinión particular era que se continuase con el engaño de tomar el nombre de Fernando VII.

La completa derrota de los insurgentes en Puruarán mudó todo el aspecto de las cosas: el Congreso no se consideró seguro en Chilpancingo y determinó transladarse á Oaxaca. Dos de sus individuos, Bustamante y el P. Crespo, se adelantaron á preparar aquel asilo; pero á su llegada encontraron las cosas en tan mal estado, que se fueron á toda prisa á Tehuacán, donde les recibió tan mal Rosains, que también tuvieron que marcharse de allí, yéndose á Zacatlán, en cuyo punto mandaban Rayón y Osorno. Para colmo de desgracias, fué sorprendido Rayón por los españoles en la madrugada del 25 de Septiembre de 1814, y á duras penas pudieron escapar, Bustamante y su esposa, perdiendo casi todo su equipaje. El P. Crespo, compañero de Don Carlos, fué preso y fusilado á los pocos días.

Después de este desastre, fué á buscar Bustamante un asilo en la hacienda de Alzayanga, donde estaba Arroyo; allí se concertó que Bustamante pasase á los Estados Unidos como enviado de Rayón para pedir auxilios, embarcándose, al efecto, en la barra de Nautla. Emprendió el viaje de la costa, pero en el curso de él fué atacado por el guerrillero Anzúrez, quien le mató á uno de sus criados y le despojó de cuanto llevaba: dejóle pasar, sin embargo, para volverle á sorprender la misma noche, y

llevarle preso á Huatusco. De allí fué conducido á Tehuacán, y en el camino fué sorprendido de nuevo por otra partida del mismo Anzúrez: la misma noche se vió atacado por otro guerrillero en una barranca, y también faltó poco para que cayese en poder de los españoles. Volvió á verse en el mismo peligro en las inmediaciones de Orizaba, del que escapó gracias á la gratitud del oficial español á quien fué denunciado, el que debía á Bustamante algunos servicios; pero al llegar al pueblo de la Magdalena se encontró con una partida de tropa independiente, cuyo Comandante le dijo que traía orden de Rosains para conducirlo á Tehuacán. Obedeció Bustamante, y notando que venía con ellos una mula cargada con un bulto pequeño, preguntó qué significaba aquello, á lo que contestaron que eran unos grillos que Rosains había mandado se le pusiesen. Toda la filosofía de nuestro Don Carlos le abandonó, y se dejó poseer de los más negros presentimientos sobre la muerte que le esperaba; y es preciso convenir en que este temor era fundado, en vista de la crueldad que Rosains había cometido.

Llegado Bustamante á Tehuacán, Rosains le puso preso y le trató con dureza; pero al día siguiente le dejó en libertad. Volvió sin embargo, á prenderlo, y Don Carlos tomó el partido de escaparse luego que pudo,

ocultándose en un rancho de Acatlán, donde corrió nuevos peligros. La prisión de Rosains por el General Terán en la noche del 16 de Agosto de 1815, proporcionó alguna seguridad á Bustamante, quien regresó á Tehuacán: ocurrió poco después la derrota y prisión de Morelos, y en seguida la toma del Cerro Colcrado: sometido ya todo aquel país al Gobierno español, intentó Don Carlos por segunda vez embarcarse en Nautla, y se dirigió hacia allá; pero la barra había sido tomada por los españoles; quiso ir entonces al fuerte de Palmillas, pero también se había apoderado de él el Coronel Hevía. En tal conflicto, rodeado por todas partes de tropas españolas, y en peligro inminente de caer á cada momento en manos de sus enemigos, no le quedó á Bustamante otro partido que el resignarse á pasar por las hordas caudinas del indulto, como lo verificó muy á su pesar, presentándose el 8 de Marzo de 1817 al destacamento del Plan del Río. Conducido á Veracruz, no pensó más que en proporcionarse los medios de emigrar á los Estados Unidos: ayudáronle en su fuga algunos españoles de Veracruz, que en todas sus calamidades le sirvieron de apoyo, y á quienes conservó Bustamante un eterno agradecimiento. Arreglado ya todo, se embarcó el 11 de Agosto en un bergantín inglés de guerra que estaba en el puerto: al día siguiente fué el Ca-

pitán del puerto con una partida de tropa de marina á sacarlo preso. como lo verificó, á pesar de haberse abrazado del pabellón inglés, sin tener tiempo más que para entregar á unos guardias marinos, cinco cuadernos en que tenía escrita la historia de la revolución, y quedó muy satisfecho con que puestos estos papeles en manos del Almirante de Jamaica, por este medio sabría la Europa los sucesos de México, y consiguiendo así Don Carlos, su principal deseo.

Bustamante fué transladado al castillo de San Juan de Ulúa, y puesto incomunicado en un pabellón con centinela de vista. Trece meses permaneció en tal estado, permitiéndosele solamente al cabo de algún tiempo, dar un paseo diario de dos horas, sobre la muralla, acompañado de un vigilante, Formósele causa por haber intentado salir del país sin permiso del Gobierno, la que vista por dos veces en Consejo de Guerra, salió ambas en discordia; y remitida á la Sala del crimen, el fiscal pidió que el reo fuese confinado á Ceuta por ocho años. Proporcionáronle medios de subsistencia en esta larga prisión, el Gobernador Dávila y los mismos españoles generosos que le habían facilitado su evasión. En 2 de Febrero de 1819, le sacaron del castillo declarándola la ciudad de Veracruz por cárcel, bajo la fianza de un español, hasta que publicada la Constitución, la Sala del crimen le de-

claró comprendido en la amnistía concedida por las Cortes, las cuales le nombraron individuo de la Junta de censura de libertad de imprenta en México, á propuesta de Don Manuel Cortazar, diputado en ellas Durante su permanencia en Veracruz, con el ejercicio de la abogacía, no sólo estuvo bien Bustamante, sino con sobra de dinero, consultándole muchas veces como Asesor del mismo Gobernador Dávila. Proclamada en Iguala la Independencia, á la que contribuyó escribiendo á Guerrero para que obrese de acuerdo con Iturbide, salió Bustamante de Veracruz, y en Jalapa se reunió á Santa-Anna, quien lo empleó en el despacho de su Secretaría. En Puebla concurrió con el primer jefe, Iturbide, á quien trató de disuadir del cumplimiento del plan de Iguala y tratados de Córdoba que acababa de firmar, empeñándose en convencerlo de que debía dejar todo á la resolución del Congreso que iba á convocar. La franqueza de Bustamante desagradó á Iturbide, y aquél continuó su viaje á México, en cuya capital entró el 11 de Octubre de 1821, después de nueve años de ausencia y de una serie de trabajos y peligros, causados en su mayor parte por los mismos independientes, cuya causa abrazó con tanto ardor y defendió toda su vida.

Nuevas persecuciones le esperaban: publicado por Iturbide el proyecto de convo-

catoria, Bustamante lo impugnó en "La Avispa de Chilpancingo;" fué denunciado el número 5 y el editor reducido á prisión, que sólo duró algunas horas. Instalado el Congreso el 24 de Febrero de 1822, Bustamante tomó asiento en él como diputado por Oaxaca, y fué nombrado por aclamación Presidente, mientras se hacía la elección de éste, que recayó en Don José Hipólito Odoardo, y ésta fué, según él mismo dice, la mayor satisfacción de su vida. Siguiéronse las desavenencias entre el Congreso é Iturbide, y en la noche del 16 de Agosto fué conducido preso Bustamante al convento de San Francisco, con los demás diputados que se creyeron implicados en la supuesta conspiración contra Iturbide. No sólo recobró su libertad hasta Marzo de 1823, con motivo de la reinstalación del Congreso; y á la caída del Imperio, fué electo de nuevo para el otro Congreso que formó la Constitución federal, á cuya forma de gobierno se opuso Bustamante. En 1827, sufrió una nueva prisión, por haber sido denunciado un papel suyo, y en 1833 estuvo en riesgo de padecer una persecución más seria, cuando el Gobierno de aquella época desterró á gran número de individuos notables, casi todos amigos de Don Carlos, temiéndose él, que corría igual suerte. Con tal motivo publicó para defenderse, una

biografía suya con el título de "Hay tiempos de hablar y tiempos de callar," pero sus temores no se realizaron y le dejaron tranquilo.

En 1827 obtuvo, en recompensa de sus servicios, los honores de Auditor de guerra cesante, y una pensión equivalente al sueldo que antiguamente tenían los auditores. En la elección para organizar el Tribunal Supremo de Justicia, conforme á la Constitución de 1824, obtuvo los votos de varias legislaturas; mas pidió al Congreso no ser colocado en ninguna de las plazas de aquel Cuerpo. Creado por las leyes constitucionales de 1836, el Supremo Poder conservador, Bustamante fué uno de los cinco individuos que lo formaban, y permaneció en esta Corporación hasta que fué destruida por la revolución de 1841, que terminó con las bases de Tacubaya. Es preciso recordar lo que era el poder conservador para conocer la importancia del empleo que desempeñó Don Carlos. Más adelante, el General Santa-Anna le propuso nombrarlo para el Congreso de Estado, creado por las bases orgánicas de 1843, lo que rehusó. La vida de Don Carlos desde 1824 hasta su muerte, se pasó en el Congreso, en el que, con cortos intervalos de retiro, casi siempre estuvo como diputado por Oaxaca, y en la continua ocupación de escribir y publicar la multitud de obras suyas y de diversos autores, que

desde entonces dió á la prensa. El señor García Icazbalceta ha hecho la bibliografía de Bustamnte y á ella remitimos al lector.

En sus últimos años perdió á la esposa que le había acompañado en sus desgracias, y poco tiempo después casó en segundas nupcias con una joven á quien él mismo había educado, y á quien trataba como á hija.

La invasión del ejército de los Estados Unidos en 1847, postró enteramente su espíritu, que hasta entonces había conservado su actividad; y su última obra, que es la historia de aquella invasión, se resiente mucho de este estado de sus potencias. Al mismo tiempo se debilitaron sus fuerzas físicas, y una enfermedad de consunción le obligó á hacer cama, aunque sobreponiéndose al abatimiento de espíritu y de cuerpo que sentía; hacía esfuerzos para mantenerse en pie, y todavía cuatro días antes de su muerte, salió á la calle en silla de manos. Dispúsose para morir cristianamente, y falleció el día 21 de Septiembre de 1848, á los 74 años de edad. Su cadáver fué sepultado en el panteón de San Diego, de esta capital.

Era Don Carlos Bustamante de ingenio vivo y de imaginación ardiente: la educación severa que recibió en sus primeros años, hizo que echasen profundas raíces en su espíritu las ideas religiosas, que nunca

desmintió en su larga vida, y que alguna vez por su exageración declinaron en supersticiones, que le atrajeron no poco escarnio y mofa. En los puestos públicos que ocupó fué irreprensible la conducta de Don Carlos, y la más notable de sus prendas fué el patriotismo más desinteresado y puro, bien que no siempre anduvo muy acertado en el modo de manifestarlo, aunque como hombre cometiera errores, sus intenciones no podían ser más rectas, y la humanidad y gratitud son cualidades que no es posible negarle. Afeaba tan buenas prendas con una credulidad pueril, dejándose arrastrar por la última especie que oía, lo que le hacía ser ligero en formar opinión, inconsecuente en sostenerla y extravagante en manifestarla. A pesar de todos estos defectos, el servicio que prestó á la historia de la Independencia de México, fué inmenso.



DON FRANCISCO OSORNO

De los insurgentes que se lanzaron á la revolución desde el principo de ella, en el rumbo del Oriente de México, fué Osorno el más notable.

Nacido en la provincia de Puebla, tuvo una juventud borrascosa, y según afirma Calleja, había sido ladrón de caminos, por cuyo crimen estuvo procesado en Puebla en 1790; Bustamante sólo dice que se vió en prisiones, sin expresar la causa; el hecho es que se lanzó á la revolución á mediados de 1811, y que habiendo logrado reunir una regular fuerza, ocupó á Zacatlán el 20 de Agosto, al grito de "Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines;" se apoderó de las personas y bienes de los españoles allí residentes y puso en libertad á los presos de la cárcel pública. La Junta de Zitácuaro le envió el nombramiento de

Teniente general, y asociado con Don Mariano Aldama, que por entonces llegó á la comarca, empezó sus expediciones. Como reguero de pólvora prendió la revolución en los Llanos de Apam, Tlaxcala, Norte de Puebla y Nordeste del Valle de México, llegando hasta las lagunas que rodeaban á México, habiendo necesidad de destinar la división de Don Ciriaco del Llano para combatir la revolución de ese rumbo.

Osorno quiso atacar á Tulancingo, pero fué rechazado; dió muerte á Aldama, que era hombre de orden, y quedó como único jefe superior; derrotó á Piedras en Huauchinango y vió aumentado el número de sus soldados con las atrocidades que el realista Llano cometía. Osorno invadió Pachuca y nodió un momento de descanso á las tropas del Virrey, pues aun cuando fuese derrotado se rehacía prontamente; en Pachuca puso en libertad á los presos, pero la mayoría de éstos se presentó inmediatamente á la autoridad, lo que fué causa de que el Virrey los diese libres, así como á los de Tulancingo, por haber ayudado éstos á defender la ciudad. Con varia fortuna atacó Texcoco y otras poblaciones, y la ausencia de Llano, enviado á combatir á Morelos en el Sur, lo dejó en libertad de establecerse sólidamente en Zacatlán. Con el concurso de Beristain, consiguió apoderarse de Pachuca, (Abril de 1812), donde se

hizo de un rico botín que le permitió armar y vestir su ejército y establecer una gran maestranza en San Miguel, inmediato á Zacatlán. El pronunciamiento de Rosains, el de Sesma y de otros caudillos en la misma provincia de Puebla, hizo que la atención de los realistas se dividiese y lo dejasen en paz bastante tiempo. Los triunfos de Morelos durante ese año acabaron por hacer creer á las mismas tropas del Virrey que Zacatlán era una fortaleza formidable, pues ningún jefe consiguió por entonces llegar á ella.

Lo que tenía es estar muy bien situada, pues por el Sur amenazaba á los caminos de Veracruz y por todos los vientos se comunicaba con los insurgentes de otras regiones. Mientras éstos dominaron en ellas, Osorno estaba seguro, pero habiendo sido pacificada la Huaxteca y parte de la sierra de Puebla, así como fusilados los Villagrán, aquel jefe ya no estaba muy seguro: Rubín de Celis salió en busca de Osorno, pero éste se adelantó (9 de Enero de 1813), y lo derrotó en Mimiahuapan, atacó por cuarta ó quinta vez á Tulancingo, sin éxito, tuvo que retirarse de frente á Zacapoaxtla (Abril), y al fin se vió obligado á abandonar Zacatlán (19 de Mayo), no teniendo ya á Beristain, á quien hizo fusilar, para que defendiese la plaza. Aun cuando

volvió Osorno á Zacatlán meses después, ya no pudo levantar las fortificaciones.

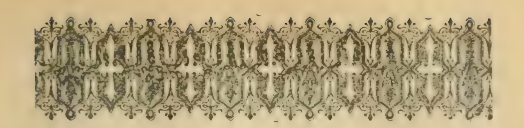
Nunca estuvo Osorno en buenas relaciones con los jefes superiores, aun cuando aparentemente obedecía sus órdenes; no quiso ir á ver á Rayón ni admitir al Visitador Martínez, que éste envió, y en las diferencias que el Ministro Hidalgo tuvo con Rosains, pretendió mantenerse neutral; no pudo impedir, sin embargo, que Rayón fuese á establecerse en Zacatlán, donde Alconedo estableció una nueva maestranza y otras oficinas militares durante los meses que allí estuvo, pero sí dejó que Aguila sorprendiese á Rayón, que por poco cae prisionero. Este hecho le atrajo la buena voluntad de Rosains, que le pidió su concurso para atacar el convoy que llevaba Aguila (Enero de 1815); no habiéndolo conseguido, el Secretario de Morelos fué derrotado. A los pocos días de este suceso, Rosains fué destituido por Terán y enviado á Osorno, que no queriendo tener más disgustos, lo remitió al Congreso.

Osorno, gracias á la contribución que cobraba á las haciendas de pulque, tenía siempre dinero para pagar su tropa y numerosos jefes que se le reunían cuando los llamaba; debido á ello pudo dar la brillante acción llamada la segunda de "Tortolitas," en la que derrotó á los bien organizados realistas, que con bastantes pérdidas tuvie-

ron que refugiarse en San Juan Teotihuacán; el Virrey llegó á abrigar serios temores por la suerte de la capital y mandó acuartelar la guarnición, á la que puso en movimiento al saber que una partida de insurgentes estaba ya en la villa de Guadalupe. Osorno no supo sacar provecho de su victoria y se contentó con celebrar una gran bacanal en la hacienda de Alzayanga y con que sus tropas le eligiesen Teniente General. Fué ese su último éxito, pues en lo de adelante ya ninguna expedición le salió bien: no pudo tomar á Apam ni ganar la tercera acción de "Tortolitas," por más que en ese punto detuvo á los realistas. Tan activa fué la campaña que Concha emprendió contra Osorno, que después de arruinar uno y otro el país, pues todo lo arrasaron, y de combatir tan encarnizadamente, que había días en que tenían dos encuentros, el segundo tuvo que ir á Tehuacán á ampararse de Terán, mientras que muchos de sus subalternos se indultaban .

Este jefe lo envió á atacar al nuevo Virrey, Apodaca, que venía en camino, y al que puso en grave conflicto, pero no pudo evitar que días después fuese derrotado Osorno en las lomas de Santa María, última acción en que se encontró. Capitulado Terán en Tehuacán, Osorno no tuvo más remedio que solicitar el indulto (Enero de

1817), recibiéndolo en San Andrés Chalchicomula al grito de ¡Viva el Rey!, dado por su tropa. Con él se indultaron muchos oficiales y algunos centenares de soldados. Osorno se retiró á vivir á un rancho de su propiedad y la provincia de Puebla, que él había sublevado, quedó pacificada con su sumisión. A fines de 1820 hubo en los Llanos de Apam una conspiración y Osorno fué acusado de complicidad, pero aunque Concha hizo una pesquisa muy severa y dió tormento á varios de los acusados, nada se le pudo probar al antiguo insurgente, que fué, sin embargo, condenado á destierro por diez años, del Reino, sentencia que no llegó á cumplirse por causa de la revolución de Riego en España, que restableció la Constitución. Tomó Osorno parte insignificante en el movimiento de Iturbide, y después de la Independencia siguió viviendo tranquilamente en los Llanos, hasta su muerte, ocurrida en la hacienda de Tecoyuca el 20 de Marzo de 1824. Está enterrado en la Parroquia de Chignahuápan.



DON JOSE MARIA LOBATO

Muy escasas son, por cierto, las noticias que hay de este insurgente, que tanto figuró en las revoluciones de los primeros años de hecha la Independencia, y no sabemos que se haya escrito su biografía.

Hizo toda su carrera militar por escala, sentando plaza de soldado en el Regimiento de Tres Villas, y por primera vez se le cita en 1811, cuando en Mayo de ese año fué el Comandante Don Juan Bautista de la Torre á atacar á Don Benedicto López, que se había hecho fuerte en Zitácuaro; entre las tropas que llevaba se contaba una parte del Regimiento de Tres Villas, del que era Cabo Lobato, el cual cayó prisionero cuando su jefe fué derrotado. Abrazó el partido insurgente y desde entonces sufrió todas las vicisitudes á que se vieron expuestos los que guerreaban en Michoacán. Militó á

las órdenes de Rayón, que lo hizo ascender rápidamente y que ya en Septiembre de 1812 le había dado el grado de Coronel, con el que asistió al ataque de Ixmiquilpan, (Octubre). El Batallón de Lobato era el mejor uniformado y armado de la división, y su jefe tenía el mando de toda la infantería. En vano fué el ataque, pues cuando ya Rayón era dueño de la población, la defección de Chito Villagrán lo obligó á retirarse, haciéndolo la infantería en buen orden, y sin que Casasola se atreviese ni á salir de la plaza.

Siguió Lobato militando á las órdenes de Rayón y de su hermano Don Ramón, sin tener mando especial, pues parece que ambos jefes querían tenerlo cerca de ellos; con el segundo de los mencionados asistió á la acción de Charapaco, (Septiembre de 1813), donde fueron derrotados los realistas gracias á la carga á la bayoneta que dió Lobato, quien quedó herido y fué ascendido á Brigadier. Días después acompañó á Don Ignacio cuando iba á tomar parte en las discusiones del Congreso de Chilpancingo y entonces conoció á Morelos, que se lo llevó al ataque de Valladolid con su Batallón, fuerte en trescientas plazas; también estuvo en Puruarán, y no habiéndose podido reunir con los Rayón, se dirigió al Sur, quedando á las inmediatas órdenes de Morelos. Durante todo el año de 1814 y 1815 que-

dó encargado de la custodia especial del Congreso, y, por consiguiente, lo acompañó en todas sus expediciones; consiguió salvar la imprenta y el archivo en Mayo del último año, cuando Iturbide, queriendo sorprender al Congreso, emprendió una rápida marcha hasta Uruápam; con el mismo motivo prestó ayuda eficaz á Morelos y á Cos, que se quedaron los últimos, hasta haber empacado los archivos.

Acordada la translación á Tehuacán, Lobato con sus doscientos hombres, que formaban la escolta, se puso en marcha, pero se vió obligado á presentar acción en Texmalaca, donde mandó la derecha insurgente; refiere Bustamante que la fuga del oficial Páez, desertor de los realistas, con su sección, desorganizó la derecha, sobre la cual cargaron reciamente los realistas, hasta hacerla huir, con lo que se perdió la batalla, en la que cayó prisionero Morelos. Lobato escapó para seguir cumpliendo su comisión de escoltar al Congreso, y cuando participó á los Diputados la prisión del Generalísimo, aquellos corrieron "como si trajese cada uno tras de su caballo una legión de diablos," dice Bustamante en su pintoresco lenguaje. No permaneció en Tehuacán después de la disolución del Congreso, sino que regresó al Sur, donde acompañó á Bravo, y después á Guerrero.

No consta que se indultase, por lo que

es de creerse que continuaría con este jefe y tomase parte en la revolución de Iturbide; entró con el ejército trigarante y quedó mandando un Cuerpo por algunos meses, reconociéndosele su grado de General. Afiliado al partido yorkino, se declaró partidario de Guerrero en la campaña electoral de 1828, y habiendo sido derrotado este candidato en los comicios, Lobato se pronunció en la Acordada de México con el pretexto de pedir la expulsión de los españoles. Autorizó el memorable saqueo del Parián para atraerse á la plebe, y consiguió que el Congreso anulase la elección de Gómez Pedraza y llamase á Guerrero á la Presidencia de la República.

No hemos encontrado más noticias que las anteriores, de la vida de Don José María Lobato.



DON PABLO GALEANA

Sobrino del famoso Mariscal Don Hermegildo, no llegó á adquirir la nombradía que éste, no obstante que también tomó parte activísima en la revolución.

Se unió á Morelos en la hacienda del Zanjón, y á las órdenes de su tío hizo toda la primera campaña del caudillo del Sur y estuvo en el sitio de Cuautla, donde tuvo el dolor de ver morir á su padre, Don José Antonio, y á su hermano Don Luis, del que ni mención hace la historia y cuyo nombre hemos sabido por un miembro de aquella familia. Terminado ese sitio, quedó con el mando de una pequeña fuerza de las organizadas en Chiautla y concurrió con ella á las campañas de Huajuápam y Tehuacán, realizadas por Morelos en 1812. Contribuyó también á la derrota de Labaqui en San Agustín del Palmar, y for-

mó parte del ejército que se apoderó de Oaxaca en Noviembre.

Morelos se lo llevó á la expedición que dió por resultado la rendición del castillo de San Diego de Acapulco. Galeana, que ya tenía entonces el grado de Coronel, recibió orden de apoderarse de la isla de la Roqueta, que tan útil era al castillo y que estaba defendida por una Compañía de infantería, tres cañones, dos lanchas, catorce canoas y la goleta "Guadalupe," recién llegada de Guayaquil. Durante la obscura noche del 9 de Junio de 1813, Don Pablo pudo hacer cuatro viajes consecutivos del continente á la isla, y desembarcar ochenta hombres del Batallón "Guadalupe," con los que atacó á los realistas, que sorprendidos intentaron defenderse, pero en breves minutos fueron hechos prisioneros, sin que hubiese más desgracias que la herida de una niña de las familias que allí estaban refugiadas y la muerte en el mar de otra, que asustada se arrojó al agua. La goleta pretendió huir, pero fué apresada y la ocupación de la isla llevada á cabo de una manera tan atrevida, puso en muy apurada situación al castillo, que ya no pudo proveerse de la isla y que quedó atenido á los buques que accidentalmente pudieran llegar, lo que sucedió una sola vez con el bergantín "San Carlos." Galeana atacó á éste inútilmente, pero se desquitó estableciendo

un estrecho bloqueo cuando el buque partió y consiguió que pocos días después se rindiera el castillo.

Cuando llegó la época de los reveses, Don Pablo tuvo que abandonar Técpan, después de transmitir la orden de que fuesen fusilados los prisioneros realistas; volvió á militar á las órdenes de su tío y se batió con él en Azayac, donde derrotaron ambos á Barrientos. Muerto Don Hermenegildo, su sobrino quedó en el Sur como Comandante de la línea de Tlalchapa, sin que Armijo intentase nada contra él; puesto de acuerdo con Bravo (Marzo de 1816), se negó á aceptar las proposiciones de Don Ignacio Rayón para ser reconocido como jefe de la revolución; llegaron á las manos unos y otros insurgentes y sólo la mediación de personas respetables hizo que no fuese peor la división y que Rayón desistiese de sus pretensiones. Galeana siguió en el Sur y se retiró á Zacatula, de donde fué expulsado por Armijo en 1818; no pudo éste, sin embargo, conservar el país, y se retiró dejándolo arrasado; Montes de Oca y Galeana volvieron á él y lo ocuparon durante ese año y los siguientes, reconociendo la autoridad de la Junta de las Balsas, pero no la supremacía de Guerrero. el que, por otra parte, no se ocupó de exigir el reconocimiento de ella.

Los sucesos de 1821 encontraron á Don

Pablo Galeana en aquella remota y malsana región del país, y aunque nigún historiador lo cita, es lo cierto que Guerrero sí se acordó de él y le dió aviso del pacto que había hecho con Iturbide, lo que determinó á Galeana á pasar el río é invadir la provincia de Michoacán, adelantándose á ese caudillo, á quien se presentó en ella. Terminada la guerra, disolvió su tropa y se fué á vivir tranquilamente á su hacienda del Zanjón, donde volvió á dedicarse á la labranza, como antes de la revolución. Vivió aún algunos años más y todavía existía en 1844.

Fué el único de su familia que sobrevivió de la revolución, pues su padre, Don Juan Antonio; su hermano, Don Luis, y su tío, Don Hermenegildo, perecieron en ella.



DON BERNARDO GUTIERREZ DE LARA

Este individuo que tomó una parte activa en la revolución de las provincias del Norte, es muy poco conocido.

Era nativo y vecino del pueblo de Revilla, en la provincia del Nuevo Santander, (hoy Tamaulipas) cuando estalló la revolución de Dolores, que contó desde luego con sus simpatías; sin embargo, permaneció quieto, á pesar del paseo triunfal que por esas provincias dió el Mariscal Don Mariano Jiménez, delegado de los primeros jefes á principios del año de 1811. Cuando caminaban Hidalgo y Allende para Béjar, tuvo Gutiérrez de Lara una entrevista con ellos en la hacienda de Santa María, en las inmediaciones del Saltillo, donde recibió de manos de estos jefes el título de Teniente Coronel; diéronle, asimismo, el de Ministro Plenipotenciario cerca de los Estados

Unidos del Norte. Amenazado por Arredondo, recogió en Revilla á su familia y se dirigió á ese país.

Pasóse á Nueva Orleans, y con las buenas disposiciones que encontró en aquellos vecinos países y auxilios que éstos en lo particular le franquearon, logró reunir cuatrocientos cincuenta soldados anglo-americanos, todos aguerridos, duros en el trabajo y fatigas militares, y muy certeros y diestros en el manejo de las armas, los aleccionó previamente, sobre todo en la táctica de aprovechar todos los tiros sin el menor desperdicio de pólvora y balas, de que se hallaba escaso.

Con este puñado de valientes emprendió su expedición para nuestra República; tomó posesión de la villa de Nacogdoches (Agosto de 1812), hallándola abandonada, é hizo lo mismo del presidio de la Trinidad, y después, por sorpresa, de la bahía del Espíritu Santo, con todas las municiones de boca y de guerra. En recobro de este punto se presentaron más de dos mil hombres realistas, comandados por los Gobernadores del Nuevo Reino de León y Texas. Sitiáronlo por espacio de cuatro meses, en el que sostuvo varios ataques: sus soldados hicieron sobre los sitiadores tales estragos, que después de los desatrosos hechos con las guerrillas que dispuso, y numerosas salidas que les dieron, obligó á sus

enemigos á que levantasen el sitio, retirándose para Texas con pérdida de más de una cuarta parte de sus tropas, y sólo catorce hombres de los sitiados. (Febrero de 1813.)

Habiendo salido Gutiérrez de Lara en su persecución, acompañado de algunos indios cojates, alcanzó á los realistas acampados en el paraje llamado del Rosillo, donde les presentó acción: dispuso el ataque en que logró derrotarlos, obligándolos á abandonar el campo, salvándose en la fuga únicamente unos cuantos soldados dispersos; tomóles, además, toda la artillería y parque, caballada y bagajes que conducían. Herrera y Salcedo quedaron prisioneros en Béjar á los pocos días (1o. de Abril), y aunque se estipuló que conservarían la vida, la soldadesca, para vengar el fusilamiento de Hidalgo y demás caudillos, pidió su vida y se amotinó hasta conseguir que se les entregasen para darles muerte, sin que Lara pudiera evitarlo.

Lara estableció una junta de gobierno para juzgar á los presos y para arreglar los diversos ramos administrativos de la provincia. Cuando entendía en este negocio, supo Gutiérrez de Lara que el Comandante Elizondo se dirigía sobre Béjar con una fuerza de más de dos mil hombres armados, en la que venía reunida la tropa de Chihuahua. No tuvo paciencia para esperar allí

el ataque, sino que reunido con la de su mando, salió á ahorrarle una parte del camino: encontrólo prevenido y acampado en el paraje que llaman del Alazán, sitio muy desventajoso para una acción de guerra; sin embargo, le presentó batalla, como lo había hecho en el Rosillo: el fuego se sostuvo tenazmente por una y otra parte por cuatro horas, mas al fin se declaró la victoria por Gutiérrez de Lara, teniendo éste la pérdida de veintidós hombres muertos, y cuarenta y dos heridos; el enemigo perdió más de cuatrocientos, y tuvo que abandonar su parque, municiones y una riqueza que en sus ajuares y monturas portaba aquella galana y vistosa división.

Regresó Gutiérrez de Lara con sus despojos á Béjar, y allí supo que el General Arredondo se hallaba en la villa de Laredo con una fuerza de más de mil quinientos hombres; formó incontinenti sus planes de defensa, y se preparó para volver á salir á batirlo, como á Elizondo. La tropa, entusiasmada con las anteriores acciones, se preparaba para obtener este nuevo triunfo, cuando por una de aquellas desgracias que no es dado á los hombres preveer ni evitar, vino á quitárselo de las manos Don José Alvarez de Toledo, hombre de fama por sus intrigas. Este era un americano de las Antillas que había sido nombrado suplente de ellas en las primeras Cortes de Cádiz, don-

de marcó la memoria de su existencia por una intriga.

Residía éste en Norte América, desde donde procuró ganar el efecto del Congreso de Apatzingan, haciéndole creer que era persona muy interesante y capaz de desempeñar la representación nacional mexicana cerca de los Estados Unidos. Sus exposiciones fueron desgraciadamente atendidas, á pesar de los informes que contra él hicieron el Mariscal Don Juan Pablo Anaya, el Dr. Don Juan Robinson, y otras personas dignas de ser creídas; en vano representaron contra él, pues fueron desoídos.

Este hombre, pues, que en la Corte de Washington afectaba ser rival del Enviado de España, obraba en secreto, de acuerdo con él, y no dejaba piedra por mover para frustrar los designios de Gutiérrez de Lara; puso en acción los resortes de la calumnia y procuró desconceptuarlo con su tropa; al intento había colocado en ella varios individuos tan astutos, pérfidos y reservados como él, para que espiasen todas las operaciones de Gutiérrez de Lara y lo desacreditasen por su parte.

Alvarez de Toledo se dejó derrotar en el paraje "El Atascoso," pero logró ponerse en salvo á pesar de haber perdido casi toda su gente, y Arredondo no pudo seguir sus operaciones por haber sido asesinado en esos días por un loco En cuanto á Gu-

tiérrez de Lara, después de la derrota que sufrió por haberse unido con Alvarez de la Toledo, tuvo que huir á los Estados Unidos para escapar de ser preso y allí permaneció hasta que se hizo la Independencia, que pudo regresar á Texas. En 1827 publicó un folleto refiriendo su campaña y vindicándose de los cargos que le hacía Alvarez de Toledo.



DR. MANUEL SABINO CRESPO

Este sacerdote desempeñaba la cura de almas en Río Hondo, Obispado de Oaxaca, cuando Morelos ocupó la provincia, en 1812.

Indudablemente se había declarado partidario de la Independencia, dando visibles muestras de adhesión á esa causa, supuesto que cuando se verificó el nombramiento de Diputados al Congreso de Chilpancingo, fué designado como suplente de Murguía y Galardi, que era el electo propietario; mas como éste no pudo concurrir á la instalación del referido Congreso, se llamó al Dr. Crespo para que entrara á substituirlo, como representante por la provincia de Oaxaca, (Septiembre de 1813).

No fueron muchas las comisiones que dicha Corporación encomendó al padre Crespo; pero pueden citarse las siguientes como de más importancia: cuando en Oaxaca fue-

ron acusados el Dr. Don Francisco Lorenzo de Velasco y el Subdiácono Don Ignacio Ordoño, de haber cometido excesos, se había ordenado al Dr. Don José de San Martín que les formase causa, pero como aquéllos lo recusaron, se comisionó entonces al Dr. Crespo para que lo substituyera en esa comisión; sin embargo, el Dr. Velasco había logrado fugarse, y por este motivo no pudo ya llenar su cometido el mencionado Crespo. En Agosto de 1814 también le confirió el Congreso la comisión de que, acompañado de Don Carlos M. Bustamante, fuera á arreglar las escandalosas diferencias ó rencillas que se habían suscitado entre Don Juan N. Rosains y Don Ignacio Rayón, pero éste, apoyado en la fuerza que tenía á sus órdenes, no se prestó á un avenimiento político.

Entre tanto, el Congreso era tenazmente perseguido, y por lo mismo, tuvo que transladarse á Tehuacán, para ponerse á salvo; pero algunos de sus miembros se dispersaron después de la derrota de Morelos en Puruarán. El Dr. Crespo se dirigió entonces á Oaxaca, cuya ciudad estaba ya ocupada por el Brigadier Don Melchor Alvarez, y no queriendo exponerse á las vejaciones del Gobierno realista, ni sujetarse á su autoridad, prefirió ir en busca de Don Ignacio Rayón, que andaba por el rumbo de Zacatlán.

En la cañada de Ixtapa, unidos el Dr.

Crespo y el Intendente Don Benito Rocha y Pardiñas, se dirigieron á donde estaba Rayón, caminando en medio de muchos peligros y dificultades. Pocos días después este caudilo fué sorprendido en Zacatlán, el 25 de Septiembre de 1814, por el realista Don Luis del Aguila, quien hizo allí algunos prisioneros, habiendo sido uno de ellos el Dr. Crespo, que salió herido en aquel encuentro. Se le condujo á Apam y se dió parte al Virrey Calleja, para que determinase lo conveniente; pero éste, antes de disponer otra cosa, consultó al Obispo Bergosa y Jordán acerca de lo que convenía hacer con el Dr. Crespo. El referido Prelado opinó que debía decapitársele, no obstante de que le constaba el buen carácter y las virtudes del eclesiástico prisionero, según asegura el historiador Bustamante.

En tal virtud, se encomendó á Don Luis del Aguila la ejecución del reo, pero ese jefe realista, que abrigaba respeto y simpatías hacia el Dr. Crespo, se excusó de cumplir la terrible sentencia, lo mismo que Don José María Jalón; mas obligado éste por estrechas órdenes, aunque con repugnancia y sentimiento, dispuso que los soldados del Batallón de Guanajuato ejecutaran al reo. Sin embargo, aun esos soldados no quisieron manchar sus manos con la sangre del infortunado eclesiástico, por lo que se ordenó que la ejecución la hiciera

un piquete de marina que estaba en Apam. Por fin, el Dr. Crespo fué llevado al suplicio el 14 de Octubre de 1814, y murió con grande entereza, "sellando, dice Bustamante, su amor á la libertad, con su sangre. Sus lecciones fueron muy enérgicas y sus últimas palabras muy eficaces; jamás cesó de repetir que la causa porque moría era justa y la revolución santa y necesaria."

El día de la muerte del valeroso sacerdote, fué de luto para el pueblo de Apam; se lloró sobre su cadáver y sobre el suelo manchado con su sangre; se encendieron velas, se dijeron misas y rogativas por la paz eterna del que sucumbió implorando misericordia y el perdón para los que lo sacrificaron.

El Dr. Crespo, dice Bustamante, era uno de los sacerdotes más sabios y virtuosos de Oaxaca, donde su vida había sido ejemplar

---



DR. MARCOS CASTELLANOS

Era Cura de la Palma, Obispado de Guadalajara, el año de 1810. Como casi todos los sacerdotes del rumbo de Occidente, abrazó el partido de la Independencia muy pocos días después de que el Cura Hidalgo la proclamó en Dolores.

El padre Castellanos, unido al célebre Encarnación Rosas, logró reunir alguna gente por el Este de Jalisco, situándose ambos en el fuerte llamado de Jamay, inmediato á la Barca, á donde fué á batirlos el Oidor Recacho, de Guadalajara, con una fuerza de quinientos hombres que fueron allí completamente derrotados por los insurgentes, haciendo rodar enormes peñascos que causaron graves pérdidas al enemigo. Esta victoria de Rosas y del padre Castellanos, ocurrida á fines de 1810, dió vigor y prestigio á la revolución en aquella

parte de Jalisco, pues los referidos caudillos vieron bien pronto aumentadas sus filas y extendido el radio de sus operaciones guerreras, posesionándose de casi todos los pueblos de la laguna de Chapala, desde donde amenazaban á la Barca y otros lugares de aquel rumbo.

La isla de Mexcala fué su centro de operaciones, habiéndoseles unido allí el jefe indígena de dicho pueblo, José Santa Ana, con todos sus indios: el padre Castellanos comprendió la importancia militar de ese punto y lo hizo ver á Santa Ana, para que cuanto antes se fortificase en él y no lo ocupasen los realistas. Varios fueron los combates en que tuvo parte el padre Castellanos, pero hay que mencionar como principales, el de Itzican, donde Rosas derrotó completamente á Don Antonio Serrato, el 1o. de Noviembre de 1812; el de Poncitlán, en que corrió igual suerte el Comandante realista Don Rafael Hernández; el que sostuvieron contra el Cura Don José Francisco Alvarez, que salió herido, y también derrotado; el de la isla de Mexcala, el mes de Febrero de 1813, en que los atacó el Coronel Linares, quien sucumbió sin poder ocupar la citada isla; el del Puerto de la Peña y el del Puerto del Vigía; y por último, el nuevo ataque á Mexcala, cuyo hecho refiere Don Ignacio Navarrete en su "Compendio de la Historia de Jalisco,"

en los siguientes términos: "No siendo posible tomarles aquella fortaleza, Negrete, (Don Pedro Celestino) reunió muchos botes construidos en San Blas é innumerables canoas y los atacó con respetable fuerza; mas se defendieron con tal vigor y agilidad en su combate naval, que volcaron algunos botes é hicieron retroceder á Negrete, habiendo recibido una herida de piedra en una mano. ¡Así el vencedor de Torres fué humillado por unos pobres indios! Después de esto ya no se pensó en atacarlos, sino en rendirlos por hambre, y con tal objeto se situaron muchas fuerzas y botes en todos los contornos del Lago, hasta que faltando los víveres á los insurgentes, capitularon honrosamente en Noviembre de 1818, es decir, después de seis años de victoria. Entonces entregó la fortaleza el Presbítero Castellanos, y el Indio Santa Ana aún permaneció de Gobernador por un año.

El padre Castellanos y el Coronel Santa Ana se presentaron al fin á recibir la gracia de indulto en Tlachichilco, el 25 de Noviembre del citado año de 1818, después de haberse agotado los víveres y de haber hecho cuanto humanamente era posible por defender la posición.

Después de consumada la Independencia vivía el padre Castellanos en el pueblo de Axixic, donde permaneció algún tiempo, encontrándose pobre, avanzado de edad, acha-

coso y olvidado, como si sus patrióticos servicios nada hubieran valido en favor del triunfo de la Independencia; Bustamante lo recomendó al Gobierno local, pero parece que éste nada hizo por él. Probablemente el padre Castellanos murió en dicho pueblo el año de 1826.



DON PEDRO VILLASEÑOR

Este insurgente es de los muy poco conocidos, debido á que sus campañas las hizo allá en la parte más fragosa y escondida de Michoacán, y á que más que militar, fué político.

Pertenecía á la rama de los Villaseñor del Sur de Jalisco, y se adhirió á la revolución cuando Hidalgo estuvo en Guadalajara; allí ingresó al ejército y estuvo en la batalla de Calderón, y en la retirada hasta el Saltillo á las órdenes de Allende; permaneció con Rayón y lo acompañó á Zacatecas, donde ese jefe le dió la comisión de expeditar la introducción de víveres á la ciudad, operación que estorbaba Bringas, el cual se había situado con su destacamento en Ojo Caliente. Villaseñor fué en busca suya y lo atacó, dejando en el campo á Bringas y en completa dispersión á su gente, (Abril de

1811). Concurrió á la acción del Maguey, donde quedó gravemente herido, y fué llevado á la sierra de Colotlán, en cuyo punto lo atendió diligentemente el padre Calvillo.

Hasta siete meses después estuvo en disposición de volver á empuñar las armas, y púsose en camino para Quitúpam, pero la suspicacia de Cruz no le permitió permanecer allí mucho tiempo, viéndose obligado á dirigirse á la Purificación, en la costa, donde acabó de reponerse, y después de permanecer todo el año siguiente en aquellos parajes, se dirigió al Sur y se alistó en el ejército de Morelos, que lo destinó á la administración de la provincia de Tecpan, en cuyo puesto había estado Don Leonardo Bravo. Pocas ocasiones tuvo allí de combatir, á causa de que los realistas no llegaban hasta aquellos parajes, no obstante las derrotas que sufrió Morelos, y que Armijo había forzado los vados del Mexcala. Cuando el Congreso de Chilpancingo empezó á emigrar por todo el Sur, se unió á él Villaseñor, que al fin fué designado diputado al terminar su comisión algunos de los diputados que lo habían inaugurado, entre ellos Quintana Roo, del que fué sucesor.

Tomó parte de él en 1815, y aunque fué de opinión que debía transladarse á Telmacán, no lo acompañó en su viaje, por haber quedado en comisión, dada por Morelos, pe-

ro estaba él entendido, así como el Dr. Argandar, de que debía unirse á él, lo cual ya no verificó, por haber tenido noticia de que ese Cuerpo había sido disuelto por Terán. Continuó, por lo tanto, en Michoacán, y fué de los primeros en reconocer á la Junta de Uruápan, (Marzo de 1816). Como Don Ignacio Rayón le negase la obediencia y aun pretendiese que lo reconociesen todos los jefes del Sur, de grado ó por fuerza, para evitar el rompimiento de hostilidades, Villaseñor, en compañía del padre Talavera y de Don Ignacio Pineda, entablaron negociaciones con Galeana (Don Pablo), con Bravo y con Don Ramón Rayón, consiguiendo que los dos partidos no llegasen á las manos. Reorganizada después de estos sucesos la Junta, Don Pedro Villaseñor formó parte de ella, en compañía de Don Ignacio Ayala, del Canónigo San Martín, Don Mariano Tercero, Don José Pagola y de Don Mariano Sánchez Arriola. Esta Junta, que al fin se estableció en el fuerte de Jaujilla, ordenó la prisión de Rayón, que verificó Bravo, trató con Mina y envió auxilios á Mexcala en la laguna de Chapala.

El 28 de Septiembre de 1817, tuvo que abandonar Jaujilla, por causa del sitio que se le puso, y se estableció en la ranchería de Zárate, integrada por San Martín, Cumplido, antiguo miembro del Congreso, y Vi-

llaseñor; pero habiendo caído prisioneros San Martín, y luego Ayala, que lo reemplazó, quedó desorganizada, y hasta que no se reunieron en Huetamo (Marzo de 1818), Pagola, Arriola y Villaseñor, no formaron la nueva Junta, que duró tres meses, pues Armijo fusiló á Pagola y á Bermeo el Secretario. Guerrero trató entonces de organizar una nueva Junta en la hacienda de las Balsas, por lo cual llamó á Villaseñor y á Arriola y les dió por compañero al Lic. Don Mariano Ruiz de Castañeda, pero ni dos meses funcionó la nueva asamblea, pues Arriola fué aprehendido, Castañeda se indultó, y Guerrero, derrotado, por poco cae prisionero. Don Pedro Villaseñor quedó sólo y se vió obligado á huir á lo más áspero de la sierra que corre paralela al río, sin querer indultarse, por más proposiciones que se le hicieron. Meses después, el subdelegado de Apatzingan, señor González Ureña, consiguió de él que se fuese á vivir á su càsa, prometiéndole que estaría en completa seguridad; consintió el insurgente y se presentó ostentando una larguísima barba, pues hacía más de un año que no se afeitaba.

No tomó parte en la revolución de Iturbide, y una vez hecha la Independencia, salió de la casa donde se había refugiado; desempeñó algunos empleos de poca importancia, se negó á presentarse ante la Junta de Recompensas, y formó parte del Conse-

jo de Estado de Michoacán, dando muestras en todos los empleos que desempeñó, de una gran cordura y de una honradez á toda prueba. Falleció en Morelia por el año de 1849.



DON VICENTE GUERRERO.

Es este héroe una de las principales figuras de la guerra de Independencia, y sus principales hechos durante la guerra son muy conocidos.

Nació en el pueblo de Tixtla, hoy ciudad Guerrero, en Agosto de 1782, perteneciendo á la clase indígena dedicada al campo; sus primeros años los pasó en el oficio de arriero, sin conocer ni aun los principios más generales de instrucción, lo que si bien fué culpa de la época, no dejó de traer dolorosas consecuencias para nuestro país. Parece que comenzó su carrera militar en 1810, á la vez que el Cura Morelos, bajo cuyas órdenes sirvió hasta el suceso de Tesmalaca; pues de un individuo que no cuidó de formar su hoja de servicios y que ni aun el despacho de General de División dejó, pocos antecedentes ciertos han de tener-

se de su carrera militar, que tuvo principio á las inmediatas órdenes de Galeana; en 1811 figuró en Izúcar en un lugar de importancia y como Capitán, dejándole encargado Morelos el puesto cuando marchó para Tasco; su nombre resonó en Febrero de 1812, por haber derrotado en el mismo Izúcar al Brigadier Llano y extendido por todos aquellos rumbos la causa por la Independencia, figurando ya en 1814 con el carácter de jefe. Siendo su cualidad sobresaliente la fidelidad, mereció la confianza de Morelos, que le dió instrucciones para levantar tropas y propagar la revolución, con cuyo fin se dirigió desde Coahuayutla á la Mixteca, presentándose á Sesma en Silacayoápam; este jefe lo recibió muy mal, y le mandó presentarse á Rosains, quien envió cartas contra Guerrero con un individuo llamado Francisco Leal; pero reunidos en el camino abrieron las cartas, en las que Sesma recomendaba á Rosains no diera mando alguno á Guerrero, á quien había de nombrar Comandante de su escolta; en virtud de esto, no fué á Tehuacán, sino que acampó en el cerro de Papalotla, donde quiso atacarlo el Capitán Peña, que sufrió una derrota, sorprendiéndolo Guerrero, que se apoderó de cuatrocientos fusiles, y con ellos se retiró al rancho de Otomatla para organizar su gente, diezmada por la fiebre y las viruelas; obtuvo algunas ventajas contra La-

madrid é hizo prisionero al Teniente Combé, que fué fusilado.

Llegado Rosains á Silacayoápam á fines de 1814, invitó á Guerrero para atacar á Huajuápam, guarnecida por Samaniego, á cuya propuesta no accedió, por los antecedentes de Rosains, que le hicieron desconfiar; aunque este jefe estaba enfermo, se hizo conducir hasta Tlamajalzingo, procurando avenir á Guerrero con Sesma, á lo que el caudillo no se prestaba; entonces Sesma y Rosains resolvieron atacarlo, pero lo impidió Guerrero prestándose á concurrir á la conferencia á que se le invitaba. Habiendo hecho nuevamente progresos la revolución á principios de 1815, mandó Guerrero, ya con el grado de Coronel, desde el punto que ocupaba, una expedición por Metepec, á las órdenes del negro costeño Juan del Carmen, de horroroso aspecto y de extraordinaria valentía, el cual aumentó el número de los soldados y recogió muchas armas, uniéndosele varios individuos notables. Juan del Carmen fué despachado á otra expedición, y ya de regreso, se quedó en Tlamajalzingo y se dirigió Guerrero con una sección de infantería y otra de caballería hacia Xonacatlán, donde supo que marchaban sobre él los jefes Lamadrid, de Izúcar, y Armijo, de Chilapa, y entonces se situó en Acatlán y desde allí atacó el caudilo varios convoyes que caminaban para Oaxaca. apoderándose

de uno que conducía el Coronel Samaniego, que se retiró derrotado á Izúcar.

El pueblo de Acatlán había sido abandonado por los jefes Flón, después de haber resistido un fuerte ataque de seiscientos hombres de Guerrero y Sesma y de tres días de continuados combates, escapando los realistas por haberlos auxiliado Lamadrid. Tras de algunos pequeños combates, determinó Guerrero atacar á Tlapa, importante en aquellas circunstancias, por su posición entre la Comandancia del Sur y la Provincia de Oaxaca, comunicándose por ella con Puebla. Para su objeto mandó al Coronel Cármen á las inmediaciones de la villa y presentándose en su auxilio cuando se estaba batiendo, obtuvo completa victoria sobre los realistas y siguió para Tlapa, cuyo punto sitió por espacio de veinte días, defendiéndolo el Capitán Don Carlos Moya, estrechado de tal manera, que estaba próximo á rendirse por falta de víveres, cuando se presentó Armijo y sorpendió el campo insurgente, que se salvó tan sólo por el denuedo de Guerrero, que se batió muy de cerca, al extremo de lastimarle el labio superior con el cañón de un fusil; rechazados los realistas, tuvieron que huir hasta Olinalá, sufriendo el descalabro por haber faltado á la combinación arreglada por el Virrey, pues presentándose Samaniego poco después, se halló con el sitio levantado y Guerrero se

retiró á su cuartel. Dió escolta al Congreso hasta Tehuacán y rechazó dos veces á Lamadrid en las orillas del río Xiputla y en Huamuxtitlán. Pero cuando ya declinaba la revolución, sufrió una derrota en la cañada de los Naranjos, donde se había fortificado para esperar á Samaniego, que conducía otro convoy hacia Acatlán; forzado el paso, estuvo Guerrero á punto de perecer, y tuvo en su tropa muchos muertos y heridos, aunque á poco consiguió la revancha en otro encuentro con el mismo Samaniego y Lamadrid, en el cerro de Piaxtla; derrotó á Zavala y Reguera y se negó á indultarse, no obstante que Apodaca apeló á los sentimientos de la naturaleza y comprometió al padre del jefe mexicano á que interpusiese sus respetos y su amor, para que cediera Guerrero, haciéndole grandes promesas.

Informado Guerrero por medio de Don Nicolás Bravo de la existencia de la Junta de Jaujilla, la felicitó y procuró establecer relaciones con ella, lo que era muy difícil porque guardaban los realistas cuidadosamente las líneas de división entre ellos y los distritos insurgentes; no obstante, la informó que desde la Pascua de Navidad en 1816 se habían dedicado, después del exterminio del Gobierno, los enemigos, á perseguirle; que había logrado batirlos en la llanura de Piaxtla, y se quejaba de la conducta de Terán y Sesma. Pidió á la Junta le autorizara

para operar con desembarazo, y en todo caso ofreció que se sacrificaría por su Patria y se conformaría con lo que la Junta dispusiera. Disuelta dicha Junta á consecuencia de una sorpresa y de la prisión de su Presidente el Dr. San Martín, en Febrero de 1818, y vuelta á reunirse en las inmediaciones de Huetamo, había mandado Armijo al Teniente Coronel Don Juan Isidro Marrón, que se adelantara con una sección de su mando á perseguir á Guerrero en aquel distrito, con cuyo fin destacó Marrón al Capitán Don Tomás Díaz, quien aprehendió al Presidente Pagola y al Secretario Bermeo, fusilados en el Cementerio de la Parroquia de Huetamo. Entonces Armijo siguió la costa del mar del Sur hasta Zacatula, á donde no habían penetrado las armas realistas desde el principio de la revolución; llegó allí en el mes de Mayo, inutilizó la artillería, arrasó las trincheras, incendió las poblaciones y destruyó los plantíos de tabaco ya en estado de cosecharse y cuanto podía ser de utilidad á los insurgentes. En consecuencia, tuvo que retirarse Guerrero á la costa de Coahuayutla, después de diversas correrías, en unión de Bravo, y defendiéndose de Armijo; ocupó con su gente el cerro de Barrabás, grupo aislado de ásperas montañas entre la ribera izquierda del río Mexcala y la cordillera que lo separa de la costa, circulando por tierras enfermizas, aunque en su cumbre frío y sa-

no; logró reunirse con Montes de Oca y otros, con cuyas fuerzas obtuvo algunos triunfos, habiendo sido proclamado General en jefe del Sur; con tal carácter dictó varias disposiciones, y aunque algunas ocasiones estuvo la traición á punto de perderlo, logró libertarse y tuvo que andar oculto varios días, en compañía de pocos soldados, careciendo hasta de alimento y padeciendo toda clase de sufrimientos; aprovechó un pequeño descanso que le dió Armijo, logrando á fuerza de trabajos y prudencia presentarse de nuevo en Junio, en las orillas del Zacatula de una manera imponente; se ocupó de fundir cañones en Coahuayutla con metal de las campanas, en elaborar parque y construir una maestranza, y se puso de acuerdo con los Comandantes de Michoacán y Guanajuato para seguir la campaña:

Indultados Terán, Sesma y otros, se halló Guerrero aislado y se internó por la Mixteca, disponiendo que Juan del Carmen ocupara á Xonacatlán, que sitiaron en 1817 varias secciones del Gobierno, en cuyo poder cayó después de una tenaz resistencia, muriendo allí el valeroso Coronel. Esta desgracia hizo que muchos, amedrentados, desertaran ó se acogieran al indulto, y no faltaron traidores entre los insurgentes, constituyéndose en espías de los realistas, á quienes muchos servían por el conocimiento que tenían de los caminos. La caída de aquel

punto puede considerarse como uno de los últimos hechos de la primera época de la guerra por la Independencia. Sobre las ruinas de tantos hombres y sobre las debilidades y maldades de otros, quedó Guerrero, cuya sola voz se oyó en medio del terrífico silencio. Guerrero, abandonado de la fortuna, traicionado, sin dinero, sin armas, sin elementos de ningún género, fué en el período de desolación, el único sostenedor de la causa de Independencia; resaltando entonces sus cualidades de valor, prudencia, sagacidad profunda, actividad incansable y heróica constancia, mantuvo en las montañas del Sur el fuego del patriotismo encendido en Dolores, y ya casi apagado, sin ceder á las amenazas del poder ni á los ruegos de la familia.

Don Pedro Guerrero, padre de Don Vicente, se había decidido desde el principio por los españoles, hasta el grado de entrar al servicio activo de los llamados patriotas, y combatía contra las partidas que mandaba su hijo, á quien escribió procurando persuadirle de la ninguna esperanza de triunfo que ofrecía la causa de los independientes, porque sostenían principios contrarios al Rey y á la religión. El Virrey supuso que la presencia del padre causaría más efecto sobre el joven caudillo y le autorizó para dirigirse á verlo y tentar todos los resortes que pudiesen someterlo. Guerrero se afectó

en presencia de su padre, al que profesaba tierno cariño y veneración profunda, oyó á la vez que el Gobierno español le conservaría el grado que tenía y que le ofrecía una fuerte cantidad; le fué representada la triste situación en que estaban su esposa é hija, é hincándose el padre delante del hijo y abrazándole las rodillas, le pidió llorando que volviera al seno de la familia y aceptase las ofertas del Gobierno. Con serenidad oyó el caudillo á su padre, lloró con él y sin responder á las súplicas de éste llamó á sus soldados y les dijo: "Compañeros; véis a este anciano respetable, es mi padre; viene á ofrecerme empleos y recompensas en nombre de los españoles. Yo he respetado siempre á mi padre; pero mi patria es primero." Le besó la mano y le suplicó no volviese a verlo si su visita tenía por objeto quererlo convencer de que se indultase.

En la provincia de Michoacán se habían visto obligados los jefes de la revolución a pedir indulto por la viva persecución ejercida contra ellos, acogiéndose Don Mariano Tercero, Don Juan Pablo Anaya, los PP. Navarrete y Carbajal, el Jefe Huerta y varios Brigadieres y Coroneles, hasta que derrotado y cogido el P. Zavala quedaron únicamente pequeñas secciones. Sólo Guerrero, reuniendo las partidas de Chivilini, italiano, desertado de uno de los Cuerpos expedicionarios, y las que levantó Urbibzu, que había

vuelto de nuevo á la revolución, logró algunas ventajas: derrotó en Tamo á Armijo, haciéndose de armamento para mil ochocientos individuos, y de nuevo obtuvo otro triunfo en Tzirándaro, y con los recursos adquiridos se resolvió á conquistar la Tierra-Caliente, reuniendo antes en la hacienda de las Balsas á la Junta de Gobierno, representada por los Vocales Arriola y Villaseñor, y nombró al Lic. Don Mariano Ruiz de Castañeda en lugar de Pagola, dando con estas acciones otra prueba de que era noble su desinterés, ardiente su patriotismo y puras y rectas sus intenciones. Dirigiéndose hacia el interior de la provincia comenzó sus operaciones militares por la toma de Ajuchitlán, en la cual empleó cuatro días de fuertes ataques; batió á los realistas en Coyuca, Santa Fé, Tetela del Río, Cutzamalá, Huetamo, Tlalchapa y Copanlotitlán, consiguiendo hacerse dueño de la Tierra-Caliente y poder dar una sección á Montes de Oca para que obrara sobre Acapulco, otra igual á Bedoya para hostilizar á Valladolid, y él marchó con el resto sobre Chilapa, mostrándosele propicia la fortuna de tal modo, que en Enero de 1819, cuando apareció el célebre guerrillero Pedro Ascensio Alquisiras, contaba ya multitud de victorias, viniendo á ser este guerrillero de mucha utilidad á Guerrero, por tener extraordinario valor, confesado por los mismos españoles, ser as-

tuto y de mucha actividad, por la cual tenía en continuo movimiento á todos los jefes de la Comandancia del Sur, que estaban al mando de Don Gabriel de Armijo, que renunció y fué substituido por el Coronel Don Agustín de Iturbide.

Habiendo producido en el año de 1820 una conmoción profunda en México el restablecimiento de la Constitución, favoreciendo la causa de la Independencia, creció considerablemente la nombradía de Guerrero, que ya no era un jefe obscuro, sino de una fuerza respetable por su número y práctica en la guerra, que en el Sur se hacía no sólo con firmeza, sino con humanidad. Con demasiada imprevisión había dado por concluida la revolución el Coronel Armijo y distribuido las fuerzas que tenía bajo sus órdenes, en los puntos fortificados en los contornos de los distritos que ocupaban Guerrero y Asensio, por cuya causa fueron batidas aisladamente, guardando grandes distancias unas de otras y siendo forzoso llevarles los víveres para que subsistieran, en cuyo servicio no podían ser empleadas sino fuerzas cortas que quedaban aisladas en sus tardías marchas, circunstancias todas que daban hasta entonces la ventaja á los insurgentes mandados por Guerrero, por lo que el Virrey Apodaca recomendó á Iturbide, que ante todo procurase atraer á Guerrero y Asensio al indulto.

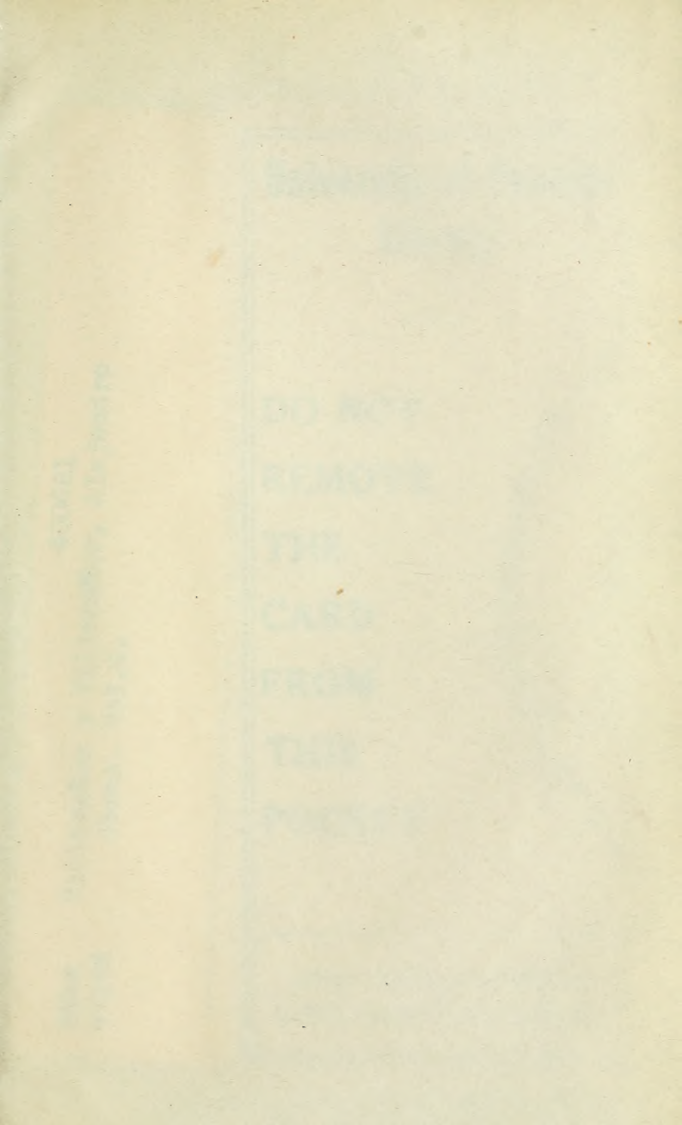
Salido Iturbide de México el 16 de Noviembre de 1820, estableció en Teloloápam su cuartel general, reuniendo cerca de tres mil hombres con las tropas que encontró.

El General Terán se había internado á la Sierra de Jaliaca, y en su busca hizo pasar Iturbide al interior de la serranía una fuerza de cuatrocientos hombres y distribuyo varias secciones para impedirle el paso del Mexcala y la comunicación con Asensio, al cual quiso perseguir activamente. Después de algunos encuentros de importancia favorables á Guerrero, le dirigió Iturbide una carta el 10 de Enero de 1821, invitándole á conferenciar con él y enviándole una persona de su confianza para que le impusiera de su modo de pensar; le indicó la posibilidad de que los diputados que habían ido á España consiguieran que el Rey ó alguno de sus hermanos viniera á México á reinar. Aquella carta no era más que un pretexto para entrar en correspondencia y negociaciones con Guerrero, como sucedió, dando por resultado que este insurgente, siempre abnegado y generoso, pusiese todos sus elementos á disposición de Iturbide. el cual pudo dedicarse ya á su tarea de proclamar el Plan de Iguala, que fué acogido con júbilo por la nación entera y que en el término de siete meses triunfó.

Guerrero durante esa campaña quedó en el Sur y sólo vino á México para la entrada

del Ejército Trigarante Fué enemigo del imperio, al cual combatió en unión de Bravo; en 1828 fué candidato de los yorkinos para la presidencia de la República, pero derrotado, sus partidarios apelaron á la revolución, consiguiendo vencer y llevarlo a la suprema magistratura; gobernó algunos meses de 1829 y durante su administración desembarcaron los españoles en Tampico y fueron derrotados. En Diciembre fué derrocado por Bustamante y huyó al Sur, donde sus partidarios lo obligaron á tomar las armas y á resistir á todas las tropas del Gobierno; viéndose que no se podía vencer por la fuerza á Guerrero, se recurrió á la astucia y al efecto se hizo que un italiano, Francisco Picaluga, lo llevase con engaños á su buque, surto en Acapulco, y lo entregase á las autoridades de Hualulco. Un Consejo de Guerra después de haberle formado un proceso sumarísimo, lo condenó á muerte, sentencia que fué ejecutada en el pueblo de Cuilápam, cercano á Oaxaca, el 14 de Febrero de 1831. Sus restos descansan en San Fernando.

Así terminó su vida, víctima de las discordias políticas, el ilustre insurgente que parte tan directa tuvo en la Independencia de México.


DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

HMex
V7266
Villaseñor y Villaseñor, Alejandro
Obras. Vol.4.
400681

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

